Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/viajelaaustralia00char

JUAN VIDAL, EDITOR

VIAJE A LA AUSTRALIA

DE

MONSIEUR DÉSIRÉ CHARNAY

Arreglado al castellano y aumentado con importantes datos de excursiones hechas al interior del país

POR

ADOLFO SUAREZ DE FIGUEROA

ADMINISTRACION
CALLE DE BORDADORES, 3, MADRID
1881

Derechos reservados con arreglo á la ley vigente.

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, núm. 7, bis.

Batavia: una calle de árboles.

VIAJE A LA AUSTRALIA

DE

MONSIEUR DÉSIRÉ CHARNAY

ENCARGADO DE UNA MISION CIENTÍFICA POR EL GOBIERNO FRANCES

ARREGLADO AL CASTELLANO Y AUMENTADO CON IMPORTANTES DATOS
DE EXCURSIONES HECHAS AL INTERIOR DEL PAIS

POR

ADOLFO SUAREZ DE FIGUEROA

JAVA[1]

I

Singapoore.—Estrêcho de Banka.—Batavia.—La ciudad antigua.—El Hotel.—*Dutsh wife*.—Las lagartijas.—Fisonomía de las calles.—Abluciones.—Las avenidas.—Palacios, jardines y *kalis* ó canales.—¡Es admirable!....

Cualquiera que sea la direccion de un viajero que camine por el extremo Oriente, detiénese en Singapoore, y á fe que debe considerar esto como buena fortuna, porque tal estacion le permite visitar una de las más curiosas ciudades del universo.

Admirablemente colocada en la punta de su isla, al Sud de la península de Malaca, Singapoore no se halla separada de Sumatra más que por un estrecho de unos cuantos centenares de metros. De suerte que viniendo de Europa se llega á ella pasando á lo largo de costas pintorescas, plantadas de palmeras, sembradas de habitaciones y cubiertas de una vegetacion esplendorosa y magnífica.

(1) Mr. Charnay se detuvo en esta isla ántes de visitar la Australia, é hizo de ella estudios tan curiosos, que hemos considerado oportuno no quitar de su obra esta descripcion del punto de partida.

Antes por el contrario, la trasladamos íntegra, limitándonos casi exclusivamente á la traduccion.—(N. del T.)

Singapoore es una ciudad nueva, esencialmente moderna. Fué fundada en 1819 por sir Thomas Raffle; pero su posicion excepcional en el pasaje obligado de los navíos que van y vienen de la China, del Japon y de las islas de la Sonda, y su constitucion natural más que otra cosa alguna, han hecho de ella, en pocos años, una de las ciudades más florecientes en que pueda darse cita el comercio de todo el mundo.

Singapoore cuenta en la actualidad una poblacion de más de cincuenta mil habitantes; pero todos los días, los vapores que llegan de la Europa ó de la China, llevan á aquel puerto una poblacion flotante numerosa, y los hoteles, siempre llenos de viajeros, apénas pueden ofrecer alojamiento á los recien llegados.

Las calles, en las cuales se agita una multitud heterogénea, presentan un espectáculo extraordinario. Véis aquí, al lado de los chinos que todo lo dominan, los indios de busto de bronce y largos cabellos flotantes; mujeres malabares con el cuello adornado de extraños calabrotes, y los dedos de los piés cubiertos de anillos de plata; los singaleses mercaderes de alhajas, de figura afeminada, con grandes peinetas de concha en los cabellos; los árabes lentos y majestuosos, envueltos en sus blancas túnicas flotantes: la china misteriosamente oculta en su cerrado traje de seda negra. ¡Cuántos colores y cuántos contrastes! Almacenes malayos, almacenes chinos, bancos europeos; pagodas, templos indios, iglesias cristianas. Brahma, Budha, Confucio y Cristo se codean, se mezclan y confunden en aquel continuo suceder de países diferentes, de costumbres curiosas, de aspectos originales.

Por la tarde, á cosa de las cuatro, es el paseo en la gran plaza de Europa, por donde desfilan, en equipajes diversos, los ricos negociantes de la colonia, en tanto que los jóvenes ingleses se dedican en la misma plaza, desafiando un calor de 40°, al juego nacional del *cricket*. Es preciso que se hallen dotados de un temperamento de hierro, para consagrarse á ejercicio tan violento en un clima tórrido. Sin embargo, no parecen agobiados por la fatiga; léjos de eso, se muestran tan gozosos en su pasatiempo, que se les admira, se les envidia, y casi se siente uno arrastrado por el deseo de imitarlos. ¡Ofrece tantos atractivos aquella violenta gimnasia! A las seis el juego cesa, y cada uno de los jugadores, despues de tomada la ducha tradicional, se sienta fresco y dispuesto en la mesa de la fonda, con un apetito verdaderamente devorador.

Los alrededores de Singapoore son encantadores; á los ojos del extranjero, la hermosa vegetacion tropical embellece todo cuanto rodea: llanuras, valles y montañas, por todas partes ofrecen encantadores aspectos: sitios donde parece haberse detenido primorosamente la mano de la Naturaleza para forjar paraísos de verdura. Aquí extiende el bananero sus largas hojas, más allá la palmera se balancea, y en todos lugares parece no haber otra cosa que sonrisas.

No podréis permanecer mucho tiempo en Singapoore: ocho días bastan para verificar todas vuestras excursiones; jardin botánico, museo de Wampoa, plantaciones, bosques de los alrededores, todo lo habéis visto ya, y los encantos del hotel no serán suficientes para reteneros.

El *Emyrne* está dispuesto para darse á la mar. Seguidle: es un lindo vapor con una tripulacion de las más afables y una mesa de las mejor servidas.

Es la correspondencia de la línea francesa de mensajerías que os conduce á Batavia.

Me embarco y partimos.

La travesía es encantadora y el calor soportatable. A la derecha, Sumatra desarrolla la verde línea de sus cocoteros; á la izquierda, vemos azular la tierra de Banka: es una verdadera navegacion fluvial.

Doblamos algunas islas aisladas que semejan encantadores *bouquets* de verdura, esmeraldas brillantes encajadas en un mar de plata, y nos hallamos enfrente de un faro con su torre blanca y esbelta y su puerto de embarque en miniatura.

Dos días de vapor nos ponen á la vista de Batavia, y aquí se experimenta una primera y desconsoladora impresion; desde la rada lejana donde el navío deja caer el ancla, no se percibe otra cosa que una playa baja y defectuosa. Nada, en una palabra, que pueda haceros formar idea de las bellezas que más tarde habrán de desfilar ante vuestros ojos atónitos.

Un pequeño vapor llega hasta nosotros para conducirnos á tierra, y bien pronto enfilamos un canal largo y estrecho.

Llegamos y la aduana nos espera: simple formalidad que hace ligera la política de los empleados. Despues, un malayo se encarga de nuestros equipajes, y nosotros tomamos un carruaje que nos conduzca á la ciudad.

Partimos y nos dirigimos á la ciudad mercante.

La ciudad mercante es la antigua Batavia, de largas calles, compuestas de casas chinas y malayas, y sobre los bordes de canales fangosos, las agencias y los bancos holandeses. Todo esto ofrece en verdad poco interes al viajero.

Los escasos edificios públicos que se encuentran en esta parte de la ciudad son pobres y destartalados, lo mismo que las casas que se hallan situadas en el *kali* (1) que atraviesa el carruaje. Pronto los almacenes comerciales se suceden, y ya del otro lado del canal se dibuja una línea de árboles gigantescos, entre los cuales mírase asomar como prefacio é indicacion á un tiempo de las maravillas que os aguardan, la elegante silueta de las palmeras.

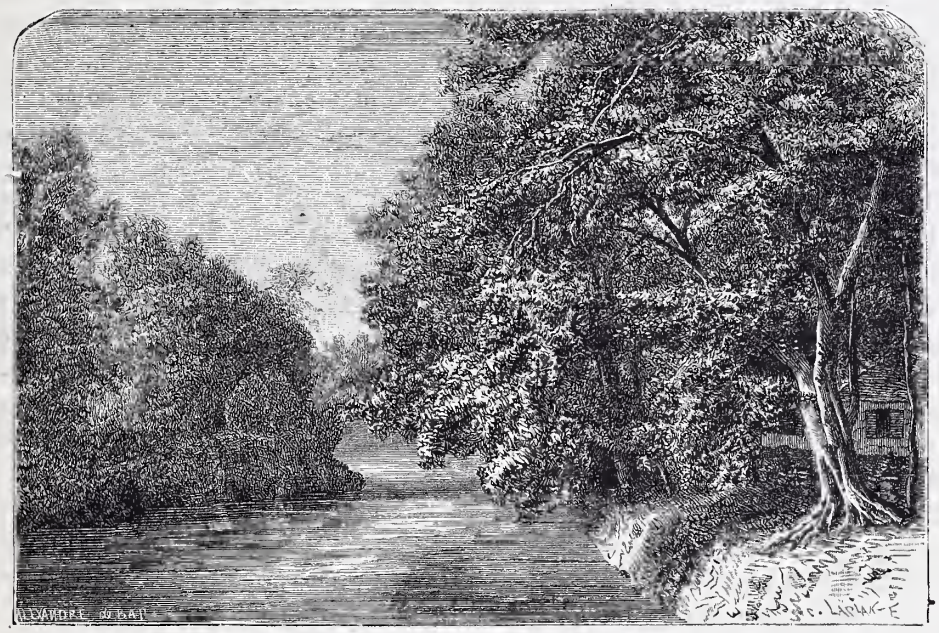
Aquí es ya donde se muestran las habitaciones chinas con sus pórticos monstruosos, con sus murallas extremadamente ricas y bizarras.

Estas habitaciones son un modelo de *confort*. Están precedidas por un vasto patio adornado de vasos de flores y de arbustos; á derecha é izquierda y entre la serie de vegetaciones grotescas á que son tan aficionados los hijos del Celeste Imperio se ven gran número de *aquariums* y grandes pajareras. Tres cuerpos de edificio se suceden despues: el primero destinado á las recepciones, el segundo á las mujeres y á la familia, el tercero á la servidumbre.

A medida que avanzamos, la vegetacion va desarrollándose y el paisaje se agiganta; las casas colocadas al márgen del camino, aparecen rodeadas de jardines; palacios pequeños, encantadores *cottages* se ven por todas partes.

Llegamos al hotel.

La hostelera me cede dos vastas habitaciones, á



Un canal (*kali*) de Batavia.

las que conduce una galería, y destina á mi servicio un criado malayo. De una raza dulce é inteligente, mi nuevo doméstico se apresura á vaciar mis cofres, va extendiendo los efectos que contienen, sacudiendo los unos y cepillando los otros, me indica la sala de baño adonde me acompaña, y todo con tal destreza que sin que sepamos una sola palabra de nuestros idiomas respectivos, nos entendemos á maravilla.

En la mesa se instala detras de mi asiento, me sirve los platos, confecciona mi *kari*, y levantados los manteles me conduce á mi aposento.

Muy conocida es la composicion del *kari*: es una mezcla horrorosa de todas las materias imaginables; tiene el arroz por base, pero se le añaden huevos fritos y en tortilla, pescado seco y pescado cocido, pollo, carnero, coles, bistek, etc., y todo rociado de una salsa amarillenta, salpimentada y fortalecida con cuatro ó cinco especies de guindillas, que hacen de este plato, por demas alabado, un arlequin nauseabundo. En vano trato de acostumbrarme á él, y me veo obligado á renunciar generosamente á sus delicias.

Son las siete; la noche es tranquila y el tiempo dulce y suave; salgo á la calle con la cabeza al aire, como hace todo el mundo. Los paseos, que parecen entoldados por las inmensas copas de grandes árboles, se hallan en una oscuridad pro-

(1) Canal.

funda, que interrumpen aquí y allá algunos mecheros de gas colocados á gran distancia los unos de los otros.

A la derecha llama mi atencion una luz vivísima: es el círculo de la Armonía que aparece espléndidamente iluminado. Atravieso y paso á otra avenida, donde me cruzo con algunos paseantes. Camino sin objeto, fantaseando entre las arboledas sombrías, perdido en el dédalo misterioso y encantador de estos árboles de proporciones gigantescas, cuyas negras siluetas se destacan fuertemente en el azul del cielo. Multitud de grandes pajarracos de extraña forma voltijean del uno al otro árbol de una manera verdaderamente siniestra, y lanzando gritos agudos que involuntariamente hacen estremecer.

Todo se aparece bizarro, extraordinario y majestuoso en esta vegetacion exuberante: insectos, animales y hombres; desde el malayo que os sirve, hasta el familiar insecto que hallo sobre la mesa, y las brillantes lagartijas que corren por las paredes y el suelo de mi habitacion, todos parece que me miran con ojos asombrados.

Pero no tengáis miedo alguno, porque estos animales son tambien servidores vuestros, y servidores que os libran de grandísimo número de molestias, porque el uno destruye las correderas y el otro los mosquitos.

Pero ¿qué extraño lecho me han destinado? Tan largo como ancho, duro como una plancha de hierro y con una sola sábana. Encima de él hállanse gran número de efectos cuyo uso desconozco por completo. Mi malayo me pone al corriente de todo: este extraño chirimbolo es para la cabeza, aquél para las manos, esotro largo y estrecho, relleno de paja y duro como madera, ha de colocarse entre ambas piernas para dormir más fresco sin el contacto de las carnes, y se llama el *dutsh wife*.

Al amanecer me levanto, como todos hacen, con objeto de aprovechar las horas frescas de la mañana.

La extensa galería del hotel está llena de gentes ligeramente vestidas, lánguidamente tendidas en grandes mecedoras ó en asientos de cuero, más semejantes á una cama que á una butaca; las mujeres aparecen con los cabellos esparcidos, vestidas con ricas batas, los piés desnudos metidos en pequeñas sandalias bordadas de oro.

Es la hora del paseo y abandono el hotel. Los malayos de ambos sexos suben y bajan las escaleras del *kali*, y como los indios en el Gánges, proceden por cientos á sus abluciones matinales. La decencia más meticulosa preside á sus baños, y observo, no sin cierta sombra de disgusto, que las mujeres enteramente vestidas, no dejan caer sus largos bañadores mojados sinó despues de estar cubiertas por un nuevo traje seco.

En las calles hay gran número de coches y he tomado uno, desde donde hago mis observaciones: un pequeño carruaje tirado por un *poney* de Timor.

Pero estos *poneys* corren como el viento, y mi birlocho camina como una centella sin otra direccion que la fantasía caprichosa del cochero. Vuelve á la derecha, á la izquierda, sigue de frente y todo en el espacio de un minuto. Barrios malayos, comercios europeos, casitas graciosas, palacios magníficos de suntuoso aspecto, plazas, puentes, riberas y campiñas, edificios públicos y vegetacion maravillosa, todo cruza ante mis ojos y me llena de admiracion. Contemplo atónito, despavorido este sucederse interminable de bellezas nuevas, de cosas que parecen juegos de la imaginacion, sueños de un calenturiento, y apénas puedo ahogar los gritos de admiracion que pugnan por salir de mi garganta. A las veces, me siento impulsado por vivo deseo de tirarme del carruaje, internarme en aquellos bosques sombríos, penetrar en aquellas preciosas casas de campo, inspeccionar sus habitaciones, charlar con los dueños, arrancar á todos y de todas partes el secreto de tanta belleza como me rodea. Que no parece sinó que una maga misteriosa va haciendo pasar paisajes y panoramas encantadores sobre un gigantesco kaleidóscopo.

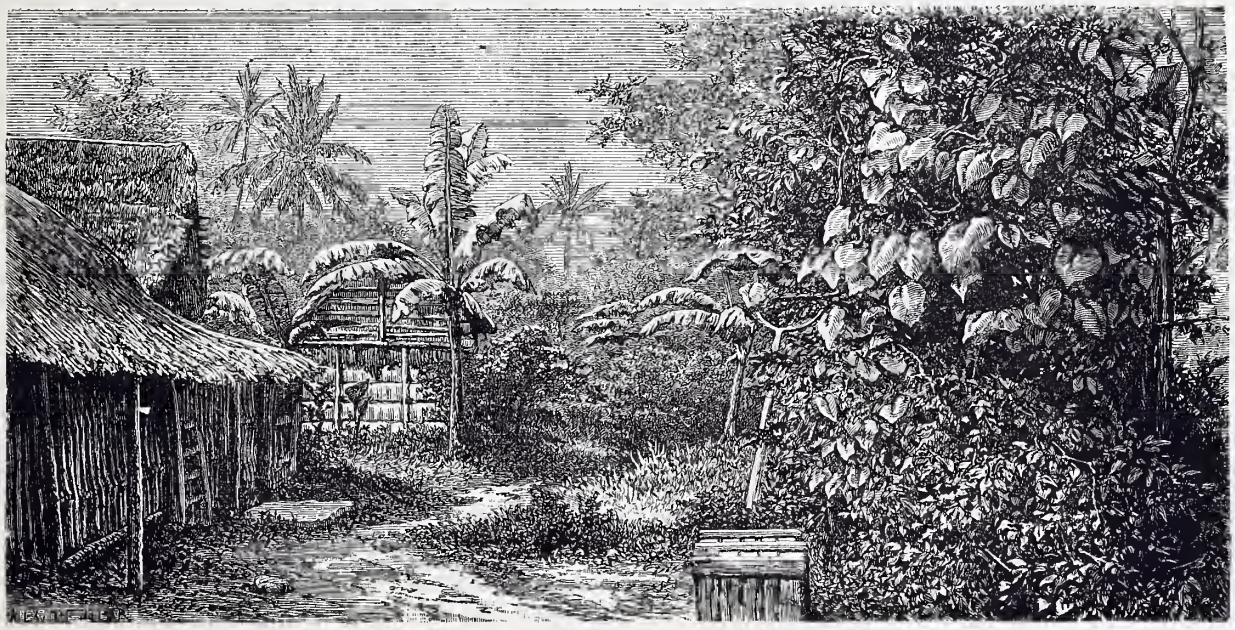
Sí, Batavia es, sin duda alguna, la más bella ciudad del mundo y la más apropiada para la vida en los países cálidos, de la gente de raza blanca. No es una ciudad propiamente dicha, es el más bello é inmenso parque del mundo sembrado de casas y de palacios.

Nada de calles, sinó largas avenidas bordadas de grandes árboles, embellecidas por la más hermosa vegetacion tropical; y estas bellas casas con sus galerías espaciosas de gentiles columnillas que se destacan en blanco sobre la masa espesísima de las palmeras, no parecen sinó otros tantos templos griegos levantados en medio de un bosque sagrado.

Respecto á Batavia, toda exageracion puede ser permitida y toda metáfora es inútil. La admiracion no os deja punto; y cuanto más recorréis la ciudad, á medida que más la conocéis la encontráis más bella y la admiráis en grado más alto. Es una inmensidad de sombra y de verdura. Donde quiera que vayáis, allí donde llevéis vuestros pasos, estáis seguros de hallar siempre perspectivas nue-

vas; y ya de día, ya de noche, bajo la luz ardiente del sol ó á la claridad de las serenas noches estrelladas, veréis cautivados los sentidos y ensanchado el espíritu con efectos de una grandeza incomparable y de una poesía radiante y lujuriosa. La vida de los hombres, el aspecto de las calles, tipos curiosos, trajes brillantes que armonizan con el paisaje, perfumes en el aire, esplendidez en el cielo, aves de vistosa pluma, todo para el viajero es nuevo y sorprendente, y al tiempo que se contempla, asalta á la imaginacion el pensamiento de cuán doloroso debe ser abandonar la vida sin haber prestado ántes á los ojos el placer de tanto encanto.

Batavia, no me cansaré de repetirlo, ¡es admirable!



Una casa en Batavia.

II

El Museo.—Razas y tipos.—Malayos y javaneses.—Mercaderes ambulantes.—Venganzas.—El cuerpo de guardia.—Matrimonios mixtos.—Anécdotas.—Por temor á las consecuencias.

Sí, es admirable, y esta frase que lo resume todo, saldrá constantemente á vuestros labios en vuestras excursiones á traves de las avenidas de esta ciudad encantadora.

No debo olvidar hacer mencion muy señalada de la inmensa plaza que ocupa el centro de Batavia; plaza más grande que el Campo de Marte, al rededor de la cual se encuentran entre otras magníficas habitaciones, el palacio del gobernador general, diversos edificios públicos y el Museo.

El director de éste, Mr. Gromvelt quiso hacerme los honores con toda atencion, y pasé todo un día, que me pareció bien corto, estudiando las bellísimas cosas que encierra.

Este museo posee en efecto la coleccion etnográfica más completa que existe de las islas de la Sonda. Encontráis en él casas javanesas; quintas malayas y casas de Sumatra, ídolos y templos, armas, trajes, buques, instrumentos de música, tipos de tamaño natural, herramientas de cobre, armas de pelea, de todo, en una palabra y para acabar más prestamente; porque en la inmensa sala que estas curiosidades guarda, puede hacerse un completo estudio de los usos y costumbres de Malasia.

Una sala hay destinada exclusivamente á estatuitas, pequeños ídolos de cobre, alhajas de oro y de plata, antigüedades raras y preciosas. Otra guarda una coleccion de antigüedades javanesas y todos los dioses del Olimpo brahmánico. Hay aquí gran número de bajo-relieves, algunos de gran mérito artístico, y copias generales de todos

los más antiguos monumentos de este género hallados en Java, ninguno de los cuales alcanza una existencia anterior al siglo XII.

No hay, por consiguiente, nada que pueda hablar de los notables monumentos que debieron existir en el interior, sobre la emigracion, las conquistas, las trasformaciones de las razas, sobre la civilizacion, en una palabra, de esta isla, la más importante de las islas de la Sonda. ¿No es extraño y fenómeno curioso que esta civilizacion penetre y avance en Java, deteniéndose ante la barrera de Sumatra, de Celebes y de Borneo, ciudades más grandes y colocadas más cerca de los centros civilizadores conocidos? ¿Por qué tantos monumentos amontonados aquí, que en otra parte no existen? ¿Por qué este pueblo sometido, dulce, inteligente y trabajador, desarrollándose por el camino del progreso en medio de poblaciones bárbaras y salvajes? ¿Es una cuestion de raza, de instintos ó simplemente de corrientes facilitadas por la emigracion india? La corriente, partiendo de la punta de Ceylan, aborda en efecto á la costa de Java; pero nada puede afirmarse á este objeto y hasta la simple deduccion parece peligrosa á los intereses de la verdad. Más adelante ya me permitiré exponer algunas ideas sobre el particular, cuando visitemos las ruínas de *Boeroe-Boedor*.

La poblacion de Batavia es sumamente mezclada. Entre los malayos y los javaneses, que son los naturales de la isla, veréis á cada paso indios, chinos y árabes; pero el más frecuente, como siempre sucede, es el chino. Activo, económico y perseverante, duro al trabajo y abrasado por la fiebre de las ganancias, en cualquier tiempo y con cualquier calor lo veréis asomar en todos parajes, ya solo, ya seguido de uno ó más criados, que anuncian su paso á golpe de tambor, segun su rango. Recorre las avenidas, los hoteles, penetra en la habitacion misma donde os halláis acostados, y os importuna, os fastidia, os exaspera.

Intermediario obligado de todas las transacciones, aborda el comercio al por menor de la isla entera: es corredor, agente, comerciante y prestamista, y todo lo explota, todo lo arruína, todo lo devora, sea de malayos, sea de javaneses. Nada le asusta ni detiene; fuerte de piel, ni hay enfermedad que le acometa ni peste que de él haga presa; vive y prospera, prospera siempre, allí donde otro cualquiera de propósito más honrado sucumbiría irremisiblemente.

Bien puede decirse, con sobra de fundamento, que el chino es el judío del extremo Oriente. Inmutable como él en su dogma y en sus costumbres, atraviesa todas las civilizaciones y se mezcla á todas las razas, sin que raza ninguna influya sobre la pureza de la suya. Muy religioso, la religion no obra sobre él á la manera que en otros pueblos, y ni le corrige de sus defectos, ni le aparta de sus vicios, y para llegar á la fortuna no hay en el mundo bajeza que no cometa, ni crímen, por horroroso que sea, que no se sienta dispuesto á llevar á cabo, si ha podido vislumbrar en él motivo de provecho á que acompañen probabilidades de impunidad. Porque al cabo, como maestro que es en el arte de vivir, no comete imprudencias, ni deja volar la ambicion al extremo de comprometerse.

El malayo es absolutamente el tipo contrario del chino. En Java, la raza se divide en tres ramas: los sondaneses al Oeste y en las montañas; los javaneses en el centro y en el Este, y los malayos en las costas. Todos ellos, los componentes de estas tres razas, son pequeños y bien formados, de una fuerza muscular poco desarrollada; pero capaces de llevar sobre sí un pesadísimo fardo, cosa que efectúan á menudo y sin gran esfuerzo. Hablan dialectos diferentes, de tal modo, que no pueden entenderse entre ellos, y la desemejanza de sus cráneos diferencia á los unos de los otros.

El malayo tiene la cabeza larga y aplastada, cuadrada la frente y los cabellos cortados á la europea, en tanto que el javanes tiene la cabeza ancha, el cráneo más levantado, la frente redonda y los ojos colocados en semicírculo. En unos y otros los ojos son negros, ligeramente oblicuos, con esclerótica de color amarillento salpicada de hebras sanguinolentas; tienen las nariz tan aplastada y los pómulos tan salientes, que, en las mujeres sobre todo, puede aplicarse una regla sobre la cara sin tocar á la punta de la nariz, y esta delicadísima parte del cuerpo se halla en ellos libre por completo de todo género de peligros, caso de una caída de bruces.

Moral y físicamente, la infusion de sangre india ha influído en los javaneses de una manera tan poderosa, que sus instintos se diferencian por modo esencial de los instintos que predominan en las razas hermanas suyas.

Los javaneses son sedentarios, cultivadores de baja estofa; verdadera raza de siervos, nacida para vivir bajo dominio extraño, pasan de un yugo á otro yugo, y adoptan las doctrinas religiosas de Brahma, Buddha ó Mahoma, siempre sometidos, convertidos y conquistados. Como toda raza débil y oprimida, el javaneses profundamente religioso. Hecho esclavo de todos los hombres, sensible por naturaleza, ha llevado los ojos al cielo y ha sentido la necesidad imperiosa de amar á Dios y ren-

dirle tributo. La religion es la sola compensacion ofrecida á su dolor.

Pobre y sin recursos, el javanes emprende la peregrinacion á la Meca, que pocas veces el malayo lleva á cabo; las duras pruebas, los peligros múltiples é incesantes del camino, la suerte desgraciada de los que le han precedido (perece el ochenta por ciento), nada de esto es razon bastante para detenerlo en su propósito. No preocupándose en poco ni en mucho del mañana, nada ahorra, nada acumula y jamas llega, por consiguiente, á ser rico. En su falta de ambicion, en ese pasar la vida sin propósito determinado, sin fe en las comodidades que la perseverancia y el trabajo pueden dispensarle más tarde, adivínase todo el desaliento que le imprime su condicion de siervo. Prodúzcale mucho ó poco su trabajo, despojado como vive, mejor dicho, como vegeta, de pasiones ni deseos, pasa siempre en la misma cabaña, con el mismo alimento y con iguales vestiduras.

Es un sér triste, melancólico y resignado.

El malayo pertenece á una raza más fiera: es guerrero, marino, pirata ó comerciante, y jamas acepta de buen grado la conquista. Se le encuentra libre, vagando al azar en las islas de la Sonda y luchando contra la supremacía de la Holanda. En las islas de Madoura, Amboine, etc., se halla sometido, mal que pese á su naturaleza independiente, y el ejército holandes escoge de entre ellos sus mejores soldados de color considerándolos cuando aceptan la religion cristiana, al igual de los soldados europeos.

En Batavia se hace criado de buena gana, con ánimo de no matarse trabajando; desempeña tambien algunos bajos empleos administrativos, y muchos de ellos ocupan plazas de mozos de riego público y guardias de policía.

Como doméstico, el malayo es dulce y servicial, pero sumamente perezoso y en ocasiones susceptible hasta el exceso. Cuidáos muy bien siquiera de a cnazarlo, porque jamas llegará á soportar humildemente una ofensa ni á perdonar una injusticia.

El blanco que lo ha herido se expone á una venganza cierta, y se cuentan frecuentes casos de malayos que armados de una fuerte rama de bambú cortada en punta, han esperado á su amo y le han dado una muerte horrible. Otras veces, cuando duda de que llegado el momento conserve ánimo y fuerzas para llevar á cabo su venganza, se embriaga con opio ó aguardiente, y entónces ya, con la cabeza exaltada, sin otro pensamiento que el pensamiento único de que no quede impune la ofensa que se le hizo, se lanza á la ciudad recorriendo calles y avenidas, golpeando á todos en todas partes y vengando así sobre muchos la ofensa de uno solo. Esto es lo que se llama *curir l'amok* y sucede de una manera tan frecuente, que las avenidas todas tienen establecidos numerosos cuerpos de guardia, donde los vigilantes se hallan armados de lanzas bizarras, armas de toda clase, picos, partesanas y largas horquillas armadas de dientes para clavar al furioso contra un árbol ó contra un muro; llevan ademas consigo un sonoro pito de madera, con el cual anuncian las horas, y del que se sirven para solicitar auxilio en caso de alarma.

Los malayos viven en los *faubourgs* sobre el borde de los canales, donde sus casas de caña agrupadas pintorescamente á la sombra de los bambúes, forman lo que se llama un *campong*. Sus mujeres son lavanderas ó vendedoras al por menor, y desde las primeras horas del día podréis verlas reunidas en gran número bajo los profusos árboles de las avenidas con sus cestos llenos de diversos productos; ésta vende naranjas, aquélla melones, la de más allá duraznos, esotra arroz y *karí*, el celebrado y nauseabundo plato del país, estotra té en taza y bebidas refrescantes.

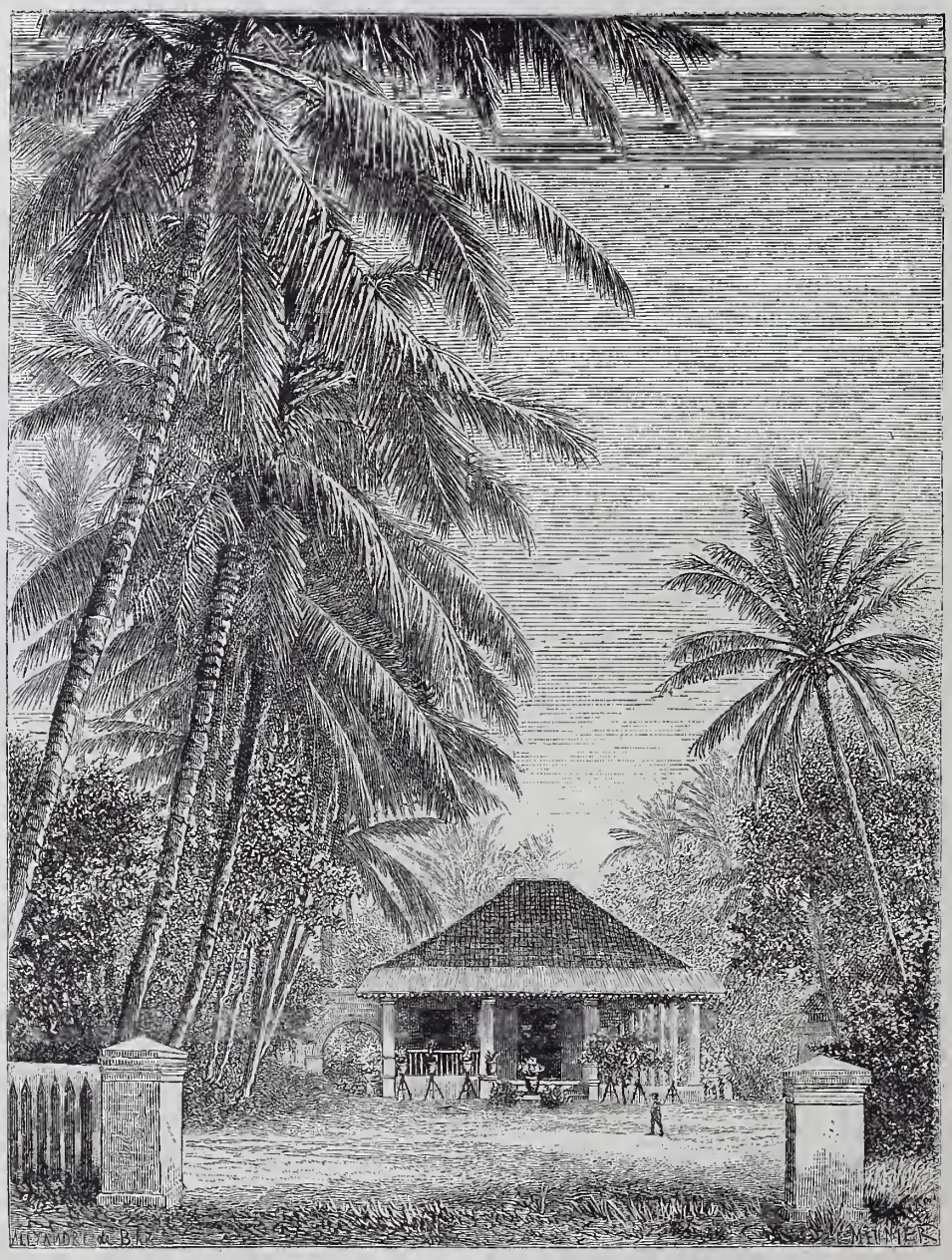
Por todas partes donde vayáis encontraréis paquetes de hoja de *betel*, preparadas para ser usadas. Es aquí el uso de ellas cosa más frecuente que el tabaco en Europa. Los naturales del país se dedican á él con fruicion, con verdadero deleite, y todos, malayos y javaneses, practican sin excepcion tan abominable costumbre.

Por su causa, bocas hinchadas, dientes negros y podridos, encías escoriadas y labios extremadamente deformes. ¡Qué belleza podría resistir á tales circunstancias! Las mujeres se resienten de estos usos poco á propósito para embellecerlas.

Son, sin embargo, graciosas estas malayas, con su pequeño gorro chinesco, sus formas elegantes encerradas en túnicas multicolores, sus espaldas y sus brazos admirablemente modelados, escapándose desnudos de la abultada serie de telas que oculta su seno. Los niños ofrecen verdaderamente un aspecto encantador en su media desnudez, con las cabecitas completamente rapadas, excepto un pequeño trozo, del cual se levantan los pelos á manera de plumero.

En cuanto á los malayos, excepcion hecha del criado de buena casa encerrado fieramente y con aspecto orgulloso en su librea roja y con la cabeza cubierta por un casco esférico de reflejos dorados, se halla por completo desprovisto de interes y de originalidad.

En suma, nos encontramos en Java en presencia de dos razas que viven la una frente de la otra, de instintos por completo diversos, de aficiones contrarias y de naturaleza encontrada. Los malayos pertenecientes á las razas libres, el javanes nacido para figurar en el catálogo de los pueblos serviles, para aceptar como cosa corriente su inferioridad, para someterse á todos los yugos imaginables, para pasar de una á otra conquista, de un dominio á otro dominio, sabiendo bien que cualquiera que sean sus esfuerzos, no por ellos habrá de agrandar su talla ni encontrar



Un *campong*.

un estado de postracion y miseria mayor del que le envuelve (1).

Estas razas han sido los instrumentos de la civilizacion en Oriente: ellas han hecho la India y han creado á Java, y su sobriedad, sus instintos laboriosos, su humilde sumision han podido des-

(1) Al decir razas serviles, entiéndase que es una forma adoptada para expresar mi pensamiento, pero no absolutamente cierta. Una raza no puede aceptar la esclavitud con alegría en el corazon; pero poco vigorosa ó poco resistente, puede verse amenazada por la conquista y la opresion; más tarde, los instintos hereditarios se la hacen

Cuerpo de guardia en Batavia.—(Tomado de una fotografía).

armar esa ley fatal que hace desaparecer en el reino animal como en el reino vegetal todo sér inferior puesto en contacto con un sér superior.

Estas razas, entre las cuales pueden contarse los indios, los javaneses y los indianos de Méjico y del Perú, forman extraordinario contraste con las razas más fieras y de libres instintos, que ninguna conquista ha colocado bajo yugo, tales

---

conservar como legitima y en países determinados, la religion ¡cosa monstruosa! la consagra como cosa santa.—(N. del A.)

Mr. Charnay parece haber exagerado en este y otros parajes de la obra, en los cuales traduzco literalmente el texto, no sólo las condiciones de indolencia, de pereza, de cobardía é ignorancia de los javaneses propiamente dichos, si que tambien las condiciones del protectorado que sobre ellos ejercen los holandeses.

En esto peca de criterio ingles, á cuyo pueblo parece sumamente afecto en cuestiones de colonizacion, y sin que haya yo de atacar aquí el sistema británico que ha hecho en realidad de Australia un país floreciente y rico (si no para los naturales del país, á lo ménos para los ingleses), no considero fuera de lugar restituir la verdad en su punto verdadero, dando algo á la condicion de los javaneses y quitando mucho á la tiranía ejercida por Holanda.

No están borrados por completo de la naturaleza de los javaneses los instintos guerreros de la raza malaya. Ni se comprende que hombres como son, amigos de la vida aventurera de los campos, de las peripecias de la caza, de los combates de animales, de la música y del baile; hombres gustosos de vivir en la fiera guarida de los bosques y de imaginacion voluptuosa, hayan de someterse cobarde é indolentemente á yugo más estrecho del que pudieran gozar gobernados por sí propios.

Léjos de mi ánimo llevar las cosas por tan extremo lado, que pretenda hacer de los javaneses un país esencialmente libre. Donde quiera que el protectorado y la intervencion existen, áun cuando lo entibien las dulzuras del progreso, habrá de determinarse la tiranía. Es una fatalidad imprescindible, pero fatalidad al cabo, que acompaña á la infusion de las costumbres civilizadoras en el seno de los pueblos á ellas extraños.

El sistema colonial de Holanda es por demas conocido de todos. Esta nacion, léjos de influir de una manera temible sobre país alguno, reconoce como base principal de la colonizacion el amor al trabajo, y pretende desarrollar los hábitos de laboriosidad que la distinguen en aquellos pueblos á quienes domina. Y ni su yugo ha llegado en Java á manifestarse en la esfera religiosa, ni en estas y otras cuestiones han tomado de ella los javaneses más de lo que quisieron aceptar de buen grado.

Si aquí en España comparamos la conducta observada por los holandeses en sus colonias con la practicada por nosotros en las nuestras, podrá comprenderse fácilmente cuánto distan de verdadera apreciacion, las afirmaciones terminantes de Mr. Charnay.

En una palabra: los javaneses se hallan en condiciones suficientes de carácter, no diré para ser libres, pero sí para no ser absolutamente esclavos, desprovistos de toda accion, y los holandeses no han procedido con ellos mucho peor que los ingleses en el Indostan.

Lo cual, en honor de la verdad, no es haber llegado al límite de bondad en la conquista.

Como mi autoridad parecería escasa, y lo es en efecto para afirmaciones de esta índole, séame permitido apoyarlas en la autoridad reconocida de un ilustre compatrio-

ta de Mr. Charnay, que ocupándose de Javá dice entre otras cosas las siguientes:

«El islamismo es desde el siglo XIV la religion dominante; la cristiana es tolerada y existen aún multitud de idólatras. Por causa del desarrollo extremo que ha tomado la cultura del suelo bajo la influencia del sistema administrativo adoptado por los holandeses, que imponen la obligacion del trabajo á las poblaciones colocadas bajo su obediencia, los productos de la tierra son verdaderamente prodigiosos. Los principales productos son el café, el azúcar, el arroz, el índigo y el té. Esta última planta es cultivada en Java por los numerosos colonos chinos que se han establecido allí y que siguen para tal cultivo el método empleado en China, si bien muy léjos de llegar á producir un té de tan buena calidad como el de este imperio.

»La parte de Java perteneciente á los holandeses, se divide en 17 provincias, de entre las cuales es la más importante la de Batavia, que tiene por capital la ciudad del mismo nombre.

»En realidad, los holandeses han encontrado el régimen feudal en pleno vigor en Java y no han hecho sinó cambiarlo de mano. El sistema que han adoptado merece ser conocido. Segun los antiguos usos del país, el súbdito debe al señor la quinta parte de su recoleccion, ó para emplear la frase consagrada, el *quinto grano de arroz*. El gobierno holandes se constituye en señor, y en principio se atribuye este mismo derecho áun cuando aplicándole de diversas maneras, ya exigiendo al cultivador la quinta parte de su cosecha de arroz, ya empleando la quinta parte de su tiempo hábil en cultivos particulares, tales como los del té, el tabaco y el nopal.

»Hay provincias en las cuales la poblacion se halla libre de todo impuesto territorial, á condicion de entregar en los almacenes de la administracion una cierta cantidad de productos que le son pagados á un precio extremadamente bajo, pero más ventajoso sin embargo que el fijado por los chinos en la época de su explotacion, los cuales pagaban en 2 florines la cantidad de café por la cual satisface hoy 12 la administracion holandesa.

»Estas combinaciones de impuesto territorial son hábiles. Los holandeses han hallado una tierra fértil y poblaciones indolentes lejanas de la cultura, á las cuales han disciplinado bajo la ley del trabajo. En lo posible, han querido sustraerse á los ojos del pueblo conquistado, evitando las relaciones directas y empleando por intermediarios los jefes indígenas ó regentes.

»Estos encargados de percibir el impuesto reciben por ello emolumentos considerables, siendo de esta manera amigos de un sistema que tales ventajas les proporciona.

»La administracion se encuentra tambien por él poseedora de cantidades considerables de productos coloniales que cede por precio convenido á los agentes de la *Compañía de Comercio Neerlandesa*. Esta sociedad, fundada en 1824 bajo los auspicios del rey de los Países Bajos, comenzó por un capital de 27 millones de florines, que se eleva hoy á más de 100 millones y que se divide en acciones de á 1.000 florines.

»El rey adelantó veinte millones de florines, garantizan-

como los Pieles rojas de la América del Norte, los indios de la América del Sur, los australianos, etc.

Los primeros se multiplican en la esclavitud como los animales domésticos; los segundos se extinguen y desaparecen ante la invasion y la conquista.

La raza blanca no ha fundado en Java una colonia propiamente dicha, sinó más bien un *comptoir* á la manera inglesa. No hay aquí, y lo propio sucede en la India británica, un solo europeo establecido definitivamente, cultivando la tierra y animado del deseo de propagar su raza: el clima se le opone. Viene á desempeñar un empleo, á adquirir una propiedad, á hacer fortuna, en una palabra, y al poco tiempo, cumplidos ó no sus deseos, regresa á Europa por grande que sea su perseverancia para desafiar los rigores que se le opongan al cumplimiento de lo segundo.

No, la raza blanca no puede prosperar bajo este clima abrasador, donde el trabajo ocasiona fatigas inmensas á los más duros y acostumbrados á él, donde el menor movimiento produce una traspiracion agitada y calenturienta.

Ante tales obstáculos, se marchita y perece (1).

A pesar de esta estancia, que hace de los europeos en Java una poblacion flotante, verifícanse uniones bastante frecuentes de blancos con malayas ó mestizas (*nonnas*) (1).

Estas alianzas contraídas á menudo y que provocan cuestiones de interes—hay malayas ricas, —ó afecciones verdaderas, porque las hay tambien extremadamente hermosas, son legitimadas algunas veces.

Esta suerte de alianza es siempre mal considerada. La costumbre la prejuzga y el orgullo establece una tal distancia entre esta criatura color de café con leche y su noble esposo, que la fórmula empleada para anunciar el acontecimiento es la siguiente:

El señor de Tal ha contraído matrimonio con la madre de sus hijos.

Pero esta fórmula humillante, que debe herir en lo vivo de su amor propio á cualquier criatura, sea la que sea la raza á que pertenezca, no coloca sin embargo directa y exclusivamente á la malaya bajo la dominacion absoluta de su dueño, y legítima ó no, la alianza contratada no será rota impunemente.

La venganza es, en efecto, tan larga como terrible.

El esposo no podrá ausentarse sin el consentimiento de su compañera, porque ésta teme el abandono, y no sin grande fundamento. El viaje á Europa le está prohibido, porque la malaya considera que no habría de volver jamas, y una excursion á Batavia se le hace extremadamente difícil, porque Batavia es el camino de la Europa.

Si el europeo salta la consigna, si escapa á la prohibicion, la venganza sobreviene entónces implacable é imposible de evitar, porque el hombre se encuentra absolutamente indefenso para ello.

Es el veneno bajo todas sus formas, pero veneno lento, desconocido, que no deja tras sí rastro ninguno.

Si el hombre parte, la mujer no se muestra desesperada ni parece encolerizarse. Su dolor es silencioso, tan silencioso y sombrío como su resentimiento.

---

do á los accionistas un mínimum de interes de cuatro y medio por ciento.

»Sería larga tarea detallar aquí el sistema de organizacion de esta compañía y las vicisitudes por las cuales ha atravesado. Los dividendos se fijan frecuentemente de 10 á 18 por 100 al año, prueba incontestable de prosperidad, y las acciones han triplicado el precio de emision.

»Obligacion es, impuesta á la compañía, el empleo exclusivo en sus operaciones de navíos construidos en Holanda y dar la preferencia en la exportacion á las Indias á los productos de las fábricas de Batavia.

»Los navíos empleados cada año por la compañía en este comercio representan un total de más de 300.000 toneladas.

»Esto ya de por sí prueba las excelencias de la administracion holandesa; pero lo que afianza esta afirmacion más que otra cosa alguna, es la consideracion de que unos 14.000 europeos mantengan pacíficamente bajo sus leyes una poblacion de más de dos millones de almas, *formada por una raza á quien todas las relaciones se muestran acordes en presentar como fiera é inteligente.*»

Como se ve por la lectura de estas notas, la situacion de Java dista mucho de asemejarse á la pintura sombría que de ella nos hace M. Desiré Charnay, viajero que por otra parte posee excelentes condiciones de observador y hombre de ciencia.

He querido extenderme en la explicacion de la verdad, no tanto por deseo de que mis lectores la recojan íntegra, cuanto porque de las notas anteriores habrán podido deducir interesantísimas y curiosas noticias que el autor de *Seis meses en Australia* no ha colocado en su libro, no siendo como no era la isla de Java el objeto principal de sus estudios.—(N. del T.)

(1) El europeo, durante algunos meses, sufre ménos del calor que las personas aclimatadas. Es que, sin duda, trae una constitucion más fuerte, y, por decirlo así, una reserva de frio. Sucede en esto lo que con los naturales de países cálidos, que viniendo á Europa experimentan durante algunas semanas ménos frio que nosotros.

Es una experiencia que he hecho en todos mis viajes, y que someto á la apreciacion de quien corresponda.—(N. del A.)

(1) Los holandeses llaman á los hijos habidos de este matrimonio *lipplapps*.—(N. del T.)

Una vez en camino, el marido experimenta los síntomas de una enfermedad y empeora visiblemente. Las digestiones se turban, el dolor aumenta, sobreviene la tísis, es un cadáver ambulante. El médico llamado para prodigarle sus cuidados, no conoce este caso extraño, y generalmente sus prescripciones son de todo punto inútiles. El estado del enfermo empéora; tres meses, seis meses, atraviesa una existencia dolorosa, sin que accidente ninguno alumbre al hombre de ciencia sobre la causa de la enfermedad. Por último, los tumores sobrevienen en el abdómen, en los pulmones, en los costados, y el enfermo ve extinguirse su vida en medio de los dolores más horribles.

¿Qué es este veneno que así obra sobre el organismo? ¿De dónde procede la enfermedad? Del bambú. El bambú es un árbol que parece de los más inofensivos. Pero levantad las escamas que guarnecen su tronco, y bajo ellas encontraréis una multitud de pequeños dardos imperceptibles que la malaya ha sabido mezclar á los alimentos del marido ántes de su partida.

Estos dardos, especie de flechas aceradas, han invadido el organismo, penetrado en los pulmones, deteriorado el estómago y perforado los intestinos. La muerte es el resultado final de la introduccion de estos cuerpos extraños en los órganos.

Se cita el caso de un empleado que, habiendo contraído matrimonio con una malaya, conservó en su casa despues que su compañera hubo muerto, á la madre de ésta, una vieja que jamas tuvo para su yerno otra cosa que demostraciones de cariño.

Un rico matrimonio se presentó al empleado, y á pesar de la oposicion de la vieja, á quien este matrimonio parecía una profanacion del recuerdo de su hija, fué llevado á cabo.

Tres meses más tarde, los dos jóvenes esposos habían muerto de la misma terrible enfermedad.

En mis visitas al hospital, donde tuve por guía á un practicante belga, supe por éste que los soldados blancos, á semejanza de los naturales, viven con mujeres malayas. Muchos de estos europeos, terminado el tiempo de su servicio, regresarían de buena gana á su patria; ¿pero qué queréis?—añadía el que esto me contaba,—estamos condenados á vivir aquí por siempre, y por lo que á mí hace, no osaré abandonar la isla por temor á las consecuencias.

Hé aquí lo que me confirmó la verdad de los hechos narrados más arriba.

III (1)

Una tragedia en Batavia.

Por extrañas que parezcan, sin embargo, nada más cierto que las relaciones de Mr. Charnay sobre el particular.

Recuerdo á este propósito, y lo traslado aquí como cosa de las más interesantes que puedan leerse, un suceso que tuvo lugar no há mucho en Batavia y que me ha sido contado por un viajero frances merecedor de todo crédito.

Es una historia, á la cual, como verán mis lectores, no falta detalle ninguno para darle los tonos sombríos de una verdadera tragedia.

Hacia el año de 1866 llegó á Batavia un oficial holandes, Roberto Van-Deer, jóven, de presencia arrogante y de un bellísimo carácter. Su constitucion robusta, y más que todo su excelente método de vida, le hicieron apto para desafiar impunemente los rigores del clima.

A poco tiempo de encontrarse en Batavia conoció á una jóven malaya de rica familia, de quien hubo de enamorarse perdidamente. La malaya correspondió á su afecto, creció la pasion en ambos y el oficial, no viendo en ello obstáculo ni riesgo alguno, contrajo matrimonio con la mujer á quien adoraba.

Fueron unos cuantos meses de verdadera delicia, de placer continuado, los que se siguieron á aquella union dictada por un amor sincero.

Roberto Van-Deer no empleó, ni en la forma de su matrimonio, ni en la vida íntima, ese orgullo que en el casamiento de la malaya con un europeo hace de aquélla una esclava relegada á humillante papel. Antes por el contrario, levantó por la deferencia y el cariño el ánimo de su esposa, dedicó los ratos desocupados á dar á su imaginacion algo que la sacara del letargo de su oscuridad, y la malaya, de viva penetracion, de fantasía exube-

(1) Este capítulo no figura en la obra de Mr. Charnay.

rante, recogía y fijaba prestamente cuanto aquel amante cariñoso le enseñaba.

En poco tiempo, y á medida que las sombras de la ignorancia se disipaban, el cariño de la malaya era más intenso. No parecía sinó que sus instintos salvajes y la fiereza de su carácter, apagada por la civilizacion, habían ido á replegarse íntegros en el fondo de su alma para dar á su pasion el carácter de verdadero delirio, de una adoracion sin límites.

Van-Deer agradecía estos sentimientos, correspondía á ellos; se sentía feliz, en una palabra.

Así las cosas, Roberto recibe una carta de Europa, en la cual se le significa la imperiosa necesidad de su presencia en Holanda.

Van-Deer había oído contar á menudo en Batavia historias de envenenamientos, de venganzas malayas; pero les había concedido una relativa credulidad. Y áun estando seguro de ellas, ¿cómo había de pensar él que su esposa, su cariñosa mujer, ya civilizada, ilustrada, convertida casi en una verdadera europea, habría de conservar los instintos vengativos de su raza?

No tuvo, pues, inconveniente alguno en anunciar á su esposa la necesidad de su viaje á Europa. La esposa lloró, suplicó, pidió de mil modos al oficial que no se ausentara; pero todo fué completamente inútil. Van-Deer no prometió otra cosa que volver lo más pronto posible al lado de su mujer.

La promesa no fué creída, pero la malaya, conociendo la inutilidad de sus esfuerzos, fingió quedarse convencida. Hasta la sonrisa volvió á sus labios y la satisfaccion á su semblante.

Pero en el fondo de aquel corazon ardoroso, más ardoroso todavía por el fuego de la pasion, surgió una tempestad horrible, un dolor sin límites, un deseo de venganza inmenso, incapaz de ser contenido por fuerza ni razonamiento alguno.

La víspera de su partida, el oficial comió como siempre á la mesa con su esposa. ¿Cómo hubiera podido figurarse que bajo aquel semblante tranquilo, en aquellos ojos, tristes, sí, pero de mirar enamorado, se ocultaba una venganza criminal? Y, sin embargo, el veneno del bambú se encontraba allí mismo, en el plato que pacíficamente desocupaba.

Llegó el momento de partir. El oficial reiteró su promesa de regreso, la malaya lloró tristemente, y su último abrazo fué estrecho, apasionado, conmovedor, como que á ella se le figuraba el último que había de dar al hombre á quien adoraba con toda su alma.

Cuando Roberto hubo partido, la malaya secó sus lágrimas, la calma volvió á su semblante y devoró en silencio la inmensidad de su pena.

Pero estaba vengada; Roberto había pagado el supuesto delito de olvidarla, y no sería de otra mujer por mucho tiempo. Aquella europea de rosado color, de cútis de nácar, que sin duda lo esperaba anhelante, iba á estrechar en sus brazos un cadáver.

La malaya se retiró á una casa de campo, y allí vivía sola con el recuerdo de aquel hombre ingrato, pesarosa de haberlo perdido, pero sin sombra de remordimiento por su venganza.

Pasaron unos cuantos meses, y al cabo de ellos, un día, de improviso, la malaya que estaba asomada á la puerta de la quinta, lanzó un grito terrible: en direccion á ella caminaba Roberto Van-Deer, el oficial holandes.

Retrocedamos para explicar los sucesos: Van-Deer abandonó á Batavia, llegó á Europa, empleó tres días en arreglar sus asuntos y con el corazon anhelante, con el pensamiento fijo en su mujer, emprendió gozoso el camino de regreso.

¿Cómo en el tiempo trascurrido Van-Deer no experimentó síntomas de importancia que denunciaran la existencia de aquel veneno que debía destruir lentamente su organismo?

Fuese que la malaya lo empleara en corta cantidad, fuese que la robusta naturaleza del oficial hiciera lánguidos los progresos del veneno, ó ya por ambas cosas, ello es lo cierto que cuando llegó á Batavia y se enteró del paradero de su esposa, animoso de abrazarla, apénas si había sentido algun dolor en el pecho y el estómago que él atribuyó á efecto de las molestias de tan largo viaje.

Llegaba, pues, á la quinta de la malaya, ignorante de todo, lleno de alegría, sin comprender que había de estrechar amorosamente el cuerpo de su verdugo.

Puede comprenderse la situacion de la malaya: su primer impulso fué el de huir precipitadamente. Porque figurábase que aquel hombre, mejor dicho, aquel espectro que hacia ella avanzaba, venía amenazador á perdirle cuenta estrecha por su muerte.

El terror la dejó inmóvil y absorta; pero al poco tiempo la sacaron de su estupor frases cariñosas, abrazos y besos apasionados.

Por un momento, la malaya creyó que todo había sido un sueño al contemplar cerca de sí, con su color de siempre, con toda su varonil belleza, al jóven europeo.

Por su parte, éste atribuyó á la alegría y á lo inesperado del regreso la turbacion de su esposa.

Al llegar á este punto, la historia adquiere un carácter de tal naturaleza, los sucesos son de tal manera sentimentales, trágicos y diversos, que el relato tomaría las proporciones de una verdadera novela, si me dejara arrastrar por la belleza y la originalidad de las escenas que preceden al terrible desenlace.

Mis lectores pueden figurarse cuál sería el dolor de la esposa cuando conoció que Roberto, léjos de llegar reclamando justicia, iba más enamorado que nunca, sin que jamas hubiera pasado por su mente la idea del abandono.

Poco á poco, la enfermedad de Van-Deer se hizo más grave. La malaya no confesó su delito, y el oficial,—véase cuán ciego es el amor,—ni le ocurrió remotamente pensar que fuera el veneno la causa de aquella dolencia que lentamente arrebataba su cuerpo á las delicias de la vida.

¿Qué sucedió despues en la vida íntima de los esposos? Nadie lo sabe. El novelista podría penetrar en aquella casa que permaneció cerrada y adonde nadie acudió sinó despues de largo tiempo; pero el narrador se detiene ante este misterioso desenlace, que se desarrolló en la soledad de aquellos bosques, sin otro testigo que las arboledas sombrías que cierran la quinta.

Sólo se sabe que cuando hubieron pasado algunos meses, á partir de la fecha en que Roberto Van-Deer debió morir, unos viajeros que penetraron en la casa, casa abandonada, silenciosa, cubierta de polvo, vieron en una de las habitaciones interiores dos esqueletos estrechamente abrazados, entre las osamentas de uno de los cuales se hallaba un puñal enmohecido por la sangre. Los muebles se encontraban en desórden, como si á la muerte hubiera precedido una lucha acalorada.

Los criados de la casa habían sin duda huído apénas ocurrida la catastrófe, y no quedaba allí vestigio de vida, ni atmósfera que no fuera de muerte y de silencio respetuoso y solemne.

IV

Buitenzorg.—El camino.—El canal.—Plantaciones de arroz.—Manera de efectuar la siembra y la recoleccion.—El clima.—El palacio del Gobernador general.—La calle de árboles.—El jardin.—El lenguaje de las ramas.—La coleccion de palmeras.—La *Corypka elata*.—El museo Theisman.—El ciervo de Sumatra.

Una excursion se impone á todo viajero á su paso por Batavia; me refiero á la de Buitenzorg, y debo hacerla por dos motivos: primero para presentarme al gobernador general, á quien vengo expresivamente recomendado por medio de una carta, segundo para visitar el famoso Jardin Botánico, del que todos me cuentan maravillas.

Por otra parte, el camino es tan fácil y pintoresco, que áun sin auxilio de tales alicientes me sentiría impulsado hacia Buitenzorg.

De todas las vías férreas que comienzan á extenderse en Batavia, la más antigua es la de Buitenzorg. Esta línea presta grande servicios á los negociantes y á los viajeros, que pueden así franquear en dos horas una distancia de setenta kilómetros. Antiguamente era éste un verdadero viaje lleno de dificultades, que impedían á las gentes de negocios pasar una temporada en clima saludable y les obligaba á permanecer bajo la atmósfera ardiente y deletérea de Batavia. Hoy las personas regularmente acomodadas tienen allí una casa donde respirar el aire puro de las alturas, y estar libres del sofocante calor de Batavia, sin hallarse por eso léjos de los negocios y los asuntos de la ciudad.

Cuatro trenes, dos de ellos rápidos, hacen el trayecto, y la línea atraviesa la ciudad en su más larga extension, con estaciones para mayor comodidad de los viajeros.

El camino ofrece un panorama nuevo, que da una idea completa de este parque maravilloso.

Saliendo de la ciudad propiamente dicha, grandes *faubourgs* se extienden á lo léjos. Véis mezcladas con elegantes hoteles, pintorescas casas casi por completo enterradas en la arboleda, cabañas esparcidas en aquel mar de verdura que agita mansamente el viento, *campongs* cuyas viviendas construídas de cañas de bambú negras y blancas, enlazadas en caprichosos dibujos y cubiertas por grandes hojas de palmera, dan al paisaje tonos de encanto, de misterio y de belleza incomprensibles.

Entramos en plena campiña. A derecha é izquierda, la vegetacion es espléndida y majestuosa. Por todas partes álzanse gran número de bananos, de naranjos y de mangos, á los cuales dominan las altas copas de los cocoteros y los tallos elegantes de la palmera.

Atravesamos extensos campos de batata, de largas hojas lucientes como las hojas de la vid, y

plantaciones de *betel*, en que á los jóvenes arbustos, todavía desprovistos de ramaje, se mezclan los árboles de largas ramas cubiertas de hojas puntiagudas.

El camino de hierro sigue un canal de rápidas aguas cargadas de limo. Presas escalonadas á lo largo de su curso recogen el agua y la conducen á traves de los campos que nos rodean.

Nos hallamos en un campo de arroz, y éste, cosa singular, se halla aquí en todos los períodos de su crecimiento, lo que anuncia una recoleccion continua.

Son los hombres los que lo labran, pero las mujeres lo siembran y lo recolectan. Provistas de un paquete de semilla, se las ve desnudas de media pierna, enfangadas en aquellos campos inundados, seguir la hilera de la plantacion y disponer ésta en línea perfectamente derecha.

Es un trabajo largo y penosísimo, porque en el mismo campo el arroz no madura de una manera igual; tal planta es aún verde cuando la otra ha madurado, y ha de ser grano por grano, espiga por espiga, como se ha de hacer la recoleccion. Pero el Oriente ¿no es el país de la paciencia?

Las montañas se destacan en el horizonte; subimos sin cesar, atravesamos una magnífica plantacion de cacao y nos encontramos en Buitenzorg.

Buitenzorg es un nombre holandes, equivalente exacto del castellano Sin-Cuidado.

La villa está colocada al pié del volcan Gran Salak, fianqueada de dos riberas, en medio de paisajes admirables cruzados por multitud de arroyuelos y canales que conducen aguas siempre frescas para su parque, y está compuesta por multitud de hoteles, de casas de campo y de baños que son aquí para europeos como para malayos una necesidad diaria.

Lluvias frecuentes purifican y refrescan la atmósfera, y la posicion elevada de la ciudad modera notablemente la temperatura; tan notablemente, que las noches son casi frías.

Buitenzorg es la residencia de verano del gobernador general, que posee aquí un magnífico palacio colocado en el centro del Jardin Botánico, á buen derecho, considerado como el más rico y hermoso de todo el mundo.

Una calle de árboles sombría y misteriosa conduce á la entrada principal del palacio. Esta calle de árboles ha sido descrita por un viajero que la consideraba como construída de un solo árbol (tal es lo apretado del ramaje), y tiene tal longitud que un caballo caminando al gran trote emplea ocho minutos en atravesarla.

La arboleda en cuestion está compuesta por cada lado de una séxtuple línea de bananos, que estrechan sus troncos los unos á los otros, que viven de la misma vida, por decirlo así, puesto que las raíces se confunden de igual modo que los troncos y el ramaje. Lo maravilloso en Java salta á la vista á cada paso, sin necesidad de tomarse el trabajo de buscarlo un solo momento.

El jardin es inmenso. Avanzamos dejando á la izquierda un parque, en medio del cual pastan tranquilamente unos cuantos gamos, y llegamos por fin á la llanura, en medio de la cual se levanta pintorescamente el palacio rodeado por un parterre de flores.

El edificio es de estilo griego, de un piso solamente y ceñido por una larga galería de esbeltas columnas enlosadas de mármol.

La parte trasera, que es tan lujosa como la fachada, da sobre un jardin delicioso. De esta parte se encuentran dos pequeños lagos, y por todos lados se destacan las blancas corolas de la *Victoria Regia*, lánguidamente posadas sobre sus anchas hojas de seis piés de diámetro. Multitud de palmeras, de pajareras y palomares se levantan por todos sitios.

A la derecha vénse calles de bambúes enormes, de especies y colores diferentes: los hay blancos, oscuros y dorados. Al soplo del viento que los agita, sus ramas se entrechocan, gimen y parece como que hablan un idioma singular. ¿No será permitido pensar que este lenguaje de los árboles, como todos los rumores de la Naturaleza, ha podido servir á los hombres para modular su lenguaje propio? Id á todos los pueblos del mundo y penetrad en el misterio de sus bosques y en lo intrincado de sus selvas; prestad atento oído á los rumores del viento, y veréis cómo el ruído del naranjo al tropezar en los abetos del Norte, como el gemido de la brisa en las florestas de la Galia, no se parece por nada al susurro de los álamos de Italia y al murmullo de los olivares de la Grecia y al choque gigantesco y rudo de los bambúes de Java.

¿La onomatología no es cierto que ha debido ampararse en su orígen de estos rumores diversos, que bastan á explicar las diferencias del lenguaje?

. . . . . .

La perla de Buitenzorg es indudablemente su coleccion de palmeras, la más completa de todo el mundo.

¡Feliz el botánico que pueda apreciar todas estas maravillas! Por mi parte no puedo hacer otra cosa que admirar los grupos de verdura, la altura de las palmeras y la elegancia de sus tallos.

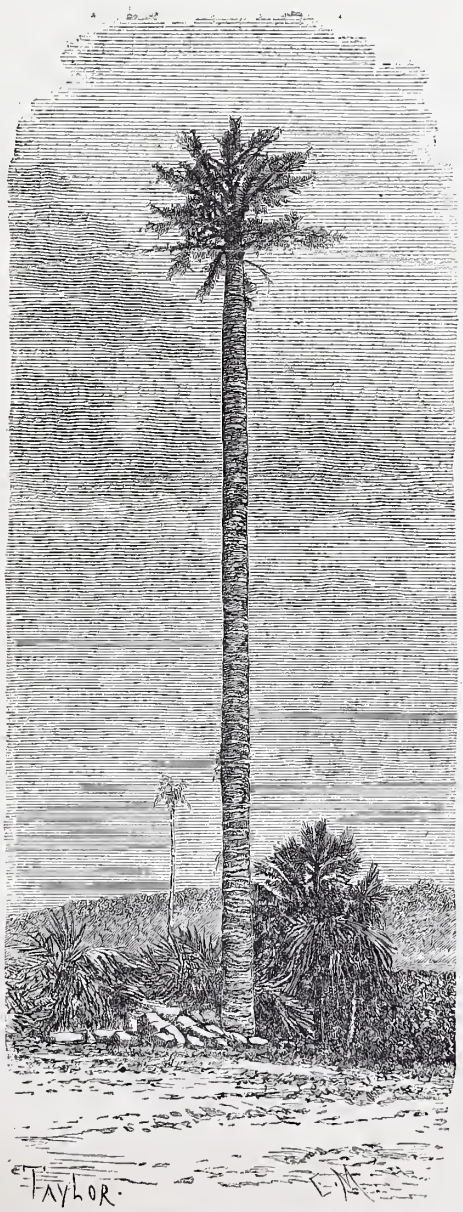
Buitenzorg: el parque del gobernador holandes.

Así que, cuando me enseñan raras especies de este árbol, la *Coripha elata*, por ejemplo, que es una cosa con que sueña todo botánico europeo, me quedo tan sereno como si viera un naranjo.

No es posible abandonar á Buitenzorg sin haber hecho ántes una visita al hotel de Bella Vista, desde donde la mirada abraza el magnífico panorama de la ribera y del volcan, ni sin visitar el curioso museo Theisman, en el cual he hecho conocimiento con todas las especies de monos naturales de las islas de la Sonda. El orangutan os tiende melancólicamente la mano, el nasica no cesa en sus saltos descompasados, y cerca de ellos míranse las palomas torcaces de las Molucas, grandes como pavas, que pascan contoneándose orgullosamente por sus anchas pajareras.

Aquí y allá vénse grandes estantes llenos de botes de cristal, dentro de los cuales se agita un mundo extraño: es una coleccion completa de esos originales insectos que imitan perfectamente en su forma, ya los pedazos de un tronco de árbol muerto, ya sus hojas, y que colocados entre las ramas no pueden ser distinguidos, como su movimiento, ese privilegio de la naturaleza animada, no los denuncie á vuestros ojos.

Pero lo que se admira de más curioso y de más bello en toda esta coleccion es un rebaño de ciervos nacidos en Sumatra. Este ciervo es un animalito de veinticinco centímetros de altura, una miniatura de ciervo, una maravilla, una verdadera alhaja, una obra maestra de gentileza y de elegancia.



Palmera *coripha elata*.

V

De Batavia á Samarang y Soerakarta.—Samarang.—El hotel.—El camino de hierro.—La diligencia vieja.—Plantaciones.—El paisaje.—Soerakarta.—La Presidencia.—Trajes.—Indiferencia.—Los chiquillos.—Cortejos oficiales.—La casa de los tigres.—Paseo fantástico.

Despues de mi regreso á Batavia, y cuando hube dispuesto en esta poblacion todos los preparativos de viaje, me puse en camino para Samarang. Desde este punto debía dirigirme, segun mis intenciones, á Soerakarta ó Solo.

Es una travesía la que hay que recorrer de treinta y seis horas, y dos caminos pueden seguirse para llevarla á cabo.

Por tierra, el viaje ofrece un atractivo infinitamente más interesante, y yo me había trazado un itinerario encantador; pero cuando llegó la hora de partida, encontréme con que á más de ser el camino mucho más largo, era tambien mucho más caro por este lado.

No tuve que discurrir largo tiempo para decidirme, y como anduviera escaso de él y ansioso por llegar al término de mi viaje, me embarqué con rumbo á Samarang.

Partí de Batavia el 15 de Julio por la mañana y al día siguiente á cosa de las doce desembarcaba en la rada.

Samarang ofrece idéntico aspecto que Batavia á los ojos del viajero, y desarrolla la misma línea de playa baja y arenosa, desprovista de todo vestigio siquiera remotísimo de vegetacion. Toda la costa septentrional de Java se presenta de igual manera, al contrario de la meridional, que es montañosa y donde las olas del Océano Indico levantan sin cesar la nieve de su espuma.

Ménos grande y ménos bella que Batavia, Samarang es, á pesar de esto, una ciudad bellísima. De tal condicion es Batavia, que todavía es hermosa cualquiera ciudad indigna de ser comparada con ella.

Las avenidas de Samarang son ménos largas, pero más sombrías; su vegetacion es más pomposa, si se quiere, pero ménos elegante.

Volvemos á encontrar aquí las bellas casas malayas, rodeadas por completo de jardines, pero desprovistas de aquel aire señorial y majestuoso de Batavia. Como esta ciudad, Samarang nos ofrece su cuartel chino y sus agencias europeas, y en los *faubourgs* las casas árabes y los *campongs* javaneses.

La poblacion aparece aquí sensiblemente modificada; costumbres y tipos son por completo diferentes, y en las calles adviértese gran número de árabes que de esta parte de la isla hacen la concurrencia con los inevitables chinos. Entre los hombres, el peinado de aleta, el capote y los calzoncillos han reemplazado la enagüilla y el pañuelo de seda lisa de los malayos.

Así vestido y con el *kriss* (puñal) á la cintura, el comerciante ó el señorito javanes de esta ciudad se adelantan graves, acompasados y taciturnos, naturaleza triste en la cual se adivina á la primera ojeada el peso de un yugo.

En el hotel encontramos, como en Batavia, la misma cáfila de vendedores que nos asalta y fastidia. Son muy caros estos hoteles; siempre llenos, se aprovechan de la concurrencia que no ha de faltarles y dejan correr las cosas á la moda antigua: el viajero se coloca donde buenamente puede y algunas veces han de colocarse tres ó cuatro en una misma habitacion.

Pero tengamos paciencia, que en la guerra como en la guerra y dos días, sobre todo cuando han de emplearse en ver cosas nuevas é interesantes, pasan con gran velocidad.

Los alrededores de Samarang son vulgares. Olores nauseabundos se escapan de los pantanos que inundan á cada flujo las aguas del mar, y la villa es excesivamente mal sana, como puede comprenderse.

Para ganar el camino de hierro que debe conducirnos á Soerakarta, atravesamos una extensa llanura fangosa y húmeda, donde sólo de trecho en trecho se ven colosales grupos de bambúes.

Cinco horas se emplean para llegar, y bien pronto de haber partido, el camino entra en un suelo más elevado. La vegetacion comienza á mostrarse hermoseada, el verde esmeralda de los campos aparece ya á ambos lados de la vía, y enormes zanjas del terreno ocultan á menudo á nuestra vista paisajes deliciosos. Echamos de ménos caminando por aquí la vieja diligencia, el pesado armatoste en que viajaban nuestos padres, muy incómodo, muy ruidoso, todo lo que se quiera, pero que tarde ó temprano llegaba siempre y había dejado tiempo para admirar una belleza, hacer unas quintillas á la vista del objeto que las inspiró y tomar un apunte en el álbum de

paisajes, compañero inseparable de todo buen *touriste.*

Hénos aquí ahora en una floresta bastante pobre, compuesta de una misma especie de árboles de largas hojas: es el *teck*, madera preciosa para la construccion y muy apreciada y cuidada en la India y los países cálidos. Segun me dicen, estos árboles, por bien abonados que se encuentren, perecen por causa de una enfermedad desconocida; los troncos están casi muertos, las ramas completamente desnudas y las copas absolutamente rapadas. La más insignificante de nuestras florestas de Francia ofrece mayores atractivos, bien que no tiene ninguna de ellas la deliciosa ventaja de servir de abrigo y morada á los tigres.

Desembocamos en la llanura. Aquí todo comienza á adquirir tonos rientes; el cultivo, bastante pobre y descuidado hasta ahora, se enriquece á cada paso; el paisaje se engrandece y extiende, y ya á lo léjos vemos azular vagamente la cima de tres volcanes que ocupan el centro de la isla: á la izquierda el Lawoe, á la derecha el Merapi y el Merbabon.

Entramos por fin en los dominios de Soerakarta. Es decir, en un paraíso que nada sobre la tierra puede igualar, y que la pluma, el pincel y la fotografía lucharían en vano para reproducir fielmente. ¡Cuánta riqueza y cuántas maravillas!

Es una llanura ligeramente ondulada, algunas veces cortada por pequeñas eminencias, sembrada por caseríos innumerables, que más que verse, se adivinan en el fondo de aquellos inmensos bosques de riquísima y brillante verdura.

Bambúes gigantes se alzan por todos lados, y en el centro, como para dar abrigo á las casas, árboles de pan, cocoteros, bananos, bananeros, multitud de árboles frutales que se desarrollan en toda su potencia bajo este sol ardiente y este cielo espléndido como ninguno.

Es, en fin, el paisaje un bosque inmenso sin la monotonía de otros bosques, el paraíso de Adam lleno de cabañas, rodeado por los encantos de la vida y embellecido por los primores de la agricultura.

De cada lado, el suelo ha adquirido nivel por terrenos cultivados de todas dimensiones, de manera que ni un solo metro de este suelo feraz y productivo permanece abandonado, ni se pierde una sola gota del agua destinada para el riego. Esta agua se extiende á traves de mil canales diversos por estas superficies grandes y pequeñas, y ayuda en mil formas diversas á las condiciones inmejorables de la tierra.

Campos inmensos de arroz se extienden aquí por todas partes, y en tanto que los búfalos negros pastan la paja abandonada, otros convenientemente uncidos trabajan para una nueva siembra. Aquí se encuentra el arroz verde, tierno y apénas denunciándose sobre la fangosa llanura, en tanto que en el campo vecino grandes grupos de mujeres van recogiendo espiga por espiga los tallos ya completamente maduros. Más léjos, campos inundados, semejantes á pequeños lagos estancados, se mezclan los unos á los otros formando cascada por las desigualdades del terreno; los lagos están entremezclados de plantaciones de caña de azúcar, de tabaco, de manioc y de índigo.

Una multitud de trabajadores anima la campiña y miles de pasajeros pueblan los caminos; cortadores de caña, cultivadoras de arroz, conductores de carrillos de mano, búfalos negros y zebús de bellísimo color caminan llevando sobre el lomo los niños que los guardan, en tanto que las chiquillas, completamente desnudas, conducen rebaños en la campiña cubierta de pomposo follaje.

Todo esto esclarecido por una luz serena, intensa, forma un cuadro extraordinario que jamas se olvida, que vuelve siempre á la imaginacion y se graba profundamente en la memoria.

Y no es un punto solo; es un largo panorama de veinte leguas con iguales bellezas, con idénticos detalles, el que se desarrolla á los ojos del viajero, que permanece como encantado á la perspectiva de tales y tan maravillosas manifestaciones de esta exuberante naturaleza.

Llegamos por fin á Soerakarta, más cansada la imaginacion con tanto soñar y los ojos de admirar tanto, que el cuerpo de las fatigas relativamente pequeñas del viaje.

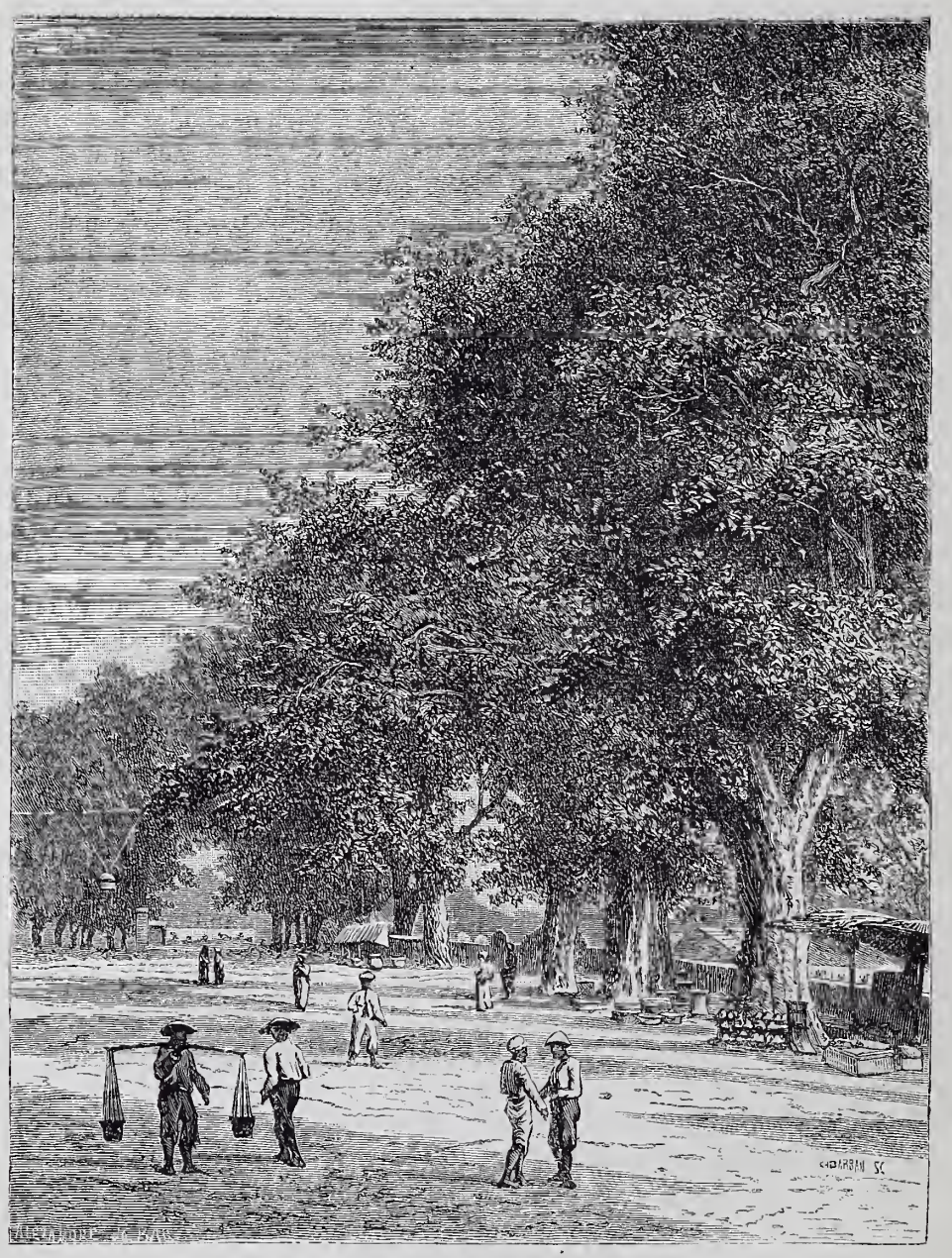
Soerakarta es la ciudad javanesa por excelencia, la ciudad santa, la residencia del Emperador y Sultan de Java, descendiente de los emperadores de Mataram.

Es tambien la residencia del Mangen-nagoro, príncipe igualmente independiente... bajo la proteccion de la Holanda.

La estacion del camino de hierro se halla situada á tres kilómetros de la ciudad. Atravesamos algunos terrenos inundados, poblados de pequeñas casetas construídas sobre piés de madera, y á las cuales conducen tablones terminados en rústicas escalerillas. Dejamos á la derecha algunos pobres edificios, atravesamos á lo largo una gran muralla que encierra el palacio y las dependencias del Mangen-nagoro, seguimos á traves de grandes calles y hermosas avenidas pobladas de paseantes y llegamos al hotel.

Este hotel es verdaderamente encantador; es una grande y rica habitacion particular trasformada por los cuidados más exquisitos en una fonda inmejorable.

El piso principal, con su galería de columnas, su suelo y sus escaleras de mármol, se levanta sobre la avenida que conduce al palacio del emperador y justamente enfrente de la fortaleza holandesa que vela por la tranquilidad de la villa. Vastas dependencias, colocadas al rededor de un jardin delicioso, sobre el cual da el comedor, inmensa habitacion abierta á todos los vientos, se



Soerakarta; una calle de árboles.

extienden para el más grande *confort* de los viajeros.

Mi primera visita es para la Presidencia (1), en la cual debo presentar mis cartas de introduccion. El palacio se halla cerca del hotel; cincuenta metros apénas la separan, pero la etiqueta exige que se vaya á ella en carruaje para cualquier asunto, y una calesa tirada por dos caballos me deposita perfectamente vestido de negro en el vestíbulo del palacio.

El presidente, que habla frances tan correcta-

(1) Llamamos así al edificio en que habita el gobernador holandes.—(N. del T.)

mente como un parisien, me recibe con una amabilidad y una gracia encantadoras, me promete ayuda y proteccion y pone á mi disposicion inmediata los caballos de posta del Estado para que los utilice si por acaso me decido á verificar algunas excursiones por el interior del país.

He llegado afortunadamente á tiempo para asistir á una gran fiesta que debe celebrarse en la residencia del Emperador, con ocasion de la circuncision de sus hijos. La ceremonia debe tener lugar dentro de algunos días, y en ella tendré ocasion cumplida y bien rara por cierto de estudiar de cerca una de las cortes más curiosas de Oriente. Por otra parte, el presidente, por indicacion mía, me ha solicitado una audiencia del Mangcnnagoro.

Este es el príncipe más rico de Java; es inteligente, liberal y acoge perfectamente á los extranjeros: puedo, pues, contar como segura mi audiencia. Pero de acá á entónces tengo lugar sobrado para recorrer la ciudad.

De regreso al hotel, me despojo de un traje que considero ridículo para la poblacion en que me encuentro é insoportable para el calor tórrido que me abrasa, me coloco un traje blanco, y sin cuidado alguno por la preocupacion existente en la ciudad de que no caminen por ella sinó en carruaje los extranjeros, me lanzo al azar á traves de las calles de Soerakarta.

El barrio mercante recuerda instantáneamente los barrios mercantes de Samarang y Batavia. Pero si Batavia nos hace el efecto de un parque inmenso, si los caseríos se esparcen en la llanura dentro de bosques encantadores, Soerakarta parece toda ella perdida en medio de una verdadera floresta.

Las calles son largas y anchas avenidas llenas de filas de árboles soberbios, variados y de profuso ramaje; las casas desaparecen por completo detras de ellos y á la simple mirada no se apercibe otra cosa que copas de verdura. Otras veces, las casas rodean la avenida, de la cual las separa un canal de agua corriente, atravesado por un gran número de puentes pintorescos.

La fisonomía de las calles es extraña. ¡Cuán léjos nos sentimos aquí de nuestra querida Europa! Tal calle de éstas es un desierto, tal otra, situada á solos veinte metros de distancia, es una arteria de vida exuberante, de circulacion extraordinaria. Gran número de mercaderes de ambos sexos se hallan colocados á ambos lados de la avenida, los unos con su gran quitasol, los otros, más pobres, agrupados bajo los árboles cerca de sus puestos. Os ofrecen vestidos, utensilios de cobre, legumbres, frutas, bebidas y mezclas desconocidas. Es una multitud compacta la que circula por esta especie de mercados. Pasáis, y nadie se aparta del lugar en que está colocado; pero sea respeto, sea indiferencia, que más me inclino por esto último, nadie se toma el trabajo de fijarse en vosotros. Yo me aproximo á una vendedora para comprar diversos objetos que me llaman la atencion y baja los ojos como avergonzada y confusa.

Cosa extraña y que produce singular efecto. En esta poblacion que bulle, que se agita, no se escucha otro rumor que el murmullo silencioso que denuncia á una multitud que reposa. No parece sinó que se halle uno dentro del templo y que sean bóvedas sagradas estas verdes bóvedas que fabrica el capricho de la Naturaleza sobre nuestras cabezas, reuniendo las ramas de los árboles. Ni la risa de los niños ni la voz de los hombres produce ruído alguno. Todos con los piés desnudos caminan silenciosos ó hablando en voz baja como temerosos de que les sea sorprendido algun secreto. En una palabra, parecen un pueblo de conspiradores, acechados por la policía.

Aun cuando vivan en medio de una naturaleza millonaria, esto no obsta para que la mayoría de la gente sea pobre. Bien que por aquí ser pobre, es decir, no tener un cuarto, no implica la consecuencia de morirse de hambre como en otras partes.

Hombres y mujeres llevan una especie de capotillo tejido de lana ó seda, de colores brillantes, cuya combinacion en caprichosos dibujos reclama una atencion considerable, y que flota en anchos pliegues á manera de zagalejo. Los hombres llevan el cuerpo encerrado en una chaqueta sumamente estrecha y las mujeres en un pedazo de tela de color sombrío que las desgracia sobremanera. Los niños ruedan completamente desnudos por el suelo y las niñas llevan al cuello, suspendido de una cadenita de metal, un pequeño corazon de oro, de plata ó de cobre dorado.

Llego á la avenida que conduce al palacio ó kraton de la residencia imperial, precisamente en el curioso momento en que pasan el mundo oficial y los altos dignatarios de la corte.

Vestidos de capotes más vistosos y de trajes hechos con paño más fino que el usado por el comun de los mortales, el jefe con la cabeza engalanada por bonetes de todos colores y hechuras, sobrepuestos los unos á los otros en progresion decreciente, el *kriss* ó puñal colocado en un riquísimo cinturon, estos personajes se adelantan lentos y graves, seguidos por criados que conducen parasoles verdes, amarillos ó azules, segun la dignidad de sus dueños.

Interior de una casa malaya.

Para los príncipes de la sangre, el parasol es de oro. Príncipes y grandes dignatarios llevan tras sí el acompañamiento obligado de los parasoles, una escolta de lanzas más ó ménos numerosa y dos pajes ó dos jóvenes doncellas, una de las cuales conduce un platillo de oro con hojas de betel, y la otra una especie de escupiderilla donde se arrojan éstas despues de mascadas.

Al pasar un príncipe, los javaneses le dan frente y se inclinan en una profunda cortesía. Para el Emperador, se prosternan de rodillas, bajando los ojos al suelo, porque la curiosidad de mirar es signo imperdonable de desacato.

Estas gentes son poco agradables en general; las mujeres sobre todo, cuyo perfil presenta una línea extremadamente fea por causa de la nariz aplastada y los pómulos salientes en demasía.

Hay que distinguir, sin embargo, aquí como en otras partes dos especies: la una deformada por la servidumbre y los trabajos duros, la otra elevada por el buen vivir y el descanso. Los cultivadores, en efecto, y la plebe en general, presentan un tipo por completo distinto del de los príncipes y los dignatarios, y no son otra cosa que producto de una mezcla de malayos y papúes de los designados bajo el nombre de *kalanks*, los cuales pretenden existir en estado de raza pura en ciertas partes de la isla.

La alta clase tiene la tez clara, el rostro largo, la boca ménos gruesa, la nariz ménos aplastada, los pómulos ménos salientes y el cuerpo más esbelto; nótanse en ella contornos elegantes y rasgos que no carecen por completo de encanto.

La avenida, en la cual me encuentro, es larga y bella; la sigo hasta Craton y me encuentro en una gran plaza cuadrada, plantada de árboles magníficos.

Las altas murallas del palacio cortadas por una puerta monumental, ocupan toda la fachada que me da frente; á la derecha hállase situada una iglesia de las más modestas, detras un cuerpo de guardia y dos pequeños edificios que encierran los tribunales de justicia, y á la izquierda habitaciones particulares, casas javanesas y la casa de los tigres.

Dos hombres pasan ante mí conduciendo unos cuantos perros muertos y los sigo hasta llegar á un rincon de la plaza. Sordos rugidos me anuncian el lugar donde nos encontramos.

Una puerta se abre y penetramos en un patio en medio del cual se eleva una jaula de colosales dimensiones. Es una verdadera casa construída á estilo de fortaleza y en condiciones inexpugnables. Los barrotes están cruzados, y tan cerca los unos de los otros que á traves de ellos no podría pasar el brazo.

Al aproximarnos, los tigres que olfatean la proximidad de su presa, se inquietan, cruzan ansiosamente del uno al otro lado y lanzan miradas llenas de fuego por los intersticios de la jaula. Uno de los hombres sube por una escala hasta una trampa colocada en el techo de la caja, y entónces los rugidos y los saltos crecen extraordinariamente. Cuando por fin la presa cae al suelo, comienza una lucha encarnizada, una pelea sin nombre, en la cual se advierte tanto de horroroso, de espantable, que la impresion de aquel espectáculo no podrá apartarse jamas de mi imaginacion. A pesar del abominable olor que se escapa de la carne, una fuerza desconocida mantiene fija mi vista sobre aquel cuadro de sangre y de fiereza, y los ojos pegados á los intersticios de la jaula sigo hasta en sus menores detalles las peripecias de la lucha.

Los rugidos cesan; cuatro tigres por cada cadáver tiran hacia sí de sus pedazos, en medio de sordos y roncos gruñidos, y no se ve otra cosa que masa informe, choque de cuerpos, patadas terribles, hasta que cada uno, siempre como es natural saliendo los débiles peor librados, se apodera de su trozo de presa, lanzando todavía rugidos de rabia.

Estos tigres son destinados á combatir con los búfalos en las grandes fiestas, en las cuales son casi siempre vencidos; se les reserva tambien para el *rampoc*, del cual hablaremos más tarde.

Vuelvo al hotel, donde me encuentro una carta del presidente, en la cual me anuncia que el Mangen-nagoro me hace el honor de recibirme al día siguiente á la una.

La noche llega, y como no podría vagar solo sin perderme en esta ciudad desconocida, doy órden á mi javanes de que me conduzca por donde bien le parezca, á traves de las avenidas y los *faubourgs*.

Atravesamos en el centro por hermosas calles, animadas como en pleno día. ¡Cuánta gente! Cada cual conduce consigo una linterna, y es ciertamente fantástico el aspecto de estas calles de árboles, por donde se ven correr, de uno á otro lado, multitud de lucecillas. Los reglamentos de policía mandan expresamente esto, para que la ciudad no permanezca á oscuras por completo.

Las gentes pobres llevan en vez de linterna una rama de árbol seca, inflamada con un licor especial, y la agitan constantemente para denunciar su presencia.

La impresion que esto produce es inmensa. No

parece sinó que os halléis en la vía del Corso de Roma, en aquellos días de gozosa actividad antecesores de la Pasion, en los cuales se visté la severa Roma el traje sonriente de los carnavales, y juega en la oscuridad de la nòche con las luces de los *mazzaloti*.

Llegamos á los *faubourgs*, y todo se torna silencioso en esta grande floresta misteriosa. No se ve una sola casa, ni se escucha el rumor más leve, y sentiríase cualquiera trasportado al seno del desierto. La luna se halla en su lleno; pero su blanca luz apénas si consigue atravesar la sombra de los árboles bajo los cuales caminamos. No alumbra sinó las copas, y se esparce en matices de perlas sobre las hojas lucientes del panero, y da tonos de encanto y de misterio á las ramas gentiles y apretadas de las palmas, de los cocoteros y de los bambúes.

En medio de este silencio religioso, la imaginacion, al detenerse en tanta maravilla, se siente atraída por la necesidad imperiosa de meditar. Se piensa en la vida de estas razas ahora despertadas al progreso, en la sombra de estas florestas, que parece como retrato de las sombras del espíritu de estos pueblos, y mírase la luz pálida de la luna como luz que, allá de la civilizacion de Europa, llega entre las corrientes de estos mares, para chocar como ellos en las costas y extenderse en hermosos cambiantes por la playa.

Tambien aquí esa muralla de la supersticion, más dura que la muralla de los puertos, detiene el paso de la idea, como detiene el acantilado la marcha orgullosa de las olas. Tambien aquí las sombras del espíritu, como las sombras de la floresta, luchan con la luz plateada de la luna, luchan con la luz del progreso que parte desde Europa, y pugnan por ocultarla, y se esfuerzan por escapar al calor de sus rayos.

¡Cuánta riqueza de tonos! ¡Cuánto efecto sorprendente é incomparable! ¡Cuán bello es todo esto!

Cruzamos grandes espacios de sombra, sin linternas y sin mechas alumbradoras; esto es una contravencion de lo dispuesto; pero felizmente no existe policía que pueda hacer constar el hecho.

Más léjos, y á bastante distancia del camino, se escapan de una choza olores de opio y rumor de gente trasnochadora: es una especie de taberna donde se han reunido en festin algunos chinos. Pasamos de allí, y avanzamos siempre bajo el peso de las mismas emociones, admirando los mismos cuadros en una tarea que no podría parecer fatigosa á la fantasía más exigente.

VI

El palacio de Mangen-nagoro.—Conveniencia.—El *Bridal room* javanes.—El peligro de un viaje.—El hijo del príncipe.—Los dientes de ébano.—Nada de harem.—Una expedicion convenida.—Las caballerizas.—A traves del campo.—La recepcion.—La elaboracion del azúcar.—Regreso á la ciudad.—*A giorno*.—El *gamelan*.—Cacofonía sin ejemplo.—Funerales.—La danza de las lanzas.—La danza de los *kriss*.—La danza de las mujeres.—Filosofía del baile.—Los javaneses estudiados por su música y sus danzas.—Noche completa.

La mañana siguiente, á la una en punto, el intérprete de la Presidencia vino á buscarme en un carruaje para conducirme al palacio del príncipe.

Este palacio es una ciudad dentro de la ciudad. Rodeado de muros, flanqueado por todas partes de defensas, cortado por vastos patios, extensas galerías y hermosos jardines, encierra toda una poblacion de servidores y clientes.

Las mujeres hacen por lo general el servicio del interior.

Penetramos en un amplio patio en el fondo del cual se levantan dos inmensos soportales. Estos dos soportales se suceden y se tocan. El primero sirve de sala de audiencia; un peristilo con fronton, en el cual campean las armas de los príncipes de Mangen-nagoro, le precede y está sostenido por treinta y cuatro pilares de madera con incrustaciones de oro y amueblado con objetos de arte, pinturas y esculturas.

Por la noche, el salon se ilumina por grandes arañas compuestas de lámparas de petróleo. Está embaldosado de mármol y los hermosos sillones que lo decoran se hallan cubiertos con fundas de seda, lo cual prueba que áun en palacio, los javaneses son más amigos de la conveniencia propia que de las envidias que pueda proporcionar á los extraños el espectáculo de su riqueza.

Ninguno de estos muebles tiene la más leve seña de color local. Nada de gusto oriental: muebles, bronces, divanes, todo es de procedencia y corte europeo, todo ha venido de París.

Este palacio abierto á los cuatro vientos, tiene

una sala fresca y de las mejor acomodadas para resistir el calor sofocante de Java.

El segundo soportal, colocado detras del primero, es ménos vasto y más íntimo; su ornamentacion, que recuerda la del anterior, es sin embargo infinitamente más rica. Un bello tapiz de Smyrna ocupa el centro y multitud de hermosos jarrones del Japon, calados chinos, divanes bordados, cuadros y estatuas, componen el moviliario.

El fondo está ocupado por tres habitaciones con puertas vidrieras; las de los lados son más simples áun cuando extremadamente elegantes, pero la de enmedio, toda dorada, puede decirse sin titubear que es una obra maestra de lujo y arte de la ebanistería javanesa.

La entrada en la habitacion del fondo está absolutamente prohibida para todos: y esta bella y primorosa estancia sirve de santuario á los hijos de Mangen-nagoro la noche primera de su matrimonio. Volvemos á encontrar aquí por extraña casualidad el *Bridal-room* americano.

Un viejo bastante feo, pero de fisonomía agra-

El príncipe Mangen-nagoro.

dable y expresiva, avanza hacia nosotros; viene vestido con igual sencillez que el último de los javaneses.

Es el príncipe.

Algunos servidores le siguen á distancia. Él nos acoge con una sonrisa afable, nos tiende la mano y nos indica que podemos tomar asiento. Dos encantadoras niñas, dos ángeles vestidos con trajes deliciosos, se colocan á sus lados, la una con la caja de betel, la otra con la escupidera.

La conversacion se empeña, banal como toda conversacion sostenida por medio de intérprete. Yo hablo de este bello país, que tanto admiro; el príncipe habla de Europa, que siente mucho no haber visitado y á la cual conoce no por otra cosa que por las invenciones, las artes y la política.

—¿Por qué,—dije,—Su Alteza (tal tratamiento daba yo al príncipe) no va á París con objeto de asistir á la gran Exposicion universal?

—¡Ah!—me respondió,—si no tuviera más que cincuenta años no tendríais necesidad de decírmelo dos veces. Pero tengo setenta y dos, y esta edad es peligrosa para exponerse á viaje tan largo.

En esto, varios criados entraron conduciendo en hermosas tazas de oro el indispensable té. Des-

pues el amable príncipe tuvo la atencion de presentarnos á su hijo primogénito, que se adelantó hacia nosotros caminando de rodillas y haciendo genuflexiones las más extrañas.

No podrá decirse que estos príncipes se hallan cegados por los esplendores del mando. Antes por el contrario, antójaseles tan natural y tan encarnado en sí propios que no han menester del aparato de la soberbia para considerarlo firme y seguro. Por esto visten modestamente, hablan con los inferiores ó los extranjeros confidencial y amistosamente, no se creen autorizados, en una palabra, como algunos soberanos de nuestra sabia Europa, para prescindir del respeto que se debe al súbdito.

Observamos que el hijo del príncipe tose, sonríe y hace muecas para que nos fijemos sin duda en sus largos dientes completamente negros. El uso del betel no ha podido colorearlos de este modo, y es una tintura especial la que da este color de ébano á que los javaneses de la clase alta son tan aficionados. Porque dicen ellos: ¿tener los dientes blancos, no significa tanto como cometer la indignidad de imitar á los monos y á los perros?

Pasamos á visitar el palacio, que ademas de la parte ya descrita se compone de patios rodeados de galerías y de habitaciones destinadas á las mujeres. En esto de mujeres, no veo más que algunas ocupadas en servicios domésticos, fregando los suelos y limpiando las paredes. Nada de harem, á pesar de la costumbre: el príncipe no tiene compañera alguna que parta con él las delicias y amarguras del mando.

Los patios interiores están adornados de plantas y flores encerradas en macetas y jarrones de Japon y China, de jaulas de pájaros de todos colores y especies, de kioskos bastante pobres en honor de la verdad y de algunos árboles raquíticos que desentonan al lado de la prodigiosa vegetacion de este admirable país.

Un aire de abandono extraño reina en la atmósfera de estos patios apartados; todo cuanto se encuentra es europeo y nada reclama poderosamente mi admiracion.

Nos dirigimos á las caballerizas. El príncipe nos abandona, dejándonos bajo la conduccion de uno de sus ayudantes. Antes de partir me ofrece su fotografía y me propone visitar uno de sus ingenios de azúcar situado á algunas leguas de la ciudad.

Es negocio convenido y su carruaje irá á buscarme mañana mismo para verificar la excursion. Al regreso de ella y despues de la comida, el príncipe me da la noticia de que dispondrá en mi obsequio una *soirée dansante*, quiero decir, una danza de bayaderas. Esto sí que es una cosa por demas encantadora.

Estrecho la mano del Mangen-nagoro, y le expreso mi reconocimiento por tantas bondades.

Visitamos en la cuadras los *poneys* de Timor y los caballos de la Guardia. El príncipe tiene un regimiento que le pertenece, con el grado de coronel del ejército holandes, título y traje de que parece infinitamente más orgulloso que de su calidad de príncipe javanes. Pero caballerizas y caballos no tienen para nosotros nada de notable.

Más curioso y atrayente que todo esto, es la expedicion prometida.

Por fortuna, la campiña se aparece mostrando todos sus esplendores; y esta correría en carruaje, tirado por seis caballos que marchan al galope, la vista del cementerio chino á la izquierda, los árboles gigantes que á uno y otro lado se levantan, los *campongs* y sus habitantes, todo en fin cuanto nos rodea, causa en el ánimo una sensacion indescriptible de curiosidad y admiracion.

Despues la acogida que se me dispensa á la llegada no puede ser más afectuosa. Un hijo del príncipe nos espera, y despues de un pequeño *lunch* en que figuran añejos vinos del Rhin, emprendemos la tarea de visitar la fábrica de azúcar, despues las máquinas para prensar la caña, y por último las salas en que el azúcar extraída ya cristalizada, se encierra en sacos dispuesta para ser conducida al mercado.

Por la noche nos retiramos á Soerakarta á tiempo de entrar en el palacio á la hora dicha para asistir á la representacion prometida.

La inmensa sala está iluminada á *giorno*. El alumbrado es perfecto y creeríase uno en pleno día. Nos instalamos en cómodos sillones, el príncipe en medio, el intérprete á la izquierda y yo á la derecha.

A un lado, hállanse colocados doce jóvenes, el dorso desnudo y el resto vestido con trajes brillantes y ricos, agrupados en medio de numerosos servidores; al otro, y tendidas en tierra, cinco javanesas cubiertas por telas sombrías, y detras sesenta javaneses con sombreros y vestidos negros, inmóviles ante una coleccion de instrumentos los más extraños.

Es la música de Magen-nagoro; estos hombres son los ejecutantes, y los instrumentos, cuyo conjunto se llama *gamelan*, forman una orquesta la más célebre de Java.

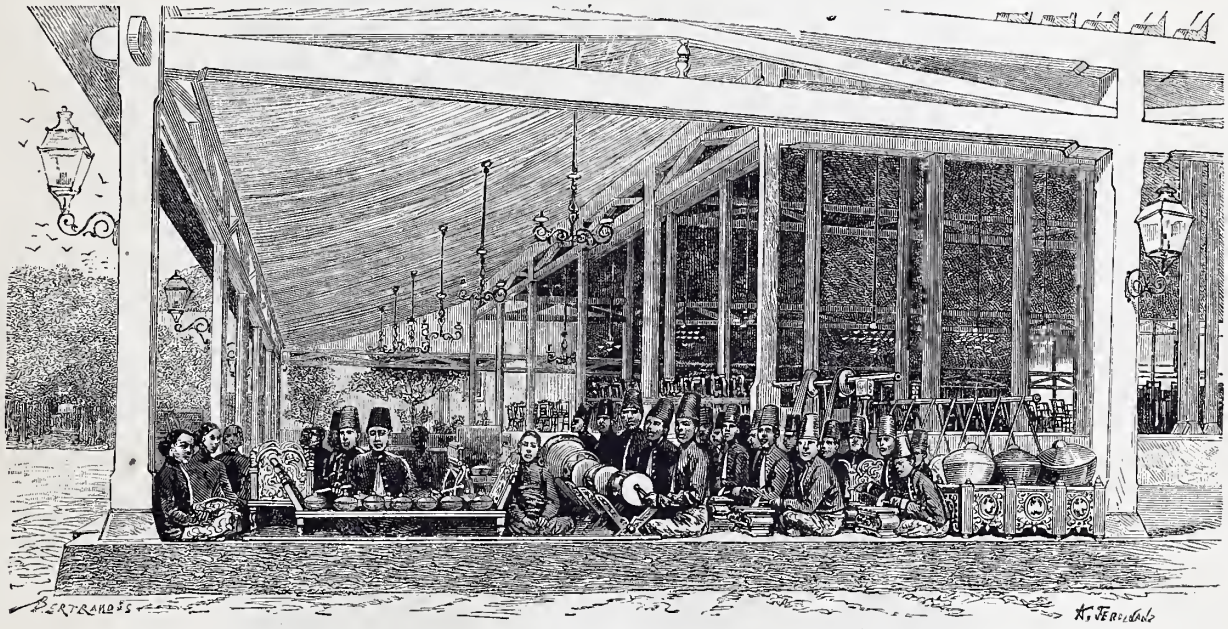
—Esta orquesta fué creada por el primer Mangen-nagoro y yo soy el cuarto,—me dice con aire de orgullosa satisfaccion el viejo príncipe.

Esta música se compone de instrumentos de cobre, de especie de marmitas de todas formas y tamaños, desde la simple cacerola hasta la más gigantesca expresion de los instrumentos culinarios, de larga serie de láminas de cobre de dos pulgadas á más de un metro de longitud, dispuestas sobre pedestales grandes y pequeños de bronce esculpido, de láminas de madera sonora dispuestas de igual manera (recordando la *marimba* americana), de *gongs* (1) de todos tamaños, desde diez centímetros á seis piés de diámetro, en fin, de violones de dos cuerdas de una forma desconocida.

Cada instrumentista está armado de palos ó varillas terminadas en una bola de tela ó vaqueta para golpear los instrumentos.

Prévia una señal del maestro, la orquesta comienza á sonar. Es una mezcla de sonidos extraordinarios, unas veces dulces, argentinos y apagados, las otras mugidores y terribles como el desencadenamiento de una tempestad. Entre aquel chocar de notas desconocidas, de armonías extrañas, surge de repente para ser apagado momentos más tarde, un motivo encantador que solamente podría percibir el oído de un músico experto; pero en general, esto suena á mis orejas con una cacofonía sin ejemplo.

De tiempo en tiempo la voz aguda y penetrante de las mujeres, se une como los gemidos de un desgraciado á los acordes de esta música llena de tristeza y podría tomarse á estos hombres vestidos de negro que permanecen silenciosos al otro extremo de la sala por sacerdotes asistentes á un responso: se creería asistir á un servicio fúnebre más que á la celebracion de una fiesta.



El *gamelan*.

Desde la primera nota, cuatro jóvenes se destacan del grupo. Llevan por vestido un calzon rojo y un capotillo de colores brillantes, y á la cintura fuertes y hermosos *kriss* (puñales) de cachas cubiertas por filigrana y adornos de plata; su pecho está cubierto por una larga plancha de oro.

Su peinado, hecho con un pañuelo javanes fuertemente almidonado que les rodea la cabeza y les deja por detras dos puntas sueltas á manera de grandes alas, es muy original. Se pintan el labio superior con corcho quemado, figurando bigote de guías muy empinadas. Llegan arrastrándose hasta nosotros, se prosternan con las manos unidas ante el príncipe, se levantan y saludan.

Los servidores del palacio les traen lanzas. Es el baile de las lanzas el que sin duda van á ejecutar.

Se agrupan, se separan, se amenazan, combaten. Pero con unos movimientos tan acompasados y un ritmo tan lento, que apénas parece que figuren una danza guerrera. Levantan el pié, giran sobre él, y lo vuelven á colocar en el suelo con gran cuidado. No es gente que se hará nunca

(1) Especie de tambores usados por los negros.

daño, y los golpes con que amagan no lastimarán jamas á nadie.

Pasamos á la danza de los *kriss*. Los otros cuatro ejecutantes llegan con iguales ceremonias que los primeros. Su manera de vestir es semejante á la de éstos; pero llevan la cabeza cubierta con magníficos cascos javaneses en forma de diadema. En la mano izquierda llevan una especie de escudo de cuero, dorado y labrado, que figura un águila de dos cabezas. Ostentan en brazos y muñecas ricos brazaletes de oro.

Luchas, bruscos movimientos, paradas súbitas,

Danza de las lanzas.

puñales que se enlazan, hieren, resuenan al compas de la música: esta es la danza de los *kriss*.

Veamos la danza de los palos. Los bailarines difieren de los precedentes, por los salvajes adornos que cubren sus cuerpos, y los escudos de oro que agitan en las manos. El movimiento se acentúa. Ataque, contestacion, parada, todo es uno; éstos golpean de verdad; escúchase el choque de la madera contra la madera, resuenan los escudos al encontrarse con los palos de los combatientes, la orquesta se permite notas guerreras, chirrean desesperadamente los violines, retumban los *gongs*, los platillos se agitan en locas convulsiones, el príncipe no puede moderarse: el furor de la danza

se enseñorea en él. Marca el compas con manos y piés, me mira orgulloso, como queriendo decirme: «¿qué te parece? ¿has visto nunca nada comparable con esto?» Yo me inclino en señal de asentimiento, le felicito y le doy las gracias por el placer que me proporciona.

Circulan los vinos y los refrescos. El príncipe bebe agua, sobriedad que no parece muy conforme con su entusiasmo de hace un momento.

Llega su vez á las mujeres: las veo despojarse de sus mantos. Imaginaba yo que llegarían todas á la vez ó formando artísticos grupos y difíciles

Danza de los *kriss* y los palos.

figuras, algo, en fin, semejante á nuestros bailes eurepeos. No fué así sin embargo: danzaron una tras otra, y su baile parecía interminable.

Se adelanta la primera con hombros y brazos desnudos, oculto el pecho con una banda que lo estrecha fuertemente marcando sus contornos. Lleva un calzon de cuyos lados salen dos aletillas de seda azul. El peinado es javanes: cabellos retorcidos formando rodete, flores entre ellos, alhajas en los brazos y en las manos, y pendientes en las orejas.

¿Cómo hablar de esta danza imposible de definir porque le falta carácter? ¿Qué es esa mujer con su mirada fría y sus lánguidos movimientos?

Agita los brazos, se retuerce las manos con lentitud desesperadora, emprende pasos que debieran ser rápidos y que ella hace acompasadamente. Las caderas permanecen inmóviles y apénas se ven los piés de las bailarinas. La danza es púdica. Sólo las extremidades se mueven como tentáculos de coleópteros enfermos ó patas de araña moribunda, sin que el espectador logre nunca alcanzar los sentimientos que expresan.

De vez en cuando lanzan sus compañeras gritos plañideros, á los cuales contesta ella, á manera de canto mortuorio, palabras que no puedo com-

Danza de mujeres.

prender. ¿Es aquello una danza? La danza es un lenguaje que canta la embriaguez, el furor ó la lubricidad. Todo habla en ella, las manos, los brazos, las piernas, el rostro. El cuerpo es una lira que vibra, y de él se escapan mil melodías silenciosas.

¿Qué extraño temperamento el de este pueblo, que en las diversiones y juegos que todo otro celebra de una manera brillante, no halla para su canto más que acentos de una tristeza mortal, y para sus danzas nada más que movimientos de una triste melancolía? No parece sinó que este pueblo no pueda expresar otra cosa que la resignacion y el dolor, y no celebre en sus cantos y sus danzas

otra cosa que el hastío de la vida, y los recuerdos de una existencia pasada desde hace veinte siglos en la servidumbre y la abyeccion.

Esta es la diseccion de la danza en ella misma y por el criterio que á nosotros nos merece. Por lo demas, es muy probable que esta música se halle repleta de encantos que yo no haya sabido gustar y que esta danza tenga para los javaneses los mismos atractivos que para nosotros el cancan más insinuante y expresivo. De seguro que no cambian ellos sus danzas por las nuestras; y tan verdad es esto, que habiendo preguntado á S. A. el Mangcu-nagoro si había visto alguna vez en su vida danzas europeas, volvió prestamente la faz con tal expresion de horror que me recordó la figura de San Antonio en el desierto.

A las once, la sesion se levantó y yo dí al príncipe un millon de gracias, porque á la verdad no encuentro nada con que comparar su amabilidad exquisita y seductora. El puso por su parte sus danzadores, su *gamelan* y todo su palacio á mi completa disposicion, á fin de que yo pudiera sacar fotografía de lo más notable si tal era mi deseo.

En tal tarea pasé ocupado durante todo el día siguiente.

VII

Ruínas.—Soekol.—Aventura arriesgada.—Fracaso.—Compensacion.—Oposiciones sobre la semejanza de ruínas.—La teoría de Fergusson.—Méjico y Jara.—El poder de la religion.—El regreso.—El kraton,—El tío del emperador.—Aspecto del patio.—El *gamelan* del emperador.—El hijo del Sultan.—Paseo del primer ministro.—El pabellon de la ceremonia.—Impertinencias del tío del Emperador.—El *rampoc*.—Fiesta salvaje.—Títulos y honores.

Uno de los objetos más principales de mi estancia en Java era el estudio de la semejanza de ciertas ruínas de este país, con las ruínas búdicas de la América Central.

Las más importantes de estas ruínas hállanse en Boeroe Boedor y Brambanana, sobre el Dieng, á una distancia de dos jornadas de Samarang, y en el Kédiri, parte oriental de la isla.

Otras ruínas se encuentran tambien sobre el Lawoe, á diez y ocho horas solamente de Soerakarta y decido visitarlas sin perder momento.

Me advierten que el camino es por todo extremo molesto y no desprovisto de serias dificultades. Hay que seguir á todo lo largo de la montaña volcánica, caminar ántes á caballo hasta la villa de Soekol y proseguir despues á pié hasta ganar el lugar de las ruínas.

Quiero, sin embargo, tentar la aventura. Mando para ello disponer dos caballos de posta, y parto por fin una mañana á las cuatro, provisto de mis instrumentos de fotografía, indispensables de todo punto para hacer un estudio serio y detenido de los monumentos, sin necesidad de hallarse ante el original.

Todo iba bien al principio de la excursion, pero á las seis ú ocho leguas de la ciudad, mi carruaje se destroza y me encuentro en medio de la campiña, sin ayuda de ninguna especie y forzado á pasar la noche en un *campong*. Utilizo á lo ménos mi mala ventura tomando paisajes diferentes y encantadores, y á la mañana siguiente, desprovisto ya de mi primer entusiasmo, regreso á Soerakarta bastante humillado de mi mala fortuna.

Alguno me consuela diciéndome que las ruínas de Soekol no son otra cosa que el ensayo de restauracion de una época de decadencia y que no datan más allá del siglo XIV.

Segun sir S. Raffles, son áun más modernas que esto y se remontan nada más que al siglo XV, 1435 á 1440, es decir, ménos de cuarenta años ántes de la extincion completa de la religion índica en Java.

Segun el mismo autor, que en competencia de la materia no debe ser dudoso á los ojos del más exigente, los monumentos de Soekoe son los más groseros y vulgares edificios que existen en la isla y pertenecen á una secta depravada del Brahmanismo.

La parte más interesante de estas ruínas como la de los monumentos de la última época javanera, es su semejanza extraordinaria con los edificios de Méjico y del Yucatan. Esta semejanza podrá obedecer á mera casualidad, como observa Fergusson en sus comentarios, pero lo cierto que el hecho es evidente y la semejanza existe.

Los etimologistas, por otra parte, no presentan dificultad ninguna para admitir que la raza malaya haya podido extenderse á la isla de Madagascar, y en este caso nada más natural y probable que esta raza ó cualquiera otra aparente se haya extendido por el Continente americano.

Sea lo que quiera, ello es, en definitiva, que la

semejanza de ambos monumentos nos ha impresionado vivamente á todos los que con ánimo de estudiarlos hemos visitado los países de Java y la América Central.

Fergusson dice que los javaneses, lo mismo que los americanos, no pueden haberse enseñado mutuamente el arte de construir, pero que una antigua y comun fe, la sangre, los instintos hereditarios en una palabra, han podido sobrevivir y revelarse en ambos pueblos y producir los mismos efectos á grandes distancias. Si la causa no es ésta, la semejanza no podría obedecer á otra cosa que á un simple accidente, á una casualidad inaudita, sin ejemplo en el Universo.

Pero no, la causa debe ser esa y ninguna más cercana de lo posible. El poder de la idea, la religion únicamente sin el contacto directo de uno y otro pueblo, no sólo pueden, sinó que indispensablemente deben producir identidad y semejanzas, comunidad de caractéres.

Si el espíritu modifica la materia, si está sujeta ésta á las indicaciones de la voluntad, si el arte no es una cosa genuina, inconsciente, que se revele por sí propia, si influyen en su marcha los pensamientos del hombre, si el progreso modifica su estructura y la trueca y trastrueca siempre por una causa, jamas por el azar, si es verdad todo eso, y claro es que no puede ménos de ser verdad, por ese terreno y en esas deducciones, sin haber de acudir al terreno matemático, todo viene en apoyo de la teoría de Fergusson.

La religion que influye directamente, que forma, mejor dicho, las costumbres, la religion, que enseña al arte su camino y encadena los hombres y lleva en sus alas del uno al otro pueblo el sello mismo de su grandeza ó sus debilidades, ¿no ha podido, no ha debido indispensablemente ser causa de aquella semejanza?

Sí, esto es lo cierto. Y por tan cierto lo tengo, que si mañana los vientos llevaran á otros astros que el nuestro, donde se agite la vida humana, las palabras de Cristo, si tuvieran allí eco las humildades de cuerpo y las grandezas de espíritu del cristianismo, las generaciones de la tierra á quienes sea dado navegar por la inmensidad de los espacios, encontrarían al llegar á aquellos lugares la esbelta figura de nuestras catedrales góticas y el contorno mismo de nuestros templos, y el carácter de nuestra pintura religiosa y las manifestaciones todas artísticas de nuestra vida.

Todo este pensar y maquinar sobre lo mismo, me empeña más y más en mi hipótesis y me esfuerza en nuevos estudios, de los cuales pueda deducir un día matemática certidumbre.

Me vuelvo entretenido con estas reflexiones á Soekoe, sin olvidar que dentro de dos días, el 24 de Julio, tiene lugar la fiesta dada por el Emperador.

Llego felizmente á Soerakarta con tiempo de asistir á ella, y á la verdad que no tengo por qué arrepentirme de mi oportunidad.

El presidente nos había dado cita para las seis de la mañana, y fuimos exactos. Cuando yo llegué, hallábanse allí reunidos los principales negociantes holandeses, los empleados superiores y los príncipes javaneses: los civiles en traje negro, los príncipes con su uniforme del ejército, el presidente y su cortejo con los trajes oficiales.

Montamos en carruaje y nos dirigimos al kraton.

Como el palacio del Mangcu-nagoro (1), el palacio del Emperador forma por sí solo una pequeña ciudad, si bien tiene un aire de fortaleza superior al de aquél. Atravesamos un primer patio colocado entre dos cintas de murallas espesas, y enfilamos en medio de gran número de soldados javaneses, un largo corredor que semeja la entrada de una ciudadela.

Somos recibidos al final de él por un viejo de setenta y cinco años, vestido con rico traje, de figura jovial y que nos estrecha á todos la mano: es el tío del Emperador.

Penetramos despues en un inmenso patio, y aquí todo es extraño y maravilloso, de un color extraordinario: el cuadro es épico y á su vista no parece sinó que sueñe uno. Tan difícil es acomodarse á la idea de que sea cierto y real aquel conjunto de novedades que asalta á los ojos.

En medio del patio un ancho soportal, enlosado de mármol, abriga una multitud vestida con trajes brillantes; á la derecha, á la izquierda, por todas partes, ante nosotros y detras de nosotros, hállanse millares de hombres, el busto desnudo, arrodillados en un recogimiento profundo. Llevan zagalejos de colores vivos que semejan el brillo de las flores, y enormes cadenas de oro que se destacan fuertemente formando contraste sobre sus carnes de bronce. Sus cabellos están colocados á la javanesa, detras de sus cabezas coronadas por altos bonetes blancos, negros ó azules. Toda la parte anterior del patio está llena de mujeres igualmente agrupadas.

Ni un solo asiento se ve en este espacio inmenso, y más humildes que las piedras de nuestras calles, todas estas gentes prosternadas forman un verdadero mosaico humano.

---

(1) No Mangcn-nagoro, como por error de caja hemos dicho en páginas anteriores.

A la izquierda apercibo el *gamelan* del Emperador, y más léjos un cuerpo de tropas europeas con su música militar.

El Sultan ocupa el centro de la estancia sobre un sitial dorado; avanzando á la izquierda, su tío sobre un taburete dedícase al fatal vicio de mascar con aire de satisfaccion un enorme chicote de betel; más cerca de él, el príncipe heredero, encantador niño de diez años, reposa en el suelo con las piernas cruzadas, en tanto que á su derecha aparece el presidente en un sillon elevado. Dos filas de sillones han sido dispuestas para nosotros, y en ellos nos instalamos despues de haber saludado tres veces.

El Sultan y su hijo aparecen resplandecientes de oro y pedrería.

Un largo silencio, no interrumpido sinó por golpes de tos violenta que ataca á su majestad, se sigue á nuestra llegada; un bello niño tiende humildemente la escupidera al Sultan. Creeríase que el desgraciado no tiene idea de su belleza. El acceso se calma al fin, y previa una señal, uno de los javaneses de bonete azul, hizo arrastrándose todo el camino que le separaba del Emperador, ante el cual se detuvo con las manos juntas, como quien venera una imágen. Es el primer ministro, por más que en esta vieja Europa para quien ya son atrasadas hasta las fórmulas constitucionales, considere imposible que haya un hombre investido de la calidad de ministro capaz de postrarse tan indignamente á los piés del jefe del Estado.

Durante esta ceremonia ridícula y degradante, para el del bonete azul se entiende, el tío del Emperador, un viejecillo de cabellos blancos, todo sonriente y jugueton, viene á instalarse cerca de mí. Se ocupa de mil cosas por conducto del intérprete y bien pronto me pone al corriente del ceremonial. Me explica que el bonete negro simple es llevado por los oficiales inferiores, el blanco por los empleados del palacio, el azul por el primer ministro y los miembros de la familia imperial, y el negro galoneado de oro y guarnecido de alhajas por el Emperador. No puedo contener la risa cuando el viejecillo me pregunta muy serio qué clase y colores de bonete usan los funcionarios de los Estados europeos.

El primer ministro, recibidas su órdenes, vuelve á su puesto; el *gamelan* entona un aire javanes, el cañon suena y todo el mundo se levanta. El Sultan se coloca á la cabeza dando el brazo á el presidente; nosotros le seguimos y se dirige hacia un lindo pabellon adornado de guirnaldas de verdura y cuyo suelo y paredes están guarnecidos por riquísimos tapices.

Los hijos del Sultan llegan en grupo. Vienen coronados de flores; sus bustos desnudos están cubiertos de cadenas de oro, sus brazos y sus manos de alhajas y sus cabelleras están retenidas á la espalda por grandes peinetas de esmalte. Podría tomárseles por encantadoras muchachas. Son siete, casi todos de la misma edad, de doce á catorce años, pequeños, delicados y finos; áun cuando ilegítimos y de Java, ello es que son príncipes.

Penetran uno despues de otro en el pabellon donde los esperan el Emperador, su tío, el Mangcu-nagoro y los grandes dignatarios de la corona.

La orquesta militar y el *gamelan*, recrean alternativamente nuestros oídos con lo más escogido de sus aires.

Terminada la ceremonia, cada cual regresa á su sitio en el mismo órden. Entónces, unos cuantos criados vienen á ofrecernos vinos exquisitos de España en ricos vasos de oro. Cada vez que bebe el presidente, levanta su vaso y lanza un brindis al Emperador y á su hijo, á quienes la multitud aclama entusiasmada. Ante nosotros vemos desfilar gran número de otros criados cargados de víveres y de flores ofrecidos á las mezquitas. Pero muchas más flores que víveres.

El mismo ceremonial á la salida que á la entrada: la música nos despide con sus tonos desacordes, el cañon truena siempre y nosotros desfilamos.

Pero hé aquí que el viejo tío del Emperador se ampara de mí y me persigue tenazmente haciéndome preguntas á cual más indiscretas. ¿Qué le importará saber si yo soy casado y el número de mis descendientes? Creo percibir el objeto de su insistencia: quiere sin duda vanagloriarse de fecundidad, porque á mi respuesta de que no tengo hijos me lanza una mirada de piedad, vuelve la cabeza al otro lado conteniendo la risa, se arregla el bonete con aire de importancia y acercándose á mi oído con los ojillos muy alegres, me confía que tiene ochenta hijos y que Alah le envía nueva remesa de ellos cada año. Despues de escuchado esto, soy yo el que no puede contener la risa, y despues de haberle felicitado, le estrecho la mano y emprendo el camino del hotel.

La fiesta, sin embargo, no ha terminado; despues del mediodía debe tener lugar un *rampoc*.

A las dos todo está dispuesto para la representacion. Sobre la plaza del kraton, cuatro filas de javaneses armados de fuertes lanzas de quince á diez y ocho piés de largo, se hallan formados en un cuadro que tendrá de cincuenta á sesenta me-

tros por lado. Las dos primeras filas están de rodillas, y las otras dos levantadas. El conjunto forma una barrera infranqueable de puntas aceradas. En medio del cuadro una gran caja de bambú cubierta de paja, y cuya puerta no se halla sostenida más que por una cuerda sumamente delgada, encierra un tigre.

El emperador y su corte se hallan instalados, al abrigo de los parasoles oficiales, sobre la muralla del palacio, que sirve de plataforma. A su derecha se hallan los miembros de la colonia extranjera, y á la izquierda el indispensable *gamelan*. Los grandes árboles de la plaza abrigan de los rayos del sol á una multitud compacta que va á presenciar el terrible espectáculo.

Previa una señal, el *gamelan* entona un aire guerrero sobre un motivo bastante pacífico por lo lento, y dos javaneses, destacándose de las filas, se dirigen hacia la jaula. Pero no han de asustarse mis lectores, porque aquellos hombres no van á luchar con la fiera cuerpo á cuerpo como los esclavos y los mártires cristianos en los circos de Roma: su papel es más seguro y práctico, áun cuando ménos glorioso. Llevan una mecha encendida, con la cual ponen fuego á la paja, despues de hecho lo cual se retiran lentamente y en cadencia de baile, siguiendo el compas de la orquesta.

Durante este tiempo la paja arde, y el tigre, sofocado por las llamas y los trozos de madera ardiente que llueven sobre él, tiende á huir de su encierro; ruge de furor, balancea la caja con estrépito, y salta rabiosamente hasta que las llamas, dejándole la puerta abierta, despues de destruir la débil cuerda que la sujetaba, le muestra el espacio libre de incendio y, á su parecer, de muerte, al cual se lanza bravío é impetuoso, con igual arranque que emprendería la marcha á la libertad de sus bosques y á la soledad de sus selvas, despues de un encierro de mucho tiempo.

Pero al verse en medio de tanta gente, el tigre, como el toro al lanzarse á la arena, detiénese lleno de asombro. Dirige los ojos de una á otra parte, da algunos pasos y vuelve á vacilar. El momento se halla lleno de ansiedad aterradora: ¿de qué lado habrá de dirigirse la fiera? Ruge, salta, se detiene y, por último, apercibiendo á los dos javaneses que se retiran cadenciosamente al compas de la orquesta, se lanza sobre ellos. Estos dirígense entónces vivamente sobre los hombres de las lanzas, y desaparecen entre sus filas, que instantáneamente se abren y cierran para cubrirlos.

El tigre retrocede entónces, dirige una mirada ansiosa al rededor, y despues, replegándose sobre sí mismo, de un esfuerzo desesperado, de un salto prodigioso tiende á franquear el círculo humano que lo encierra; pero bien pronto cae revolcándose sobre la arena traspasado por veinte lanzas, con las cuales él mismo se ha dado muerte. Un grito salvaje se le escapa y á el se mezclan las aclamaciones y los aplausos de la multitud. La fiera, en su agonía, todavía se deshace en sacudimientos poderosos y de enormes patadas rompe gran número de lanzas como si fueran de vidrio.

El espectáculo es bello, grandioso y salvaje hasta lo imposible.

Traen una nueva jaula con otro tigre que sufre igual suerte que su compañero. Ningun accidente ocurre, por más que me aseguran que suelen ser frecuentes. Algunas veces el tigre da un salto tal, que franqueando la barrera de las picas cae sobre las últimas y va rodando por el otro lado de la plaza. Entónces aquel animal tan fiero corre á esconderse como un gato entre los carruajes, cuyos caballos llenos de terror relinchan y patean desesperadamente, y allí han de ir para buscarle y darle muerte los hombres de las lanzas.

Eso es lo que se llama un día completo de fiesta.

Pero no terminaré el relato de las de hoy, sin confiar á mis lectores los nombres, títulos y cualidades del soberano que tan excelente acogida nos ha dispensado. Se verá por ello que no es ningun pigmeo.

El Sultan se llama:

«Su Alteza que es adorada, el objeto de veneracion, el clavo del mundo, el general en jefe del ejército de guerra, el servidor del Misericordioso, el señor de la fe, el regulador de la religion, que es el noveno.»

Su hijo, ¡tan jóven y ya tantos títulos! Se llama «Su Alteza, el señor que es servido, el excelente jóven señor que lleva la provincia sobre sus rodillas, el divino monarca hijo del soberano de Mataram.»

En cuanto al Mangcu-nagoro, este amable príncipe se llama solamente:

«Su Alteza, el señor que es servido, el excelente señor, el gentil hombre que lleva la provincia sobre sus rodillas, que es el cuarto.»—Esto es verdaderamente humillante.

Despues hay una multitud de títulos y preámbulos para designar á los altos funcionarios.

Pero hago de ellos gracia á mis lectores.

VIII

Djokjokarta.—El carruaje.—Los caballerizos.—El paisaje.—Los cultivos.—Los chiquillos.—Poseedores y poseídos: los que pegan y los pegados.—La ribera.—Trasbordos.—Marcha triunfal.—Así caminan los grandes.—El templo de Boeroe-Boedor.—Los bajo-relieves.—Los Budhas.—El regreso.—La noche.—Brambanam ó los Mil Tempios.—Ignorancia ó pereza javanesa.—Ganesa, dios de la Sabiduría.—Comparaciones entre los monumentos javaneses y los monumentos americanos.—Plan de relato.

El 27 de Julio tomamos el camino de hierro de Djokjokarta.

A las cinco de la mañana habíamos perdido de vista los minaretes del Kraton, siguiendo un camino de tres horas y média á traves de campiñas cubiertas de plantaciones de azúcar.

Djokjokarta es capital donde reina otro sultan: es el nombre más histórico de Java. De 1825 á 1830 ondeaba allí victoriosamente el pabellon de la revuelta.

El príncipe Dipu-Nagoro, tutor de un Susuhunan menor de edad, hombre dotado de una ambicion desenfrenada, hacía frente á las fuerzas holandesas, que no lograron el triunfo sinó con la sangre de quince mil soldados de los cuales eran ocho mil europeos, y con cincuenta y dos millones de francos. Hoy reina la paz más perfecta en los memorables campos de batalla de aquella guerra; ante nuestra vista van desfilando en su pintoresca regularidad plantaciones de arroz, de caña de azúcar y de índigo. Los jefes indígenas, altivos sicambros que han doblegado la cabeza, galopan al lado nuestro en sus caballos ricamente enjaezados. Son, y esto se ve bien, de raza antigua. Su tipo, de alta frente y nariz correcta, es muy diferente del comun del pueblo, y sus modales tienen una distincion que se hace notar á primera vista. Hacen galopar sus caballos con una perfeccion extremada, teniendo un gran cuidado en hacer resaltar su esbelto talle, sus *kriss* antiguos, sus sortijas de diamantes. Son, en fin, verdaderamente gentiles y elegantes.

En cuanto á nuestros caballos, no se alborotan y permanecen pacíficamente unidos al carruaje. De pronto, nuestros brillantes caballerizos se lanzan al galope por todas direcciones, distribuyen con prodigalidad sendos latigazos á diestro y siniestro, detienen los grupos de peatones que llevan sobre su cabeza el aceite de coco encerrado en odres de madera, apostrofan á los muchachos que saltan por los arrozales, penetran en las cabañas ocultas á la sombra de los bananos; en una palabra, registran y escudriñan toda la poblacion de estos lugares.

Cada uno de ellos regresa con un escuadron improvisado; una mitad da de golpes á los acompañantes que caen, la otra, dando feroces gritos, imprime al carruaje una útil y vigorosa impulsion. Éste adelanta algunos pasos contra el deseo de los peones recalcitrantes. ¡Ah! no sé quién me enumeraba el otro día las castas que habitaban á Java; pero me parece que hoy no existen más que dos: los poseedores y los poseídos, esto es, los que pegan y los que son pegados.

Estábamos decididos á hacer el viaje á caballo, en recuerdo de nuestras bellas cabalgatas de Francia; pero esto constituye aquí una verdadera imposibilidad. Sería una mortal herida hecha en prestigio de los blancos, los cuales no deben circular sinó á semejanza de los bajás, es decir, en carrozas á las cuales se enganchan por tribus aquellas dulces póblaciones cuando los cuadrúpedos están cansados.

En efecto: hemos recorrido todos los dominios del emperador casi llevados en brazos de los hombres; nada podía calmar el celo de nuestros rajhas y gendarmes, que bien á pesar nuestro ponían á contribucion las poblaciones de tan extraña manera.

En diez horas de camino anduvimos seis ó siete leguas: verdad es que en este tiempo nos ofrecían por doquiera exquisitas frutas, y extinguían á cada momento la horrible sed que sentíamos bajo aquel sol de fuego.

De esta manera pudimos ver con todo detenimiento cómo recolectaban el arroz, usando un procedimiento que en nada difiere del ya descrito.

Con ligeras variantes, se renuevan durante el viaje idénticas escenas. Montañas y picos á la izquierda y pequeñas colinas á la derecha interrumpen la monotonía de las llanuras, y sin quitar nada á la riqueza del paisaje, nos proporcionan á cada instante nuevos motivos de admiracion.

El camino, bastante desigual, nos impone una caminata ménos rápida, y tan pronto como á la subida los caballos sienten el peso del tiro, rehusan avanzar, siéndoles indiferentes las voces de los conductores, pues éstas se extinguen en el va-

cío. Los latigazos y las pedradas no producen tampoco efecto.

Se buscan parejas de búfalos. Los campesinos javaneses nos traen dos parejas, las cuales por medio de un trote bastante desagradable, arrastran los caballos y los carruajes. Una vez concluído el ascenso de la montaña, fué necesario beber y pagar; pagamos.

Poco despues llegamos al borde de un ancho río. Las presas son escarpadas; pero como el agua que se emplea en regar agota la del río, pudimos pasar éste á pié enjuto: pasamos nosotros, pero para el carruaje fué otra cosa; los caballos rehusaron bajar, como ántes se habían opuesto á subir.

Los desenganchamos, y en lugar de búfalos es ahora una poblacion completa la que viene en nuestra ayuda. Son cincuenta ó sesenta javaneses, tocando, reteniendo, gritando, empujando. Cuando la caravana se encontró del otro lado del río, nos vimos rodeados de una multitud de sombreros y manos extendidas. Propinas, siempre propinas.

La subida de las montañas y el atravesar los ríos, no entran nunca en el precio del alquiler de los carruajes.

En el último descanso, pues ya nos aproximábamos á las ruínas, reemplazamos el pesado carruaje que nos conducía por otro más ligero; teníamos cuatro caballos en lugar de seis, y dos minutos despues de haber salido de la poblacion, abandonamos el ancho camino para tomar otro de travesía que nos conduce directamente al Sud. Siempre los mismos cultivos, la misma fertilidad, igual amontonamiento de sombrías poblaciones.

Encontramos una boda javanesa con su obligado cortejo de campesinos vestidos en traje de domingo; aquellas pobres gentes se apartan respetuosamente á nuestro paso y llegamos á Progo, río ancho, profundo y de rápido curso.

Una barca nos espera y en ella hacemos el trasbordo; primero nosotros, despues el coche y las caballerías.

Atravesamos un gran pueblo, dejando á la derecha una ruína encantadora, coronada por un árbol gigantesco; penetramos en una magnífica calle de árboles, y llegamos, en fin, al pié de una colina artificial, sobre la cual se eleva, en medio de un bello paisaje, acaso el más grandioso monumento del mundo: el templo de Boeroe-Boedor.

El carruaje nos deja sobre una terraza cercana á una linda casa javanesa: es la habitacion del guardian del templo, y por un momento envidio su dicha por tener tan cerca maravillas tantas.

Aquí permanecemos estupefactos ante creacion tan grandiosa. No se sabe, no se comprende nada al primer momento. La mirada no abraza otra cosa que un conjunto enorme de rocas sombrías, que forman el aspecto más extraño y fantástico á la semi-oscuridad de la madrugada.

Poco á poco el día se hace y van apareciendo como gigantes de luz que broten del seno de las tinieblas, edificios maravillosos, detalles que forman larga serie de obras maestras.

La admirable vegetacion que nos rodea, esta fila bordada de monstruos de todas formas y de budhas de todos tamaños; este edificio extraño y el sol que lo inunda en oleadas de oro; belleza, grandiosidad, luz, todo se reune para llevarnos al éxtasis y hacernos experimentar una de esas sensaciones que jamas se borran de los sentidos ni del alma.

¡Qué efecto no debería producir este monumento en su estado primitivo, cuando ahora, casi arruinado por el tiempo, devastado é incompleto, impone tales emociones! Ensayar describirlo sería vano: ni áun las fotografías y el grabado pueden ser fieles representaciones. Porque ellos graban los contornos; ¿pero cómo determinar estas sombras misteriosas, estos tonos de luz esplendorosa, estos colores de la vegetacion, estas galas de la flora?

No podemos, pues, consagrarle, porque de otro modo la tarea sería inmensa, más que una ligera noticia.

El gobierno holandes ha hecho publicar una monografía, acaso incompleta, del templo, con un texto del Dr. Leemans, el sabio director del Museo de Leyde. Los dibujos son insuficientes, pero no así la letra, á la cual remito á aquellos lectores aficionados al estudio de estos gigantes monumentos levantados por impulso de la fe religiosa.

Todos los detalles que empleo en la descripcion de los bajo-relieves están tomados del texto de M. Leemans.

El templo de Boeroe-Boedor, que segun la opinion del ilustre sabio data del siglo VIII, es la más brillante manitestacion del genio búdhico en Java, donde tantos otros monumentos notables existen.

El edificio se levanta sobre una colina natural que le sirve de base, y la parte que constituye el templo es la altura de aquélla doblada de piedras.

No es un monumento á la manera que nosotros entendemos esta palabra, porque la llanura sobre la cual se extiende es una masa plana y maciza sin interior alguno. Es una aglomeracion de es-

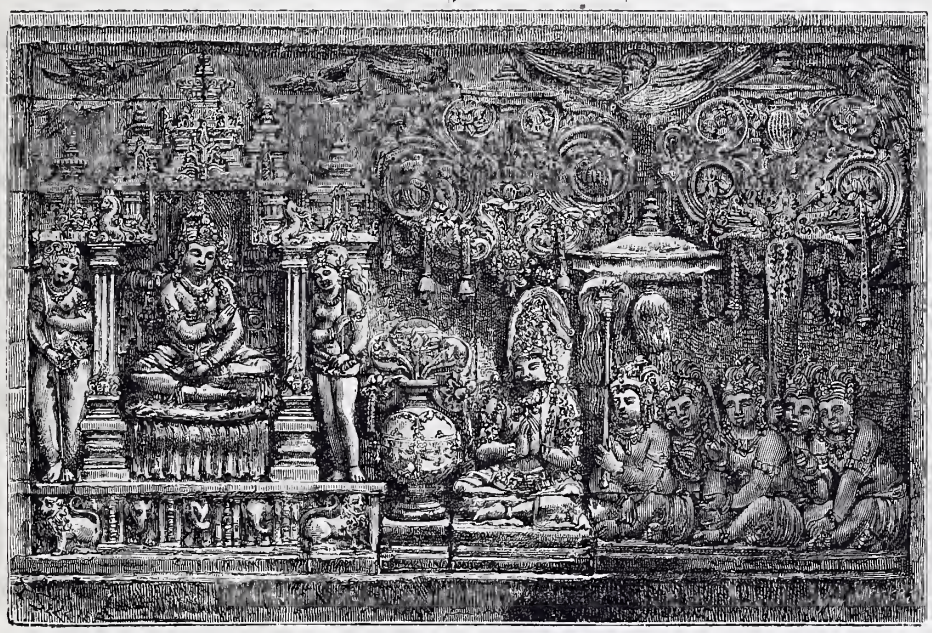
tatuas, de columnas, de cosas grandes y maravillosas.

Boeroe-Boedor encarna la leyenda del futuro Budha; la historia de Suddhodana, su padre y su madre la reina Maya (Flor de belleza, Flor de virtud), es el anuncio divino de que el dios Bodhisattva vendrá á encarnarse en ella. Esta dará á luz al príncipe Siddartha, que abandonará la corte de su padre con sus placeres y grandezas, renunciará al trono que le espera para colocarse el hábito del anacoreta y convertirse en Sakya-Muní, el gran reformador. Es, en suma, la epopeya de Budha, toda entera, esparcida en seiscientos treinta y seis cuadros, donde veinticinco mil personajes danzan, charlan y cantan la maravillosa historia de Dios.

Y nada de grotesco, como en ciertos famosos monumentos de la India. No, todas estas figuras viven, las composiciones son perfectas, y el arte más refinado ha presidido á la ornamentacion.

Las cornisas se hallan separadas unas de otras, formando una parámide truncada, dominada por una terraza, sobre la cual ábrense multitud de rotondas que abrigan Budhas de tamaño natural: hay quinientos cincuenta y cinco de éstos en todo el edificio.

En medio, una inmensa rotonda abriga un Budha colosal.



Bajo-relieve del templo de Boeroe-Boedor (Núm. 1).

El monumento tiene ciento veinte metros de base, sobre cerca de cuarenta de altura. De lo alto de la gran rotonda el panorama que se abraza es verdaderamente mágico, y para hablar cumplidamente de él sería preciso agotar el repertorio de las fórmulas admirativas. Pero podrá formarse siquiera leve idea de lo gigantesco de la obra, cuando se diga que todos los bajo-relieves, puestos á continuacion los unos de los otros, cubrirían una línea de cien kilómetros.

Hé aquí una explicacion sumaria de algunos de estos bajo-relieves.

En el bajo-relieve número 1, un príncipe, encerrado en su palacio entre sus dos mujeres, recibe toda especie de regalos, entre los cuales se encuentra un cuadro que parece representar un Budha.

El primer bajo-relieve del grabado número 2 representa á Sakya-Muni, entreteniéndose, á lo que parece, en la conversacion de sus favoritos, de otros príncipes, ó quién sabe si, por el contrario extremo, con peluqueros que adornan su cabeza.

En el segundo un príncipe y una princesa, aislados en sus palacios respectivos, se entretienen con varios personajes de alta condicion.

El tercero reproduce un cuadro á todas luces simbólico, que debe expresar la idea siguiente:

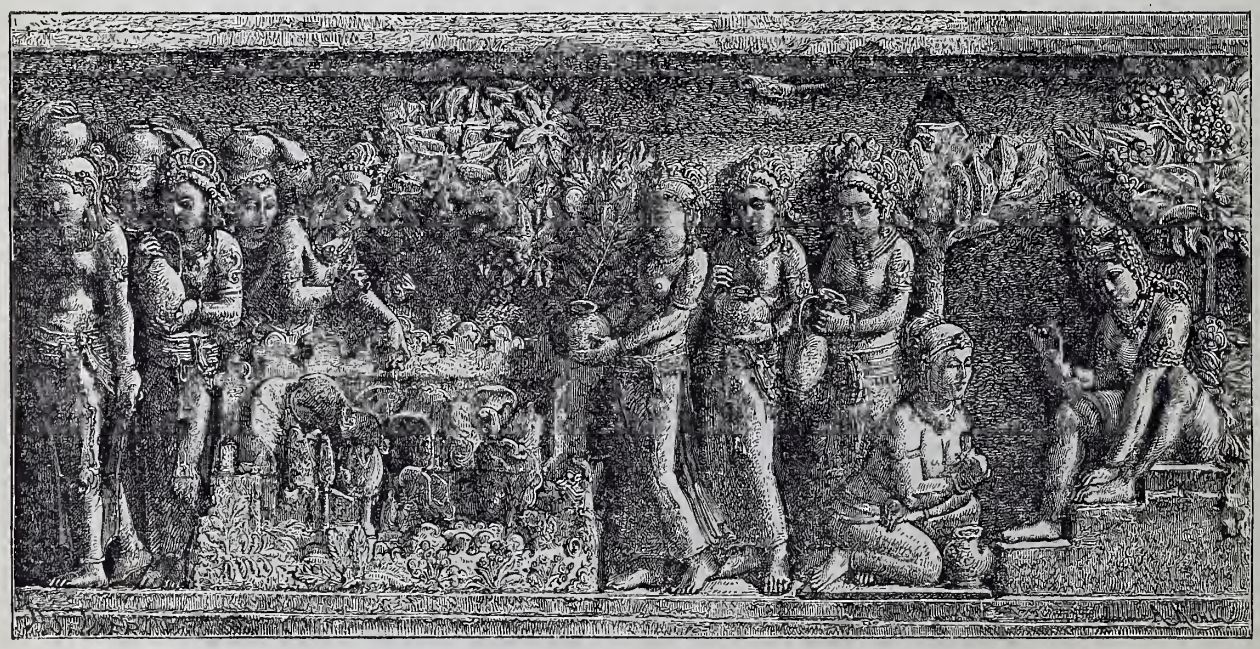
Sakya-Muni, el futuro Budha, recibe los homenajes de séres divinos y poderosos. Tendido muellemente sobre un cojin de lotos, atraviesa un

mar, cuyas orillas parecen designadas por árboles y formas convencionales de rocas. A su derecha dos grandes serpientes ó nagas, habitantes del Océano, levantan la cabeza de las profundidades de las aguas; á la izquierda tres espíritus marinos caen de rodillas sobre las olas y ofrecen cosas preciosas al religioso que atraviesa su reino. En fin, otros espíritus celestes que son conducidos por las nubes, y piadosos habitantes de la tierra, que por suerte de la penitencia, la abstinencia y las maceraciones han adquirido poder sobrenatural, esparcen sus dones de flores y coronas sobre Sukya-Muni.

Entre estos personajes, que se balancean en las nubes, vénse piadosos brahmanes. Coronas de flor del loto y de otras flores llueven sobre él y cubren el espacio que lo rodea.

Lo que el artista haya querido indicar con el objeto hemisférico colocado ante Sakya-Muni, no está muy claramente explicado. Y es necesario de todo punto, para bien comprender el pensamiento que quiere expresar el cuadro, haber encontrado la significacion de este objeto.

Seguramente que este bajo-relieve es uno de los más bellos de todos cuantos se conservan entre las polvorientas ruínas de Boeroe-Boedor, tanto por la idea cuanto por la ejecucion en que está desenvuelta.



Bajo-relieve del templo de Boeroe-Boedor (Núm 3).

Críticos competentes pretenden que el original puede ser comparado á las más bellas obras del arte griego.

El último bajo-relieve de esta misma plancha representa un navío que parece hallarse á riesgo de naufragio por causa del viento y de las olas que lo empujan y destrozan. Uno de los hombres del equipaje se ha asido á la parte inferior del gobernalle. Un grupo real acompañando á un niño, se encuentra á las orillas derramando toda suerte de dones sobre jóvenes y viejos, que acaso representen los tripulantes que han podido salvarse del naufragio y ganar la costa. A distancia se ve una casa construída en la forma todavía usada por algunos pueblos de las Indias neerlandesas.

El bajo-relieve núm. 3 debe contarse entre los más bellos de Boeroe-Boedor, tanto á causa del gusto con que están colocados los grupos, cuanto por las formas graciosas de las aguadoras en él representadas.

Nueve mujeres se agrupan al rededor de un estanque, en el que crecen flores de loto, y sobre el cual se ciernen multitud de pájaros. Estas mujeres se hallan ocupadas en verter el agua en vasijas de formas y tamaños diferentes, y conducirla despues al vecino templo. Un príncipe colocado á alguna distancia bajo un árbol, contempla á una de sus mujeres, que, inclinada de rodillas ante él, le ofrece graciosamente su vaso lleno de agua.

Este bajo-relieve, á nuestro entender, es el más bello y de más purísimo estilo.

Templo de Brambanam

El conjunto del templo de Boeroe-Boedor es esencialmente búdhico y recuerda por su forma los topes que se encuentran en la India, los cuales se remontan á los tiempos de Asoka, el Constantino del budhismo.

Con efecto, unos doscientos cincuenta años ántes de Jesucristo elevó al rango de religion del Estado una religion que hasta aquella fecha no contó, como el cristianismo ántes de Constantino, sinó pobres y humildes, que practicaban su culto tan sólo por una peligrosa tolerancia.

Los más notables de estos topes se hallan en Sanchi en el Bophal, en Sarnath, cerca de Benares, en Gandhara, en el Afghanistam y en Manikyala, lugar colocado en el Punjab, entre el Iudus y El Hysdape. Todos éstos sirven para guardar las reliquias de Budha, las cuales se encuentran encerradas en un *dagoba*, especie de relicario que ocupa la mitad del tope.

Estos monumentos tienen todos por lo general la forma cónica ó semi-esférica. Se hallan completamente llenos de reliquias, y cada rey las añade nuevas al depósito ya formado, construyendo para ello un nuevo piso ó un local agregado. De suerte que por adiciones sucesivas estos edificios adquieren sucesivamente proporciones considerables.

Así, el de Manikyala, que es el que mejor proporcion y parecido guarda con el templo de Boeroe-Boedor, tiene, por causa de las adjudicaciones, un diámetro de ciento veintisiete piés, lo que viene á suponer cerca de cuatrocientos de circunferencia. Ademas tiene dos galerías espaciosas, exteriores, especie de paseos que recorren los fieles en sus peregrinaciones, y que elevan su diámetro á ciento cincuenta y nueve piés, y á quinientos la circunferencia.

Las cinco galerías de Boeroe-Boedor, destinadas igualmente á las procesiones de los fieles, guardan exactamente el corte de la antigua tradicion. Su forma, su interior llano, sus esculturas, todo conviene y nada deja lugar á duda sobre un orígen puramente búdhico.

En Birmania hay tambien una pagoda esencialmente moderna, con cinco galerías circulares como las de Boeroe-Boedor. Es notable por todo extremo encontrar esta misma tradicion y éste género mismo de arquitectura, perpetuándose durante dos mil años y manifestándose simultáneamente en regiones tan apartadas las unas de las otras.

Apuntaré solamente, que pasamos en Boeroe-Boedor,—y el lector habrá de comprenderlo, sin que me esfuerce mucho en probarlo,—un día que jamas podrá apartarse de mi imaginacion. Tomamos algunas fotografías, recorrimos aún aquéllos fantásticos lugares, siempre de sorpresa en sorpresa, de admiracion en admiracion, y terminada finalmente nuestra pequeña exploracion, encontramos bajo los grandes árboles de compactas hojas, ante el templo mismo, una mesa en la cual había servida una excelente comida acompañada de exquisitos vinos.

No hay para qué decir con cuánta delicia nos aprovecharíamos de ambas cosas, despues de todo un día empleado en dar vueltas al rededor del gigantesco monumento.

Pero la noche llega y es preciso partir. ¿Cómo llegaremos á la ciudad? Cosa es ésta que no importa en gran manera. ¿No nos hallamos en disposicion de espíritu para soportar toda clase de pruebas (pruebas de placer, se entiende)? Pues bien: hé ahí un tiempo dulce, un camino bello y un cielo cargado de estrellas.

En mejores condiciones no se hizo jamas jornada alguna, y nos ponemos en marcha.

El paisaje es de lo más pintoresco que pueda conocerse. Multitud de lucecillas asoman en todas partes entre las espesuras de los árboles, y las aguas de los ríos plateados por la luna lanzan al deslizarse millares de brillantes reflejos; las palmeras, los campos de arroz, todo aparece iluminado y embellecido. Tendiendo la mirada atras, se experimenta una sensacion desconocida al contemplar el inmenso templo bañado en la luz moribunda de la luna. Los tonos han cambiado: de la grandeza han pasado á la melancolía, y en aquella semi-oscuridad en que aparece Boeroe-Boedor, diríase que se ha encarnado el velo poético y misterioso de los años que oculta á nuestra mirada los detalles de aquel culto extraño y de este arte enterrado en el seno del abismo.

A cada momento la campiña desarrolla á nuestros ojos mayores bellezas y nuevos cuadros. Llegamos por fin á la ciudad á media noche, ébrios de admiracion y destrozados de fatiga.

En Brambanam, lugar adonde llegamos por el camino de hierro el siguiente día á las once, las ruínas se componen de un solo grupo de templos colocados sobre pirámides, y de una cierta importancia, á juzgar por los despojos.

Uno solo de estos templos consérvase casi entero, y visitamos en él cuatro capillas, en las cuales se encuentran divinidades índicas perfectamente conservadas, entre ellas una imágen de Ganesa y una diosa Laksmi. Ganesa es el dios de la Sabiduría, y preside en los matrimonios de los príncipes y en los principales sucesos de la vida.

No tiene sinó una defensa, habiendo perdido la otra en singular combate con Vichnu.

Ante cada ídolo se encuentra una pequeña pieza subterránea, donde se ocultaba el padre para consagrarse á los oráculos.

El edificio está rodeado de grandes pórticos, de ídolos mutilados, de piedras esculpidas, de explanadas donde debieron antiguamente existir otros templos y las habitaciones de los sacerdotes.

El estado lamentable de estas ruínas no permite apreciar sus proporciones exactas. Pero lo que se adivina claramente es que estos hundimientos han debido obedecer á un fuerte temblor de tierra: los hombres no se han tomado el trabajo de restituírlos despues á su condicion primitiva.

Nuestro guía, visitadas estas ruínas, hace intencion de conducirnos de regreso á la estacion del camino de hierro. ¡Cómo! ¿Será esto todo cuanto resta de los mil templos prometidos?

Ignorancia ó pereza, el javanes nos hace formalmente seña de que, en efecto, no queda más que visitar. No queremos creerlo y nos lanzamos al azar en la campiña.

Bien hago con esto, por que un poco más léjos encuentro un otro grupo de templos dispuestos en cuadrados, con un edificio central de la misma forma, pero más importante: en todo diez y siete templos.

El dios de la Sabiduría.

Comienzo nuevamente mi inspeccion artística. Cinco metros más allá, sobre un inmenso terraplen con cuatro entradas guardadas por monstruos de forma extraña, encontramos el más considerable de estos grupos de templos, y quedo asombrado al escuchar su nombre: es el Chaudi-Siva, que se compone de unos trescientos pequeños templos dispuestos en cuadrado, desarrollándose los unos y los otros formando tres largas filas con un edificio central considerable.

Todos estos templos están formados por encantadores pabellones de una arquitectura elegante, de tres metros de anchura por ocho de alto, y con el interior abovedado.

Estos edificios son en todo semejantes; no difieren unos de otros sinó por los bajo-relieves que los decoran. Contenían y contienen aún, unos grandes estatuas de Budhas representados de tamaño natural, los otros Budhas en miniatura, admirablemente esculpidos y colocados dentro de pequeños nichos.

El Budha es siempre el mismo: es un tipo consagrado; en cuanto á los bajo-relieves, son ménos bellos, ménos primorosos y ménos finos que los de Boeroe-Boedor.

Algunos hacen remontar las ruínas de Brambanam al siglo IV; pero no hay dato alguno en que indisputablemente pueda apoyarse tal afirmacion. Los más eruditos me responden que no existe documento alguno que determine tal cosa, y que lo mismo pasa con los edificios de Dieng y de Kediri.

Por lo demas, la constitucion misma de los templos denuncia inmediatamente un orígen djaínico. Vénse por esto Budhas y dioses y santos djainistas, mezclados á las imágenes y dioses del Olimpo brahmánico. Se deduce, naturalmente, que el budhismo, despues de haber sucedido al brahmanismo, convirtióse en djainismo, combinacion ó fusion de las dos doctrinas precedentes, y que los monumentos de Brambanam, pertenecientes á esta última religion, son, con mucho, posteriores al templo de Boeroe-Boedor.

Sir Stamford Raffles hace remontar los monumentos de Brambanam al siglo XI, y esta opinion tiene todas las apariencias de verdad indiscutible.

No encontramos sinó un monumento muy antiguo que hable de Java. Es una relacion de las doctrinas búdhicas y sus monumentos, hecha por el sacerdote chino Fahiam en 415.

Este padre había caminado de la China á la India el año 400 para buscar libros sagrados, y á su regreso las tempestades ó las corrientes lo arrojaron sobre las costas de Java.

Dice que los brahmanes florecieron en la isla, pero que la ley de Budha no estaba allí en grande apogeo. Esto viene á demostrar tambien que el

brahmanismo había precedido al budhismo, y que los monumentos de que acabamos de hablar no existen aún, siendo los que viven posteriores, como dijimos, al siglo IV.

En lo que personalmente nos interesaba hemos conseguido nuestro objeto, y estoy ya completamente asegurado de las semejanzas que habíamos supuesto entre los monumentos búdhicos y brahmánicos de Java, y los monumentos de Palenqué y Yucatan.

Este parecido es el siguiente:

Idolos groseros de Artza-Domas, cerca de Buitenzorg, recordando los ídolos de Méjico y los de Copan en Guatemala;

La pirámide, siempre afectada al templo, con plano idéntico á las que se encuentran en Palenqué y Yucatan;

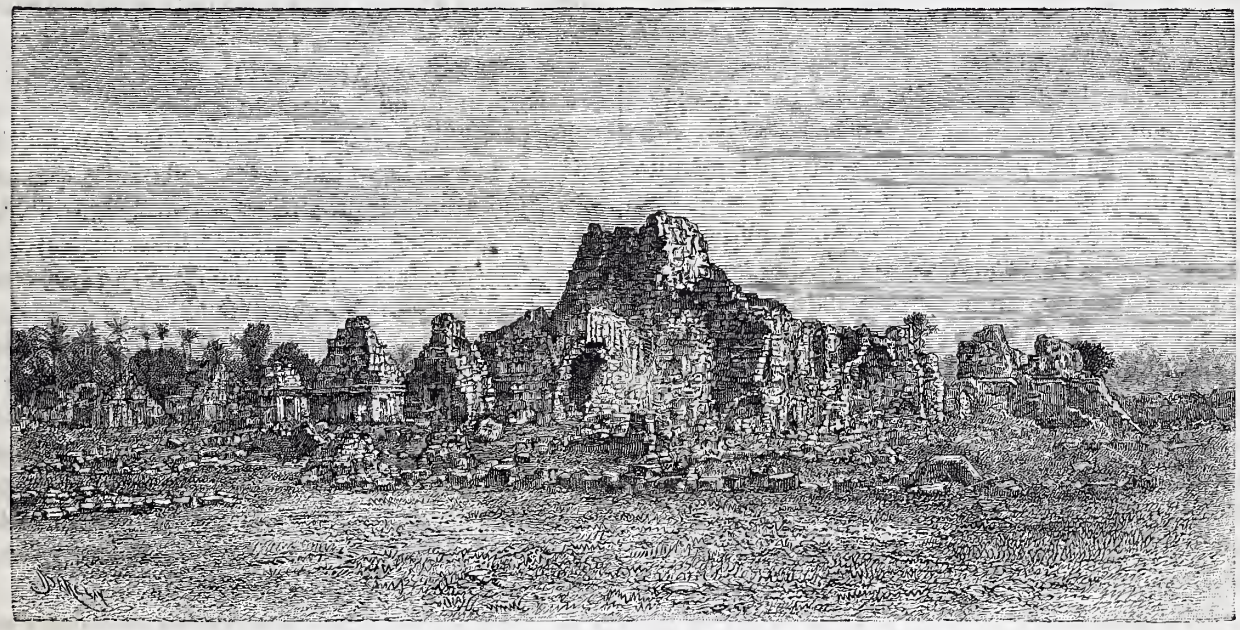
La disposicion de los templos, especies de oratorios, conteniendo el ídolo solamente, con pieza subterránea para la consulta de los oráculos;

La misma construccion interior de los templos, bóvedas y encorvamientos;

Detalles de ornamentacion, terrazas y explanadas, idénticas á las de Yucatan;

Localizacion de los templos en centros religiosos, léjos de las ciudades, sirviendo de objeto para las peregrinaciones, como en Palenqué, Chicheu-itza, y más tarde por los tiempos de la conquista, en Cozumel.

Mi objeto, pues, está terminado en estos lugares. Voy á emprender el camino de Batavia, y á entretener el camino con la descripcion de algunos lugares escogidos al azar, ya del camino que se atraviesa, ya de otros que olvidé colocar á su tiempo oportuno.



Los Mil Templos.

IX

Secretos del paisaje.—Naturaleza del terreno.—El Kadú.—El *Clavo de Java*.—Mamelang.—Una broma del gobernador holandes.

Entramos en el territorio de las posesiones puramente holandesas. Como se ha podido ver, es al galope de nuestros caballos como recorremos el interior de esta isla encantada.

Exceptuando una sola vez, jamas nos detenemos en estacion ninguna más de veinte horas.

Los cambios de aire calman la fiebre; esta hermana inseparable del viaje por las regiones abrasadas que atravesamos.

Las tierras principales que hallamos á nuestro paso son como islotes independientes, levantados sobre la superficie de un mar sometido á la Holanda. En estos islotes, de un millon de hombres cada uno, en estos terrenos volcánicos donde hierven á la par los fuegos de la Naturaleza y aquellos que apaga la conquista, en estos oásis, últimos donde ha ido á refugiarse la antigua raza de los dominadores de la Malasia, ¡qué de secretos, qué de rabia sofocada, qué de ambiciones extinguidas de una parte, qué de conquistas tácitas de la otra! Bajo estos despojos de la bárbara magnificencia, como en las disposiciones administrativas de una diplomacia autoritaria, ¡cuánta deferencia oficial, cuánta mascarada honorífica!

Nos hallamos en la provincia de Kadin, limítrofe al Oeste del pequeño imperio de Djokjokarta. Cuando admiraba las maravillas de la Naturaleza desde Batavia aquí, decíanme siempre que hallaría en el Kadú el paraíso de Java.

Montañosa y volcánica esta porcion, posee, en medio de terrenos labrados y de hermosas plantaciones, florestas vírgenes é impenetrables. Se ven aquí grandes extensiones de tierra plantadas de café, de vainilla y de índigo, y asombra ver cerca de estos cultivos regulares, denunciadores del progreso, los bosques apretados que hablan al espíritu y á la vida salvaje y aventurera.

¡Ah! Cuando no se ha visto esta verdura imposible de los trópicos; cuando se ha paseado entre los productos de esa naturaleza gigantesca, cuando no se ha admirado esta galanura del paisaje, esta gentileza de la flora, cuando no se ha complacido la vista en mirar iluminadas por este sol ardiente las hojas colosales de los bambúes y las crestas de las montañas, semejantes á inmensas masas de verdura agitadas por la brisa, no puede en manera alguna comprenderse el entusiasmo que experimentamos á cada paso del camino.

Franqueamos una curiosa montaña de una forma exactamente trapezoidal, la cual está absolutamente llena de tecks. Los javaneses llaman á esta montaña el «Clavo de Java», porque pretenden que es el centro de la isla.

Llegamos á Magdang, capital de la provincia. Visita inmediata al delegado holandes. Un ugier que sale á recibirme me da la noticia de que no puede verse al gobernador porque se encuentra enfermo.

—¿Qué tiene?—le pregunto.

—Está malo de frío,—me responde el criado.

No puede darse chanza más pesada: malo de frío cuando yo llego abrasado, sudando á mares, buscando un lugar de sombra para abrigarme de los torrentes de fuego que despide el globo del sol.

Le dejo una tarjeta y me alejo, no sé si debiendo incomodarme por lo pesado de la broma, ó debiendo soltar la carcajada por lo extraordinario de la ocurrencia.

Nos hallamos en un picacho elevado que domina el Merbabú. Por este lado, los Sultanes de Soerakarta y Djokjokarta tendrán segura una irrupcion al corazon del país, y motivo sobrado que la naturaleza del terreno ofrece para pasear triunfante el pabellon de la revuelta.

Pero los holandeses, para cerrar este camino, han elevado un centro de fortificaciones.

Vése en primer término el fuerte de Banjú-Birú (agua azul), comenzado en 1857. Todo cuanto el ingeniero ha podido ejecutar de más sólido, no solamente como trincheras, sinó como almacenes de pólvora, torres de observacion, dobles cestones, líneas de fuegos convergentes, etc., ha sido aquí llevado á cabo y resistentemente ejecutado.

Es una obra gigantesca, cuyas dificultades de realizacion asombran y hacen pensar cuánto puede y vale la perseverancia humana y la necesidad de la defensa. A medida que se colocaba piedra sobre piedra, el agua invadía durante la noche el terreno y perdíase de esta suerte el trabajo de todo el día. Era una lucha de la Naturaleza con

el arte, una burla del elemento complacido en mostrar á aquellos hábiles ingenieros cuán poco valía contra su poder el poder del cálculo.

Y no era sólo el torrente del agua: eran tambien las aguas estancadas, que podridas con el calor del sol, llevaban á los obreros miasmas envenenados que les ocasionaban casi siempre la muerte.

X

Triunfos de la ciencia.—Sacudimientos volcánicos.—La fortaleza de Ambarrawa.—Los cuarteles.—La vida del soldado.—Vuelta á Samarang.—Convite de oficiales.—Relaciones dramáticas.—Mi habitacion.—Mis delicias.—Un libro del boulevard.

En fin, la ciencia y la perseverancia han triunfado de este suelo movedizo y rebelde. Acaso los cadáveres y las osamentas allí enterradas, hayan servido para fortalecer el terreno en que se levantan las trincheras y las torres. Cuando un gran número de hombres y setenta millones de francos estaban depositados en el fondo de la montaña, la audaz fortaleza, verdadera necrópolis, levantóse para desafiar á invasores y rebeldes.

¡Ah! ¡Si todos salieran de sus tumbas, si todos volvieran á unirse vivos á los regimientos que hoy ocupan á Ambarrawa, las trincheras no podrían contener tantos defensores, y los enemigos no osarían penetrar á traves de sus filas infranqueables!

Planos enviados de la metrópoli han presidido al levantamiento de esta barrera. El viajero se admira de la facilidad con que una mala artillería, lanzando sus fuegos de los contrafuertes de la montaña, podría deshacer estas fortalezas que se hallan completamente indefensas por tales lados. Pero es el caso que despues de tantos trabajos, de tantas luchas, ha sido preciso renunciar al fuego de cañon.

Con efecto, una hermosa noche, el 16 de Julio de 18... sordos ruídos se hicieron escuchar en la montaña: las columnas comenzaron á vacilar como péndulos, los muros se grietearon, se inclinaron y cayeron; las piezas de cañon se hundieron, y la guarnicion espantada, creyéndose á la vista del fin del mundo, se lanzó á las puertas encadenadas. Las mujeres y los niños, que abundan siempre en los cuarteles de Java, lanzaban ayes doloridos entre los heridos y los muertos, el ruído crecía y más incesante era la trepidacion.

¿Y qué había sucedido? Pues había sucedido que la tierra, como avergonzada de sostener sobre ella los medios que sus dominadores querían emplear contra su independencia, había usado del fuego que hierve en sus entrañas. Por esto el Merbabú destruyó en un cuarto de hora los más sólidos cimientos de granito.

Es para mí de palpitante interes recorrer estas ruínas, con los oficiales que testigos del drama me cuentan sus detalles más sangrientos y conmovedores.

Imposible ver, sin sentir el ánimo traspasado de dolor, estos muros destrozados, estas columnas encorvadas, estos pórticos rotos y este suelo, todavía amenazador y terrible, entreabierto por las sacudidas volcánicas.

Abandonamos el Banjú-Birú para ver la fortaleza propiamente dicha de Ambarrawa, magnífico conjunto de pabellones para los oficiales, cuarteles y hospitales construídos hacia 1831. Tres mil hombres ocupan esta posicion; tres mil hombres que todas las noches, al descansar de las fatigas del día, pensarán fundadamente que acaso el sol del siguiente extienda su ardorosa mirada por un monton de escombros y ruínas.

Ha habido aquí que luchar igualmente con tres enemigos casi insuperables: la fiebre del pantano, que ha matado los hombres, el agua fangosa, que ha destruído los cimientos; el fuego subterráneo, que ha balanceado los muros. Pero el ejército colonial, compuesto de los más intrépidos oficiales y por una masa de los más excéntricos y abigarrados elementos, mantendrá sus cualidades, que son una paciencia á toda prueba mezclada á un entusiasmo constante.

Es un curioso espectáculo el de un cuartel en Java: las filas están compuestas por una masa heterogénea de blondos holandeses, de amarillos malayos, de negros africanos y, en general, de aventureros del mundo entero, que vinieron aquí despues de la guerra de Crimea y la revuelta de las Indias inglesas. Habituados al fuego y mantenidos en esta excelente costumbre militar por pequeñas é incesantes expediciones en el Archipiélago, estos soldados reclaman la admiracion de sus jefes en tiempo de guerra.

Cuando el cañon interrumpe su terrible tarea, saben tambien dedicarse á la dulce y regalada vida del hogar. Cuidan de sus hijos y de sus mu-

jeres, alguno se dedica á las tareas patriarcales de la labranza; Marte se trueca en agricultor, sin que por esto el hábito de tal vida le haga olvidar la arriesgada y aventurera del combate, ni le arrebate su entusiasmo para acudir el primero á las filas de mayor peligro y á los lugares donde el trabajo fuere más rudo y fatigoso.

. . . . . .

Un día de camino nos conduce á Samarang, el término de nuestro hermoso viaje por el interior del país.

Más de cien leguas hechas á toda velocidad, con nuevos espectáculos á cada paso, con entretenimientos nuevos á cada hora, nos han distraído el espíritu y fatigado el cuerpo bajo este clima tórrido.

Parécenos mentira que no tengamos necesidad de levantarnos á las cuatro de la mañana, y que por el contrario hayamos de saborear por dos días las delicias del palacio del gobierno holandes, en el cual me hallo ahora instalado.

Nada de ornamentos banales sobre las paredes de estuco, nada de puertas que detengan las frescas brisas del mar, nada de muebles de Europa en este palacio esencialmente asiático. El brillo de los mármoles está oculto á trechos por cien pieles de tigre, y á traves de las blancas columnas, la mirada se detiene ante el encanto de las profusas copas de los árboles tropicales.

A la hora de comer, los criados, en gran traje nacional, se escalonan sobre las gradas del pórtico; el escuadron de poneys llega al gran trote, y el general comandante, seguido de un brillante estado mayor, viene á mezclar á la apariencia oriental de estos peristilos de oro, los uniformes holandeses y los reflejos acerados de los sables. Bien pronto los salones despiden mil destellos de luz y una mesa regia se nos dispone.

¡Qué curioso espectáculo el de estos bravos militares que rodean la mesa! Las cicatrices que se destacan en blanca línea sobre estas frentes bronceadas por los rayos del sol de Borneo, de Balí, de Macasar y de Timor, hablan bien alto de las hazañas de nuestros amables convidados.

Figuráos cuánto gozaré con las relaciones de cada uno. Este me cuenta la guerra de Balí, donde el emperador Klong-Klong defendióse victoriosamente durante largo tiempo. A Michiels «el coronel de corazon de tigre» cupo el honor de someter enteramente esta bella isla. Michiels murió sobre el campo de batalla heroicamente y en el momento decisivo de una victoria conseguida por su bravura y sus talentos estratégicos. Otro oficial me detalla las marchas forzadas á traves de los bosques ó en los pantanos pestilenciales, para dar caza á feroces enemigos armados de flechas envenenadas. Despues de una escaramuza nocturna, uno de los oficiales oye gritos de auxilio, corre en la direccion en que se escuchan y se encuentra con doce heridos caídos en un terreno fangoso, donde se batían desesperadamente contra un verdadero ejército de cocodrilos que habiéndoles arrancado algunos miembros se los disputaban pedazo á pedazo.

La comida termina en curiosas conversaciones de esta índole, los oficiales se retiran y yo emprendo el camino de mi habitacion.

Esta constituye por sí sola un verdadero palacio. Podría organizarse aquí el más hermoso baile del mundo. Da sobre gran número de galerías, desde las cuales se disfruta una vista encantadora.

Un escuadron de criados se agrupa á mi puerta, no esperando sinó un signo para correr á ejecutar mis órdenes. Pero no tengo necesidad de ellos: camino por los suelos de mármol gozando con su frescura, y veinte veces por día me sumerjo indolentemente en el baño magnífico de agua pura y corriente que está colocado al lado de mi cama.

Pero hé aquí que llega un gendarme á caballo conduciendo el paquete llegado por el último correo de Europa. Un amigo me envía un libro del *boulevard* para sorprenderme en el seno de los esplendores asiáticos.

Abro la primera página y leo: *L'Affaire Clémenceau.* Me satisface el recuerdo, y me tiendo sobre una butaca para leer cómodamente estas deliciosas páginas.

Ellas me arrancarán á la calma que me sonríe, y seguramente pocos lectores tendrán más semejantes á Assan, cuando

L'on entendait á peine au fond de la bagnoire
Glisser l'eau fugitive, et d'instant en instant
Les robinets d'airain chanter en ségouttant.

XI

Los camin os de hierro en Java.—Dificultades de construccion.—Riqueza.—Beneficios del vapor.—Estadísticas de produccion.—Estadística fúnebre.

¡Ved, ved estas bellas llanuras, estos valles pintorescos, estas montañas salvajes donde hemos visto galopar los rinocerontes y arrastrarse las serpientes, donde hemos corrido las aventuras de un viaje de posta; vedlas, digo, cruzadas por prosaicas líneas de hierro como las tierras de nuestra Europa!

Yo me felicito de haber hecho parte de este viaje á la antigua usanza. Porque ¿es realidad ó preocupacion fantástica? En los veintiocho kilómetros de vía férrea que acabo de recorrer, el país me ha parecido ménos maravilloso, las ciudades han pasado á mis ojos como masas confusas de bambúes y de hombres, y las florestas vírgenes como una verde sombra desprovista de los encantos del detalle; las flores del lotos se han aparecido á mis ojos sin poesía, y los búfalos sin su aspecto de fuerza, de trabajo y de perseverancia.

Comenzamos por visitar la estacion, situada sobre el litoral y en el centro de pantanos insalubres. El edificio ha sido levantado á costa de enormes dispendios, y sólo atacar los flancos escarpados de las montañas para establecer el paso, ha costado más de veintiocho millones.

El tronco principal va, como sabemos, de Samarang á Soerakarta, y en el trayecto ha habido necesidad de tender gran número de puentes y abrir algunos túneles. El segundo ramal une el litoral con la fortaleza de Ambarrawa, destinada á ser el centro y la llave de la vasta línea de defensa que cubre la isla.

En cuanto al tráfico, está asegurada su grande escala en estas dos líneas. Atraviesan ambas tierras muy habitadas, ricas en café, en cañas de azúcar, y sobre todo en florestas de *techs* magníficos, hasta ahora inexplotadas por falta de comunicaciones.

Cuando se han visto, como he visto yo, caravanas de siete y ochocientos cultivadores llevando sacos de café en las extremidades de una rama de bambú, equilibrada sobre las espaldas; cuando al lado de éstos se han visto caminar convoyes de cuatrocientas bestias y carretas tiradas por búfalos conduciendo aceite de coco, vainilla, canela, quinina, té y mil productos diversos, difícilmente se concibe cómo hasta los quince años estos trasportes difíciles no hayan sido reemplazados por la locomocion á vapor. Parece que la lucha ha sido larga y obstinada ántes de conseguir las concesiones por parte del gobierno.

Intereses privados, enemistades personales, el encarnizamiento de los fanáticos que veían en la introduccion de los caminos de hierro señal de nuevas reformas y muerte de las ideas de monopolio, han jugado en este asunto un papel deplorable en detrimento de las necesidades públicas. Del resto, si los peticionarios han triunfado, gracias á su audacia y á su perseverancia, no ha sido sin peligros que aventurar, porque el gobierno no ha consentido la garantía de los intereses empeñados en la empresa, sinó á condicion del enlace con la fortaleza de Ambarrawa, y éste es un parásito de los más voraces, viviendo de la savia del tronco naciente.

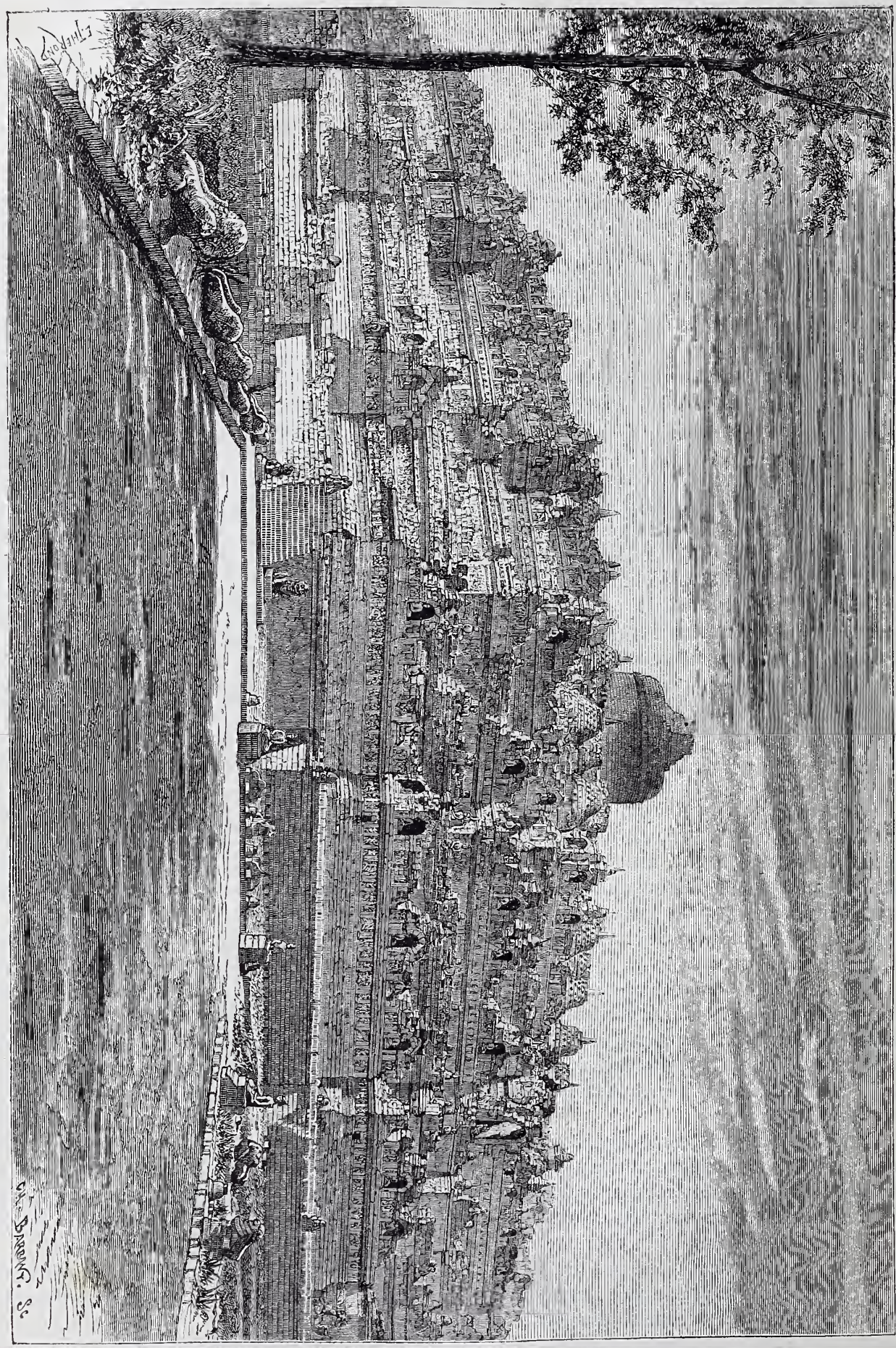
A pesar de esto, el camino de hierro tiene inmensas condiciones de vida, no sólo por sus fuerzas interiores, cuanto por la riqueza de los terrenos. He querido buscar algo que me haga formar idea precisa de estas tres pequeñas provincias contiguas, Samarang, el Kadú y Soerakarta, que una línea de ménos de doscientos kilómetros liga de centro á centro, y cuyas riquezas son trasportadas en seis horas (seis semanas empleaban ántes de la construccion de la línea) á los muelles de embarque.

De un legajo voluminoso de estadísticas compiladas en la biblioteca del gobierno de Samarang, puedo extraer algunas cifras relativas al pasado año, á pesar de la dificultad bien natural con que tropiezo para comprender los Aanwijzing-Betrekkelijk, los Vitgestrektheid, los Maatshappij y los Getal Inkoopskoffijpakhizen administrativos.

La provincia de Samarang cuenta 1.021.038 habitantes, entre ellos 4.000 europeos y 12.000 chinos,--194.000 búfalos,--37.000 bueyes,—13.000 caballos. Su suelo produce como culturas principales 101.649 *picols* (1) de azúcar,—467 de tabaco,—109.325 de café y 3.392.079 de arroz.

El Kadú está poblado por 491.333 habitantes, entre los cuales hay 211 eropeos solamente y

(1) El *picol* equivale á 59 kilogramos.



Vista general del templo de Boeroe-Boedor. (V. pág. 31.)

3.000 chinos. Cuenta 68.000 búfalos,—94.000 bueyes,—28.000 caballos y produce 29 libras de índigo,—74.296 picols de café y 911.664 de arroz.

Soerakarta cuenta 713.000 habitantes,—47.000 búfalos,—41.000 bueyes,—6.000 caballos y una produccion anual de 65.194 libras de índigo,—92.719 picols de azúcar,—439.827 libras de tabaco y 67.406 picols de café.

Júzguese por estas cifras que acabo de apuntar, del torrente de riqueza que los caminos de hierro han hecho brotar en Java, cuando dos millones de conductores y cinco mil bestias de carga y tiro que habían de recorrer penosamente cuatro millares de kilómetros, han sido reemplazados por las locomotoras y los vagones. Gracias á esto, los conductores se han convertido en braceros, las bestias de carga en bestias de labor, y por un admirable desarrollo de fuerzas, espacios inmensos ántes incultos han sido puestos en explotacion, florestas vírgenes han sido derribadas para las construcciones navales, y en todas las esferas se ha impreso ese movimiento de cariño hacia el trabajo que traen siempre consigo las facilidades para llevarlo á cabo.

Este admirable resultado ha sido ciertamente local: han ganado las localidades vecinas, pero al rededor de Samarang y de Soerakarta se ha creado una zona de actividad y de riqueza que eclipsa todas las otras poblaciones de Java. Esta se ha conseguido á pesar de las objeciones, de los temores, de la gente ignorante del país, que prejuzga siempre estas invasiones de la civilizacion. ¿Qué importa la desesperacion de aquellos admiradores de la naturaleza vírgen, que no quieren ver los trópicos sinó con los ojos de Bernardino de Saint Pierre?

El hecho es apénas creible, pero la oposicion al camino de hierro ha sido casi nula por parte de los naturales del país, muy vigorosa por la de buen número de europeos.

El conde de Beauvoir que hallábase en Java á los comienzos de la construccion de las líneas ferreas, cuenta que ha visto en el interior del país hombres de gran valer, afirmando que los caminos de hierro serían de todo punto inútiles. Mostraban sobre el mapa la forma de la isla, y señalaban su forma y sus montañas centrales como escollos insuperables.

Los hechos han desmentido tales aseveraciones. Y hoy puede conocerse ya cuánto significa el adelanto comercial de Java por la introduccion del vapor, cuando se diga que el precio del arroz, esta base de la alimentacion, varía considerablemente á pequeñas distancias por causa de la falta de suficientes vías de comunicacion. Por ejemplo, vale siete ú ocho rupias (1) en Batavia, cinco en Tjiandjur y tres ó dos y media sesenta ó setenta kilómetros más allá.

Y tan cierto es cuanto digo, que hace algunos años se ha dado el caso de que una provincia javanesa agonizara de hambre por pérdida de la cosecha, en tanto que á cosa de cincuenta leguas otra provincia nadaba en la abundancia.

Pero esta oposicion hecha al camino de hierro por los hombres que se apoyan superficialmente en las dificultades dispendiosas de los viaductos, de los túneles y de las rampas, obedece á una idea dominante: la creacion del trabajo libre. Es con efecto una vida nueva, en la cual penetra la colonia neerlandesa: este camino de hierro es la piedra de toque. La jóven compañía que despues de tantos sinsabores obtuvo la concesion, nos da el ejemplo de la primera aplicacion de trabajo libre, empleando á 9.000 obreros que paga á razon de franco por día.

Deben, pues, hacerse por ella votos ardientes, ya que á su atrevida iniciativa se ha abierto el interior del país á los beneficios de la civilizacion, adelantando tanto en el órden moral como en el material.

Pero ya que estoy en la tarea de hojear estos cuadros llenos de cifras que se hallan ante mis ojos, salto de mi camino de hierro, de mis sacos de café y de azúcar para citar una estadística que me llena de espanto y que no carece de originalidad.

En cualquier otro lugar encontraríanse cifras denunciando el número de animales feroces matados por mano de los hombres. Aquí en cambio de esa estadística, existe la de los hombres muertos por los animales feroces.

En el año de gracia de 1863, 273 individuos fueron comidos por los tigres, 158 por los cocodrilos, 72 murieron por ataques de rinocerontes y 22 á causa de mordeduras de serpiente.

El cielo ha querido poner su precio á estas ricas selvas y mostrar cómo la abundancia y la riqueza van acompañadas tambien de la desgracia y la muerte.

---

(1) La rupia vale dos pesetas próximamente.

XII

Otra vez en Batavia.—Preparativos de caza.—A traves del río.—Las serpientes.—El primer cocodrilo.—Saludo de *champagne*.—Aparecer y ocultarse.—Venganza del monstruo.—Una piragua en el aire.—Quince apariciones.—Puntería.—La buena ocasion.—Las doce del día.—En *prahu*.—Nuestros remolcadores.—El «capitan de los chinos».—El almuerzo.—Los vinos de Europa.—Los refrescos.—«Ha muerto».—Resurreccion.—Los carruajes —Por el interior.—El Megamendong.—La provincia del Preanger.—La tormenta en la montaña —Tjiandjur.—Reverencias.—Curiosidad.—Un convoy.—La entrada en la ciudad.—Visita al gobernador.—Visita al príncipe indígena.—Su gran visir.—Las bayaderas.

Regreso á Batavia. A Batavia, donde me esperan nuevas emocioncs, porque está dispuesta una partida de caza, pero de caza del país, y unas cuantas excursiones al interior que completen con las ya verificadas el conocimiento que sobre él he podido adquirir.

Antes de las cuatro de la mañana, nuestra alegre colonia francesa partía al galope conducida por el amable gobernador holandes y acompañada de siete ú ocho cazadores del país. Todo está preparado para esta caza oficial de cocodrilos: coches de cuatro caballos para ir hasta el muelle; cañonera para salir de la rada y costear las playas en demanda del río que se arroja al mar en medio de un bosque; canoas de la marina real y piraguas malayas, etc., etc. Casi estuve á punto de creer viendo aquel brillante aparato que para preparar aquella fiesta asiática tenían emboscados en lugar fijo á los cocodrilos como se emboscan los corzos en Europa; pero los sucesos me probaron que los cocodrilos no son tan mansos como los corzos.

Son las seis de la mañana, cuando toca la cañonera la barra del río: nos diseminamos en las piraguas y fijamos largo tiempo nuestra vista en las altas hierbas que cubren las costas para sondear aquel fango amarillento: pero nada vemos. Subimos y bajamos más de veinte afluyentes del río: la piragua se desliza silenciosamente por entre espesos matorrales de plantas acuáticas y venenosas que dan sombra á las aguas por donde corren y se ocultan á nuestro paso mil serpientes de un verde oscuro y de un azul amarillento. Algunas alzando la cabeza dos piés sobre el nivel del agua, cruzan altivamente el río como desafiándonos.

A las diez, cuando el sol principia á tostarnos con sus pesados rayos y nauseabundas brumas de miasmas invaden el río ahogándonos casi, vemos aparecer multitud de globulillos de aire que hierven en el agua á cuatro pasos de nosotros. Atencion: es un cocodrilo que respira: los acólitos aficionados hacen volar los tapones de las botellas de *champagne* en señal de regocijo. Nosotros, por nuestra parte, esperamos al monstruo en la proa, llenos de ansiedad. A ochenta pasos se agita ligero remolino; levántanse olas circulares y una larga línea negra y espinosa (calculo que de veinte á veintidos piés) aparece como una flecha que rebotara sobre el agua y luégo se sumerge para volver á apuntar poco más allá. A pesar de tan agudo ángulo de tiro, á pesar de la distancia y de la solidez de la coraza, hacemos fuego. ¿Es simple curiosidad ó verdadero dolor? El cocodrilo sale verticalmente del agua hasta asomar las patas, vuelve á hundirse, y... nuestros compañeros afirman que ha muerto en el fondo del agua, lo cual es ni más ni ménos que la historia corriente de todos los cocodrilos que se escapan. Pero nosotros que estamos acostumbrados á no contar más pieza muerta que las que llevamos en el moral, creemos que podrá todavía vivir días felicísimos.

Sospecho que el feroz animal ha querido vengar su rasguño: porque miéntras volvemos á cargar las carabinas sus inmensas fauces, adornadas de no sé cuántos dientes, se abren súbito para coger la proa de una piragua que sigue á la nuestra. Va montada por dos indios: el más ágil coge un arpon de cobre de dos piés clavado en una larga lanza de madera de hierro, y lo arroja á la boca del monstruo. El golpe le produce tal dolor que da un formidable coletazo: la piragua vuela por el aire como una pelota, y los dos malayos, despues de operar tan involuntario como peligroso salto, caen al agua y se dirigen á la ribera con toda la rapidez que presta el miedo. El cocodrilo, que tiene el arpon clavado en las fauces y rotos los dientes, hace en el aire una enorme pirueta, alza violentamente la cola y nos enseña un reluciente vientre. Hubo un momento en que lo vimos fuera del agua por completo. Ya cargadas nuestras armas, no se nos volvió á presentar ocasion tan favorable: hemos contado hasta quince apariciones de cocodrilos esta mañana, y me parece que debía haber cinco ó seis anima-

les en nuestras aguas. «Apuntad al ojo,» nos decían á cada aparicion. Cual si fuera fácil empresa hacerlo así á distancia de ochenta pasos, con cuatro ó cinco grados de ángulo y toda la poblacion de la aldea en las márgenes del río, de manera que una bala perdida podría ocasionar la muerte de un indígena.

Parece que cuando las aguas están bajas, los cocodrilos se quedan en la ribera revolcándose por el fango, y entónces nada más fácil que aprovechar buenas ocasiones y apuntarles con descanso. De todos modos, las dificultades de nuestra caza en piragua, sus palpitantes emociones y sus peligros, nos han hecho pasar una mañana agradable. Esperemos por lo ménos tanto placer, ménos sol y mejor fortuna para otro día.

A las doce era tal el calor del sol, que los anfibios se mantenían en el fondo del agua: nosotros nos batimos en retirada algun tanto aturdidos por la intensidad del calor y por las emanaciones del río. La cañonera nos lleva hasta la embocadura del Ankel, hacia Occidente; volvemos á subir en *prahu*, piragua labrada en un tronco de árbol y con la popa toscamente esculpida. Treinta malayos cantando y trotando, se atan en la playa á una larga maroma, cuya extremidad viene á dar en nuestra barca, y ésta hiende con rapidez las turbias ondas. Nuestros remolcadores, casi desnudos, no parecen asustarse de las altas hierbas y se arrojan por medio de ellas para no hacer lenta nuestra marcha. En vez de un sendero regular, siguen á campo atraviesa y se ven algunas veces obligados á cruzar á nado los riachuelos que les cortan el camino.

Así llegamos á la quinta del «capitan de los chinos». Este *gentlemen* del Celeste Imperio sale á nuestro encuentro y es, á lo que parece, un alto personaje. Nombrado por el gobierno holandes, y reconocido por todos los chinos de la isla, es á la vez ministro plenipotenciario, jefe de policía, juez y abogado de todos los asuntos que se refieren á sus compatriotas; y como éstos forman un elemento financiero y social de gran importancia en la colonia, el cargo no es despreciable. Durante el trayecto, uno de nuestros servidores indígenas llegó de un salto hasta este funcionario y le metió dentro de la barca la trenza que llevaba en el agua, diciéndole: «Cuidado, señor mandarin, que va á venir un caiman á tiraros de esto».

El almuerzo nos fué servido bajo un templete. Pero el calor nos había dejado sin fuerzas ni apetito: se hizo sin embargo honor á los vinos de Europa y alguna que otra cabeza se trastornó, alegremente se entiende. Principió á desbordar el torrente de historias cinegéticas, y era preciso haber cazado cocodrilos ocho horas seguidas para dar crédito á tantas y tan extrañas aventuras: así es que la risa era general.

A pesar de tan excelentes refrescos, no pude ménos de mandar un lacayo indígena á la copa de un cocotero, para que me trajera dos cocos cuyo contenido bebí con delicia. De pronto acude un grupo de malayos que nos señalan con el dedo, en la ribera opuesta, un cocodrilo que digiere miéntras nosotros almorzamos.

Uno de nuestros tiradores hace fuego y le mete una bala en el lomo. El animal salta al agua y se sumerge, dejando en ella una gran mancha de sangre. «Ha muerto», gritamos nosotros llenos de regocijo. Pero nos hemos engañado, porque vuelve á aparecer más allá alzando una pata al aire.

Todas nuestras balas se concentran en él; del fondo del río llegan á la superficie unos cuantos hilos de sangre, que son las últimas noticias que hemos recibido del monstruo. Forzoso es, por consiguiente, renunciar á la esperanza que tanto tiempo había alimentado, de suspender del techo de mi habitacion una negra y gruesa piel llena de escamas y larga de veinticinco piés.

Los coches del gobernador nos traen por tierra á Batavia, y media hora despues, es decir, á las tres de la tarde, tenemos que emprender de nuevo el camino. Nuestra caza de anfibios no ha sido más que una especie de preludio para ponernos en tono y prepararnos á otra clase de emociones no ménos arriesgadas: hoy, en efecto, hemos decidido emprender nuestra excursion en busca de rinocerontes.

Llegamos á Buitenzorg, y casi sin detenernos proseguimos nuestro viaje.

Avanzamos en el interior: el terreno es más accidentado. Principiamos á subir cuestas, y nuestros caballos, de escasa alzada, se resienten terriblemente de ello: cuando llegan á detenerse acude la gente, empuja las ruedas, y entre voces y latigazos vuelve á ponerse el coche en marcha. Hénos ya al pié de la gran montaña: el Megamendong. Diez búfalos reemplazan á nuestros poneys, y cada par va aguijoneado por un *cornac* alegre y hablador: es un tren singular el de estos búfalos de largos cuernos negros y lento andar. El color de su piel es gris rosado y recuerda el de los lechones de tres ó cuatro semanas: tienen horror al europeo, fijan en él la mirada, tienden el cuello y rara vez dejan de lanzarle por el abierto hocico una baba pegajosa, con la cual lo espurrean.

El rápido cambio que acaba de sufrir trasforma

nuestra veloz carroza de hace poco en lenta y pesada galera. Subimos bajo un sol de plomo los cuatro mil setecientos ochenta piés del Megamendong, penetrando hasta el corazon de la selva vírgen. La Naturaleza es cada vez más grandiosa y agreste. El barranco por donde atravesamos no tiene más que tres metros de ancho; dejamos atras el litoral y principia á extenderse ante nuestra vista el país interior. Allí está la hermosa provincia del Preanger: es un espectáculo sin semejante el de aquellas montañas de empinadas crestas, cubiertas de la más rica vegetacion hasta su cima, con tonos azulados y con panoramas tan dilatados que llegan á perderse en el horizonte; vienen luégo las plantaciones de arroz, escalonadas en graderías, que forman tantos anfiteatros como gargantas tiene la sierra, y contempladas desde la altura parecen las celdas de un panal de miel.

Pero el cielo se oscurece y vemos aparecer la tormenta: la brisa que la impele la hace, sin embargo, pasar por debajo del sitio en que nos hallamos, y durante más de media hora las nubes nos ocultan los valles inferiores. Fué cual el telon que cae al final de una comedia de magia; mas en breve desapareció, y el panorama nos fué devuelto verde y florido como ántes y lleno de perfumes.

Es tan bello el espectáculo, que nos preguntamos si no es sueño aquella admirable tierra de Java. La rapidez de la bajada del Megamendong me recordó la de las diligencias del Monte-Cenis: los frenos de nuestro coche volaban hechos pedazos, y llegamos al valle mucho ántes de lo que habría convenido á nuestra tranquilidad y á nuestros huesos.

Tjiandjur, á diez y seis leguas de Buitenzorg, es nuestra primera estacion. Trátase de una deliciosa aldea perdida en un bosque de bambúes.

Las calles están tan limpias como en Holanda, y como es día de mercado, hay tanta animacion como en la feria más ruidosa.

Ayer noche, al contemplar á todos aquellos buenos javaneses inclinándose á nuestro paso, creía yo que sin duda nos habían tomado por el gobernador; pero ahora veo que somos blancos y que esto basta para hacer humillar las cabezas.

A medida que más avanzamos en el interior, más increible y pasmoso se hace el servilismo de los indígenas. Ayer eran solamente las gentes que nos cruzábamos en el camino las que se inclinaban profundamente á tierra; hoy, hasta en el fondo de las plantaciones de arroz, situadas á ciento cincuenta metros de nosotros, indica nuestra presencia un movimiento de agrupacion general. Les hacemos signos amistosos para que abandonen su posicion respetuosa, y no conseguimos más que empeñarlos en sus cortesías y en su humillacion.

Nos cruzamos con un convoy de más de trescientos conductores de productos. Estos suspenden sus fardos á las dos extremidades de un palo: es una larga rama de bambú, en la cual se colocan dos sacos de café, y tantos han llevado sobre sus espaldas, que se ve sobre éstas una verdadera y honda ranura. A nuestra vista todos los sacos por tierra y la gente de rodillas.

Más léjos encontramos gran número de malayos, color de chocolate, pero de bella estructura, vestidos por todo traje con un cinturon de indiana, y conduciendo montados en la espalda á sus pequeñuelos. Nos ven, y lo mismo de siempre: se inclinan reverentemente de rodillas.

Nuestra entrada en Tjiandjur es indescriptible: la gente se escalona en las calles y abandona todos sus quehaceres por contemplarnos y expresarnos su admiracion respetuosa.

Llegamos á casa del gobernador y pedimos á éste que nos haga visitar el palacio del príncipe indígena. En su ausencia, nos recibe el gran visir, que es un gran indio que lleva turbante, dolman galoneado, calzones encarnados y zapatos charolados.

Pero ¡qué desilusion tan grande! Las bayaderas, tan afamadas, tan cantadas en Europa, danzan sobre una terraza al són de violones de una sola cuerda, cuyo acompasado sonsonete acompañan con cánticos lastimeros. Están vestidas con trajes iguales, á manera de pensionistas. Danzan y tornan sin gracia ni medida, más como quien se revuelca en las convulsiones de un terrible dolor de estómago, que como quien pretende ejecutar movimientos llenos de voluptuosidad y de gracia.

Puede decirse de ellas lo mismo que dije al hablar de las danzas de puñales y mujeres: nada se expresa con estos movimientos; nada dice esta cadencia fatigosa de manos y piernas, como no sea la expresion cierta de esa languidez, compañera inseparable de la esclavitud.

XIII

Bandong.—El palacio del Regente.—Su *kriss*.—Proyecto de caza.—La partida.—El campo de la lucha.—Los jefes de tribu.—¡Han visto á la fiera!—Valentía indígena.—La aristocracia javanesa.—«Desde lo alto de esos cocoteros, cuatrocientos cobardes nos contemplan.»—Tres monstruos.—El rino-*feroz*.—Turbacion.—El despertar.—Momento de ansiedad.—Hambre, calor y sed.—A ochenta metros de la fiera.—Los primeros disparos.—Herida... de amor propio.—Con lo que me conformo.—Manera de matar fieras.—Orquesta nocturna.

Bandong es la capital de una de las más bellas provincias de Java. Hay aquí unos cuantos millares de javaneses patriarcalmente protegidos, gobernados y reglamentados por una media docena de holandeses y un príncipe indígena. Este príncipe indígena lleva el título de Regente. Es de raza puramente javanesa, y ha sido colocado en su alto puesto por el gobierno holandes, que le da, segun me dicen, doscientos mil francos anuales.

Está absolutamente sometido al gobernador ó prefecto holandes establecido en el mismo lugar, pero es un verdadero rey para los indígenas, un Sultan ante quien todos se prosternan humildemente.

Con una gracia perfecta nos acoge en su palacio, ofreciéndonos en él franca y sincera hospitalidad. Figuráos una vastísima quinta de frescas habitaciones y una multitud de esclavos vestidos con libreas rojas, puestos á nuestro servicio, y comprenderéis por esto si será agradable nuestra estancia.

El Regente es un hombre simpático y de sonrisa afable. Tiene tantos reumatismos en sus piernas como diamantes en su *kriss*, arma magnífica que lleva suspendida del cinturon por un riquísimo tahalí.

Su enagüeta de vivo color contrasta singularmente con sus zapatos charolados, su casaca de paño europeo y su turbante azul bordado de oro.

Este príncipe no habla otra cosa que la lengua malaya; pero afortunadamente viene en mi compañía un ingeniero frances que me sirve de intérprete, y podemos así sostener una larga áun cuando insulsa conversacion.

Hablamos de caza y queda acordada una de rinocerontes para el día siguiente. El Regente nos dice que pone á nuestras órdenes todo lo de su palacio y servidumbre que pueda servir mejor á nuestro objeto.

. . . . . .

A la hora fijada, las cinco de la mañana, partimos alegremente para nuestra partida de caza. El Regente ha pasado aviso de la expedicion á los jefes de las tribus vecinas, porque éstos nos ayuden y faciliten el cumplimiento de nuestro propósito.

Llegamos al lugar señalado caminando por senderos tortuosos y difíciles. Lo que debe ser el campo de nuestra batalla se extiende ante los ojos. Es una garganta salvaje cavada en semicírculo y de una extension de tres leguas á lo que puedo apreciar. Nos hallamos en el centro de la curva y sobre la parte exterior de la garganta, dominando un barranco casi impenetrable y cubierto por todas partes de una maleza espesa. Las hojas de los árboles están tan apretadas, y los cañaverales son tan espesos, que pueden en ellos ocultarse los hombres con igual facilidad que los conejos en un campo crecido de trigo. Para caminar por estrechos senderos es preciso ir apartando con ambas manos la maleza, y áun así se fatiga uno al cabo de unos cuantos pasos. Gran número de criados encargados de abrirnos paso nos esperan armados de fusiles de chispa, destinados por lo ménos á hacer ruído que nos avise la peligrosa llegada de las fieras.

Los jefes de tribu escalonan silenciosamente sus hombres formando un gran circuito al rededor del barranco, sobre el cual nos colocamos nosotros. Desde nuestra eminencia dominamos el estrecho más apretado de la garganta, por entre la cual las aguas de un torrente se deslizan rumorosamente. ¿Pasarán fieras por nuestro camino? Todos lo ignoran y se hallan á la expectativa.

Gritos agudos que salen de toda la línea nos anuncian que la batida comienza. Los tiradores se separan y nosotros nos hallamos prestos.

He adornado mi carabina con su bayoneta para los casos desesperados, y cargado mi arma con prolija atencion, porque el peligro es grande. Parece que cuando el animal ataca cae de repente sobre uno, destrozándolo todo con sus enormes piés.

Pasa un cuarto de hora, y de repente dos tiros disparados por los que abren camino se escuchan. ¡Han visto á la fiera!

Cuando el primer movimiento de sorpresa ha pasado, apercibo, no salamente el desórden sobre

toda la línea, sinó las cabezas de nuestros hombres en las copas de los más altos cocoteros. Con una confusion indescriptible habían huído, y siguiendo los unos á los otros, con la destreza de monos (que es evidentemente su naturaleza), habían abandonado el suelo y buscado refugio en los penachos dorados de los árboles, sobre los cuales reposan en general los pájaros.

A cien pasos de nosotros se halla un pequeño grupo de jefes; los criados, armados de hachas, hacen inmediatamente profundas hendiduras en los troncos de algunos árboles, imposibles de escalar por otro procedimiento, y en un corto espacio de tiempo la aristocracia javanesa puede poner en juego el telégrafo aéreo con su pueblo de valientes. En cuanto á nosotros, decididos á esperar á pié firme y á conservar la agilidad de nuestras piernas para correr tras el animal y detenerlo á su paso, hacemos inútiles señales para poner en marcha la columna de tiradores.

«Desde lo alto de estos cocoteros cuatrocientos cobardes nos contemplan», grita uno de nosotros para consolar nuestra rabia. Pero la desgracia quiere que los jefes se pongan á dar, con voces estentóreas, órdenes á los que abren paso en la maleza, y que se hallan colocados sobre los árboles á distancia de ochocientos metros. Les gritan que desciendan; pero se guardan bien de dar el ejemplo. El resultado de esta tarea es inevitable: una familia de tres rinocerontes escala la montaña que se halla enfrente de nosotros, y pone en fuga á dos ó tres grupos de indígenas literalmente perdidos en las grandes hierbas.

En el primer momento no vemos sinó una agitacion en la maleza á distancia de novecientos metros. Los animales dibujan su carrera por una especie de remolino, y avanzan como entre dos aguas en este mar de hierbas más altas que ellos.

Hacemos una carrera á pié á toda velocidad para cortarlos en semicírculo; pero esto no es más que un placer para los ojos. Con nuestros anteojos solamente podemos distinguir tres masas grises y enormes, que se deslizan sobre la cresta del barranco opuesto.

A la cabeza marcha el macho con su alto cuerno fijado sobre la punta de la nariz; despues la hembra y el pequeñuelo, ya de la talla de un búfalo, trota por el camino que van abriendo sus padres. Apénas han desaparecido, cuando nuestros tiradores abandonan su escondite radiantes de alegría por haberse librado al santo horror que les inspira el rino-*feroz*, como le llama Ak-Hem.

Es ya el mediodía y ni un soplo de aire se deja sentir. Nos hallamos literalmente abrasados por un sol tórrido, y esperamos bajo un tulípero en flor que nuestros hombres vuelvan á juntarse.

Evidentemente los rinocerontes han pasado por la extremidad derecha de la garganta. Cercarlos ántes de que hayan podido salir, y conducirlos hacia su punto de partida, tal es nuestro plan de campaña.

—Cuidado, que viene un tigre,—grita estentóreamente uno de nuestros compañeros, que se halla á doscientos metros de nosotros. Una corriente se dibuja furtivamente en la espesura, como si una estrecha ráfaga de aire inclinara la punta de las hierbas; pero nuestros ojos no pueden distinguir á la fiera.

Esta vez nos distribuímos los puestos con perspicacia. Sin atreverse á penetrar en lo más espeso de la maleza, pero haciendo, sin embargo, camino, se desarrollan en grupos, marchando al són de tambores por espacio de dos horas.

Confieso que no me dí buena cuenta de lo que sucedió durante este tiempo. El sol enviaba sus rayos mortales; la sed, el hambre, la fatiga, la exaltacion, la fiebre del peligro me habían enervado de tal suerte, que, inquietándome poco de las serpientes y de los escorpiones, me tendí sobre una roca desfallecido é insensible. De pronto un indio que me había seguido me sacude con todas sus fuerzas, y seis tiros me despiertan por completo.

¿Qué veo? La rinoceronte, seguida de su pequeñuelo, ha costeado el torrente y se detiene en un claro á cincuenta metros del tamarindo. ¿Las balas de nuestros amigos le han penetrado ó no? Es un misterio. Pero la bestia, levantando en alto su gruesa cabeza deforme, parte al gran trote con aire de marchar admirablemente de salud.

Veré largo tiempo en recuerdo esta masa gigantesca, destrozando cuanto se opone á su paso y prosiguiendo su camino con el desden de un monstruo que no se inquieta de los ataques del hombre.

Un oficial de la escolta y yo nos hallamos á seiscientos metros de la fiera. Deberá pasar cerca de nosotros y debemos apostarnos á su paso y esperarla.

Es un momento de ardiente emocion el momento en que descendemos á toda velocidad por el barranco. Si la rinoceronte no cambia de camino, deberemos hallarla por el ángulo derecho ántes de diez minutos.

El rostro enrojecido bajo este sol hecho para matar á un hombre, desfallecidos por la sed, nos encontramos ébrios en la esperanza de hallarnos frente á frente de nuestro enemigo y meterle una

bala en la oreja, única manera de matarlo cuando no se dispone de otra cosa que de balas de plomo. A veinte pasos el uno del otro, emprendemos nuestra caminata á paso gimnástico. Los indios, colocados sobre la cima inaccesible de la roca cónica, no osan descender hasta nosotros, pero nos llaman por medio de gritos agudos, más con ánimo de apartar la fiera que de avisarnos ningun peligro.

La ausencia total de bebidas refrescantes nos hace sufrir en extremo. La recoleccion de los cocos se ha hecho hace quince días por los naturales del país, y la leche de un solo fruto que pende aún del árbol, es bebida ávidamente por varias gargantas en proporciones igualmente repartidas. Durante este tiempo los criados del Regente, esparcidos Dios sabe cómo, holgazanean bajo la sombra de los árboles vaciando botellas de Burdeos y agua de Seltz.

La tercera batida es la mejor, á pesar de la fatiga de los hombres, á quien nuestro ardor haría enrojecer, si el color de su piel lo permitiera. Atacan más rigorosamente la espesura: solamente media docena se escapan, y gracias á nuevos procedimientos, la rinoceronte avanza hasta colocarse á distancia de cuatrocientos metros hacia mi izquierda. Me coloco frente á ella, apartando penosamente con las manos la espesura en que me hallo prisionero. No veo á cuatro pasos. Llego por fin al pié de un gran árbol, y desde allí espero con impaciencia.

La fiera pasará por mi lado; la veo á trescientos pasos, despues á doscientos y ya se halla lo bastante próxima para que mis tiros no sean ineficaces. El momento está lleno de emocion, lo confieso con franqueza, porque no tengo más que un indio armado á mi lado. Estoy resuelto á esperar, y una vez nuestros cuatro tiros descargados, nos veremos reducidos al revólver.

Escucho el rumor de las plantas que destroza el animal en su camino; su espina dorsal apénas asoma por cima de las hierbas. No he querido montar mi carabina desde el momento, para ser más dueño de mí y mejor escoger el instante propicio.

Apénas entreveo claramente á distancia de ochenta metros la gruesa cabeza del monstruo, disparo mi primera bala con entera sangre fría; en cuanto á mi segunda y á las dos de mi criado, de esas puedo decir que no respondo.

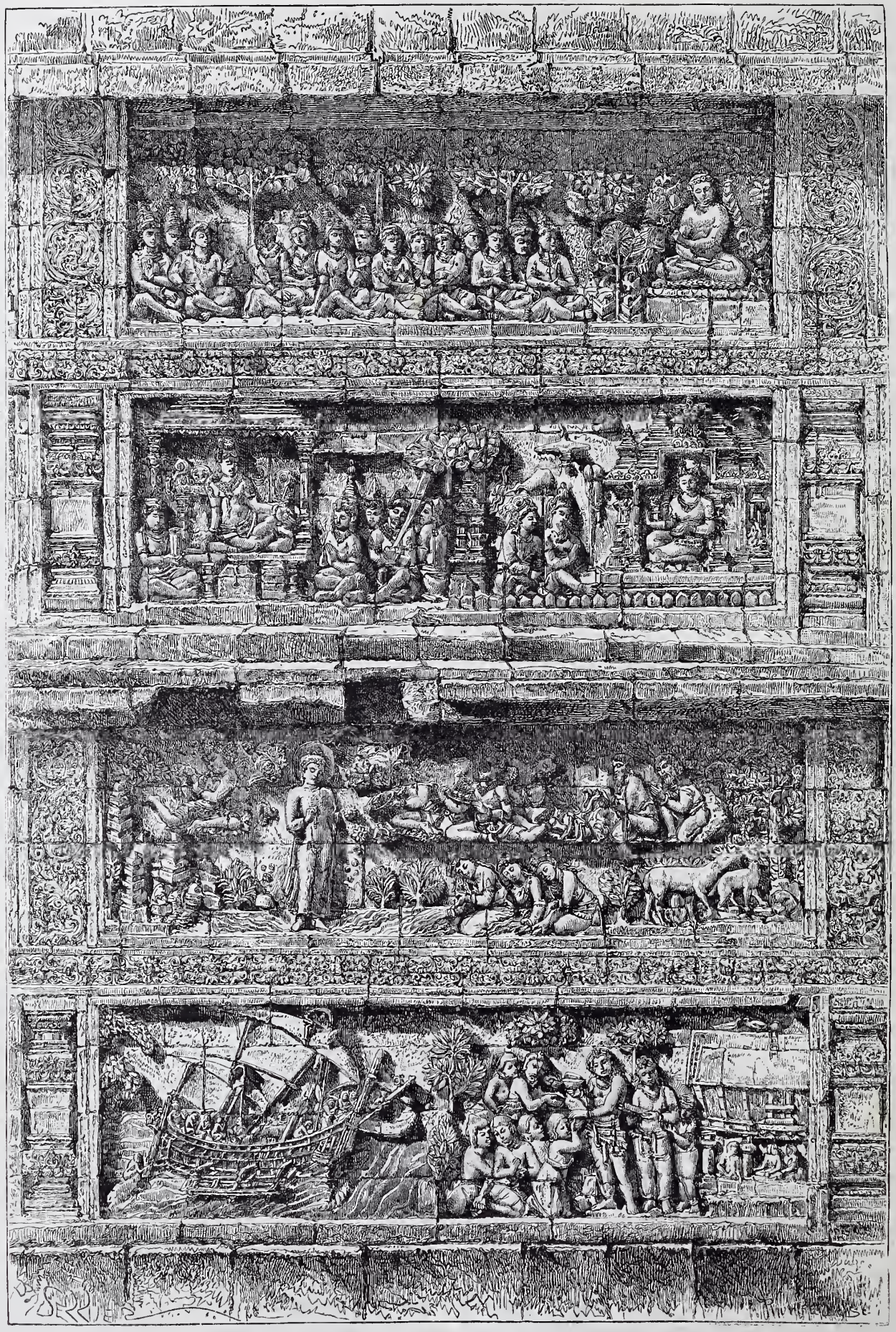
¿Habrá tocado alguna de ellas á la señora rinoceronte? No lo sé. Pero furiosa con el ruído de nuestros disparos, gira tres veces sobre sí misma buscando su incógnito enemigo. En estos circuitos, ¡oh fatalidad! pasa sin verme mucho más cerca de mí, y dos tiros de mi *revólver*, única arma de que ya dispongo, hacen creer á mis amigos que llegué al momento supremo, á la lucha de cuerpo á cuerpo. ¿Y bien? Evidentemente herida... en su amor propio, la rinoceronte, me busca furibunda, gira á la derecha, gira á la izquierda, no me encuentra, se anima, galopa... y galopa probablemente aún.

Si las comedias de Europa terminan siempre en un matrimonio, las cacerías lejanas de los viajeros terminan generalmente, á lo ménos en sus relatos, por el destrozo de un gran número de tigres, de rinocerontes y de cocodrilos. Por mí sé decir simplemente, que doce balas de fusil y dos de revólver no han conseguido tirar por tierra uno de estos soberbios monstruos de las selvas. Por este mérito de la verdad, que es el más precioso de mi diario de viajes, habré evitado una vez por lo ménos caer en la futilidad de la costumbre. ¡Que corra! ¡que corra aún la hermosa rinoceronte! Yo me considero feliz de haberla visto fuera del Jardin de Plantas, trotando en el estado más salvaje por el sitio más agreste que pueda imaginarse.

Segun me dicen, hace más de cinco años que no se ha matado en Java un solo rinoceronte. El último que sucumbió fué esperado por un indígena á orillas del lago donde acudía á beber, y cuando estaba ocupado en tal operacion le introdujo dos balas en la boca. Algunos días despues, solamente las águilas y los buitres anunciaron revoloteando sobre un mismo punto que el animal herido de muerte había ido á sucumbir dos leguas más allá del lugar en que se le hizo el disparo.

Será preciso volver aquí con fusiles de grueso calibre, cargados con balas de cabeza de acero ó explosibles. Pero no, creo que valdrá mucho más aún, cuando el rinoceronte, con cuerno al viento, va á hacer el amor en las espesuras donde su bella lo espera, sembrar por su camino algunas docenas de bombas Orsini, y por este procedimiento dejarían de ser éstas malditas y aborrecidas como instrumentos de criminales propósitos.

El sol se halla próximo á su ocaso cuando llegamos al cercano pueblo. Desfallecidos por el calor, la sed y el hambre, vaciamos todos los platos de arroz y *kari* que el jefe indio posee en su cabaña de bambú. El carruaje del Regente nos conduce de regreso á Bandong, y la sala de mármol que sirve de baño á las bayaderas nos es abierta de par en par; sumergir en un agua límpida y fresca nuestros miembros extenuados, es para



Núm. 2.—Bajo-relieves del templo de Boeroe-Boedor. (Véase pág. 35.)

nosotros una de las mayores delicias del paraíso terrestre.

Antes de acostarme he querido contar en toda su frescura nuestras emociones de caza. Este último cuidado no es cosa tan fácil como pueda suponerse para ejecutado en el seno de los esplendores asiáticos del palacio del Regente. Mis treinta servidores malayos me han traído pomposamente un vaso lleno de espeso aceite de coco, en el cual se baña una delgada mecha de algodon encendida y vacilante.

Todos los mosquitos que no me devoran vienen á achicharrarse en mi luminaria de sacristía, y forman como una nube movible y murmuradora ántes de caer moribundos en mi tintero y sobre mi papel.

XIV[1]

EL SISTEMA COLONIAL

Quiero explicaros rápidamente, cómo á mis ojos se resume la dominacion holandesa en el archipiélago que acabamos de recorrer, porque sepáis á ciencia cierta ántes de abandonar estos lugares cuyas costumbres ya conocéis, el género de gobierno á que se hallan sujetos.

Al llegar á este punto, la posicion del viajero es en gran manera delicada. Si fué acogido con bondad, con expansion, con una hospitalidad que le obligue al reconocimiento, la crítica en su boca puede ser considerada, si no como un abuso de confianza, á lo ménos como una falta de ingratitud. Si por el contrario, pasó desapercibido en el país, oscurecido entre la masa de extranjeros, diráse que su censura es ánimo de venganza sin sombra de certidumbre.

Dos cosas hay que considerar esencialmente en una colonia: los hombres y el sistema.

De los primeros, debo deciros que me han inspirado en Java viva simpatía y respeto sincero. Quisiera ser más autorizado de lo que soy para rendirles mi homenaje y declarar que no existe en el mundo cuerpo administrativo colonial que reuna tanta instruccion, tanta delicadeza y tan encantadora amabilidad.

Educados en las escuelas politécnicas de Delf y Leyden que están consagradas á la formacion de administradores para las Indias; hablando todos, tan perfectamente como el frances, los dialectos sondaneses y malayos, trabajando diez horas por día, y poseedores de un espíritu de conocimiento consumado en las materias que dependen de su arbitrio, los funcionarios que he visto en Java han merecido mi más entusiasta admiracion.

De opiniones diferentes en la gran mayoría de las cuestiones que se debaten, no se crea que por esta causa sirvan los intereses de su país con ménos entusiasmo bajo los rayos de este sol de fuego y en este suelo de muerte.

En estos tiempos del triunfo por la fuerza brutal, es seguramente un espectáculo lleno de interes el que ofrece un pequeño pueblo de tres millones de almas, el pueblo holandes, que con fuerzas relativamente insignificantes mantiene allá en los mares del Ecuador y bajo la dependencia más absoluta, un inmenso imperio de más de veinte millones de hombres. Y á los ojos de las personas que miden el éxito de una empresa por sus ventajas materiales, es más admirable aún ver una colonia que lleva anualmente á las cajas de la metrópoli cincuenta y algunas veces cien millones de beneficio líquido. Cuando bajo esta doble impresion se recorre la isla de Java y se encuentra por todas partes un órden perfecto, una prosperidad extraordinaria y hasta la disposicion propicia del pueblo conquistado, ¿no acometen deseos de penetrar el secreto de una administracion tan fecunda en buenos resultados?

Java toda entera, las cuatro quintas partes de Sumatra, las tres cuartas partes de Borneo, la parte más grande de las Célebes, las Molucas, Sumbarra, Lombok, Bali y Timor, éste es en su conjunto el imperio colonial de 28.923 millas cuadradas geográficas, cuya posesion ha sido garantizada en los tratados de 1814 y 1824, para este valiente pueblo holandes, cuyo territorio en Eu-

(1) Traduzco aquí este capítulo por dos razones: primera, porque el estudio de los dominios coloniales es hoy de candente actualidad y conviene conocer los pareceres todos; segunda, porque las estadísticas y noticias en él comprendidas completan los estudios de M. Charnay.

Este y algun otro capítulo anterior están tomados de los diarios de viaje del conde de Beauvoir.—(N. del T.)

ropa no cuenta más allá de seiscientas cuarenta mil millas.

La obra ha sido en verdad lenta y penosa. El fuerte se elevó al lado del *comptoir*, el mercader convirtióse lentamente en plantador; el plantador en soldado; de los simples tratados sobre la venta del café y de la pimienta, pasóse á las alianzas con los sultanes amigos y se les prestó ayuda para destronar á los sushunanes hostiles. En fin, despues de doscientos años de lucha que no ha tenido otra divisa que la de «dividir para reinar», y en la cual se advierten tantos triunfos como faltas, la compañía colonizadora se disolvió y el gobierno de la metrópoli tomó con mano firme aquella obra casi arruinada.

Las guerras de la revolucion, el paso de la Holanda bajo el espectro de un príncipe frances, la ocupacion inglesa de 1811 á 1816, forman una serie de vicisitudes impropias de ser narradas en este sitio, pero que influyeron en la prosperidad y hasta en la vitalidad de la colonia.

Pero basta de historia por el momento. El pasado se esconde ante los brillantes hechos del presente. Admira la energía por medio de la cual Java ha sido arrancada por el sistema holandes al fantasma de una cierta anarquía. He querido buscar el espíritu de este sistema y mostraros sus consecuencias actuales, así como las causas de la reaccion que comienza á determinarse en el régimen político como administrativo. Y tened en cuenta que todo es curioso, interesante por demas. No hay sinó fijarse en las condiciones de esta isla, donde á pesar del fanatismo mahometano, de la bravura de instintos de esta raza de piratas y la fiereza de una antigua nobleza, veinticinco mil europeos reinan como semidioses sobre catorce millones de hombres.

Cuando se ha sido, como yo, testigo del respeto divino, de la sumision casi religiosa de los javaneses por todo lo que es autoridad moral, de la obediencia práctica de cuanto al órden material afecta; cuando se ha llevado la vista hasta las montañas más escondidas, sobre un horizonte de plantaciones de café en las cuales trabajan poblaciones en masa; cuando se ha viajado días enteros por llanuras interminables, á traves de campos de azúcar (algunos de muchas leguas cuadradas); cuando, en una palabra, se ha visto que todo esto es monopolio del gobierno, se comprende bien fácilmente que despues de haber cubierto los gastos de 39.000.000 de francos por su administracion colonial, de 15.000.000 por el cultivo de café, de 10.000.000 por el de azúcar, de 7.500.000 francos por las obras públicas, de 18.000.000 para su ejército, de 5.000.000 para su marina, de 16.000.000 por atenciones diversas, en una palabra, de 120.500.000 fr., los ingresos de las Indias hayan llevado, por ejemplo, en un período de diez años, al tesoro de Holanda 63.000.000 de francos de beneficio líquido, despues de cubiertos los gastos todos coloniales y de la metrópoli.

Es una cifra verdaderamente fabulosa, sin ejemplo en colonia alguna. El viajero que no hace más que ver, queda cegado por este resultado grandioso, por los números, por el aspecto de los caminos, de las aldeas y de los campos, por la fertilidad de las plantaciones y por la actividad de un pueblo que tanto produce para sus señores. El viajero que piensa, reflexiona sobre los medios por los cuales en nuestra época estos millones de hombres riegan con su sudor una tierra que no pueden poseer, y se ven forzados á cultivar todos los días campos cuyas cosechas llevan á otros sus beneficios. Y sin embargo, hay quien dice que aquellos hombres no son esclavos.

Todo esto no es ciertamente la obra de un día; es el fruto de una política hábil, ya que no moral, y de un poder soberano y regularmente despótico; pero contra el cual el javanes no murmura nunca, porque está ampliamente calcado en el que ejercitaban los sultanes ántes de la invasion. Esa es la piedra de toque. Así es que, á mi juício, Java no es una colonia, pues no hay en ella colonos, y la propiedad del plantador no existe para el europeo ni para el indígena. Es más bien una soberbia y brillante «explotacion» minunciosamente reglamentada por el gobierno, desde la A hasta la Z, con una inteligencia admirable para llevar á las cajas del Estado todo cuanto puede producir esta hermosa isla, acaso la más fértil del globo; es más bien en verdad una inmensa granja administrada por un pequeño número de funcionarios que mandan sobre unos cuantos millares de gentes que pagan un crecidísimo impuesto de trabajo.

Aun más que por las armas, ha sido por el dominio político por lo que el gobierno holandes ha formado el núcleo de su fuerza y llegado á una dominacion tan completa y fecunda en resultados.

Velar la autoridad europea, no ejercida jamas directamente, sinó siempre por intermediarios indígenas sobre una poblacion dulce, pero fiera, que conserva la ilusion de no obedecer á otros jefes que á sus jefes naturales; descubrirse en todos puntos ante la nobleza de los príncipes javaneses; nombrarlos para sus puertos escogiéndolos entre los rivales, lo que les fuerza á sumision entera ó la pérdida de su dignidad; mantenerlos en los ho-

nores antiguos y en el prestigio de la religion local, lo que perpetúa el respeto de un pueblo y da á la obediencia carácter de divinidad; pagarles grandes sumas á menudo de ciento y doscientos mil francos anuales, lo que les empeña á sostener su puerto y conquistarse el aprecio del gobierno; interesarlos, sobre todo, en el producto de las recolecciones, lo que les obliga á activar por todos los medios posibles el trabajo de sus súbditos; en una palabra, colócase una máscara de autoridad musulmana, haciéndose respetar como un ídolo y explotar á nombre de una aristocracia indígena todo un pueblo para beneficio de los dominadores extranjeros, tal es, á lo que parece y en su conjunto el espíritu y las ideas que han inspirado é inspiran al gobierno colonial.

Java se divide en veintidos provincias ó prefecturas, contando cada una, por término medio, de seiscientas á ochocientas mil almas. A la cabeza de cada una de ellas está el prefecto ó funcionario europeo, especie de gobernador omnipotente, concentrando en sus manos todos los hilos de la administracion, de la justicia, de la autoridad militar, de las obras públicas, de los monopolios, etc.; en una palabra, lo es *todo*, pero no hace *nada* directamente.

En la misma ciudad que él, el Regente, funcionario indígena, tiene su corte con todo el esplendor asiático. La autoridad holandesa se muestra deferente con él, y viven ambos en perfecta amistad; amistad tanto más sostenida y buscada por el Regente, cuanto que una palabra mal sonante para los oídos del gobernador europeo puede ocasionar de la noche á la mañana un decreto del gobernador general de la colonia, declarando que Raden-Adiepatie-Pangheran *** es reemplazado en la regencia de *** por su sobrino Raden-Kusumú; y como éste es igualmente un príncipe, un «sangre de los dioses», la poblacion se inclinará servilmente ante su nuevo señor. El déspota pacálico y venerado por los javaneses es tan sólo el servidor humilde del jefe europeo. ¿Hay un negocio de justicia pendiente? El Regente preside un tribunal de notables indígenas que pide su opinion al sacerdote musulman; ante todo el *Adat* y el *Koran*. ¡Pero por la mañana el prefecto ha demostrado su deseo, y está seguro de que los dioses interpretarán la ley segun su voluntad!

¿Hay un camino que construir ó reparar? El prefecto lleva al Sultan los planos hechos por los ingenieros holandeses, y éste lleva al trabajo sus súbditos y el camino está hecho. El mismo juego se verifica en toda la esfera administrativa, y todos los empleados europeos tienen un semejante indígena á ellos sometido. El jefe de aldea es el único que eligen los naturales, y en esto tambien se reconoce la habilidad holandesa. En efecto, siendo colectivo el usufructo de la propiedad gubernamental, los jefes de aldea desempeñan la mision delicada de repartir los trabajos de la tierra entre las familias, de hacer ejecutar los cultivos segun las órdenes recibidas, y en fin, de estimar el valor de los productos que forman la base de los impuestos. ¡Cuán sabio es este procedimiento de colocar el ejercicio de estas obligaciones en hombres que posean la confianza relativa de la poblacion y apoyado por un consejo de notables!

En suma, con ménos empleados que tiene entre nosotros la última sub-prefectura, una provincia á menudo de más de un millon de hombres, es administrada de una manera completa. Añadiendo algunos secretarios, un ingeniero, un inspector de hacienda y cultivos y unos cuantos empleados para el registro (indígenas en su mayoría), se tiene el sistema completo de un gobierno.

Los empleados europeos son, propiamente hablando, la potencia motriz; los indígenas intermediarios componen la máquina que trasmite el movimiento recibido.

Todos dependen únicamente del gobernador general, que es una autoridad absoluta en las Indias neerlandesas: jefe de un ejército numeroso, de una marina colonial que envidiaría más de un estado soberano, nombra todos los empleados de un vasto imperio y maneja éste con atribuciones discrecionables.

Al lado, ó por mejor decir, debajo de la autoridad del gobernador, se halla un consejo de cinco miembros, llamado Consejo de las Indias, pero puramente consultivo. Cada uno de estos miembros, con el nombre modesto de directores, funciona como verdadero ministro en su departamento respectivo.

En caso de urgencia, los poderes del jefe de la colonia son ilimitados: puede hacer la paz ó la guerra, y bajo su responsabilidad, disponer libremente de centenares de millones. Pero toda disposicion permanente debe ser sancionada por la autoridad metropolitana, y tal costumbre produce en ocasiones lentitudes muy perjudiciales para los intereses de la colonia.

Este poder se ejerce de una manera tan simple como económica: cualquiera se admirará de saber que el estado mayor de un ejército de 27.000 hombres (11.000 europeos, 15.000 indígenas y 1.000 africanos), está compuesto solamente por dos generales, dos coroneles y á lo más cuatro tenientes

coroneles. En las Indias, un capitan manda á menudo una expedicion que entre nosotros se consideraría lo bastante numerosa para dirigida por un general.

Si esta administracion hace el más grande honor al espíritu hábil, enérgico y práctico de los holandeses en las Indias, es preciso reconocer que la tarea ha sido facilitada por las costumbres, los hábitos y hasta el fanatismo del pueblo conquistado; y que el secreto de la dominacion europea consiste ántes de todo en continuar por todas sus consecuencias el estado social que existía ántes de ella.

Invadidos por los indios, despues por los musulmanes, los pueblos de Java habían tomado por dos veces la religion de sus conquistadores. De aquí esta calma, esta ausencia de fanatismo religioso que los hace manejables. Agricultores dóciles, aman prodigiosamente, sin poseerla, la tierra que los nutre, la cual enriqueció siempre á sus dueños, príncipes de la raza de Balí, guerreros del Himalaya, mercaderes de Amsterdam, ó coroneles holandeses. La disminucion prodigiosa de sangre noble por la poligamia, no altera en nada este nuevo y potente elemento de órden, que es un respeto supersticioso y nacional hacia la aristocracia, la más amada, la más venerada, la más influyente, en una palabra, de todo el Oriente.

Nada más ventajoso, si no para la colonizacion, á lo ménos para una explotacion colonial, que la constitucion de la propiedad establecida aquí desde añejos tiempos.

Bajo el régimen puro de los sultanes, el príncipe indígena era el *solo* propietario de la tierra, *solo* en el derecho de comerciar con el extranjero: la propiedad individual no existía. Pero, en lugar de la posesion teórica del soberano, la fuerza de las cosas había establecido, no la propiedad colectiva, pero sí el colectivo usufructo de las tierras afectadas á una misma provincia, lo que constituía el terreno comunal. La poblacion entregaba al príncipe local una quinta parte del producto de la tierra, y un día de trabajo por cada semana, que aquí cuenta cinco días.

Estos son los derechos. Los mismos derechos feudales de los antiguos tiempos sobre los que apoyan su poder los holandeses. La conquista, sustituyendo su autoridad á la de los sultanes, era natural que guardase para sí el espíritu de esas preciosas prerogativas. Puede ser que sin cambiar la base de la autoridad penetrarán aquí los beneficios de la civilizacion y del cristianismo colocándose ambos sobre la influencia de las razas asiáticas. Pero no; el Asia ha continuado aquí, y el gobierno colonial ha dicho á los indígenas: «Yo soy vencedor de los soberanos y no del pueblo: dejo á vuestros soberanos y á vuestros sacerdotes sus dignidades honoríficas: vosotros sois servidores de ellos y de mí... y yo me convierto en solo propietario y único comerciante».

La prosperidad de Java ha atravesado por etapas innumerables. Desde que la compañía comenzó sus trabajos colonizadores hasta la fecha, han existido épocas de ruína tan espantosa, que en alguna ocasion la metrópoli estudió las maneras de desembarazarse de lo que hoy es fuente de riqueza, ó acudió al expediente de los empréstitos para detener una caída inminente.

Despues de 1824, el gobierno elevó el impuesto á su máximum, haciéndolo subir primero á 16 millones, despues á 38 y por último á 61; más tarde realizó sus más grandes beneficios en el ejercicio de su comercio-monopolio sobre las tierras no conquistadas pero protegidas, tales como los Preangers, Surakarta y Djokjokarta. Aquí, en efecto, comerciante único y autoritario, compraba á 7 francos 50 céntimos el picol de café, que vendía en Europa al precio de 73 francos. ¡Cuando tamaño negocio se efectúa sobre millones de kilogramos, no hay duda que el dinero entra velozmente en las cajas!

Pero la guerra con estas provincias hizo languidecer manantial tan fecundo, precisamente en los momentos en que los gastos de la metrópoli, por causa de los acontecimientos de Bélgica, hacían más imperiosa la necesidad de socorros abundantes de dinero. Reducido al impuesto sobre el arroz, producto principal de la isla, es verdad, pero de precio mínimo y de salida lenta, los almacenes disminuyeron mucho, los beneficios más, y el gobierno no tardó en hallarse ante una situacion desesperada.

En efecto; el cuadro estadístico sobre el cual yo me fundo para deducir las consecuencias tristes ó prósperas de los diferentes sistemas, presenta por el período de 1816 á 1824 dos años de déficit (á 2.475.000 por término medio), y seis años de beneficio el mejor de ellos á 7.600.000 francos. En tanto que de 1824 á 1833, este mismo cuadro da nueve años de déficit continuado, cuyo conjunto de 43.712.000 francos condujo á la Holanda á la deuda de Java.

Minada por este déficit siempre creciente, por una deuda devoradora, llevada en contrarios sentidos por sus conquistadores y sus príncipes, no

comprendida por la metrópoli, languideciendo hasta la muerte, la colonia neerlandesa llegó al último extremo de ruina por el año de 1830.

Pero entónces un hombre fogoso y de convicciones profundamente arraigadas, presentó al gobierno la base de un sistema, predijo extinguir la deuda y el déficit, y prometió asegurar un beneficio líquido de cuarenta ó cincuenta millones.

Era el general Van den Bosh, un hombre verdaderamente providencial; pero como tal, se aconsejó de los medios violentos, de las resoluciones extremas, que si son buenas á la hora del peligro, se tornan inmorales y pérfidas cuando la medicina ha surtido su efecto y cuando á una prosperidad restablecida no falta otra cosa que el establecimiento de un trabajo normal.

El famoso secreto del general Van den Bosh sobre el sistema de los cultivos, está condensado en tres palabras: *el trabajo forzado.*

Ademas de esto, hizo lo posible por dotar á la colonia de nuevos cultivos aprovechables, que si insignificantes en Java, eran de grande valor sobre el mercado europeo. El café primeramente, despues el azúcar, la cochinilla y el tabaco, no tardaron en dar bajo su mano inesperados resultados. La idea era inmensa y fecunda: á grandes males grandes remedios. Quiso sin duda, porque del mismo espíritu de su obra reparadora se deduce, dar á todos los procedimientos una aplicacion equitativa; pero manejados por instrumentos indígenas ávidos, es en realidad la causa y poderoso medio de estorsiones constantes sobre el pueblo javanes. Este es en conjunto el espectáculo que se ha mostrado ante nuestros ojos y que procuro trazar á grandes rasgos.

En todas las partes montañosas de la isla cada familia está obligada á cultivar una plantacion minuciosa y regular de seiscientos cafetales. El gobierno ha dicho á las poblaciones de las montañas: «De igual manera que vuestros antiguos señores reservaban exclusivamente para sí el derecho de comerciar, es á mí solo, á mi gobierno colonial, á quien habéis de vender el café de vuestras plantaciones reglamentadas, á precio fijo é invariable que yo habré de señalar».

Esta tasa es de 25 francos 20 céntimos por picol: el Estado negociante vende este mismo picol á 73 francos en Holanda. Juzgad ahora del inmenso provecho deducido del cultivo forzado, cuando sepáis que hay hoy en Java 296 millones de cafetales, produciendo 69.590.100 kilogramos comprados por 29.227.824 francos y vendidos en 84.659.431.

En cuanto á las poblaciones de las llanuras, el funcionario del pueblo conquistador les ha dicho: «En todas partes donde yo establezca una fábrica de refinacion, estaréis obligados al cultivo y recoleccion de las cañas de azúcar, que os serán pagadas al precio que yo fije voluntariamente.»

El Estado no fabrica, no hace más que plantar. Se entiende para los contratos con un jefe de explotacion, á quien adelanta 347.200 francos sin interes por doce años, le encarga del mantenimiento y de la responsabilidad del cultivo, toma para sí dos tercios del azúcar fabricada á un precio mínimo fijado por él mismo, y deja al industrial un tercio de la recoleccion, de la cual ha de pagar los gastos de explotacion.

El gobierno paga á los paisanos obligados á trabajar para él 6 francos 2 céntimos por el picol de azúcar manufacturada. Está obligado á vender los dos tercios al gobierno á razon de 12 francos 90 céntimos, y el gobierno vende en Holanda á 76 francos este mismo picol.

Ved con qué brutal simplicidad de cifras el Estado se enriquece con este segundo monopolio. Los brazos de 201.506 familias indígenas están puestos en actividad en una extension de 102.500 hectáreas plantadas de caña y agrupadas al rededor de 97 fábricas que refinan 138.000.000 de kilogramos de azúcar, que suponen un valor de 175 millones de francos.

Hé aquí en esencia los cultivos del general Van den Bosh, con los cuales se han llenado las cajas del Estado, tan ligeras otras veces. Las promesas del general agricultor, que han convertido á las poblaciones javanesas en ejércitos de plantadores, han sido más que cumplidas.

Desde 1833, época en la cual su sistema vigoroso dió sus primeros frutos, la deuda se ha extinguido velozmente, los gastos de la colonia se han cubierto, y un beneficio líquido continuo que en ciertos años ha ascendido á 94.558.000 francos, se ha elevado al cabo de treinta y tres años á un total de más de 1.800.000.000 de francos, ó sea por consiguiente á un término medio anual de 54.545.000 francos.

Tiene, sin embargo, su reverso esta tan brillante medalla comercial. Bajo esta prosperidad se oculta en primer término la condenacion del trabajo forzado; «los siervos, aún los siervos, siempre los siervos.» Y este pensamiento dominante de una esclavitud sin dulzura alguna, degrada más aún al señor que al siervo, y en último término bajo la apariencia más exquisita de justicia, abre ancha puerta á la ilegalidad y al abuso.

Partiendo del principio y sobre toda la escala administrativa, los funcionarios europeos é indí-

genas son igualmente interesados en la recoleccion; las autoridades perciben, ésta 85 céntimos, aquélla 24 por picol. Un pueblo ménos sumiso que los javaneses, se hubiera hace largo tiempo sublevado contra tamaña explotacion. Si es verdad que el abuso del régimen debe ser atribuído, no á la idea primera de su autor, sinó á la avidez de los príncipes indígenas, debe sin embargo reconocerse que gran parte abusiva corresponde al sistema de las primas proporcionales acordadas por el gobierno, y de las cuales en definitiva se aprovecha largamente éste.

El sistema del general Van den Bosh ha sido y es objeto de animada controversia entre los liberales y los conservadores de Holanda.

Juzgando el sistema por sus resultados materiales, los conservadores lo hacen y admiten como artículo de fe, rehusando modificarlo y tachando de utopistas y hasta de locos á los liberales que lo condenan como inmoral é injusto. Pero dejando á un lado las cuestiones elevadas del derecho y de la justicia, que hablan bastante alto por sí mismas, y fijándose exclusivamente sobre sus resultados financieros, el sistema no deja de presentar su flanco á la crítica. Si es verdad que llena las cajas del Tesoro, nada es bastante fundado para afirmar que las mismas ventajas no podrían deducirse con el planteamiento del trabajo y las cultivaciones libres.

¿Cómo se explica, por ejemplo, que de cinco culturas forzadas, organizadas en un principio, dos solamente, el azúcar y el café, permanezcan en las mismas condiciones? Ha sido preciso abandonar las restantes, que bajo el régimen del trabajo forzado arruinaban no sólo el Estado sinó tambien á y las los paisanos.

¿Pero las culturas abandonadas por el Estado, se han perdido para la colonia? No; léjos de eso, se han desarrollado y prosperado singularmente. Y la razon es muy simple: no siendo forzados á cultivar el índigo, el té y el tabaco en terrenos disipados, y teniendo ante los ojos la risueña perspectiva de ser dueños en cierta medida de su recoleccion, los paisanos han podido escoger las tierras más convenientes y verificar la produccion á un precio remunerador y equitativo.

Tan cierto es esto, que algunas poblaciones, como las del Preanger, que en tiempos del trabajo forzado producían 30.000 picols de café, producen por el trabajo libre 243.554 picols del mismo artículo. Este ejemplo de la influencia de la libertad,—relativa por supuesto,—es patente. ¿Quién osará afirmar que no sucedería lo mismo para las otras grandes culturas del azúcar y del café?

Aquí la cuestion metálica afecta á la ley moral, y por defender su sistema, los conservadores con quienes he hablado largamente del asunto en Java, no han olvidado invocar esta ley, pretendiendo apoyarse sobre ella. Me han dicho, por supuesto, lo que sabemos todos: que las razas orientales difieren de las razas europeas, más aún que difieren los climas del Ecuador y del Polo.

En Java la belleza del cielo permite al hombre vivir sin casa, sin vestidos; la Naturaleza prodiga á manos llenas una nutricion más que suficiente, y el indígena se halla providencialmente libre de esta dura ley del trabajo, á la cual está condenado el europeo para vivir. Sin cuidados y obligado solamente á los que quiera imponerse por un medio artificial, por decirlo así, el javanes es indolente y perezoso: podría vivir en el *dolce far niente* de los italianos. Y de aquí precisamente nace una extraña conclusion por parte de los conservadores, que dicen: «si no tiene la necesidad del trabajo, es preciso imponérsela, porque el trabajo regenera». Y añaden, que por este sistema del trabajo forzado que les hace ganar obligatoriamente 27 francos y 20 céntimos por picol de café y 7 francos 70 céntimos por picol de azúcar, se combate perfecta y beneficiosamente para ellos su indolencia natural.

Los liberales, que por desgracia no abundan, responden que estas razones están desprovistas de todo valor, y que producen un resultado contrario al que debería apetecerse. Y afirman y sostienen, sin fruto por supuesto, que los principios de la moral, de la humanidad y de la justicia no pueden confirmar esta explotacion de toda una raza, hecha, no ya para aprovechamiento del gobierno colonial, que esto sería ménos injusto, sinó en provecho de una metrópoli apartada. Para ellos, una colonia debe ser otra cosa que una explotacion comercial exclusivamente. «Cuando nosotros discutimos, dicen ellos, en las Cámaras (1) sobre los sistemas vigentes en Java, no discutimos en el fondo la cuestion de nuestros millones, pero resulta del fondo, sin embargo, elocuentemente. ¿Es la creencia de no poder civilizar á los javaneses lo que nos hace mantenerlos bajo el yugo del trabajo forzado? Yo declaro que jamas he llegado á entender este argumento, y en cambio repetiré toda mi vida: de no abolir la esclavitud y de seguir las cosas en igual estado que actualmente, llegaréis indudablemente á perder vuestros millones.»

(1) Sesion de 29 Noviembre 1861.—Discurso del doctor Van Hoevoell.

En Java tambien he tenido ocasion de ver liberales, y de los más nobles, sufrir, dudar y contestarnos con las lágrimas en los ojos cuando les hemos preguntado cuántos millones llevaba su provincia colonial á las arcas del Estado. Piensan éstos que una metrópoli tiene deberes que cumplir con un pueblo bueno y naturalmente sumiso á sus dominadores. Querían que el gobierno no fuese el propietario de todo, que el europeo pudiese desempeñar otro cargo que el de funcionario; que hubiese otra clase de hombres, pequeños reyes en su esfera, ordenando á la poblacion entera plantar aquí arroz, más allá índigo, al lado vainilla; dar la quinta parte al Estado y trabajar hoy en el café y mañana en el azúcar, siempre para beneficio del Tesoro holandes.

Hay á pesar de esto algunos colonos independientes en Java, pero relativamente escasos. Por un triste contraste, todos están aglomerados en las dos provincias-principados de Djodjokarta y Soerakarta, provincias que han sometido las armas holandesas y que la política respeta.

A los ojos de las poblaciones malayas, es de un gran prestigio para el gobierno colonial el que aparezcan venerados el Susuhunam y los divinos descendientes del rey de Mataram, fantasmas de soberanos, dorados ídolos, pobres muñecos de mascarada honorífica, cuyos hijos están en poder de los holandeses.

Aun cuando estos pueblos estén sometidos de hecho á un agente diplomático, el gobierno de los emperadores es más liberal para los extranjeros que el de la Haya; arrienda los terrenos por plazo de veinte años á los colonos que allí llegan en demanda de fortuna, haciéndoles pagar un cánon equitativo.

Este órden de cosas no existe en las posesiones puramente holandesas, y los negociantes europeos, que son realmente liliputienses al lado de su gran rival el Estado, no exportan otra cosa que los azúcares que quedan del tercio sobre el cual negocian con el Estado, y los productos de las sultanerías unidas por un camino de hierro construído merced al libre trabajo.

Despues de los cultivos, cuyos beneficios son prodigiosos, existen otras fuentes de ingresos públicos: 85.000 picols de estaño; 8.000.000 de francos de las aduanas; 20 millones de impuesto territorial; el famoso quinto, mantenido aún, el cual se ejerce sobre 6.172.000 hectáreas de terreno cultivado, de las cuales 4.440.000 hectáreas son arrozales que producen 16.750.000 kilogramos de arroz; capitacion considerable sobre los chinos, cuya inmigracion se pretende moderar; impuesto sobre la venta del opio, que asciende á 400.000 francos para el gobierno, y tributos en especie de bueyes y caballos que pagan los regentes, cuyo lujo es proverbial.

Lo triste, lo verdaderamente lamentable es que toda esta serie de beneficios aglomerados no se consagre siquiera en una de sus más ínfimas partes al mejoramiento moral de estas poblaciones.

Desde los primeros pasos dados en este país, verdaderamente encantador, confieso que me he sentido trasportado de entusiasmo. No sabía qué admirar más, si los esplendores naturales de esta tierra prometida, ó la parte que el hombre ha tomado para recogerlos y acrecentarlos. La riqueza de las cultivaciones, desde los arrozales hundidos en los pantanos hasta los cafetales que tocan la cima de los volcanes, la animacion de una poblacion activa, todo, hasta la alegría instintiva de un pueblo indígena nacido para la servidumbre, sin que jamas haya conocido otra cosa, me hubieran dado idea de un paraíso terrestre, si por su forma servil el respeto testimoniado á los blancos no hablara tan alto de la baja dependencia de la raza conquistada. He sentido el corazon traspasado de dolor al no ver jamas un hombre delante de mí, sinó millares de ellos agrupados en fila, con una humildad, en un letargo tal, que no se adivina una raza que fué fiera en lo remoto y que áun en el presente se mantiene laboriosa y activa.

Más tarde, cuando nuestra curiosidad nos condujo ante las ruínas de los templos antiguos, ante esas maravillas que se llaman los Mil Templos y Boeroe-Boedor, quedé asombrado de la poblacion enorme que acusan estas construcciones gigantescas. Está fuera de duda que allá por el siglo VIII, Java se encontraba más poblada que á la sazon, y si no más civilizada para el concepto positivo que de esta palabra hacemos, á lo ménos más llena de sentimiento y de pureza religiosa. En aquellos monumentos, en la pureza del dibujo, en la majestad de la arquitectura, en la perfeccion de las estatuas, en la delicadeza de los menores bajo-relieves, se muestra patentemente que por aquella época la industria y todas las artes de la civilizacion habían adquirido un desarrollo extraordinario. Cuando hoy se tiende la vista en derredor desde lo alto de los templos, ¿qué se admira? Una campiña fértil, es cierto, pero una poblacion caida al estado de la infancia, para otra cosa que no sea el azúcar y el café.

El arte, completamente muerto, lo ahogó la cadena de la esclavitud, ese presente que la Europa

lleva siempre para todas sus colonias de allende los mares.

Así puede decirse en absoluto, yo lo afirmo, que el resultado de tres siglos de ocupacion ó cuando ménos de influencia europea, han hecho en definitiva descender, y mucho, al pueblo javanes en la escala de la civilizacion. Cuando se piensa que este pueblo dulce, inteligente, laborioso, accesible á la moralidad y á la instruccion, se cuenta por millones de francos, ¿no se deduce una dolorosa responsabilidad para sus dueños?

Caminando por Java, separando por piedad la mirada de este pueblo casi esclavo, y saboreando ávidamente las delicias, los espectáculos más puros de este idilio en un edem embalsamado, el viajero siente vagamente la falta de alguna cosa: lleva los ojos en torno de sí; el cuidado se precisa y busca cerca y dentro de estos Boeroe-Boedor abandonados y en ruína un campanario, una cúpula, un templo, en fin, que bajo forma cualquiera denuncie que piensa en Dios el país más colmado de sus dones. Pero vana pesquisa, porque esta satisfaccion le está rehusada. Muy raros en las grandes ciudades, los edificios destinados al culto faltan por completo en el interior.

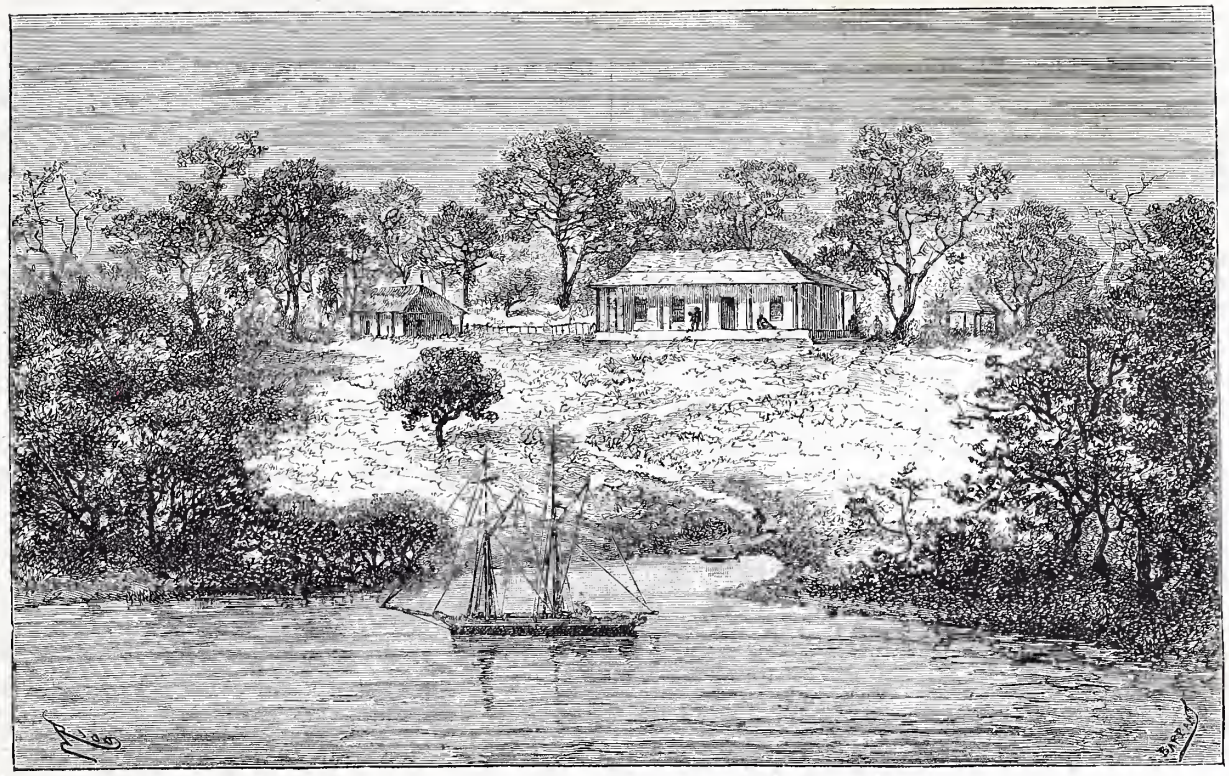
Se cuentan en este país de 14.000.000 de almas sólo 47 escuelas, en las cuales se educa el mínimo número de 2.000 niños indígenas. El gobierno ha prohibido estrictamente á los misioneros toda propaganda de fe relgiosa, y vigorosamente rehusado toda tentativa de instrnccion ó de escuela que pudiera elevar la inteligencia de los naturales. En el interior, pocas escuelas y ninguna, absolutamente ninguna iglesia. ¿Es que el Estado quiere hacer de la ignorancia el elemento de su dominio más seguro, y con propósito deliberado apaga el más leve asomo de luz? ¿Es por acaso que conoce que el día en que el cristianismo haya sustraído al javanes la influencia musulmana y la instruccion lo haya hecho superior al Regente, enervado en las voluptuosidades de su harem, no poseerá iguales medios de extracciones lucrativas sobre estas poblaciones, y perderá con las fuentes de sus impuestos los agentes del trabajo forzado, cuyo papel inmoral no debería jamas haber sido trazado para la colonizacion europea? Para hacer producir lo más posible á sus colonias, ¿no parece ser ésta la más grande, mejor dicho, la única preocupacion del sistema colonial?

Pero es dado suponer que la transicion no se hará esperar, y que sin sacudidas violentas, á esta feudalidad que corta las alas del espíritu y ahoga las ilusiones del corazon, sustituirá la idea moderna de desarrollo, de elevacion y de vida. Esto será bien fácil con un personal que consagrado en cuerpo y alma á su país, no ama la presion que él mismo ejerce sobre los javaneses, y que sabría guiarlos con noble ardor de la noche intelectual y moral en que duermen al ancho dominio de la libertad, de la civilizacion y del cristianismo.

Lo que yo pido, lo que yo quiero para Java, es que en estas bellas campiñas, estos hombres robustos trabajen para ellos y sus familias, y no para el Tesoro de la metrópoli; que puedan enriquecerse si son activos, elevarse al nivel comun si son inteligentes, y recoger para ellos aquello que hubieron sembrado con tanta fatiga. Lo que yo solicitaré con pasion para Java, es que el Estado cese de ser cultivador y comerciante, de proteger una religion que aborrece, de apartar de los ojos del pueblo por sistema ó por miedo una doctrina pura y desinteresada que educa para el sentimiento, de mantener la arbitrariedad de una nobleza vendida á la cual explota; en una palabra, de tener gendarmes y no colonos. Que cese de no permitir nada á la iniciativa del europeo, que no consagre todos sus esfuerzos única y exclusivamente á llenar las arcas del Tesoro, de gobernar enteramente á la asiática una colonia del siglo XIX, y de ser desde que el sol nace hasta que el sol muere, el nuevo sultan ávido y múltiple de todo un pueblo trabajador, capaz de ser libre, pero siervo por ignorancia.

Sí; no debería haber invadido este país sinó para derramar en él los beneficios del cristianismo, del progreso material y del progreso moral.

Una nueva era podría abrirse aquí para los colonos europeos y para los trabajadores indígenas. ¡Quiera Dios que los unos con las máquinas de vapor y el camino de hierro, los otros con sus brasos poderosos y su amor por el trabajo, concurran á regenerar á esta tierra de una belleza que no tendría límites si la libertad, no la esclavitud, presidiera los trabajos de todos! He visto hombres llenos del fuego sagrado de la justicia y del deber, reclamar para la raza conquistada y explotada su parte bajo el sol de nuestro siglo. Ellos saben cuánto el corazon del viajero ha latido de emocion cuando expresaron su manera de interpretar los derechos y los deberes de la metrópoli y el *Sursum corda*, que el fondo del alma les dirige, acaso llegue hasta ellos dulcificando en algun modo el ardor de la noble lucha que han emprendido!



Casa de Jardine en el cabo de York.

AUSTRALIA

PRIMERA PARTE

I

De Java á Australia.—Medios de comunicacion.—El *Normanby*.—Los montes volcánicos.—Grupos de islas.—Navegacion peligrosa.—La madre-perla.—Jardine.—Los nidos de hormigas.—Cooktown.—La policía.—Los salvajes.—Persecucion sin tregua.—En la bahía de Port-Phillip.

De Java á Australia el camino es largo, los medios de comunicacion son raros y los trasportes costosos. Hace algun tiempo existía un servicio regular de vapores entre Batavia y Sydney; pero de mensual que era este servicio ha venido á convertirse en trimestral por la falta de viajeros y las dificultades de flete.

Hoy, para ir á Sydney desde Batavia, es preciso remontarse á Singapoore, tomar la Mala inglesa para Punta de Galles y esperar en este punto el vapor correo que quincenalmente llega á King-George-Sund, en la punta Sudoeste de la Australia, y recorriendo toda la parte Sur del continente, deposita la correspondencia en Adelaida y gana á Melbourne dos días despues.

Hay otra manera de hacer el viaje. Se puede esperar en Singapoore el vapor de la compañía Australiana, que cada mes, á su regreso de Hong-Kong, llega á aquel punto para proveerse de carbon y admite pasajeros con destino al Sur.

Esta línea es la más larga y han de trascurrir ordinariamente veinte días para llegar á Sydney. A pesar de esto, mejor dicho, por esto mismo, fué la que yo escogí para mi viaje. No llamándome imperiosamente á Australia ocupaciones precisas, y siendo científica la empresa que á aquellos lugares me conducía, consideré la más á propósito esta linea, que me prestaba ocasion de pasar revista, siquiera fuera ligera é imperfecta, á todas las grandes islas de la Sonda, y de visitar más tarde, al detenernos en cada puerto, toda la costa oriental de Australia.

El vapor sobre el cual me embarqué se llamaba el *Normanby*, lindo barco dotado de una perfecta organizacion y de un completo y cómodo servicio. Lento en el andar, pero gallardo y seguro sobre las olas.

Partimos, y despues de haber reconocido la costa de Borneo nos dirigimos al Este, de donde veíamos frente por frente la punta oriental de Java, Madoura y Lombok, y más allá Sumvaba y sus altas montañas, entre las cuales una volcánica, el Timboro, es célebre por la erupcion de 1815.

Esta erupcion fué un fenómeno volcánico verdaderamente considerable; la lluvia de cenizas que el volcan lanzó durante muchos días se extendió en un radio de 500 kilómetros, formando una masa de materias equivalente á más de un millon de metros cúbicos, es decir, á dos veces el volúmen del Mont-Blanc.

La navegacion no podía ser más hermosa ni ofrecer mayores atractivos. Durante el día distinguíamos á la simple vista los cocoteros de la costa, y durante la noche veíamos millares de luces agitarse sobre la ribera. La mar estaba en calma, la atmósfera perfumada, y á corto esfuerzo hubiéramos podido imaginarnos surcando las tranquilas aguas de un lago y bajo el clima más delicioso del Universo.

Vimos en seguida las grandes islas de Flores, Ombai y Timor, llegando al Sur de Timor-Laont, en el mar de Arafura, despues de haber atravesado el mar de la Sonda, el mar de las Molucas y el mar de Banda. Navegamos entónces en el golfo de Carpentaría para enfilar la embocadura del estrecho de Torres.

Este estrecho, que tiene cerca de ciento veinte kilómetros de longitud, está determinado por grupos de islas y sembrado de rocas, todas peligrosas, las unas olvidadas y las otras desconocidas.

La navegacion por este lugar es sumamente arriesgada, y son pocos los preparativos que se hagan con objeto de evitar un desastre. Los naufragios son frecuentes, y cuando se atraviesan aquellas silenciosas aguas de verde color sombrío; cuando se ven aquellas altísimas rocas y se mira aparecer á cada paso un nuevo escollo, al cruzar por aquellos desfiladeros estrechos, la imaginacion da por un momento tregua á las pasadas delicias del viaje, y hace aquel paso torturada por toda suerte de temores, creyendo á cada momento sentir al oído el gemido de las víctimas encerradas para siempre en el seno de aquella inmensidad aterradora.

Dejamos á la derecha la isla del Príncipe de Galles, á la izquierda la gran isla de Banka, y avanzamos prudentemente á media máquina hacia las islas de Miércoles, Juéves y Domingo. Estas islas se hallan ocupadas desde hace muchos años por atrevidos australianos, llegados á ellas para explotar las ostras madre-perlas y consagrarse á la pesca de *holothurias*, destinadas á los mercados de la China.

La explotacion de la madre-perla en estas islas deduce más y tiene por objeto más principal la ostra que las perlas, que son raras y que no adquieren excelentes condiciones de belleza. La industria paga hoy estas conchas al precio relativamente elevado de cuatro ó cinco mil francos por tonelada.

La isla de Juéves es, por decirlo así, el jefe de estos diversos establecimientos, llamados *Strait-settlements* (establecimientos del estrecho); ántes, esta jefatura correspondía á Somerset, sobre tierra firme, en la punta extrema del cabo York.

En este lugar permanecimos al ancla toda la noche.

Los días siguientes no podíamos caminar á todo vapor sinó de día, con precauciones infinitas y conducidos por un piloto experto, hasta penetrar, siempre de peligro en peligro, en el mar de Coral, el más accidentado y temible de todos los mares.

A buena hora llegamos una mañana á Somerset.

En este lugar es donde habita el famoso Jardine que en 1862 partió de Rockhampton para fundar un *run* (1) en el cabo de York.

Tenía una distancia de quinientas leguas que recorrer para conseguir su objeto. El país se hallaba aún inexplorado, desierto, ocupado por tribus de negros feroces, y Jardine no llevaba sinó tres hombres para defenderse y guardar las trescientas vacas y cien caballos que llevaba consigo.

Su viaje duró cuatro meses: cuatro meses de lucha, de privaciones y peligros de toda suerte. Llegó, por último, sin que ninguno de sus compañeros hubiese muerto, pero habiendo perdido la mitad de sus bueyes y dos terceras partes de sus caballos.

Vemos, á la corta distancia en que estamos anclados, su casa y los hermosos jardines que la rodean. Muchos criados van y vienen, y no léjos de la quinta, en una ensenada deliciosa, un lindo *yacht*, amarrado á la orilla por un cable, se columpia coquetamente á merced de las olas.

Hé ahí lo que pueden dar por fruto, en cir-

(1) Gran establecimiento de ganados.

cunstancias excepcionales, es cierto, el valor, la energía y la perseverancia: una rica provincia para el padre y un centenar de millones para los hijos.

Levada el ancla de aquel hermoso lugar, comenzamos á navegar en un verdadero canal cuyas orillas son formadas por el continente á la derecha y por las islas á la izquierda; de ambos lados la vegetacion es pobre, pero más rica sin embargo en las islas, donde numerosos árboles de la familia de los pinos, las araucarias de Queensland forman grupos sombríos que se destacan sobre el verde pálido de los *eucaliptus*.

Avanzamos lentamente. Frecuentemente hay que tirar la sonda, y el piloto no abandona la barra del timon.

Algunos edificios de forma cónica se elevan por todas partes: á lo léjos pudiera tomárseles por *wigwams* de los que sirven de abrigo á los pieles-rojas. Pero mirándolos atentamente podemos rectificar que estas pequeñas construcciones, que alcanzan hasta diez y doce piés de altura, no son otra cosa que nidos de hormigas.

Llegamos á Cooktown con retraso de diez días, despues de considerarnos perdidos en la travesía.

Cooktown es una ciudad nacida de ayer; data su fundacion de 1873. Situada á la entrada del río Endeavur, se compone de una ancha y larga calle bordada de hoteles, con *bars* y salones de baile, en que los mineros felices disipan el fruto de sus trabajos.

Es una ciudad esencialmente minera, merced á la proximidad del distrito minero de Palmer, situado á 220 kilómetros Noroeste. Pero Cooktown es un puerto, y es de él de donde parten convoyes de víveres y productos minerales. Cuenta ocho mil habitantes, de los cuales hay cinco mil chinos y tres mil europeos.

Los naturales de los alrededores de Cooktown son los más peligrosos y feroces de Oceanía; se sirven de sus lanzas con destreza sin igual, y pueden acertar con ellas á un enemigo colocado á más de cien metros de distancia.

En algunas ocasiones han luchado victoriosamente contra los blancos y los chinos, y durante largo tiempo interceptaron toda suerte de comunicaciones. La colonia se halla aún emocionada por estos sucesos, y para garantir la seguridad en el territorio de las minas, prevenir conflictos entre blancos y chinos y proteger á ambos contra los ataques de los negros, mantiene un cuerpo de policía compuesto de cinco ó seis agentes, bajo la direccion de un inspector y de una docena de naturales, á fin de descubrir á los salvajes y vengar en caso preciso, que por desgracia es frecuente, la muerte de un blanco.

Este cuerpo de policía, que á primera vista parece tan insignificante para proteger territorio tan inmenso, es, sin embargo, suficiente, gracias á la rapidez de sus movimientos, á su fuerza de resistencia, á su conocimiento de los lugares y á su expeditiva manera para disponer de los culpables á quienes descubre. Estos hombres caminan á caballo, y no es cosa extraña verlos un día en Cooktown, al siguiente ochenta kilómetros más allá, otro día cien kilómetros más léjos.

Es raro que un salvaje pueda sustraerse á la policía de uno de sus compatriotas. Tan dotados se hallan de maravillosa destreza en seguir una pista, que caminan tras ella caballo á galope por lo intrincado de los bosques, como pudieran hacerlo por la extension de una llanura.

Esa fuga, por hábilmente que sea dispuesta, no es ocasion de libertarse, y en vano es que el fugitivo trate de enfriar el celo rabioso de su perseguidor. No parece sinó que existe entre estos salvajes como instinto superior á todo otro, el de destrozar y empeñarse en la destruccion de su propia raza. ¿Dónde van á parar los que desaparecen en estos combates tenaces y empeñadísimos á traves de los bosques, en lo más recóndito de las selvas? ¿Cuántos hombres sucumben? Nadie lo sabe: el más completo silencio y la ignorancia más absoluta rodean las tumbas de las pobres víctimas que nadie vengará jamas.

Algunos de estos negros feroces inscriben como un trofeo sobre la culata de sus carabinas ranuras indicando el número de sus hermanos sacrificados por ellos; yo mismo he tenido ocasion de ver una de estas armas, en la cual aparecían veintitres ranuras, que habían sido hechas en el espacio de tres semanas.

Abandonamos á Cooktown y proseguimos nuestro viaje en direccion Sur, distinguiendo al paso el monte Cook y el Peter-Botte. Sucesivamente echamos el ancla en Townsoille, Bowen, Keppel y Moreton-Bay para dejar en estos puntos pasajeros procedentes de Rockhampton y de Brisbane.

Cruzamos á medio vapor por delante de las singulares montañas de Glasshuses, y despues de detenernos en Sydney, cuya descripcion dejo para más adelante.

II

Exploraciones en las costas.

Permitidme que ántes de penetrar en Melbourne, que es como si dijéramos el corazon de Australia, trate de describiros en conjunto el curioso país, que á vuelta de pocas páginas colocaré detalladamente á vuestros ojos.

Ciertamente considero enojoso llegar á un lugar sin conocer su historia y haber de necesitar el concurso de ésta para explicarse infinidad de sucesos. Quiero, de una vez para todas, adelantar á las objeciones contestacion cumplida y satisfactoria.

Australia, la más pequeña de las cinco partes del mundo, tiene una extension de 88.000 miriámetros cuadrados. Se compone de una multitud de islotes dispersados en el Grande Océano, y de una tierra firme, el continente austral ó la Nueva-Holanda, situada entre el Gran Océano y el mar de las Indias.

Las cartas geográficas no indican ménos de setecientas islas en Oceanía, é islas de tal importancia en su mayoría, que omitiendo la Nueva-Zelanda y la Nueva-Guinea, escasamente sumarán entre todas las restantes una superficie de 3.000 miriámetros cuadrados. Y caminando más allá en este trabajo, nos hallamos con que esta cifra de superficie desciende á la de 1.000 miriámetros para unas seiscientas islas, entre las que no se cuentan los grupos más compactos de ellas, situados más al Oeste y más aproximados á la tierra firme.

Este mundo de islas divídese generalmente, y decimos generalmente, porque la clasificacion no es absoluta en tres partes: la Micronesia, la Polynesia y la Melanesia.

La Micronesia comprende diferentes archipiélagos formados por la yuxtaposicion de una multitud de pequeñas islas, por ejemplo, las Marianas, las Carolinas, las Pelew y los grupos Radak y Ralik, ambos designados por el nombre comun de archipiélago Lord Mulgrave. La Micronesia se extiende hacia el Este, más allá de las islas Filipinas, hasta llegar al 163° de longitud occidental, ó sean 50° al Norte del Ecuador.

La Melanesia comprende las islas habitadas por la raza negra de los papúes ó negros australianos, y situada, contando la Nueva-Guinea y sus dependencias, parte al Norte, parte al Nordeste del continente, se extiende hasta 173° de longitud occidental. En esta extension se hallan la Nueva-Guinea, la Nueva-Irlanda, la Luisiada, la islas Salomon, las Nuevas-Hébridas, el grupo Nitendi, las islas Banks, las Loyalty y la Nueva-Caledonia.

Al Este de la Melanesia se extienden en proporciones inmensas los grupos de la Polynesia. La aglomeracion más compacta de pequeñas islas está situada entre el 8° y el 23° de latitud meridional. Se encuentran en esta parte las islas Fidji ó Vitii, el archipiélago de Tonga ó de los Amigos, las islas Saman ó de los Navegantes, el grupo de Ellis, el del Phénix, las islas Tarawa ó Gilbert, las de Cook, las de Taiti ó de la Sociedad, el archipiélago Paumotu (es decir, *nube de islas*) ó islas Bajas, el archipiélago de Mendañas ó de Nukahiva (islas Marquesas ó Washington), y la isla de Pásenas, situada en la extremidad Este. Separado por vastas masas de agua, el grupo de las Hawi ó islas Sandwich se extiende del 19° al 22° de latitud septentrional, miéntras que entre el 37° y el 47° de latitud meridional, la isla Jumelle y la Nueva-Zelanda con las islas Chatan y Anckland forman hasta cierto punto un centro aparte.

A estas tres partes del mundo austral conviene añadir aún una cuarta, es decir, el continente propiamente dicho.

Las costas de éste afectan formas bastante simples; colocadas entre enormes masas de agua del grande Océano y del mar de las Indias, no presentan sinó accidentes poco considerables. Estos son: al Norte el estrecho de Torres, el golfo de Carpentaria y el Cambridge; al Oeste las bahías de Haifisch, de Freycinet y de los Geógrafos; al Sur el golfo Austral, las bahías de Spencer y de Vincent y el estrecho de Bass. El mar de Coral y el de Nueva-Zelanda no ofrecen otra cosa que pequeñas ensenadas.

De esta configuracion particular de las costas del continente austral resulta que el número de penínsulas es sumamente escaso, no pudiéndose citar otras que las de Carpentaria, Peron y York.

Este desarrollo insignificante de las partes continentales, anuncia claramente el predominio de la naturaleza oceánica. La Australia, en efecto, se halla á la cabeza de los continentes oceánicos, de igual manera que el África es representacion genuina del mundo continental. Aparece inculta, pero uniforme, en el dominio del hemisferio acuático, como oponiéndose á su antípoda la Europa, que lleva su poder continental para mezclarlo á aquel elemento oceánico y favorecer de este modo y llevar el progreso á su más alto grado de perfeccion.

El descubrimiento de la Australia y de su mundo de islas se ha ejecutado tardía y lentamente.

En efecto, gracias á la posicion aislada de este continente en el fondo de un mar lejano y á la diseminacion extrema de sus islas en este mismo mar, la Australia ha podido permanecer durante largo tiempo oculta á las miradas escudriñadoras de la Europa.

Magallanes, que en su gran viaje de circunnavegacion tocó las islas Marianas, arroja la primera luz sobre estas islas y sus parajes, y más tarde Drake, Cavendish, Chidley, Hawkins y Danupier en sus arriesgadas expediciones al rededor del mundo, descubren algunos grupos.

El viaje de circunnavegacion de Anson (1741-1744) imprime una nueva actividad á las pesquisas y á los descubrimientos en el Océano Pacífico. Es por esto por lo que se ve á Carteret y Wallis en 1767, á Bongainville en 1766-1769, á Dixon en 1785-1788 y á muchos otros seguir los caminos por aquél trazados.

Despues de Cook, cuyos viajes ejecutados de 1770 á 1779 en compañía de Banks y de los Forster, hacen época gloriosa en la historia de la geografía y muy principalmente en la de Australia, todas las naciones marítimas de Europa han rivalizado para completar por medio de grandes expediciones el descubrimiento de la quinta parte de la Tierra y la curiosa hidrografía del Océano Pacífico. Por este motivo, los franceses pueden hoy traer á la memoria el recuerdo de aventuras tan gloriosas como las de Pagés (1788-1790), Marchard (1790-1792), Entrecasteux (1791-94), Péron (1800-04), Freycinet (1817-20) Duperrey (1822-25), Dumont d'Urville (1826-29 y 1837-40), etcétera.

Entre las numerosas expediciones del mismo género emprendidas por los ingleses, pueden citarse las de Hamilton (1790-92), Vancouver (1790-95), Bligh, Bronghton (1795-98), Flinders (1802-03), Campbell (1806-12), Porter (1812-14), Weddell (1822-24), Dillon (1824-28), Webster (1828-30), Belcher (1836-42), Beechey (1818 y 1825-28), Simson (1836-39), los navíos la *Aventura* y el *Aguila*, capitan Fitz Roy, etc. La Rusia puede tambien reclamar con justísimo derecho los gloriosos viajes de Krusenstern (1803-06), Kotzebne y Chamisso (1815-1818 y 1823-26) y de Lutke (1826-29). Tambien la Prusia prestó con el viaje de circunnavegacion del *Mentor* y la *Princesa Luisa* preciosos datos á la ciencia.

Una expedicion del mismo género ejecutada de 1845 á 1847 por Steen-Bille, dió á la marina danesa un rango distinguido en esta emulacion de pesquisas y de esfuerzos científicos. Falta aún citar una expedicion emprendida de 1838 á 1842 bajo las órdenes del capitan Wilkes, de la marina de los Estados Unidos, de la cual se obtuvieron resultados importantes, los cuales se hallan consignados en la obra titulada *Narrative of the United States exploring Expedition*, publicada en Lóndres hacia 1845.

Es despues de que la potencia holandosa se funda y consolida en el archipiélago de la India oriental, cuando comienza á conocerse más exactamente el continente australiano.

Una vez que los holandeses hubieron descubierto la Nueva-Guinea, era natural que continuaran siempre avanzando hacia el Sur. En 1606 descubrieron la Nueva-Holanda con el navío *Daythen*, partido de Amboine. Inmediatamente despues, una casualidad conduce á los mismos parajes al valiente navegante español Torres, cuyos viajes, que han quedado eternizados por el estrecho que lleva su nombre, no vieron la luz pública hasta despues de la conquista de Manila por los ingleses en 1762.

Los holandeses continuaron sus descubrimientos en 1623 por la excursion de sus barcos *Pera* y *Arnhem*, los cuales hallaron al Norte las costas á que dieron el nombre de Carpentaria en honor de C. Carpenter, entónces gobernador general de las Indias holandesas; despues, en 1633, por una nueva expedicion que envió el gobernador Van-Diémen, la cual llamó á las tierras que descubriera, Tierra de Van-Diémen y Tierra de Arnhem.

El descubrimiento de la costa occidental, que tuvo lugar poco tiempo despues, fué obra de la casualidad y del impulso de las corrientes del mar de las Indias, que en 1616 condujeron á ellas al navío *Eendratch*, en 1619, al navegante Edel, y más tarde á De Witt: por esto los nombres de tierras de De Witt, d'Eendratch y Edel dados á la costa occidental.

De igual manera, descubrieron los holandeses la costa meridional.

En 1622, el navío *Lenwin* apercibió la extremidad Sudoeste, y en 1629 Peter Nuyts recorrió las costas del golfo austral al Oeste: tambien por esto se ha dado á tales extensiones de terreno los nombres de Tierras de Lenwin y de Nuyts.

En los últimos años de la administracion del gobernador general Van-Diémen, el holandes Abel Tasman continuó en muchas expediciones y con el celo más glorioso los descubrimientos de sus predecesores. Visitó la más grande parte de la costa occidental, descubrió en 1642 la isla á la cual se da el nombre de tierra de Van-Diémen, disipó las ilusiones de los que consideraban á la Australia como la extremidad septentrional de un gran continente polar antártico, y dió el nombre de Nueva-Holanda al espacio situado entre la Tierra de Van-Diémen y la Tierra de De Witt.

A la muerte de Van-Diémen, ocurrida en 1645, los descubrimientos de los holandeses en estos parajes cesaron casi por completo; y hasta la llegada de Cook en 1770 hay un gran espacio de inercia en las exploraciones de la Australia, inercia sólo interrumpida por el holandes Vlaming en 1696 y por Dampier, célebre navegante frances, en 1699. Cook arranca á la Australia y en general á todo el hemisferio oceánico de la oscuridad en que había permanecido hasta entónces. En 1770 aborda la costa de Botany-Bay, y al mismo tiempo, por consiguiente, el Este del continente, que señaló con el nombre de Nueva-Galles del Sur.

De la creacion de la colonia de Sidney por el gobernador Phillipp en 1788, data para la Australia un nuevo período de exploraciones. Los navegantes Flinders, Grant y Bass se distinguieron á fines del siglo XVIII y comienzos del XIX por la infatigable actividad que desplegaron para conseguir su objeto. Los nombres de *Tierra de Flinders*, *Tierra de Grant* y *Estrecho de Bass* eternizan el recuerdo de los servicios prestados por ellos á la geografía.

En 1801 el navegante frances Baudin contribuyó tambien poderosamente á hacer conocer de una manera más precisa tales trabajos. Pero el hombre que bajo este punto de vista merece más de la ciencia, es el ingles King.

Este hábil navegante, en las diversas expediciones que emprendió sucesivamente de 1817 á 1822, hizo con la mayor exactitud el plano de casi todas las costas de Australia. Y lo que sus exploraciones pudieran haber dejado oscuro ó incompleto, fué finalmente rectificado y acabado, de 1837 á 1843, por Stokes, que viene á ser, por decirlo así, el que heredero de las riquezas científicas conquistadas por la brillante pléyade anterior de exploradores australianos, las reune y amalgama de conveniente manera, y establece lazos de union entre los unos y los otros descubrimientos.

III

Exploraciones por el interior.

Los descubrimientos de las costas habían de anteceder, fácilmente se comprende esto, á las exploraciones interiores, y esta empresa, para hecha en país como la Australia, se halla sembrada de mayores peligros, y efectúase generalmente de una manera más lenta.

Penetrar en un país absolutamente desconocido, recorrer sus lugares todos, es cosa infinitamente más peligrosa y arriesgada que estudiar la conformacion exterior de su aspecto.

Lúchase aquí en primer término con los obstáculos de la naturaleza salvaje; despues con la disculpable ferocidad de quien, conocedor de ella y en sus misteriosas revueltas escondido, considera atacado ese sentimiento de independencia instintivo en todos los pueblos, sea cualquiera el grado de su civilizacion.

El salvaje de la Australia ha visto turbada la tranquilidad de que disfrutaba en lo intrincado de sus bosques por la llegada del progreso europeo. No ha considerado otra cosa, sinó que aquella avalancha extraña que se esparcía por sus llanuras y destrozaba la guarida de sus selvas, llegaba á aquel lugar para ejercer sobre ellos la tiranía más odiosa y arrebatarles la riqueza de su suelo. Sus costumbres han sido deshechas, su conformacion política destruída, su hogar hollado; y por más que nosotros consideremos justa esta invasion que la civilizacion autoriza y sanciona, no podemos ménos de hallar disculpa en la conducta de esos pueblos, atacados en lo más querido de su existencia.

Examinando la historia de estas excursiones arriesgadas por el interior de Australia, hallamos

que la primera es la intentada por el geómetra Oxley, que partió de Bathurst en 1817, llegando hasta el valle de Wellington, y poco despues, en 1818, hasta Port-Magnarie. En 1823, Currie partió de Camdeu, llegando por el Sur hasta las dunas de Brisbane; y en 1824, Hume y Hovell que habían salido de Morumbidjee, llegaron hasta Port-Phillippe, despues de haber atravesado fertilísimos espacios. En el intervalo de 1823 á 1829, Allan Cunningham emprendió, desde las riberas de Maquarie, cuatro viajes en la direccion Norte, en los cuales halló el curso del río Brisbane. En la direccion del Noroeste, Sturt partió dos veces, en 1828 y 1829, llegando hasta Darling, despues de haber atravesado los pantanos de Maquarie. El mismo explorador emprendió en los años siguientes otras expediciones, partiendo de la Nueva-Galles del Sur para penetrar en el interior.

En 1836 y 1838 tuvieron lugar en la misma direccion las expediciones de Leigh y de Mitchell. En 1837 y 1839, las pesquisas hechas por Grey dieron mejor á conocer el Oeste y el Noroeste de la Australia. Sucesivamente en 1840 y 1841, Eyre, que había partido de Adelaida, y en 1846 Gregory y Helpmans, que tomaron por punto de partida la colonia de la Australia occidental, se esforzaron por penetrar en el interior del continente, y con más ó ménos fortuna y mayores ó menores peligros, consiguieron descubrir grandes porciones de terreno y preparar aquellos lugares salvajes para el dominio de la civilizacion, que pocos años más tarde había de sentar sus reales en aquel país tan nuevo, que de una manera brusca y precipitada pasaba de la soledad y de la abyeccion política de sus instituciones, á las más altas conquistas de la Europa culta.

Los exploradores del interior forman tan larga lista, que fuera imposible citarlos aquí todos, áun cuando prescindiera de apuntar algunas de sus más curiosas é interesantes peripecias de viaje. Aun hoy día y acaso por mucho tiempo, continuará esta suerte de exploraciones, dificultadas por las condiciones del país y la índole de sus naturales, porque son vastísimos los territorios imperfectamente conocidos ó ignorados por completo.

Una de las expediciones más dramáticas y á la par más recientes, es la de Burke. Pero de tal naturaleza es, que dejo su relacion para más adelante, cuando el nombre del valiente explorador nos sea recordado por el agradecimiento del pueblo australiano.

IV

La punta Nep an.—La ribera Yarra-Yarra.—Aspecto de la ciudad.—El suelo de Australia.—Melbourne.—Expediciones.—Una negociacion feliz. El escapado de Collins.—La fiebre del oro.—Reorganizacion.

La entrada de la bahía de Port-Phillip es difícil: es preciso doblar la punta Nepean, sobre la cual el agua se precipita en enormes torbellinos y el paso es estrecho.

Dejamos á la izquierda á Queenscliff y nos remontamos derechos al Norte para echar el ancla ante Sandridge, que, con Williamstown, es uno de los dos puertos de Melbourne.

Los vapores de un tonelaje medio y los barcos de vela, puéden remontar por la ribera Yarra-Yarra hasta la ciudad misma, que es igualmente puerto de mar. Por lo demas Williamstown y Sandridge vienen á ser unos barrios de Melbourne, á la cual se hallan unidos por un camino de hierro: es una distancia de dos kilómetros y medio, que se franquea en un cuarto de hora. Hasta ahora no hemos visto otra cosa que grandes extensiones de arena; la línea accidentada de la costa es triste y desnuda, y el ánimo se impresiona profunda y desagradablemente al pasear la vista por aquellos arenales que parecen no tener fin.

Al desembarcar atravesamos un terreno igualmente arenoso, una llanura abandonada, sin vegetacion, en la cual sólo se ven de trecho en trecho algunos raquíticos troncos de árboles muertos. El primer golpe de vista es ciertamente desolador.

Llegando á Australia el extranjero, experimenta la misma impresion que debieron experimentar los primeros navegantes á la vista de este nuevo continente. Estos terrenos pobres, estos campos áridos, desprovistos de toda vegetacion y de todo abrigo, no son los más á propósito para llevar el pensamiento á la idea de colonizacion.

Para el viajero que viene de admirar la magnífica vegetacion de Java, «esta maestra de la Naturaleza», el contraste es tan grande, tan inmenso, que el ánimo cae presa del abatimiento y ex-

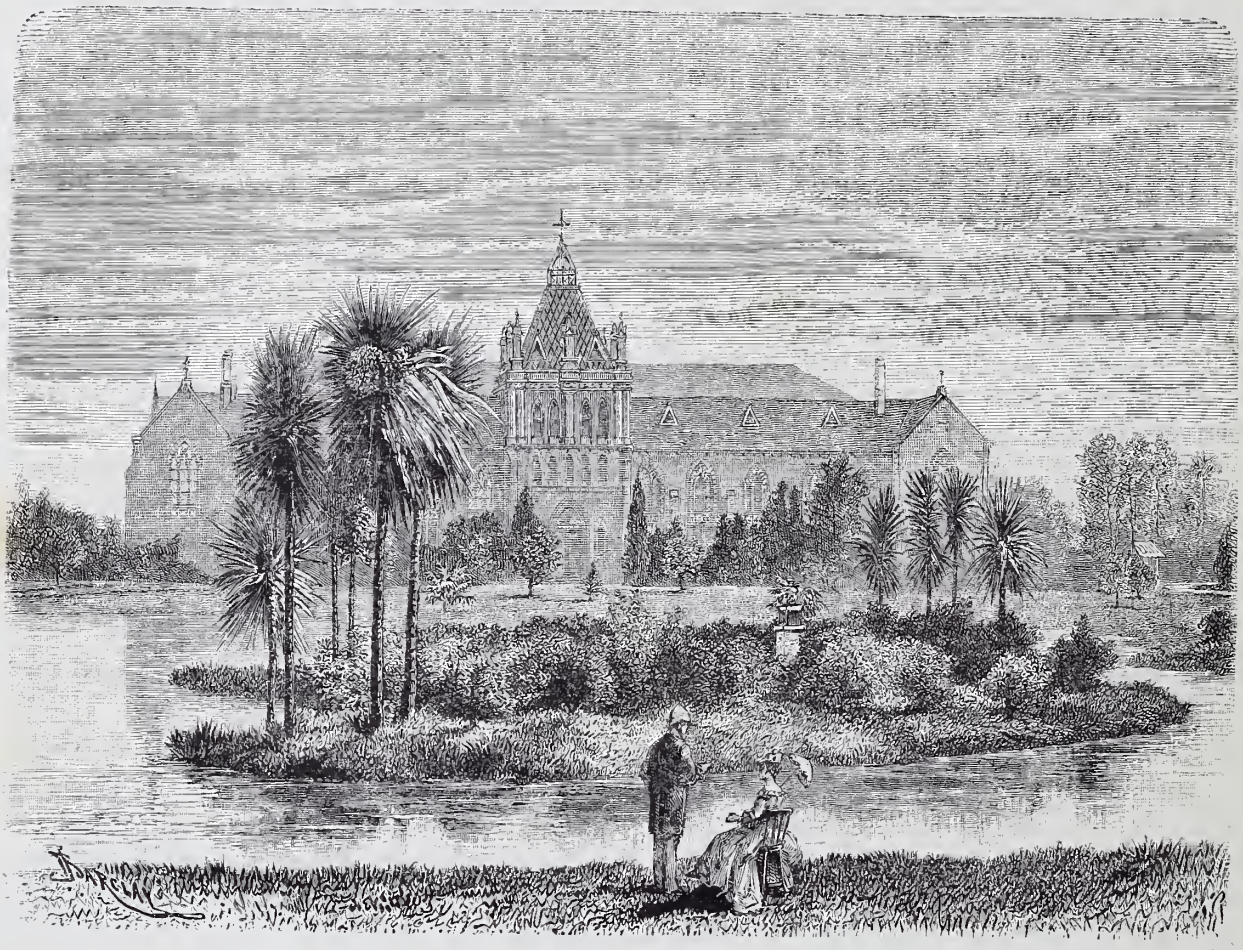
perimenta una desolacion profunda, un verdadero desencanto.

Por caprichos de la Naturaleza, el suelo de Australia parece haber atravesado una crísis violenta, y ha de pasar largo tiempo, y habéis de conocer más tarde las intérioridades del país, para libraros de la desagradable impresion primera y examinarlo en su justo valor.

Yo había oído contar tantas maravillas de Melbourne, la había oido ponderar en tantos tonos, que esperaba hallar una ciudad ideal, por todo distinta á las ciudades europeas. No sucede esto, por desgracia, y mi primera mirada tambien fué lanzada á beneficio del desencanto.

Un hecho se muestra allí á los ojos y á la imaginacion, patente, brutal, indiscutible: y es el de que tenéis ante vosotros una aglomeracion de 300.000 hombres, donde hace algunos años las florestas de gomeros no abrigaban otra cosa que hombres salvajes y kangurós.

El territorio que se llama hoy la colonia de Victoria, se llamó en otro tiempo Port-Phillip, y



El Museo de Melbourne.

hasta 1815 formó parte de la Nueva-Galles del Sud. Como ya hemos dicho, Cook apercibió la costa en 1770 y Bass la reconoció en 1798.

En 1801, y añado estos datos concretos para completar los generales que ántes dí, el teniente Grant recorrió la bahía, y en Febrero de 1802 el teniente John Murray extendió los descubrimientos de sus predecesores, descubrimientos completados, como ya sabemos, por Flinders en el mes de Abril del mismo año.

Al siguiente, el coronel Collins fué enviado de Lóndres con un destacamento de presidiarios, para establecer en las riberas de Port-Phillip un establecimiento penitenciario semejante al de Botany-Bay.

Collins no encontró sinó terrenos estériles, arenosos y sin agua, y terminó por abandonar aquellos lugares inhospitalarios, marchando á fundar su establecimiento en Tasmania.

Durante veinte años, Port-Phillip permaneció en el olvido más absoluto, hasta que en 1824 dos propietarios de ganados, Hume y Howell, es-

tablecidos cerca del lago Georgia en la Nueva-Galles, emprendieron una expedicion al Sur en busca de abundantes pastos. Atravesaron el Murray, los Alpes australianos y fueron á dar al Oeste de la bahía, en el lugar mismo donde actualmente se encuentra Geelong. Era aquel un viaje de seiscientos cincuenta kilómetros, peligroso y difícil en aquella época, y viaje inútil despues de todo, porque los dos exploradores no descubrieron tierra alguna favorable á la creacion del establecimiento que querían fundar.

Diez años pasaron aún, y en 1834 unos balleneros de la Tasmania, MM. Aenty, llegaron á establecer una pesquería en Portland, al extremo del pico Sudoeste. La riqueza de los pastos les indujo á fundar una *estacion* de ganados, que fueron por esto los primeros en importar á aquel territorio.

En 1835 John Bateman, que se había dado á la vela en Lamneston al mando de una partida de negros, desembarcó en Port-Phillip, donde se hizo ceder en toda propiedad por los naturales una extension de tierra de seiscientos mil acres, ó sean doscientas cuarenta mil hectáreas, á cambio de unas cuantas varas de tela de colores chillones, de un puñado de cuentas de vidrio y de un saco de clavos viejos. Este escandaloso contrato fué anulado más tarde por el gobierno ingles, que se vió sin embargo obligado á entregar una indemnizacion de 75.000 francos al audaz traficante.

Tres meses más tarde de esta feliz negociacion, Bateman, seguido por J. P. Fawkner, remontó el Yarra-Yarra con su navío *Entreprise* hasta echar el ancla de éste frente á los *eucalyptus* que adornan la ribera misma, donde actualmente se encuentra Melbourne. Es á Kawkner á quien se debe el grande honor de haber fundado esta ciudad.

La noticia del descubrimiento de ricos pastos se extendió rápidamente á lo léjos, y á pesar de la viva oposicion del gobierno, gran número de emigrantes de la Tasmania y de Nueva-Galles del Sud afluyeron á Port-Phillip, de tal manera que en 1836 la colonia contaba ya 224 individuos, entre los cuales había 38 mujeres, más 615 caballos, 155 cabezas de ganado mayor y 43.200 carneros. Fué en esta época cuando William Buckley, presidiario escapado de la penitenciaría de Collins en 1803, fué reconocido por sus compatriotas: había vivido entre los negros treinta y tres años y en tan largo tiempo había llegado por sus hazañas y sus méritos al alto cargo de jefe de tribu.

He dicho que fué reconocido por sus compatriotas, y en esto me separo un tanto de la verdad. Porque la influencia de la naturaleza y el género de vida es cosa tan imperiosa, que al cabo de tantos años de existencia errante, la tez de Buckley era completamente negra, sus facciones variadas por completo, sus ademanes salvajes y sus pasiones feroces.

Por cambiarlo todo, había olvidado por completo su idioma natural, y su garganta se negaba á articular otros sonidos que los sonidos de la lengua de los negros.

Una serie de casualidades lo volvieron al seno de la patria, pero ya de edad avanzada murió extraño á todo lo que había constituído la existencia de sus primeros años.

De 1837 á 1851 todo fueron exploraciones; la colonia prosiguió su marcha ascendente, la cultura se multiplicó y el desierto se pobló de grandes rebaños.

El descubrimiento del oro en 1851, cerca del Monte-Alejandro, en Buninyog y Ballarat, fué un anuncio de desbandada. Las noticias se sucedían cada día más rápidas y extraordinarias, la fiebre se amparó de todos y la poblacion entera corrió al lugar de las minas.

El gobierno se esforzó, pero en vano, por impedir este movimiento incapaz de ser contenido por barrera alguna. Se vió á los labradores abandonar sus campos, á los marinos sus barcos, á los comerciantes sus tiendas, á los abogados y á los médicos su clientela.

La ciudad quedó desierta.

Fué esta una emigracion de Australia toda convergiendo en un mismo punto, y emigracion que, como todas aquellas que impulsa la codicia, llevan tras sí el espectro de las privaciones, de los desórdenes, de las ruínas, de las revueltas y las batallas. En una palabra, un resucitar de las escenas de San Francisco de California en grado áun más alarmante é intenso.

Con el espíritu práctico de los ingleses, con su amor al órden y su respeto á la autoridad, todo se halla hoy regularizado; los servicios se han reorganizado, y la especie de anarquía que sigue siempre á esta clase de revoluciones, no ha durado más que un instante. Una potente industria fué creada, la industria minera, al propio tiempo que se fundaban fábricas de toda especie de productos y que se creaba un Estado nuevo; la colonia de Victoria fué declarada colonia independiente en 1851, y una gran ciudad se construyó en unos cuantos meses.

Hoy la colonia de Victoria cuenta cerca de nuevecientos mil habitantes, con una capital de trescientas mil almas, comprendiendo los alrededores.

V

Melbourne comparado con San Francisco.—Hoteles.—La uniformidad de las calles.—Los nombres de las calles.—Aspecto general. El verdadero Melbourne.

Ya lo dije ántes de ahora, Melbourne, á primera vista, se presenta incapaz de seducir al ménos exigente. Nada que encante en el aspecto de estas calles largas y derechas, formadas por casas de igual tamaño, de uniforme aspecto, de exacta altura.

Ni una floresta, ni un árbol; nada que abrigue de las inclemencias del cielo, y cuatro días por semana una lluvia menuda y vergonzosa, que cubre de barro las calles é impide á las mujeres el uso de trajes de colores delicados.

Si se compara Melbourne á San Francisco de California, Melbourne, que no cuenta sinó una docena de años, no puede ser colocada, sin embargo, en segundo lugar, considerada comercialmente se entiende. Por lo demas, las casas son ménos bellas, ménos altas, mal agrupadas. Gran número de cabañas miserables se mezclan á las construcciones recientes y se apoyan en monumentos notables, á los cuales quitan toda su magnificencia.

Los hoteles, aunque admirablemente servidos, no osarían luchar con los de la reina del Pacífico.

La ciudad es más regular; ¿pero esto significa mérito alguno? ¿qué placer puede encontrarse en estas calles de una monotonía verdaderamente desesperante? Yo he vivido en Filadelfia, esta ciudad de un millon de almas, donde todas las manzanas son rectángulos perfectos, donde todas las calles son derechas y todas las casas semejantes, y he creido volverme loco. ¡Ah, cómo me sentía ansioso de ver calles torcidas, casas desiguales y monumentos variados!

La verdadera entrada de Melbourne es por el puente de Yarra-Yarra y por la calle Swanston. Por este camino os halláis prontamente en el corazon de la ciudad, dejando á mano izquierda el camino de hierro, que enlaza los alrededores á Flinders y el puerto de desembarque.

Swanston está cortado por las calles Collins, Burke y Lomdale, y las calles paralelas son Stevphen y Rusell al Norte, Elisabeth, Queen y William al Sud. Estas arterias principales están entrecruzadas por calles más estrechas del mismo nombre, pero á las cuales se antepone el epíteto de pequeñas.

Así, pues, se dice pequeña calle de Flinders, de Collins, de Burque, etc.

Este modo de bautizar las calles, que todas llevan nombres de exploradores, de gobernadores ó de grandes hombres pertenecientes á la colonia, es ciertamente más lógico que el de los Estados-Unidos, donde se ponen nombres de árboles ó de flores, tales como calle del Olmo, de la Encina, de la Ciruela y del Albaricoque. Esto nada dice al corazon, nada á la inteligencia, nada á la memoria.

Todo el movimiento de la ciudad se concentra en cinco ó seis grandes calles para las oficinas y los negocios, y á ellas afluyen, como es natural, los paseantes y los desocupados. Las pequeñas calles, destinadas á tráfico más basto, se ven obstruídas las primeras horas del día por multitud de bestias y carros de mercancía. Lo restante de la ciudad parece un desierto ó casi un desierto.

El movimiento se halla bien circunscrito; pero áun en estos límites se adivina la circulacion de una gran ciudad.

Si se juzga de las tendencias de un pueblo por sus monumentos, los innumerables bancos de Melbourne dirán bien alto que la persecucion de los negocios es el único objeto de sus habitantes. Casas de banca aquí, casas de banca allá y en todas partes. La magnificencia de los establecimientos comerciales no tiene ejemplo: son, en una palabra, verdaderos monumentos, no sólo rodeados de comodidades de todo género, sinó sujetos á las leyes arquitectónicas que dan á aquella frase toda su expresion y alcance.

Los clubs y los hoteles vienen en seguida; despues se elevan magníficas tiendas adornadas de grandes espejos, las cuales hacen recordar los comercios de París y de Lóndres.

Es en la calle pequeña de Flinders donde se encuentran las casas más considerables. Difícilmente puede comprenderse cómo los importadores disponen de tales existencias de mercancías. Véis, en efecto, edificios de cuarenta á cincuenta me-

Calle de Swanston en Melbourne.

tros de altura por una igual profundidad, altos de cinco pisos con subsuelos, y por todas partes repletos de efectos destinados al comercio.

Esto sorprende, tanto más cuanto que gran número de casas situadas en otras calles no están ménos llenas que éstas, y el viajero se pregunta maravillado si no hay aquí exceso de mercancías para una poblacion de nuevecientos mil habitantes.

El panorama de Melbourne es plano, á pesar de sus dos colinas. Yo creo que una de las causas principales de la poca seduccion que al primer golpe de vista inspira, es que la vida no circula permanentemente por la poblacion, áun en sus calles más animadas. Melbourne es un *comptoir*, una aglomeracion de tiendas, de oficinas y de almacenes, y el que viene á su trabajo por la mañana, á la tarde emigra ó desaparece.

A las seis la ciudad está desierta y los días festivos es un verdadero Sahara.

El encanto de Melbourne se halla en su campiña, en los lindos caseríos que la circundan. Allí, no sólo se encuentran hermosos *cottages* con sus balcones boleados, sus pajareras, sus cenadores, sus jardines inundados de flores, sinó tambien residencias privadas suntuosas, verdaderas habitaciones señoriales, colocadas en el centro de grandes jardines ó de inmensos parques admirablemente dispuestos.

Las arboledas no son muy sombrías porque los árboles datan de ayer, como quien dice; pero cada año se les ve crecer y extender más brillantes y más espesas sus profusas ramas en medio de la tierna vegetacion de los eucaliptos.

La verdadera Melbourne está en Sain-Kilda, Brighton, Torak, Richmond, Suth-Yarra, Kew, Fitzroy, Howthorn, Collingwod, Carlton, Hotham, Emerald-Hill y cien más encantadoras residencias... Omnibus y caminos de hierro unen todas estas villas y permiten á los habitantes de fortuna más modesta marchar cada noche á respirar el aire puro y vivificador de la campiña.

Hé aquí en qué terreno Melbourne es infinitamente superior á San Francisco de California, por más que entre ambos puntos existan gran número de semejanzas.

VI

Adelantos.—Comodidades.—Sir Redmundo Barry.—El gabinete de Historia Natural.—Los marsupiales.—La fauna.—El profesor Mac-Coy. Sus teorías.—El *dinormis*.—El *deprotodan*.—Exceso de ciencia.

Ninguna ciudad tan jóven posee tantos monumentos públicos como Melbourne. En la esfera industrial, como en la esfera gubernamental, puede con efecto levantar con sus ricos capitales los más hermosos y los mejor organizados.

A la hora presente goza de todos los perfeccionamientos, ante los cuales se detienen las manufacturas antiguas y las viejas sociedades. Sea prejuzgacion, sea defecto de inteligencia, sea economía, las manufacturas antiguas quieren utilizar su material antiguo, y las antiguas sociedades no se deciden sinó teniendo á la vista el cercano peligro de su existencia á modificar sus viejas costumbres.

En la colonia de Victoria nos encontramos enfrente de una sociedad organizada en conjunto, semejante á esas casas de piezas numeradas que se deshacen y trasportan al lugar donde su dueño quiere habitarlas.

La colonia tiene á la vez todas las comodidades posibles: comodidad física por su vida larga y fácil, comodidad moral por las instituciones que no poseerá jamas la madre patria que la ha lanzado al mundo.

Tiene, en efecto, todo aquello que los más avanzados europeos quieren ó sueñan: sufragio universal, libertad amplia de reunion y de asociacion, escuelas gratuitas, laicas y obligatorias, instituciones de beneficencia y de utilidad general ricamente dotadas, cuerpos de policía, é iglesias de todas denominaciones: todas las cualidades y ya todos los vicios de una democracia absoluta.

Como decíamos, sus monumentos son numerosos y notables, figurando á la cabeza de ellos, no por su mérito artístico sinó por el mérito de lo contenido en él, el Museo Nacional.

Su director, el hombre más amable y más notable de Victoria, sir Redmundo Barry, reune á las maneras de un marqués del antiguo régimen, la inteligencia liberal de un hombre de nuestros días, la alegría comunicativa de un jóven y la experiencia de un anciano.

Reside desde hace cuarenta años en Melbourne,

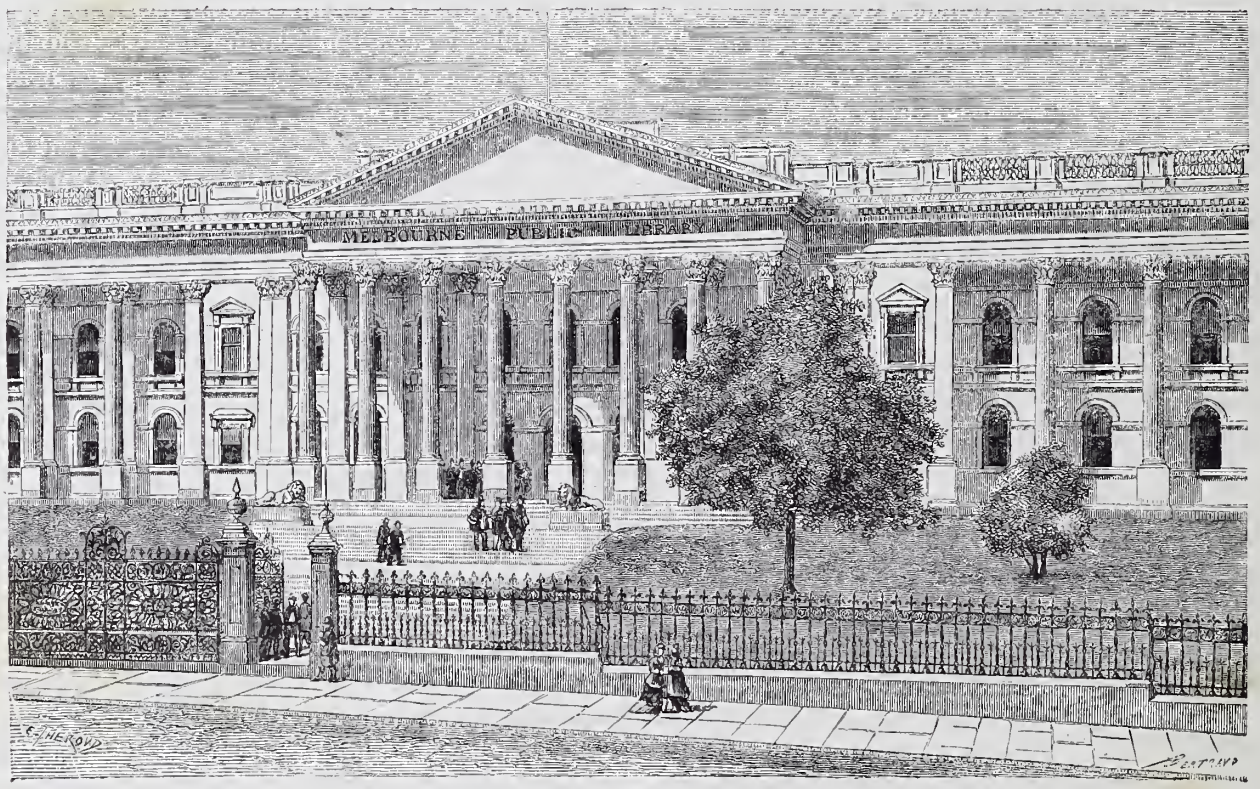
y es uno de sus padres, permítasenos la frase. Ninguna institucion hay que no sea debida á su iniciativa; ningun monumento que no haya fundado. Pero sus más bellas creaciones, aquellas que le dan título más glorioso, son el Museo Nacional y la Biblioteca Pública.

Nos ocuparemos ahora detalladamente del primero, dejando para el siguiente capítulo la descripcion de la biblioteca y la de algun otro monumento de no ménos grande importancia.

Sir Redmundo Barry en persona, afable y activo, me ha mostrado detalladamente el Museo Nacional, donde se encuentra una reproduccion notable de la historia antigua y de la historia contemporánea de Australia.

Seis horas pasamos allí y me prometí volver á menudo. Es, sobre todo, un museo consagrado á la instruccion del obrero. Todo lo relativo á las minas de oro, desde la palangana de laton del primer *digger* hasta las máquinas de vapor más complicadas para triturar el cuarzo; todo lo que es arquitectura, máquinas agrícolas, máquinas de tejer é industrias de todas clases, se encuentra allí perfectamente representado.

En cuanto al gabinete de Historia Natural, estoy seguro de que os encantaría.



La Biblioteca pública de Melbourne.

Por todo lo que veo, este país me parece tan extraño que no puedo pasar en silencio lo que hay de más notable en su superficie, es decir, la serie innumerable de los marsupiales.

Desde el kanguró de ocho piés de alto hasta la rata ó el raton liliputiense, todos los mamíferos originarios de esta tierra, excepto uno solo, la raza humana (¡sólo le faltaba eso!) tienen la bolsa como una especie de buzon de cartas en que meten á su progenie cuando corren.

¿Os figuráis toda esa gradacion, desde ocho piés á media pulgada, con cuarenta escalones diferentes de animales peludos, que tienen cuatro patas y corren sólo con dos, llevando, no las manos, sinó los hijuelos metidos en los bolsillos?

No tengo más idea sinó poner desde esta noche ratoneras en mi cuarto, y sobre todo ir á las grandes llanuras en busca de kangurós. ¡Buena caza les daremos si Dios nos presta vida! ¿Y quién sería el cazador cuyos instintos no se despertasen ante la coleccion única de pájaros disecados de este museo: guacamayos color de rosa, cotorras omnicolores, cisnes negros, casoares, ornitorinquios con pelo de nutria y pico de pato?

El carácter más curioso de la fauna moderna de Australia es el aparente aislamiento y separa-

cion de todos los tipos que habitan en las demas partes del mundo. Aquí los grupos genéricos son frecuentemente distintos del mismo género de animales que habitan latitudes semejantes, viven con los mismos medios y ejercen las mismas funciones esenciales, y esa distincion se funda en caractéres tan importantes, que indican familias, razas y órdenes nuevos que no se encuentran en ninguna otra parte. Para el viajero que, como nosotros, no puede recorrer á la ventura la superficie de un país, visitar sus ciudades y atravesar sus bosques, este museo es una fuente viva donde debe buscar las descripciones de las entrañas de esta tierra y beber los informes más secretos que ocultaba á todos los ojos y que sabios tan profundos como atrevidos han sabido arrancarle.

Guiábanos en medio de tantas cosas curiosas el sabio profesor Mac-Coy, que iluminaba para nosotros con vivas luces aquel dédalo por otra parte bien ordenado. Nos hablaba de ese aislamiento de las razas vivas de Australia; él ha procurado remontarse por la historia de la tierra hasta la fecha de ese aislamiento, y ha combatido la opinion generalmente acreditada sobre la formacion del *Novísimo continente.*

En las rocas *oolíticas* de Inglaterra se encontraron huesos y dientes que indicaban la existencia de animales marsupiales, ó sea provistos de bolsas, de la misma familia que los *perameles* de Australia: tales tipos no existen ahora individualmente más que en esta parte del mundo; los fósiles ingleses estaban englobados en miriadas de conchas marítimas del género tribonia, que sólo se encuentra hoy en las costas de Australia: por esto se formó la opinion general de que la fauna actual era la continuacion directa de la fauna que desapareció del resto de la superficie del mundo al terminarse el período *mesagoico*, de donde se partía para decir: «Australia es el país de formacion más antigua; se convirtió en tierra firme por cima del nivel del mar en un período durante el cual las formaciones *mesozoica* y *camozoica* se constituyeron en el globo».

Pero Mr. Mac-Coy niega eso, pues gracias á sus penosas investigaciones en las minas más profundas y en las grietas de las montañas, se ha dado cuenta exacta de la época y del modo de formacion de las rocas que constituyen la corteza de esta tierra.

«La capa de terreno sedentario, primera que cubre esa corteza de terrenos primitivos, formados al rededor de la masa terrestre, todavía fluida é incandescente, posee, nos dijo, los mismos tipos específicos de vida animal que los que caracterizan esas capas tan antiguas en el país de Galles, en Suecia y en la América del Norte. Luégo vienen los terrenos idénticos á los de esos países, los esquistos y las rocas forilíferas; el Canadá, Escocia y la provincia de Victoria han vivido, pues, absolutamente la misma vida en aquellas remotas edades».

En el período *paleozoico* superior, la primera apariencia de vegetacion terrestre se formó aquí exactamente sobre el mismo tipo que la de la misma época en el hemisferio Norte, y comparando así la historia natural de los antípodas, Mr. Mac-Coy ha encontrado la extraordinaria identidad de sus faunas marinas y de las producciones de la tierra firme, la cual surgió en Australia hacia la misma época que la mayor parte de la tierra firme en Europa y América.

En cuanto á las plantas, asociadas á los yacimientos hulleros de Nueva-Gales del Sur y de Tasmania, presentan los mismos cambios que los observados en las creaciones geológicas correspondientes á las Indias, Alemania y América, y en cuanto al célebre *Tribonia*, que algunos consideran como clave de la cuestion, Mr. Mac-Coy no la ha encontrado en esa capa, pero ha visto una especie distinta que le permite suponer la existencia de yacimientos triásicos. Durante la época terciaria, que no pueden admitir los que creen que Australia es el continente más antiguo, la mayor parte del país estuvo cubierto por el mar como en Europa, pues todas las huellas de creaciones animales y vegetales anteriores fueron destruídas y reemplazadas por especies diferentes de animales y plantas, que se acercan más á los que habitan hoy en la tierra australiana y en los mares vecinos.

No es admisible, por lo tanto, que Australia haya seguido una suerte distinta que el resto del mundo, permaneciendo emergente durante el período *oolítico*. En apoyo de esta idea vienen los fósiles, mostrando que aquí, como en América y en Europa, las razas de animales que habitan el mundo fueron precedidas por las mismas particularidades anatómicas que las que hoy les son propias.

Al decirnos esto el sabio profesor, nos ponía delante de una pata de *dinormis*. ¡Oh qué patas, amigos mios! Ella sola es tan grande como yo, y me parece que cinco piés y nueve pulgadas no es poco.

Esa pata grandiosa y majestuosa que debió dar pasos y saltos de siete leguas, como dicen los cuentos de la infancia, procede de Nueva-Zelanda, y

ya podéis suponer lo que sería el cuerpo que sobre ella se levantaba.

El dinormis que se ha construído teóricamente, gracias á ese resto digno de su apetito de antropófago, era, segun parece, todo patas, pues no tenía alas. Ese antetipo ha dejado en Nueva-Zelanda un descendiente de todo punto semejante, pero liliputiense, el pequeño kiviss (aptery), y sucede con ese pájaro sin alas que los siglos han ido reduciendo á su más mínima expresion, lo mismo que sucede con el perezoso de la América del Sur, precedido por el megaterio, ese monstruo cuya armazon ósea pesa muchos miles de kilogramos y es tan grande como una cabaña de cazador. Australia ha tenido para sus kangurós actuales un abuelo kanguró que presenta exactamente las mismas particularidades anatómicas, pero tan colosales que da espanto cuando mira uno sus osamentas encadenadas á las paredes del Museo, con un letrero que dice: *deprotodan.*

Cerca del lago Timbun se encontraron esos monstruos, en cuyas bolsas, cuando vivos, hubiera sin duda cabido toda una familia de ciudadanos como en un ómnibus; yo os confieso que me felicito mucho de que el período terciario haya suprimido esos huéspedes desagradables de los bosques que nos proponemos explorar.

Todos esos fósiles hicieron creer durante largo tiempo que los marsupiales eran los únicos cuadrúpedos nativos de Australia; el perro salvaje (*canis dingo*) no se reputaba indígena. Pero últimamente se descubrió en las cavernas negras del monte Macedon un fósil de perro salvaje, y entónces todos los sabios se pusieron de acuerdo.

Cosa curiosa: parece que en las materias duras que sujetaban las osamentas del kanguró gigante, felizmente sumergido, había venas ferruginosas y auríferas, lo cual indica la misma época para los depósitos de oro de Australia y Rusia.

El museo está situado en una altura, y desde sus ventanas podíamos ver el lado opuesto de Hobson's Bay, de donde se han sacado yacimientos de mioceno que Mr. Mac-Coy nos hacía comparar con muestras de los mismos yacimientos de París. Aquel producto del suelo de la patria trasportado á los antípodas, y por sus caractéres esenciales exactamente parecido al que teníamos bajo nuestros piés, conmovíame, lo confieso, más aún que la demostracion palpable de la ley de representacion de los centros específicos que desempeña un papel tan importante en la vida orgánica del globo.

Ademas, aquí, como en Europa, las conchas actuales y las de los depósitos miocénicos están separadas por muchos grados de latitud, mostrando así el enfriamiento gradual de nuestro globo durante esos remotos períodos.

Tales son los motivos que tiene nuestro sabio guía para rechazar la opinion de una Australia salida de los mares ántes que los demas continentes; tales son las identidades que nota de las capas de estas tierras con las nuestras; pero entónces, ¿por qué su superficie es tan distinta de la de las otras comarcas? y ¿por qué han encontrado los exploradores tantos desiertos de piedras, tantas llanuras privadas de tierra vegetal, tantas devastaciones causadas por incomprensibles cataclismos, miéntras que hay tambien tantas tierras fértiles?

Unos creen en un archipiélago convertido en continente y cuyas partes áridas serían brazos de mar que han quedado en seco; otros quieren que Australia haya salido de golpe por una gigantesca erupcion del seno de las aguas, donde estuvo sumergida más tiempo que las otras tierras, y explican su increible aspecto diciendo que no ha tenido todavía tiempo suficiente para dejar crecer los bosques bajo los cuales brotan los manantiales que de día en día van aumentando, ni para cubrirse con el limo engendrado por el curso del agua, ni para pulverizar por la accion del sol y del aire la costra compacta arrancada de súbito á los mares que todavía la rodean; el mínimo número de indígenas que habitaban su territorio inmenso en la época del descubrimiento, el aspecto de cáos antidiluviano del centro del continente, la escasez de ríos, lo extraño de la vegetacion, la alternativa de sequías prodigiosas é inundaciones súbitas, parecen indicar que este suelo, lavado recientemente por el mar ó por grandes diluvios, no ha llegado todavía á su madurez, y que el hombre se ha dado más prisa que debiera en ocuparlo.

Arrástrame demasiado léjos el recuerdo de lo que hoy he escuchado; pero si he tenido la fortuna de oir á un sabio disertar sobre las verdades más extrañas de la geología de un país, si me han cautivado sus palabras, ahora siento como un torbellino en mi espíritu, lleno de sus luces, y veo que ni mi memoria ni mi papel pueden trasmitiros de ellas siquiera un pálido reflejo.

He querido, ántes de que lo borren sensaciones posteriores, sacudir de mi cerebro esta noche misma toda la ciencia que lo sobrecargaba.

VII

La Biblioteca pública.—Otros monumentos.—La estatua de Burke.

El segundo monumento por su importancia material y moral, creo haberlo dicho, es la Biblioteca pública, tambien debida á la iniciativa de sir Redmundo Barry.

Es un edificio griego con un hermoso peristilo de columnas corintias, al cual se llega por una escalera monumental, sobre cuya barandilla descansan dos enormes leones de bronce.

Un contador registra el número de los visitantes, que el año último se elevó á más de trescientos mil.

En la planta baja se encuentra una inmensa rotonda, destinada á los periódicos y á las publicaciones periódicas ilustradas. Toda esta misma planta por la parte de la fachada principal, está destinada para Museo de escultura y modelos antiguos.

La Biblioteca se halla situada en el primer piso; es una larga sala con una galería en la parte superior y que recuerda la Biblioteca de Washington.

De cada parte, pequeñas piezas independientes, separadas las unas de las otras por un simple tabique, se abren á la gran sala. Cada una de estas piezas contiene obras especiales, con una inscripcion determinando los asuntos: obras políticas, literarias, científicas, en ingles ó en idiomas extranjeros. Esta clasificacion es tan simple, que por sí mismo el lector, sin necesidad de bibliotecario, puede escoger el libro que necesite: una escalera colocada en cada salon le permite alcanzar los libros situados en los estantes más altos.

Existen ya en este edificio ciento diez mil volúmenes, es decir, que la Biblioteca de Melbourne ocupa un rango elevado en el mundo de la ciencia. Es cuanto puede apetecerse para una biblioteca que cuenta de existencia sólo veinticinco años.

El moviliario es suntuoso: bellas mesas cubiertas de tapetes, sillas y sillones, esteras de junco, nada falta para ofrecer á los lectores el *confort* más exquisito.

El Conservador tiene á sus órdenes algunos jóvenes bibliotecarios, cada uno de los cuales posee á lo ménos dos lenguas extranjeras: éste el frances y el aleman; aquél el español y el italiano; otro el ruso y el sueco. De manera que un extranjero puede encontrar siempre quien le responda y le guíe.

—Nada de reglamento, y es lo mejor,—me dice sir Redmundo Barry.—Entre quien quiera; bien ó mal vestido, rico ó pobre, todos vienen bien á este sitio sin papeleta de entrada, sin billete para la obra pedida.

El lector se sirve como bien le parece, mete el libro en el estante ó lo deja sobre la mesa.

Desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche, la Biblioteca está abierta.

¡Cuántas gentes, atraídas por estas facilidades, vienen á pasar aquí días enteros en este lugar encantador, abrigado del viento, del calor y del frío, y acostumbran así su espíritu á lecturas útiles y estudios serios!

—Pero,—dijo yo al fundador de la Biblioteca,—sin contraseña y sin billete desbalijarán vuestra obra, y habrá que renovar los estantes á menudo.

—Puede ser,—respondió él;—en los primeros tiempos sí; pero como nuestras obras están firmadas y selladas y los libreros advertidos, bien pronto los desgraciados que á tal accion se entregaban, comprendieron la imposibilidad de deducir algun provecho.

—Perfectamente en este punto. Pero dando así á todos, sin distincion, libertad para penetrar en vuestros salones, se llenarán de gentes sin domicilio, que vendrán á dormir é incomodar á los estudiosos.

—Dejad hacer,—responde sir Redmundo,—mejor estarán aquí que en medio de la calle, y acaso con el tiempo cobren aficion á la lectura.

—Pero,—insistí yo,—¿por qué este moviliario lujoso?—Destrozarán vuestras mesas, vuestros sillones y vuestros tapices.

—No lo creáis,—me respondió;—los más groseros, que harían astillas una mesa de pino, respetarán un mueble de valor; el pudor que les impone la vecindad de gentes distinguidas, la confianza y el cariño que se les demuestra considerándolos dignamente, son bastantes á defenderlo todo.

Los hechos, con efecto, justifican las previsiones de sir Redmundo. No falta un solo libro, y las gentes de todas clases que invaden la Biblioteca,

respetan religiosamente los lujosos muebles: no se fuma, y áun los ménos educados se conducen irreprochablemente.

Cuando se penetra en esta sala inmensa, llena de personas pertenecientes á todas las clases de la sociedad, no se escucha el más leve ruído, y podéis creeros dentro de una iglesia. Añadiré que, segun la costumbre inglesa, hay un elegante salon destinado á las señoras.

El presupuesto anual de la Biblioteca y del Museo es de cuatrocientos mil francos.

Ha sido fácil en Melbourne, como en toda colonia nueva, reservar para sus parques, sus calles y sus caminos, todo el espacio que se ha juzgado necesario para su embellecimiento y sus condiciones de salubridad. No teniendo que expropiar ni pagar indemnizaciones, pueden verse en Melbourne parques numerosos, y algunos de extension considerable.

Monumento de Burke.

Existen los jardines de la Universidad, el Parque Real, el jardin de Aclimatacion, los jardines de Fitzroy y de Carlton, el Yarra-Parc, etc.; pero los más antiguos de estos jardines no tienen más de quince años, y los australianos tienen la costumbre de plantar árboles microscópicos, que adolecen de la falta de no prestar toda la sombra

necesaria; se la darán, puede ser, á las generaciones futuras; pero esto no priva á las presentes de los rayos abrasadores del sol.

. . . . . .

Entre los monumentos de Melbourne, conviene citar ademas, la Universidad, de estilo Elisabeth, situada cerca del Museo de Historia Natural, y ambos en el centro de un hermoso jardin, que tiene por vecindad la Escuela de Medicina y el Laboratorio de Química.

En la calle de Swanston se encuentran la Biblioteca y el Museo de Piuturas. Al lado de éste el Hospital, vasto edificio sin pretensiones arquitectónicas, y más abajo el Hotel de Ville.

El Correo, hermoso edificio situado en la esquina de las calles Burke y Elisabeth, vale más, pero aún no está terminado.

Si nos remontamos por la parte Norte de la calle de Collins, encontraremos un bello monumento levantado á la memoria de Burke y de Wills, los atrevidos exploradores del interior.

El monumento que se les ha consagrado es la obra más notable del escultor Suunner, que ha hecho todas las suyas para la colonia de Victoria. Es una masa de granito, cuyo pedestal está adornado por bajo-relieves de bronce incrustados en la piedra. Las figuras son más grandes que de tamaño natural. Burke está delante en actitud de explorador que excruta el espacio; Wills, apoyado cerca de él sobre el tronco de un árbol, toma notas en un libro, al dictado de su jefe.

El primer bajo-relieve representa la partida de Melbourne en medio de una gran concurrencia, partida verdaderamente triunfal. El segundo representa á Burke de regreso del golfo de Carpentaria, y no encontrando persona alguna en el lugar de la cita, que sus compañeros han abandonado momentos ántes. En el tercero, King es encontrado vivo entre los negros, que lo acogen y alimentan; el cuarto figura el cuerpo inanimado de Burke, cuando lo encuentra Howit, á quien guían los naturales.

El monumento es bello á pesar de algunas rudas imperfecciones. Las dos estatuas están soberbiamente vaciadas, y dan á cada uno de los tipos que representan el carácter que en realidad les pertenece.

Los bajo-relieves, vigorosamente hechos, cuentan la tragedia en cuatro actos, desde la alegría de la partida hasta la agonía de Wills y la muerte de Burke.

Más arriba, en la misma calle, se hallan el Tesoro y el palacio del gobernador. El Tesoro es un monumento moderno de los más notables; el servicio interior se halla admirablemente organizado; un hermoso jardin se levanta al pié del edificio, desde donde se goza una perspectiva admirable, y de una ojeada pueden abrazarse el mar y la campiña, ambos del mismo color, ambos agitados en olas por la brisa.

En la parte Sur de la ciudad, en la esquina de las calles Loudsdale y William, está en vías de construccion el nuevo palacio de Justicia. Es un edificio de estilo italiano, que cuando terminado, será, sin duda alguna, el más bello de la poblacion.

Cerca se eleva la Casa de la Moneda, que dicen ser el establecimiento más perfecto de este género que existe en el Universo. Me considero incapaz de emitir sobre esto una opinion seria, pero declaro haberlo visitado con el más vivo interes.

Pero suspendo aquí mi relacion de monumentos, que tiempo tendremos seguramente de conocer y visitar, para llevar nuestra atencion á un asunto de capital interes: me refiero á la expedicion de Burke, la más arriesgada de las llevadas á cabo en el interior, y que, como ántes dije, dejaba para explicada en el momento en que el nombre de aquellos mártires nos fuera recordado por el agradecimiento del pueblo australiano.

VIII

La expedicion de Burke.

En la cumbre de una colina, por la que pasa la arteria más populosa, destácase un elevado pedestal que sostiene un grupo de bronce, grupo esculpido, fundido y montado en la colonia, y cuya ejecucion es perfecta. Representa dos hombres cuyas miradas sondean lo infinito.

Uno de ellos es el jefe: todo lo anuncia: su postura heroica, su aire de autoridad. Y sin embar-

go, sus vestidos desgarrados, sus miembros de esqueleto, sus facciones demacradas, sus miradas moribundas, demuestran que espiran de cansancio y de hambre abandonados en medio del desierto.

¡Ese jefe es Burke: esos hombres son sus infortunados compañeros!

El solo nombre de Burke, apénas conocido en Europa, llena aquí todas las imaginaciones y hace latir los corazones todos. ¡Ese nombre es hoy para Australia más que el de Coriolano para la antigua Roma, más que el de Bonaparte en Messidor! ¡Qué poca cosa es el ruído que hicieron los descubrimientos de osados exploradores por el continente australiano, en comparacion con la gloria de Burke, que fué el primero en atravesar de parte á parte desde el Océano Austral al Océano Pacífico! ¡Heroicos esfuerzos, constancia sobrehumana, exploracion única en el mundo, han hecho de Burke un grande hombre! ¡Pero su noble ambicion, una ambicion de descubrimientos que rayaba en fanatismo, no pudo gozar de su triunfo, y este monumento perpetúa la memoria del día en que tuvo la única cosa que faltaba á su gloria: la consagracion de la desgracia!

Desde que hemos puesto los piés en esta tierra, no hay persona que no nos haya hablado largamente de él: muchas le han conocido con intimidad; participó en las pasiones, prosperidades y miserias de todos, contribuyó grandemente en los primeros trabajos que crearon aquí una nacion; era ambicioso; hé ahí su crímen. Pero figuráos qué viva está delante de mí su imágen cuando oigo narrar sus aventuras á todos sus amigos que ayer le exhortaban con sus últimos ruegos, y cuyas lágrimas corren hoy todavía al lamentarse de no haber podido salvarle, y sobre todo, cuando leo las hojas autógrafas de su diario, que se conservan aquí religiosamente, medio rotas, gastadas, y mostrando las huellas de sus errantes expediciones; halláronlas en medio del desierto, allí donde las enterró ántes de perecer solitario en la abrasada arena.

Paréceme que le veo corriendo al Norte á traves del desierto, buscando el Océano y no encontrando más que un océano de piedras calcinadas; muriéndose de hambre y teniendo que andar todavía cien leguas para encontrar víveres; espirando por haber querido emprender una gran mision, y sintiendo, despues de haberla desempeñado noblemente, que quizas el mundo ignoraría su última obra.

Lo confieso; tengo la cabeza tan llena de estos relatos, tan conmovido el corazon por esos infortunios, que á cada instante me refieren testigos oculares y que el mismo Burke describe de un modo tan patético en las notas de su diario, que quiero hablaros hoy de ese hombre y trazaros á rápidos rasgos la historia de su memorable y triste campaña.

Durante más de veinte años las colonias vecinas habían hecho repetidos esfuerzos para explorar el interior de la Australia; en medio de aquel concurso de todas las energías en aventurero palenque, la de Victoria estaba como apartada, ora la atormentase febrilmente la explotacion del oro, ora la absorbiese el pacífico cuidado de sus rebaños. Pero en 1860 el donativo de 25.000 francos, hecho por un ciudadano deseoso de impulsar una tentativa por parte de su patria adoptiva, dió súbitamente á la gran colonia del oro un nuevo empuje para un nuevo fin, y la expedicion que desde entónces proyectó ha eclipsado á las demas, tanto por la magnificencia de los preparativos como por la grandeza de sus desastres finales, expedicion bautizada con sufrimientos, pagada con la vida de diez hombres, pero fecunda en admirables resultados.

El gobierno de Victoria le dió por jefe al antiguo cadete de Woolwich, al ex-oficial de húsares húngaros, O'Hara Burke, ya popular entre todos, valiente y franco, ávido de reputacion, despreciador del lucro, fogoso hasta el heroísmo, entusiasta hasta la utopia. Pero el exceso de estas cualidades debía causar su pérdida y la de los suyos.

Había ménos rabia aventurera, pero más calma, reflexion y ciencia en la cabeza de 26 años de su segundo, el jóven Wills, que debía ser el astrónomo indispensable para dirigir á la colonia por el mar de los desiertos, y cuya familia había perdido ya á uno de sus individuos en el *Erebo*, con sir John Franklin en la expedicion al polo Norte, y estaba destinada á dar otro mártir para los descubrimientos del mundo en las arenas abrasadoras del Capricornio.

El 20 de Agosto de 1860 se pusieron en camino los atrevidos exploradores; eran 17, y con Burke á la cabeza marchaban entre las aclamaciones de todo un pueblo. Nunca había visto la poblacion de Melbourne espectáculo tan imponente: estaban orgullosos, tenían grandes propósitos en el corazon, acompañábanles los votos de todos; el gobierno había dado 250.000 francos, los particulares 50.000; llevaban 27 camellos, traídos expresamente de la India, 27 caballos de los más robustos, bebidas y víveres para 15 meses.

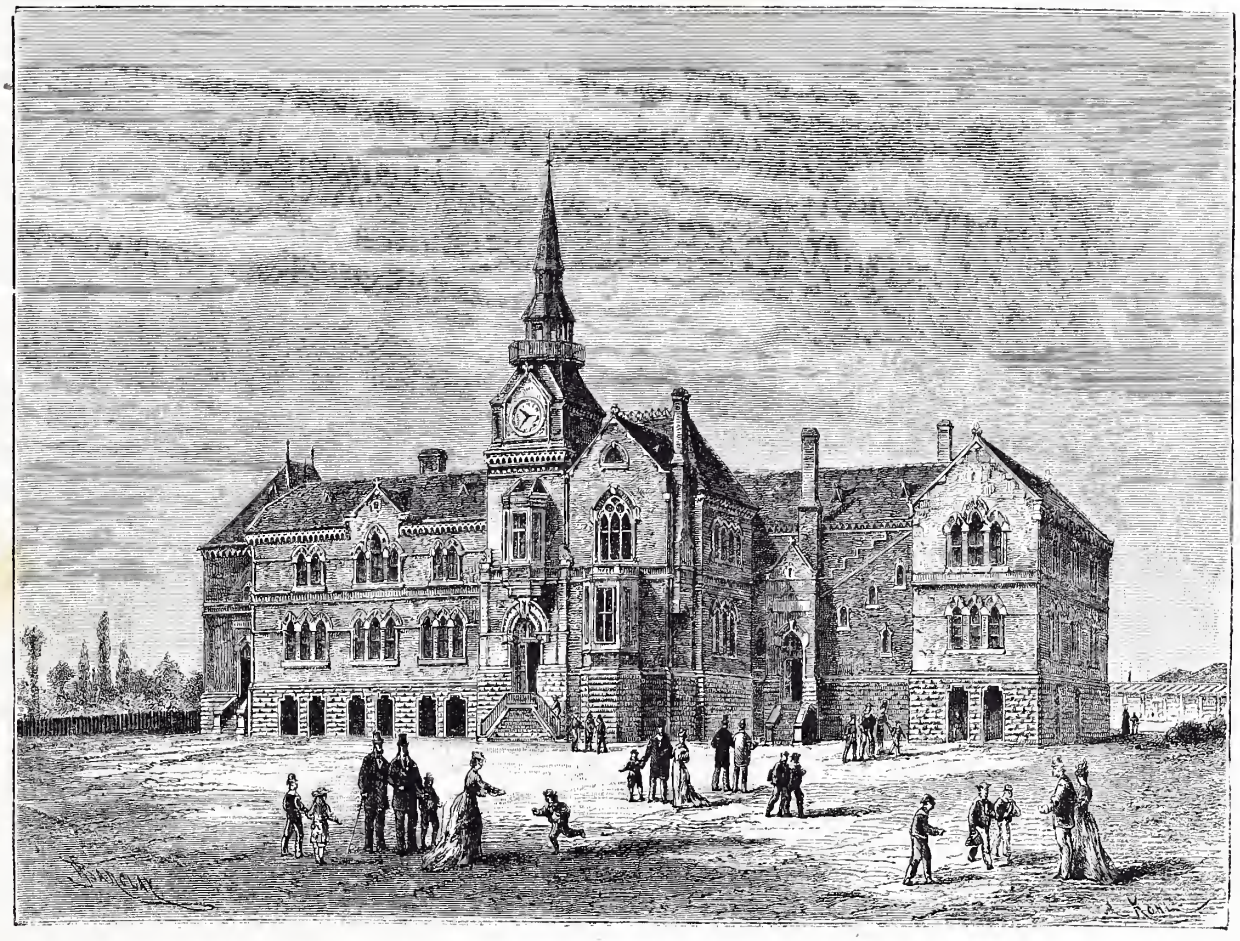
Entre los *hurras* que lanzaba la multitud, en-

tre las voces que les deseaban completo éxito, nadie pensó que la mayor parte de la aventurera cohorte marchaba á la muerte.

Hasta Murray el camino fué largo. Burke, demasiado duro consigo mismo, no tenía bastante consideracion con los demas: marchó ofendido y devorado por una pena del corazon, sin otra perspectiva que amargos sufrimientos, á pesar de la esperanza del triunfo; era demasiado fogoso, tenía demasiada ansia de porvenir para poder mandar con cálculo.

Tres de los suyos riñen con él, y lo abandonan. En la frontera de las tierras recorridas por los rebaños los reemplazó mal; y la union, ya sin obstáculos, de la fogosa energía del jefe con la dócil dulzura de su segundo, fué causa de toda la serie de sus horribles desgracias.

El camino que trazó al traves de ese continen-



Una escuela pública.

te inmenso puede dividirse en trece etapas principales: Messindie, á 600 kilómetros de Melbourne; Coopers Creek á 600 kilómetros más al Norte, casi en el centro del continente; y, en fin, á más de 1.000 kilómetros del centro la costa del Océano Pacífico.

Los comienzos son penosos; el exceso de bagajes y el exceso de víveres retardan cada día el impaciente ardor. Todos los hombres son, sin embargo, sólidos *busmhen*, expresion australiana que no se traduce completamente por la de *hombre de los bosques*.

No temer la lluvia ni el sol, acostarse en el fango, no tener otra ambicion que sondear el horizonte de las praderas ó los bosques sin fin, galopar á la ventura, llevar la barba de un patriarca y el traje de un bandido, descubrir tierras, ya produzcan oro ó hierba, bosques ó piedras, pero descubrirlas ante todo y bautizarlas, tal es el *busmhen*.

Pero esta vida de los bosques, que formaba hombres cien veces más duros para las fatigas y privaciones que las bestias de carga y los mismos camellos, dió á Burke compañeros que, acostum-

brándose á lo infinito del desierto, se volvieron negligentes ó inexactos.

El 19 de Octubre de 1860 dejó la mitad de su gente, animales y bagajes, en Menindie, bajo el mando de Wright, con órden expresa de que se le reunieran despues de un breve descanso en Coopers Creek, donde se formara su gran depósito central, y hasta fines de Enero de 1861 no se pone Wright en marcha para el punto de cita indicado por su jefe.

Los meses sucedian á los meses, y ninguna noticia de Burke llegaba á Melbourne. Se había convenido, sin embargo, expresamente que el jefe daría de vez en cuando noticias suyas, á fin de que el comité instituído al efecto pudiera acudir en su auxilio. La idea de que aquellos desgraciados estaban perdidos y se morían de hambre en el desierto, conmovió todos los corazones. Melbourne entero, febrilmente agitado, organiza una contra-expedicion para buscar á los exploradores y la confía al jóven Howitt.

Las otras colonias imitan su ejemplo: Mac Rinilay sale de Adelaida; Walker de la Tierra de la Reina; Landsborough aborda con un buque en el golfo de Carpentaria. Así esos cuatro destacamentos de hombres de corazon, equipados y pertrechados en pocos días, esperan cortar en los repetidos círculos que describirán partiendo del Norte, del Sur, del Sudoeste y del Nordeste, las huellas de los exploradores perdidos.

¡Admirable impulso de una nacion generosa! Admirable union, que si ya no probara la audaz constancia en las aventuras de la raza anglo-sajona, demostraría por lo ménos lo rápidas que son las comunicaciones en el litoral de aquella tierra casi tan grande como Europa, y cómo se incendia todo por una chispa eléctrica cuando se trata de una gran causa ó se necesitan hombres enérgicos. ¡Extraño contraste entre la actividad europea del litoral y lo absolutamente desconocido del interior de las tierras!

El jóven Howitt fué el explorador más feliz; pudo dar las más grandes, áun cuando las más fatales noticias.—Marchando presuroso el 29 de Junio, ¡cuál no sería su sorpresa cuando al atravesar el río Loddon encuentra de regreso á algunos compañeros de Burke! Era Brahe, uno de sus oficiales, que había perdido cuatro hombres por el escorbuto y á quien seguía Wright, que había perdido tres. Hé aquí lo que contaban aquellos hombres de figuras lívidas y cuerpos enflaquecidos:

En dos meses Burke había atravesado felizmente los desiertos y praderas que separan á Menindie de Coopers Creeck, es decir, la mitad del trayecto total desde Melbourne al golfo de Carpentaria.

Pero se encuentra allí en el mes de Enero sufriendo los horribles calores del estío: hombres y animales se debilitan y postran; el camino parece cerrado por todas partes; en vano espera el refuerzo de Wright y deplora un retardo que va á privarle de víveres y de camellos; en vano Wills dirige un reconocimiento con tres camellos hasta 150 kilómetros al Norte para encontrar agua. ¡Ni una fuente, ni un oásis en los lejanos horizontes, ni un charco de agua estancada! Su compañero deja escapar los camellos, y á pié, sin beber una gota de agua, bajo un sol de fuego y con 40 grados de calor, recorre de vuelta el largo camino hasta el campamento de Coopers Creeck.

Burke pensó con razon que en tales circunstancias debía aventurarse él mismo con la ménos gente posible en el desierto de piedra, dejando en el oásis de Coopers Creeck á todos los inválidos con sus víveres, y ademas con todas las provisiones destinadas al regreso.

Entrega á Brahe el mando de aquel depósito con órden de esperarle tres meses lo ménos, y despues de ese límite, *tanto tiempo como los víveres se lo permitieran*. ¡Ah, si Wright que se quedó en la primera etapa de una campaña que debía costar tantos tormentos hubiera salido más pronto de su letargo, qué bien se hubieran evitado los desastres!

Entre tanto Burke, la energía en persona, prosiguió su obra; tomó consigo á Wills, su segundo, Gray y King, antiguo soldado, seis camellos, un caballo y víveres para tres meses.

Con tal acompañamiento y equipaje partió á descubrir la costa del Océano Pacífico.

El 16 de Diciembre de 1860, los cuatro exploradores, entrando en la parte más ardua y desconocida de su tarea, salieron del campamento del oásis: atraviesan el río, llegan á la otra orilla, agitan todavía los brazos y gritan á sus compañeros: «esperadnos».

¡Y, sin embargo, Brahe y sus hombres, Wright y sus compañeros volvían sin él.

Los primeros habían luchado largo tiempo en su campamento contra los sangrientos ataques de los aborígenes; el calor era espantoso; observaban continuamente el nivel del agua corrompida, que era á pesar de esto su recurso, y la veían bajar por momentos, y así esperaron cuatro meses.

Por fin muchos murieron, los sobrevientes estaban consumidos por el escorbuto; las provisiones iban á faltar: Brahe, en último extremo, segun afirma, se decidió á dejar su puesto á fines de

Abril. Creía que Burke había muerto, y no obstante, dejó algunas provisiones en el oásis.

Cuando volvía, al cabo de dos ó tres etapas, encontró á Wright con su gente. ¿Por qué serie de deplorables retardos llegaba éste con cuatro meses de retraso al lugar de la cita? Reunidos los dos hombres, tuvieron como un último remordimiento: volvieron juntos á Coopers Creeck, no vieron ninguna huella de sus camaradas, y diciendo adios al desierto por última vez, donde sin duda habían perecido, tomaron la vuelta de Melbourne.

Tales son los hechos salientes de esta lamentable historia; súpolos por ellos mismos el jóven Howilt al encontrarlos en Loddon. Al punto envió estas noticias á la ciudad, donde causaron la indignacion de todos, y, por su parte, continuó enérgicamente caminando hacia el Norte.

En mes y medio adelantó por una comarca que es muy diferente de la que vieron los primeros *pionniers*; allí donde otros habían encontrado áridos desiertos, encuentra valles inundados, y á traves de praderas sin fin, prosigue su camino hasta las cercanías de Coopers Creeck, ve escrita en la corteza de un árbol la palabra *dig*, que significa *excava*, y excavando en tierra encuentra la caja de hierro en que Brahe había dejado por escrito los motivos y las fechas de su partida, y... juntamente con esos papeles ve los de Burke, anunciando que ha cruzado el continente hasta el Océano Pacífico, y ha vuelto á Coopers Creeck.

Hé aquí lo que refería el infortunado explorador en el fragmento de *Diario* que pudo escribir y que depositó al pié del árbol:

El 16 de Diciembre de 1860 había partido del oásis con sus tres compañeros. Durante dos meses adelantó rápidamente, descubriendo cada día tierras más fértiles; una eterna pradera sucedía al desierto de piedras; los árboles les daban sombra; los arroyos agua pura y abundante.

Los indígenas huían casi siempre espantados delante de ellos; dos ó tres veces, sin embargo, se dejaron coger y dieron á los viajeros pescado seco.

Acá y acullá había lagunas de agua salada, colinas de arena roja, espacios devastados por no sé qué cataclismos extraordinarios y cubiertos de piedras amontonadas. Pero bien pronto una alta cadena de montañas se dibujó con direccion al Norte; los llamó *Montes Standisch*, y á sus piés se desarrollaron bosques tan verdes y llanuras tan ricas en vegetacion, tan abundantes en agua, que puso á aquel país el nombre de *Tierra Prometida*.

Despues de las emociones de un descubrimiento incesante, de luchas contra los indígenas, contra las serpientes, contra miles de ratas que les acometen de noche, encuéntranse rodeados de una vegetacion tan espesa, que sólo con auxilio del hacha pueden abrirse camino á traves de ella; Burke y Wills dejan detras á sus dos campañeros, y se aventuran á pié, notando no sé qué emanaciones salinas en el aire; quebrantados por el cansancio, abatidos por el calor, luchan y adelantan hasta el 11 de Febrero, atraviesan las espesuras más impenetrables, y pantanos donde se hunden hasta los hombros.

Ese día encuentran un brazo de mar y se detienen rendidos; la marea con su flujo y reflujo inunda y descubre sucesivamente á sus ojos las salvajes riberas donde los venenosos paletúvoros extienden sus ramas bajo las mismas olas. ¡Ya no hay duda, no puede ser sinó el Océano Pacífico! ¡Despues de seis meses de trabajo se sienten á pocos pasos del glorioso cumplimiento de su gran mision!

¡Quieren ver ese Océano! Empuñan las hachas, trepan, escalan los puntos más elevados desde los cuales pueda dominarse el horizonte; pero vuelven á caer destrozados en los pantanos fangosos de donde el mar se retiró por la mañana y adonde vuelve por la tarde con grave riesgo de sumergirlos. ¡A toda costa quieren ver ese Océano que por poco les traga!

Pero no alcanzan esa consoladora felicidad. ¡Moises, á lo ménos, vió desde el monte Nebo la tierra de Canaan! Pero no, por más que hacen sobrehumanos esfuerzos, oyendo á lo léjos el murmullo de las olas, ruído que enciende el deseo, la vista de sus olas azules estaba reservada para otros que no habían merecido tanto verlas.

Sin embargo, en el fondo habían logrado su objeto; pero el espectro del hambre estaba allí en todo su horror ante sus ojos.

Habían llevado víveres para doce semanas, estaban á mitad de camino, y apénas tenían para cinco. La angustia que les inspiraba esta escasez aumentaba de día en día, y la precipitacion que causaba su marcha de regreso debía precipitar tambien, por lo excesiva, la muerte de sus animales y su propio aniquilamiento.

Lluvias copiosísimas inundaron de tal modo los valles, que otra vez corrieron peligro de ser ahogados. El 6 de Marzo, Burke estuvo á las puertas de la muerte por haber comido un pedazo de una gran serpiente que hizo cocer.

El 20 empezaron á aligerar la carga de los camellos, que ya no podían dar un paso, y quitaron

á cada uno 60 libras de aquellas provisiones, cuya falta tanto les asustaba. ¡Así los buques invadidos por el agua arrojan al mar toda su carga por preciosa que sea!

El 30 mataron á uno de sus camellos. El 10 de Abril mataron á Billy, el caballo favorito de Burke, con el que salió de Melbourne y que había resistido toda la campaña. El 11 tuvieron que parar un cuarto de hora esperando á Gray: el hambre les exaspera tanto, que aquellos dos hombres de corazon generoso tratan rudamente á su amigo... Es que habían reservado la harina para la última extremidad y encontraron á Gray detras de un árbol comiéndosela.

¡Cómo debieron recordar los últimos sufrimientos mal comprendidos del desgraciado Gray, cuando pocos días despues se encontraron ellos mismos agonizando!

Por fin, el 21 de Abril por la tarde llegaron al oásis, ya no eran más que esqueletos vivos; buscan con los ojos, llaman á gritos á sus camaradas, á quienes tantas veces habían dicho «esperadnos»: ¡el oásis está desierto; ni una voz humana les responde!... ¡Cuántos pensamientos tristes debieron atravesar sus corazones en aquella hora solemne!

Buscando desesperados, ven muy luégo escrita en el tronco de un árbol la palabra *dig*; algunas provisiones estaban en la caja de hierro juntas con los papeles de Brahe, explicando los motivos de la partida y fechados... ¡el mismo día 21 de Abril por la mañana!

Así, despues de una carrera desesperada hasta el Océano, y de un regreso más desesperado todavía, y despues de haber perdido ó comido todos sus camellos y caballos, excepto dos; despues de haber hecho el descubrimiento más grande que pueda registrar la historia de Australia, llegan al oásis que tanto habían anhelado en medio de sus tormentos, y los hombres que los hubieran salvado, y con quienes contaban, acaban de partir!

¿Qué hacer? Rendidos hasta el punto de no poder andar, y con los animales medio muertos, ¿habían de seguir por espacio de 600 kilómetros á una caravana bien montada y bien descansada, corriendo tras de la salvacion, y llevándola á pocas millas por delante y sin alcanzarla nunca? Sí por cierto; esa hubiera sido la resolucion más juiciosa; fácil es decirlo cuando juzga los hechos despues de verificados quien no tiene la cabeza trastornada por muchos meses de sufrimientos. Pero Burke se acuerda de que á 150 kilómetros de allí, cerca del monte *Desesperacion*, había una *estacion* de carneros: esa á lo ménos no huirá de él; y despues de dos días de descanso arrastra consigo, mal de su grado, á Wills y King, llevando algunas provisiones.

Depositan en la caja de hierro el diario de su descubrimiento y su regreso, deplorando el abandono de su segundo, y anunciando su marcha hacia el monte Desesperacion.

Para colmo de infortunios, miéntras que Burke, arrastrándose apénas y postrado por el dolor, perdía de vista el oásis y se dirigía al Oeste, Brake y Wrigt, que se habían encontrado, como recordaréis, el 23 de Abril, volvieron á ese mismo oásis, movidos del remordimiento, para ver si había vuelto álguien: tan ligeros como imprudentes, no pensaron en excavar la arena y registrar el escondrijo. ¡Allí hubieran encontrado el depósito de Burke, fechado aquella misma mañana, y el itinerario de su camino, y le hubieran salvado! Pero no; encuentran la superficie de la tierra en el mismo estado que cuando partieron, y vuelven á marchar hacia el Sudoeste.

Dos veces, pues, en la misma semana aquellos hombres que se buscaban, y cuyo encuentro hubiera puesto fin á los más atroces suplicios, habían estado muy cerca unos de otros en un radio de 14 millas solamente en medio de la inmensidad del desierto.

En aquella hora, Burke, Wills y King vagaban por el valle de Coopers, llevando las provisiones del oásis. Un camello cae de cansancio, lo matan y secan su carne al sol: al día siguiente muere tambien el otro.

Faltos ya de todo recurso, se arrastran hacia una tribu de aborígenes, cuyos feroces instintos ceden á semejante espectáculo; compadecidos, comparten con ellos su alimento, una especie de grano llamado *nardu*, que los viajeros mascan con mucho trabajo y no lo pueden digerir. ¡Y así viven hasta el 15 de Mayo!

De repente, despertándose las costumbres nómadas de los negros, huyen para no reaparecer. ¡Así, pues, aquellos cuyas hostilidades habían temido durante mucho tiempo los viajeros y que á la sazon eran su único y providencial recurso, abandónanlos sin motivo! Entónces la necesidad les mueve á proseguir su marcha hasta el monte *Desesperacion* y arrastrarse por una tierra arenosa y abrasadora. No descubriendo nada en el horizonte, caen de cansancio y renuncian á esta última esperanza.

¡Verdaderamente les perseguía la desgracia, porque despues se han seguido sus huellas y se ha visto que, marchando un día más, hubieran encontrado la montaña y se habrían salvado!

El 27 de Mayo están de vuelta en Coopers Creek, viviendo de *nardu*, cuya masticacion les cansa y cuyo jugo no les alimenta. «Vienen, escribieron, para ver de nuevo el oásis y morir,» y guardan en la caja la relacion en pocas líneas de su última tentativa. Por algunas palabras que de vez en cuando trazaban Wills ó Burke, depositándolas, como el testamento de sus últimas horas, en la caja de hierro al pié del árbol, sabemos cuánto tiempo duró aquella agonía.

Para ellos era como un consuelo escribir casi en la muerte fragmentos de frases destinados á sus conciudadanos, mostrando lo que habían sufrido como verdaderos mártires de la ciencia y de la fiebre de los descubrimientos.

El 20 de Junio ya no les sostenía el *nardu* que masticaban; dos líneas escritas por Wills en esta fecha dicen, «que es demasiado doloroso sentirse abandonados, y que por su parte ya no puede durar». El 22 escribe, «que se tiende y hunde en la arena para no volverse á levantar; que en lo sucesivo King, que conserva más fuerzas, depositará sus últimas palabras en el escondrijo».

Esas últimas palabras están fechadas el 29 de Junio; son una carta á su padre llena de resignacion y dulzura; «mi muerte... mi muerte es segura dentro de pocas horas, pero mi alma está tranquila».

El jóven Howitt no encontró bajo el árbol de triste memoria ninguna otra cosa que pudiera informarle acerca de la muerte de Wills.

¿Había muerto? ¿Estaba vivo? ¿Dónde podía hallarse su esqueleto ya seco, ó su cuerpo agonizante todavía?

Las últimas palabras de O'Hara Burke están fechadas un día ántes que las de Wills; el 28 de Junio, aunque débil y moribundo, quería buscar á la tribu de negros, única esperanza de salvacion.

Su despedida denotaba más energía, pero no ménos heroica resignacion; «King espero que sobrevivirá; ha mostrado grande alma; nuestra tarea está cumplida: hemos llegado los primeros á la costa del Oceano... pero hemos sido aban...» esta última palabra no está acabada, no tuvo valor para escribirla.

Habían espirado él y los suyos, sin duda, y habían quedado insepultos, despues de cerrar la tumba donde guardaran sus escritos, que revelarían los misterios del continente y atestiguarían sus dolores sobrehumanos.

Ningun otro vestigio se hallaba; cuando Howitt llegó al escondrijo, éste estaba bien tapado y oculto con arena. Entre las huellas marcadas y repetidas en el suelo, indicando innumerables idas y venidas del campamento al charco de agua, era imposible distinguir la última.

Howitt buscó en todas las direcciones circunvecinas, engañado siempre por huellas de camello, que despues de largos rodeos le llevaban de nuevo al oásis; pero en fin, el 10 de Setiembre, entre las huellas de piés desnudos de una tribu de negros, encuentra la de unos zapatos... fué aquel un momento de suprema ansiedad, y muy pronto, descubriendo en medio de los bosques los fuegos de los negros, llega de repente y ve á un desgraciado cubierto de harapos, á una sombra de sér humano, tan débil que no se podía tener de pié ni proferir una palabra, pero cuyos ojos centelleantes denotaban una alegría loca.

¡Era un sobreviviente de la gran expedicion! ¡Era King, el soldado! Poco á poco recobra la palabra con las fuerzas, y puede referir lo ocurrido á los tres viajeros desde el día en que cubrió de arena el escondrijo.

El 28 de Junio, Wills, agonizante, le suplicó que fuese á buscar á los naturales; en ello ponía toda esperanza de salvacion; confía á Burke su reloj y dos palabras de despedida para su padre, y los tres amigos, tan probados por comunes sufrimientos, se separan dolorosamente para no volver á verse en este mundo.

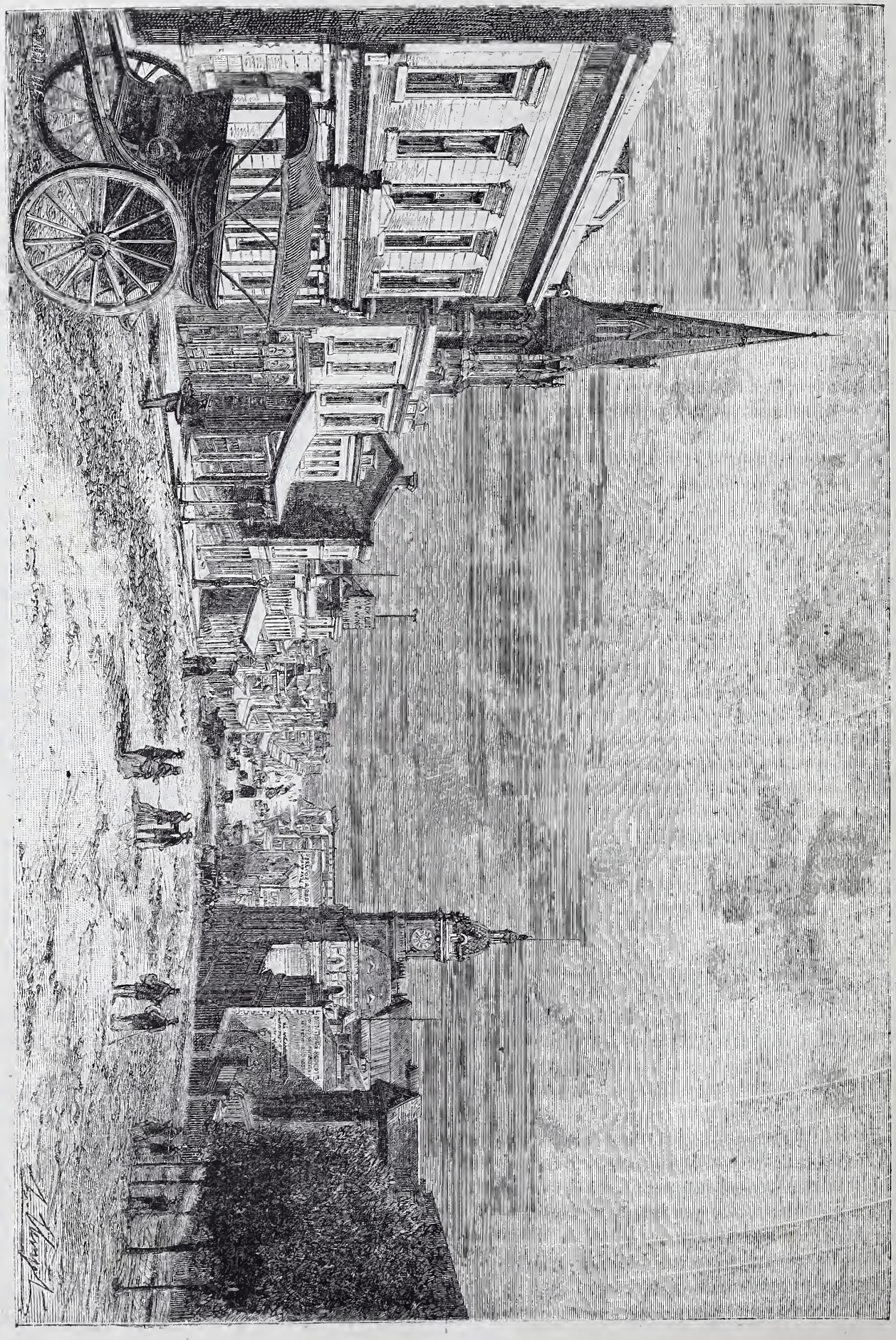
Al cabo de dos días de marcha, Burke cae aniquilado, pidiendo á su compañero «que no le abandone hasta que muera», y que deje despues sin sepultura su cadáver, bajo el sol de los desiertos en que había trazado el camino de su siglo y encontrado gloriosamente su muerte.

¡El 29 se postra por última vez en el suelo calcinado; hunde el rostro en la arena, mira la Cruz del Sur, que es la señal consoladora de los moribundos en el hemisferio austral, y sus grandes ojos se apagan, y muere estremeciéndose en el desierto!

El último sobreviente, medio loco, vuelve á orillas del charco donde dejó al infortunado Wills... que tambien había muerto; pero sin ningun amigo que cerrase sus ojos.

King vagó solo por los bosques, llorando á sus dos jefes, hasta que al fin encontró á la tribu hospitalaria cuyos alimentos le sostuvieron más que á Wills y á Burke. Guiado por él, Howitt encontró los dos esqueletos que los naturales habían cubierto cuidadosamente con ramas de árbol, en señal de religioso respeto; al lado de Burke, á su derecha, estaba su revólver.

Howitt envolvió sus restos mortales en el *Union Sack*, el pabellon nacional, el más digno sudario



Calle de Collins en Melbourne.

que se puede dar á un valiente, y despues de haber recompensado á los naturales, tomó el camino de Melbourne, llevando el *Diario* y el *Testamento* de los audaces é infortunados exploradores.

El 9 de Diciembre del mismo año partió de nuevo para visitar aquellas tumbas solitarias, encargado por la colonia de Victoria de recoger los restos de los dos héroes australianos; un año despues todos los habitantes de Melbourne recibían, vestidos de luto, á la triste comitiva; con funerales públicos de una magnificencia hasta entónces desconocida y con un monumento erigido en medio de la ciudad, quisieron honrar la memoria de aquellos hombres, muertos en la flor de su juventud y sacrificándose por sus conciudadanos.

Pero no; tales hombres no mueren por completo; á su audacia, desinteres, abnegacion y sufrimientos, debe Australia el maravilloso desarrollo de su energía y vida, de su prosperidad y esplendor.

Por los cuatro puntos cardinales ha tenido osados exploradores que avanzaron hacia lo desconocido, sucumbiendo las más de las veces, pero dejando tras ellos un camino que más tarde fué manantial inagotable de vida y de riqueza.

En las naciones del antiguo continente, los soberanos ven sin escrúpulo perecer miles de soldados en las guerras que provocan á menudo para satisfacer rencores personales, algunas veces para entretener los ocios de la majestad; en este Nuevo Mundo, donde el desierto es el campo de batalla, donde el explorador es apóstol y soldado de la civilizacion á un tiempo mismo, cuando diez y siete hombres están en peligro, un millon de habitantes se levanta lleno de ansiedad y hace por salvarlos todo cuanto puede la humana fuerza.

Pero si la muerte triunfó de esas viriles tentativas, la ciudad nacida de ayer sabe á lo ménos honrar á sus grandes hombres.

Y nosotros, viajeros y extranjeros, llenos de admiracion por su historia, ¿no debemos inclinarnos ante ese luto que todavía dura, y saludar en ese monumento, en aquellos que lo levantan, á los creadores de un imperio cuyos destinos futuros parecen tan augustos como extraordinarios son sus comienzos?

IX

Las cárceles.—Los delincuentes.—Justicia para los naturales y justicia para los extranjeros.

A los ojos de muchas pesonas de Europa, Australia no es más que una colonia penitenciaria del Reino-Unido y un refugio de aventureros buscadores de oro.

Sin duda imaginan que nos codeamos aquí á cada paso y tenemos por comensales á los asesinos y á toda especie de delincuentes; se pondera la habilidad de haberlos enviado á una tierra perdida, como si fuesen animales maléficos, y se considera que el color de *penado* es el color general de todo el mapa de Australia; pero esto es un grave error y no hay semejante estado de cosas.

La Nueva-Gales del Sur y la Tasmania sufrieron ese azote desde 1788 hasta 1840; pero si la poblacion sana y pura de Sidney sólo pudo evitar aquella importacion pestilente rechazando en 1840 un buque cargado de *penados*, la colonia Victoria tuvo la dicha de no recibirlos nunca de la madre patria; tambien rechazó buques cargados de penados que las sociedades de Nueva-Gales del Sur y de Tasmania expulsaban de su seno, y fuera de los desórdenes ocasionados por la fiebre del oro su historia es pura.

Os digo esto, no sólo porque no se encuentran *tales gentes* en las aceras de Melbourne, sinó porque hemos ido á visitar el *único sitio* donde hay criminales en Victoria, las cárceles de Pentridge, situadas á cuatro leguas de Melbourne, donde están perfectamente secuestrados en celdas y rodeados de altos muros de granito.

Esta visita nuestra á la cárcel parecía una partida de placer, pues al principio sólo pensábamos en explorar los alrededores.

Partimos, en efecto, de Melbourne.

La carretera que seguimos estaba orlada de eucaliptus y animada por una incesante circulacion. En casa del coronel Champ, director de la cárcel, al lado de negros muros que desafían todo escalo, ha reunido á su alrededor todas las cosas alegres, cuyo contraste podría hacer olvidar ó por lo ménos entibiar el sentimiento de vecindad tan triste: su hija, un lindo *cottage*, un parque esmerado lleno de flores y céspedes ingleses; ¡linda

entrada de cárcel á fe mía! Luégo pasamos los umbrales y sentimos una impresion de frío: recorremos las galerías y las celdas construídas segun los planos más recientes y admirablemente limpias, verdadera cárcel modelo.

Cien guardianes armados de carabina circulan por allí; los corredores son como los rayos de luz que se escapan de su centro único, desde donde el ojo de un Cervero lo vigila todo y da la señal de alarma por medio de campanillas eléctricas.

Cada celda posee una biblioteca donde figura en primera línea *The holy Bible.*

Allí están todos los criminales de la colonia: son hoy 950, que es poco para una poblacion de 626.000 almas. Hemos visitado todos sus trabajos: este inmenso edificio carcelario, que puede contener cuúdruple número de habitantes, ha sido construído por los mismos penados; la fiera ha forjado y clavado ella misma la reja de su jaula.

Un gran muro exterior rodea los jardines destinados á sus trabajos agrícolas y á su subsistencia; despues vienen las escuelas, los talleres de carpintería, cerrajería, zapatería, tejidos de lana y lienzo en que todos trabajan.

Sería sin duda alguna aventurado afirmar que el trabajo sólo haya moralizado mucho á estos delincuentes; pero los registros de la colonia consignan que muchos hombres salidos de la cárcel de Pentridge han observado despues una conducta pacífica y honrada. Estos trabajos, que ocupan primero útilmente el tiempo de los presos y que les proporcionan una suma adecuada á su actividad, los acostumbran tambien al trabajo; salen de allí sabiendo escribir y calcular, practicando varios oficios que obtienen fuerte retribucion en la colonia, y las más veces vuelven á la vida libre para no causar en ella nuevas perturbaciones, pues tienen ya medios de vivir honradamente.

¿No es, en efecto, la miseria, más bien que una perversidad instintiva, la causa primera de muchos crímenes? Ciertamente esta obra está muy bien ordenada: toma á un hombre que ha delinquido, porque ya no encontraba oro en la superficie del suelo, porque la fiebre de las riquezas perdidas le enloqueció en la miseria, y despues de una dura prueba le devuelve su parte de vida bajo el sol, cuando ya es capaz de ganarse nuevamente el oro por el trabajo de sus manos.

Recorriendo los talleres, reparamos en dos negros aborígenes, dos verdaderos niños realmente horrorosos, pero cuyas miradas están llenas de dulzura: sus dientes blanquísimos, que deja ver una boca abierta de oreja á oreja, contrastan tanto con lo negro de su piel, como la risa jovial y permanente que parece propia de las razas negras con el vestido de *trabajos á perpetuidad* que ha sido menester imponerles. Tienen aspecto tan risueño que naturalmente nos interesamos por ellos.

Comprenden las órdenes que el capataz les da en ingles: para mostrarnos su destreza, arrojan largas picas á enormes distancias y alcanzan con ellas los guijarros que lanzamos al aire.

—¿Cuál ha sido su crímen? preguntamos al coronel.

—El que más rie en este momento ha matado á tres marineros,—nos contestó,—y el otro á dos mujeres blancas.

Al punto se contiene nuestra compasion.

—No los hemos condenado á muerte, continúa el coronel, porque son aborígenes, y nunca ahorcamos aquí á tales hombres, cuyas creencias é instintos son tan diferentes de los nuestros, que para ellos matar no es crímen; más bien los domesticamos por la dulzura que por la crueldad.

Hermosas palabras por cierto; un gobierno que profesa tales principios, invadiendo en nombre de la civilizacion tierras ocupadas por razas bárbaras, merece la admiracion de Europa. Ese, por lo demas, no es un hecho aislado, y me citaron en los anales judiciarios de Sidney una sentencia que confirma lo mismo: un día, cerca de la casa de un *squatter*, propietario de muchos miles de carneros, 150 leguas en el interior, se encontró una tribu entera despedazada y medio consumida por un fuego reciente. ¿Era que alguna tribu rival había logrado la victoria tras de sangrienta lucha? No: era que siete penados empleados en la custodia de los rebaños, siete hombres blancos habían cometido sin provocacion ninguna aquel espantoso asesinato de pobres criaturas incapaces de defenderse. El tribunal de Sidney no vaciló en condenarlos á muerte y los ajustició, dando un gran ejemplo á las jóvenes generaciones de esta jóven colonia, que debe tener compasion de los instintos de una raza feroz y obcecada, á la que no deben arrancar con mano homicida la existencia, sean cuales fueren sus actos, despues de haberles arrancado la libertad y la tierra.

X

Organizacion política de la colonia (1).

Ciertamente el viajero que llega aquí despues de noventa y un días de navegacion, se queda al principio maravillado de todo, y lo que contempla le predispone al entusiasmo. Pero su espíritu no percibe todavía los pormenores, y se necesita algun tiempo de residencia para juzgar las cosas y aprovechar lo que refieren las personas importantes del país. Por esto no os he dicho nada en mi primera descripcion de la llegada á Australia. Lo que entónces me sorprendía y lo que áun hoy despierta mi admiracion, es la grandeza y desarrollo de esta colonia; es ser una ciudad de 130.000 almas, una sociedad constituida, un gobierno ordenado, funcionando por la libertad más completa y nacida de esa misma libertad, y todo un conjunto de monumentos grandiosos y útiles, de servicios públicos, caminos de hierro y telégrafos, hospitales y asilos que revelan desde luégo el poder mercantil de Inglaterra, combinado con el espíritu progresivo norte-americano. Nos encontramos aquí con una civilizacion práctica de las más avanzadas, que sólo tiene semejante en algunas capitales de Europa, y presenta un asombroso contraste entre las brillantes creaciones de esta jóven ciudad y la rutina de tantos gobiernos del antiguo mundo.

Reflexionad que todo esto sucede en el sitio donde dos colonos solamente, Badman y Sams, desembarcaron en 1835 con 400 carneros en medio de las tribus salvajes del Yarra-Yarra; que durante diez y seis años sus imitadores se diseminan por el interior, haciendo pacer sus rebaños siempre crecientes en las praderas, que bastaba descubrir para poseer; que en 1850 un gran descubrimiento llamó á un torrente de inmigrantes, y entre ellos á muchos aventureros de varios países, y que, sin embargo, esta colonia, emancipándose en la misma fecha de las cargas y procedimientos de la antigua provincia de Nueva-Gales del Sur, supo hacer el órden con el desórden, y dominando elementos tan heterogéneos, organizarse tan unida y tan próspera, que el viajero se queda estupefacto á primera vista.

Es realmente un hermoso espectáculo; se respira aquí un aire vivificante. ¡Ah! la libertad es madre de todas las cosas bellas, y estas colonias independientes entre sí, se administran ellas mismas; el gobierno de la reina de Inglaterra les ha ofrecido generosamente la facultad de redactar sus propias constituciones y leyes; en vez de acrecer sus cargas públicas con una administracion militar, léjos de gobernarlos como á un regimiento ó como á una tripulacion, léjos de imponer decretos de desconfianza ó despotismo á los que desembarcan buscando fortuna, y exigir para toda cosa el apoyo ó consentimiento del Estado, los ha declarado y dejado *libres* desde el primer momento, libres en toda la plenitud de la palabra.

Se han convertido en verdaderos Estados que tienen sus cámaras, su sistema electoral (bien distinto del de la metrópoli), votando ellas mismas sus presupuestos, leyes é instituciones de todas clases, y llegando tan de prisa á tanta seguridad, que casi es cosa de preguntarles si una hada ha presidido á la formacion de elementos tan diversos.

Las hadas de Australia son el oro y los rebaños; esos dos pesos de naturaleza tan contraria producen el equilibrio que vemos tan bien establecido en la balanza.

La fiebre del oro ha traido olas de poblacion. Durante el primer período, cada uno se arrojaba sobre el metal con que se adquieren todos los goces, y hubo un verdadero trastorno social. Parecía que así como los mineros cavando las colinas, llenando los valles igualaban el suelo, así tambien la sociedad que iba inundando aquel país, estaba excesivamente nivelada.

Hasta entónces la colonia de Victoria, al reves de las antiguas colonias penales de Australia, había tenido principios lentos, pero favorables.

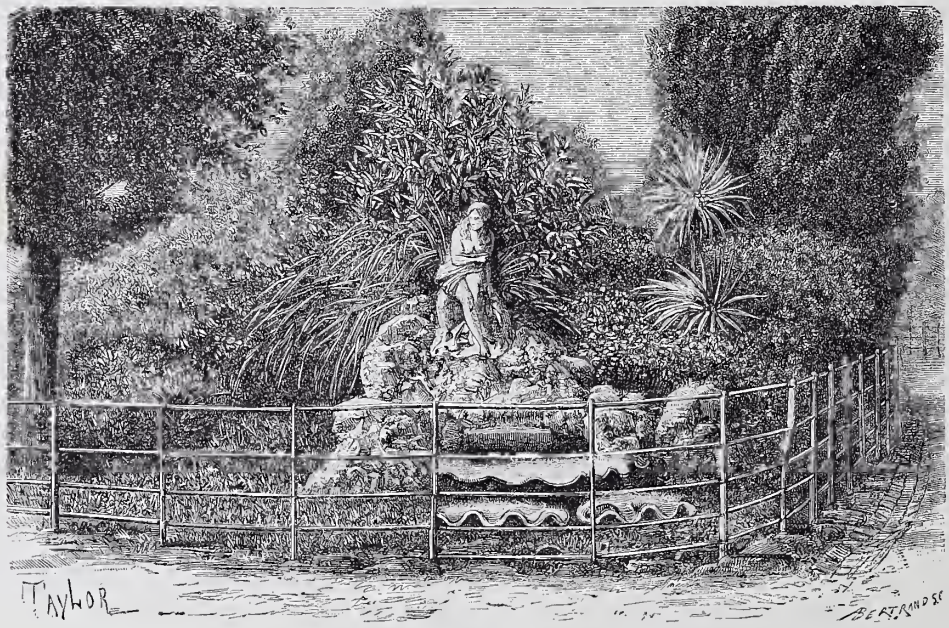
Formada poco á poco con hombres de audacia y corazon y de una posicion social relativamente elevada; habiendo rechazado siempre con ener-

(1) Este capítulo y alguno de los anteriores no figuran en la obra de Mr. Desiré Charnay. Pero son de estudio tan interesante y necesario, que no he vacilado en colocarlo en este sitio, valiéndome de los diarios de viaje del conde de Beauvoir y en algunas ocasiones de la castiza traduccion que de su obra hizo mi infortunado amigo Javier Galvete.—(N. del T.)

gía la introduccion del elemento penal, presentaba en la época de su independencia, salvo una condicion, las mejores probabilidades de civilizacion que se hayan dado en país alguno desde la constitucion de los Estados-Unidos de América. Era una pequeña Inglaterra, que se formaba sobre el modelo de la madre patria con ideas más liberales. Bien es verdad que si tenía *squaters* ricos, influyentes y caballeros, que daban tono á aquella sociedad superior como colonia, faltábanle brazos para multiplicar sus productos y sus productos carecían de consumidores.

El oro se les dió; cada semana llegaban 90.000 hombres.

La gran mayoría estaba compuesta de aventureros; mas, ¿qué importa? Aquel gran movimiento creaba la vida social, mercantil y política, y la fiebre del oro, cualesquiera que fuesen al principio sus desastrosos resultados, debía engendrar en el dolor una sociedad cuyo desarrollo ha sido prodigioso. Al consignarlo siente uno la fiebre que lo acompañaba. Pero no se infringen impunemente las leyes naturales, y un crecimiento anómalo, artificial, está condenado fatalmente á un estado enfermizo ó á excesos generales. Hombres vulgares se encontraron de repente, por los rendimientos de las minas ó de los terrenos, en posesion de enormes fortunas, y lo mejor de las ganancias de los *diggers*, pasando por manos de los *publicanos* (taberneros), enriquecía y remon-



Parque de Fitzroy.

taba hasta la cúspide á esa escoria de la poblacion. Entónces las escenas sangrientas de Ballarat y los motines contra la policía, pusieron en peligro á un gobierno demasiado débil para resistir á tamaña efervescencia.

La autoridad, sin embargo, reforzada por toda la parte sana del pueblo, quedó victoriosa; se hizo la reaccion; si ántes fué un grupo de hombres, ahora era un pueblo entero el que, aleccionado por los peligros de la víspera, y queriendo asegurar la prosperidad del porvenir, constituyó su gobierno sobre las bases de la igualdad, la seguridad y la justicia.

Aquel gobierno debía ser fuerte, puesto que los mismos á quienes debían mandar fueron los primeros en sancionarla, y se mostró justo, puesto que todos los ciudadanos debían tomar parte en los negocios públicos.

De ahí resultó naturalmente el elemento democrático en todas partes, llevado quizas al extremo en sus consecuencias; pero sosteniéndose á pesar de sus vicios originales, á pesar de los extravíos y faltas en que algunas veces ha incurrido. Este gobierno, cuando peca, tiene por excusa que la mayoría de los ciudadanos lo quiso así, y cuando acierta, cuando verifica las maravillas de colonizacion de que somos testigos, cada uno puede tomar su parte de gloria, porque aquí es este el *self government*.

Véanse las consecuencias del descubrimiento del oro; de todos los países del mundo acudieron más de 90.000 inmigrantes cada año hasta 1855

y 30.000 despues atraidos por el rumor de la riqueza de las minas.

Pero el oro hubiera matado á Australia, como mató á España, si no hubiera habido en esta tierra hombres que conocieran que la verdadera riqueza del país no estaba únicamente en las minas, que éstas sólo eran la *creacion*, por decirlo así, y que al lado de la cosecha de oro había una industria no ménos lucrativa y basada, no en la casualidad ó fortuna del jugador, sinó en un elemento de produccion progresiva, no agotable como el oro, sinó renaciente todos los años y cada vez con más prosperidad.

Esta industria es la *cría en ganados* en las inmensas praderas que posee la colonia Victoria.

Hé ahí el punto fundamental del imperio australiano; hé ahí la idea que ha movido á un grupo de hombres perseverantes á desprenderse ó permanecer apartados de la multitud de mineros, y á desterrarse en las praderas para criar rebaños cuyo número parecerá increible á los que no los hayan visto; pues encontramos en una parte

Ribera de Yarra-Yarra.

20.000 bueyes, en otra 150.000 carneros. Y puede decirse que la época del descubrimiento del oro ha sido la del nacimiento de esta colonia; pues el día en que los *squatters* pusieron manos á la obra fué el comienzo de la salvacion de esta tierra.

Los primeros establecimientos ántes de 1851 eran poca cosa en comparacion del desarrollo que adquirió pocos años despues este ramo de la riqueza, cuyas condiciones fueron trasformadas por miles de inmigrantes, establecidos desde entónces, que formaban ciudades, cultivaban cereales y formaban al lado de la colonia pastoral el complemento necesario de la colonia agrícola y manufacturera.

La mayoría, pues, desertó de las minas para ir á los campos. Aunque hayan producido desde su orígen unos 3.800.000.000 de francos, no hay, sin embargo, en explotacion más que la vigésima parte de los terrenos señalados como auríferos.

Si desde 1854 su producto va disminuyendo gradualmente, y si en el año pasado llegó apénas

á la mitad de la cifra de aquella otra época, podéis creer que es á causa de una traslacion de la riqueza, que por lo mismo ha crecido en el décuplo y en provecho de una clase media, formada entre los mineros y los *squatters*, que constituyen la mayoría de la poblacion.

En su seno ha surgido un espíritu democrático de oposicion á los *squatters*, que representan, en efecto, la aristocracia de la tierra, y cuya influencia, penosa á la muchedumbre, aunque protege la industria madre de la colonia, creo que ha sido combatida áun por los mismos gobernadores.

Contra ellos fueron dirigidos los primeros golpes: era la lucha del pequeño cultivo contra el grande, del parcelamiento contra la unidad, de los *land-jobbers* contra el elemento estable y conservador del país. Pues bien; francamente, si en los comienzos les han favorecido las circunstancias en gran manera, asegurándoles rápidas y crecidas fortunas, en cambio han tenido que arrostrar grandes peligros, estableciéndose en lo interior en medio de los aborígenes enemigos. Pero ahora que han triunfado, ahora que la civilizacion se extiende á largos pasos por la colonia, se juzga que sus terrenos son demasiado extensos y sus fortunas demasiado fáciles. Nadie recuerda su noble audacia, su perseverancia, lo que han hecho por confirmar la prosperidad de la colonia, y los elementos nuevos les hacen una guerra á todo trance.

Mucho nos interesa presenciar esa contienda política, hacer hablar á los hombres de los diversos partidos, ver cómo han cambiado los papeles de cada uno en pocos años.

Hace doce no más, quien decía *minero*, decía casi millonario, y el *squatter* estaba perdido en el *busch*, en medio de sus rebaños; despues el *squatter* ha tenido un consumo constante para sus productos: el consumo de carne en la colonia, y sobre todo, la exportacion de lanas. El minero, por el contrario, se cansa en cavar el suelo; y ahora son muy pocos los que ganan 600 francos diarios como en los buenos tiempos. Hoy, pues, toda la riqueza está de parte de los *squatters*.

Esos elementos contrarios se hallan frente á frente: el sufragio universal es la arena en que luchan. El conjunto del gobierno parece una monarquía constitucional, cuyo rey es el gobernador nombrado por la metrópoli. Casi creo que es una república con una especie de presidente.

La reina nombra por siete años al gobernador, que cobra 250.000 francos anuales para representar dignamente el poder ejecutivo de que está revestido; acepta los ministros que le imponen las mayorías de las Cámaras; rechaza los que desaprueba: es la mano digna y conciliadora que escribe; la nacion dicta por la voz de sus dos Asambleas.

Las dos Asambleas son: primero, la Cámara Baja ó *Assembly*. Compónese de 78 individuos nombrados por cinco años y por sufragio universal. Las únicas condiciones necesarias para ser elector y elegible, son tener 21 años y residir dos meses ántes de la votacion en el distrito donde cada cual esté domiciliado. Desde el 23 de Noviembre de 1867 es necesario ademas para poder ejercer el derecho de sufragio saber leer y escribir.

La votacion se verifica en escrutinio secreto. Esa Cámara es convocada por mensaje del gobernador; puede ser suspendida ó devuelta, pero la Constitucion no permite que trascurra más de un año entre el fin y el principio de las legislaturas. Tiene el derecho de iniciativa para las leyes y el presupuesto y, en una palabra, todas las prerogativas de la Cámara de los Comunes en Inglaterra. Mediante la libertad ilimitada de reuniones y de imprenta, y mediante la ausencia de toda presion administrativa, representa del modo más inmediato y directo á los ciudadanos.

Gracias á ella, la mayoría de 626.000 habitantes de la colonia sólo paga las contribuciones que consiente, sólo subvenciona los trabajos que considera útiles; si mantiene una administracion es para pedirle apoyo y no órdenes, y siempre ve empleadas las rentas públicas, así como las fuentes orgánicas de sus riquezas, en sus verdaderos intereses. La Cámara alta ó Conneil, representa el elemento conservador: es nombrada por los propietarios y *capacidades*. Compónese de 30 individuos elegidos por las seis grandes circunscripciones de Victoria, y no puede ser disuelta, pero se renueva gradualmente por elecciones parciales que cada dos años proveen seis plazas.

Los electores llamados á nombrar esa Cámara, deben tener 25.000 francos en propiedades ó 2.500 francos en rentas. Esas cifras, que parecerían enormes en Europa, se extienden aquí más de lo que podéis imaginar. Figuráos que un hombre asalariado, áun cuando sólo sea como pastor, gana él solo la mitad de esa última suma.

Tambien votan para el Conneil los graduados de universidades, los médicos, abogados, jueces, etcétera. Sin necesidad de revolucion se ha conseguido el derecho de las capacidades.

En fin, los ministros, órganos designados, esenciales y ante todo responsables de ese conjunto de ruedas parlamentarias, se comprometen

por juramento á retirarse el día en que no tengan el apoyo y confianza de la Cámara.

Es verdaderamente interesante ver puesta en práctica la pura democracia en esta tierra jóven, y abierta para todos la vida política, limpia de las preocupaciones y obstáculos del antiguo mundo: la democracia está aquí abandonada á sí misma; hace todo lo que es capaz de hacer: nada ha tenido que destruir y ha debido crearlo todo; no hay quizas en el mundo en estos tiempos un país donde el experimento sea más excesivo y concluyente.

Diríase que la raza anglo-sajona ha dejado al otro lado de la Línea todo lo que la ligaba en Europa para emprender aquí resueltamente el camino del progreso.

Esta grande osadía ha engendrado maravillas: ha hecho una Europa libre y próspera en el hemisferio Sur: ha creado, no ya una colonia, sinó un mundo nuevo, que surge en pocos años completamente ilustrado, liberal y próspero.

Más tarde os hablaré de los pormenores; pero he querido enviaros mi primera impresion, que es tan sincera como imprevista. Mi admiracion, aunque inmensa, no es ciega. Veo, en efecto, al lado de resultados prodigiosos, las imperfecciones, si no necesarias, unidas casi siempre fatalmente á toda obra humana.

Ante todo hay en el crecimiento una suspension que salta á la vista. Nos asombraban los inauditos gastos de la construccion simultánea de tantos edificios grandiosos; cuando los hemos examinado de cerca, hemos visto que ni uno solo estaba enteramente acabado. Miéntras duró la fiebre de construcciones, cuando se encontraba un tesoro, todo el mundo lo creía inagotable; evidentemente han pasado por esa embriaguez y sólo se han despertado cuando la caja estaba ya vacía.

Pero hay algo más grave: hace un año que tambien se ha impuesto una limitacion á la riqueza pública, que hasta entónces había progresado admirablemente.

Hay en la colonia un partido proteccionista, y ese partido triunfa. Habiéndose mezclado en la contienda política el último gobierno como gobierno de partido, tuvo que abandonar su puesto inmediatamente.

Consultado el sufragio universal, envió á la Cámara baja una mayoría proteccionista: de donde resultó una lluvia de tarifas sobre las importaciones y una disminucion radical de los impuestos sobre las exportaciones. Explicaré el orígen del conflicto.

El agotamiento de los *diggius* en la superficie, detuvo casi repentinamente la inmigracion. Sin embargo, por una cláusula tan sabia como previsora, que consagraba la mitad del producto de la venta de las tierras á favorecer la emigracion europea, afluyeron de nuevo los brazos, y otra vez aumentó el producto de las minas.

Esto no convenía á la democracia, que echaba de ménos los salarios fabulosos de 1851, y deducía que cuanto más escasearan los brazos, tanto más elevados serían los jornales.

Bajo la influencia de esa idea se suprimió de los presupuestos el auxilio de los inmigrantes, y hé ahí cómo, teniendo campos de oro casi ilimitados que explotar, decrece gradualmente el producto de las minas. No sé en verdad de qué se quejan los obreros, ganan de 18 á 23 francos diarios sin trabajar más que ocho horas, y personas competentes me han dicho que pueden vivir muy bien, comiendo carne y teniendo buen alojamiento, por 5 francos diarios si son solteros, y 8 si no tienen una familia muy crecida.

Pero lanzada por esa pendiente de egoismo y fortalecida por el éxito, la multitud no se detuvo. Dirigida por las ideas nuevas de hombres sistemáticos y por industriales extranjeros muy presurosos en hacer fortuna, quiso aumentar tambien el tipo de los salarios, quiso imponer á todos los objetos manufacturados derechos protectores á su importacion á la colonia. Pero poner enfrente de la industria europea una industria local en estado de infancia en medio de una poblacion diseminada, con la mano de obra carísima, con el carbon colonial á 47 francos y el carbon ingles á 90 francos en tonelada, era (y demasiado tarde se ha conocido) aumentar el precio de los artículos en un 20 por 100, alejar de Melbourne á los buques que tenían allí el depósito de sus cargamentos para las otras colonias, consumir los ahorros, paralizar los trabajos y, en una palabra, matar la gallina de los huevos de oro en vez de dejarla poner. Los obreros fueron las primeras víctimas; la experiencia les alucinó y empezó una reaccion. La libertad tiene de admirable que, áun en sus extravíos, se puede recuperar el recto camino más pronto que se perdió. El país va á ser consultado y todo hace creer que las nuevas Cámaras restablecerán la maravillosa prosperidad de los catorce primeros años.

Tales son las imprensiones generales que me ha dado el espectáculo de la grandeza y prosperidad, y tambien de las faltas de la colonia Victoria. Solamente el juego de sus constituciones parlamentarias, que es historia antigua para todo

espíritu liberal, puede formar una gran colonia y en este terreno nuevo es cosa que apasiona el seguir á un pueblo de hombres que *ha desembarcado, creado y prosperado.*

XI

Melbourne.—La escuela.—Hoteles.—La vida barata.—Restaurants á sesenta céntimos.—La raza.—Inmigracion.

Sabido es que Inglaterra deja en libertad á sus colonias para administrar sus intereses como más les convenga; no les impone más que un gobernador, agente intermediario entre la metrópoli y la colonia, y autoridad investida con el veto de que nunca hace uso. Inglaterra no les exige ningun impuesto, todas las contribuciones cobradas en las colonias se dedican á los gastos de las mismas. Cada una de ellas es independiente, tiene su constitucion propia, democrática ó aristocrática, segun las tendencias de sus habitantes. Aristocrática en la Nueva-Gales del Sur y en Queensland á consecuencia del número y predominio de los *squatters;* en Victoria es democrática, pues la menor extension de tierras ha limitado el número de *squatters*, y el descubrimiento de las minas de oro ha llevado á aquella colonia una multitud pobre, cuyos individuos llegaron á ser despues pequeños propietarios, labradores, obreros, constituyendo con estos elementos una poblacion democrática por excelencia.

En Victoria la escuela es, segun la Constitucion, gratuita, láica y obligatoria; toda religion está de ella excluída. El legislador ha juzgado que la moral emanaba tanto de la escuela como de la iglesia, y que no había necesidad de hacerlas rivales en un mismo terreno. La iglesia, su dogma y sus prácticas son una necesidad que cada uno de aquellos que la experimenta puede satisfacer el domingo, siguiendo las ceremonias de la secta que más le agrade.

El saber disminuye la criminalidad, perfecciona el trabajo, aumenta el valor de la propiedad y eleva el nivel moral de los asociados. Es un axioma; y consecuente con él, la colonia Victoria hace los más grandes sacrificios para extender la instruccion. El presupuesto escolar de 1877 á 1878 se ha elevado á más de 20.000.000, comprendiéndose en ellos los gastos de las casas-escuelas, y esto para una poblacion de ménos de nuevecientos mil habitantes.

Hay escuelas en los pueblos más pequeños y áun en los grupos de casas, pero como el establecimiento puede ser provisional y variarse segun las circunstancias, existen escuelas móviles que pueden seguir la fortuna del pueblo en que están establecidas.

En este caso, el administrador de correos y su mujer son los encargados, mediante un pequeño aumento de sueldo, de dar la instruccion á los niños.

En las ciudades, las escuelas son verdaderos palacios, de estilo gótico, admirablemente ventilados, frescos en verano, templados en invierno, y con todo el material y comodidades necesarias. Así en Melbourne como en los demas puntos, la iglesia, sea cualquiera su denominacion, es la enemiga mortal de la escuela láica, cosa natural, pues la primera ha considerado siempre la educacion de la juventud como de derecho propio. Es un privilegio de que se la despoja, un robo que se la hace y contra el cual reclamará sin cesar.

¿Qué dimana de aquí? Que los protestantes y católicos levantan escuelas contra escuelas, costeadas por los fieles y especialmente por las madres de familia, de suerte que los que dan oídos á estas rivalidades, anulan la intencion liberal de la ley y pagan muy caro lo que les está concedido gratuitamente.

Los hoteles en Melbourne están organizados á la americana; el alojamiento y comida cuestan de 15 á 20 francos diarios, sin comprender los vinos. Cómase ó no en el hotel, el precio es el mismo. Esta costumbre, y lo exiguo de la poblacion flotante, impiden la creacion de restaurants de primer órden. ¿Para qué imponerse uno un aumento de gasto por una comida ménos delicada que la del hotel? No hay más que salones donde se toma el *lunch* en medio del día; su clientela se compone de los que habitan en el campo, donde hicieron por la mañana el desayuno, y adonde vuelven á comer por la noche. La vida es muy cara en Melbourne para quien desea vivir bien, y no es barata sinó para el inmigrante, el menestral y el obrero.

Este último gana 12 ó 15 francos cada día, y

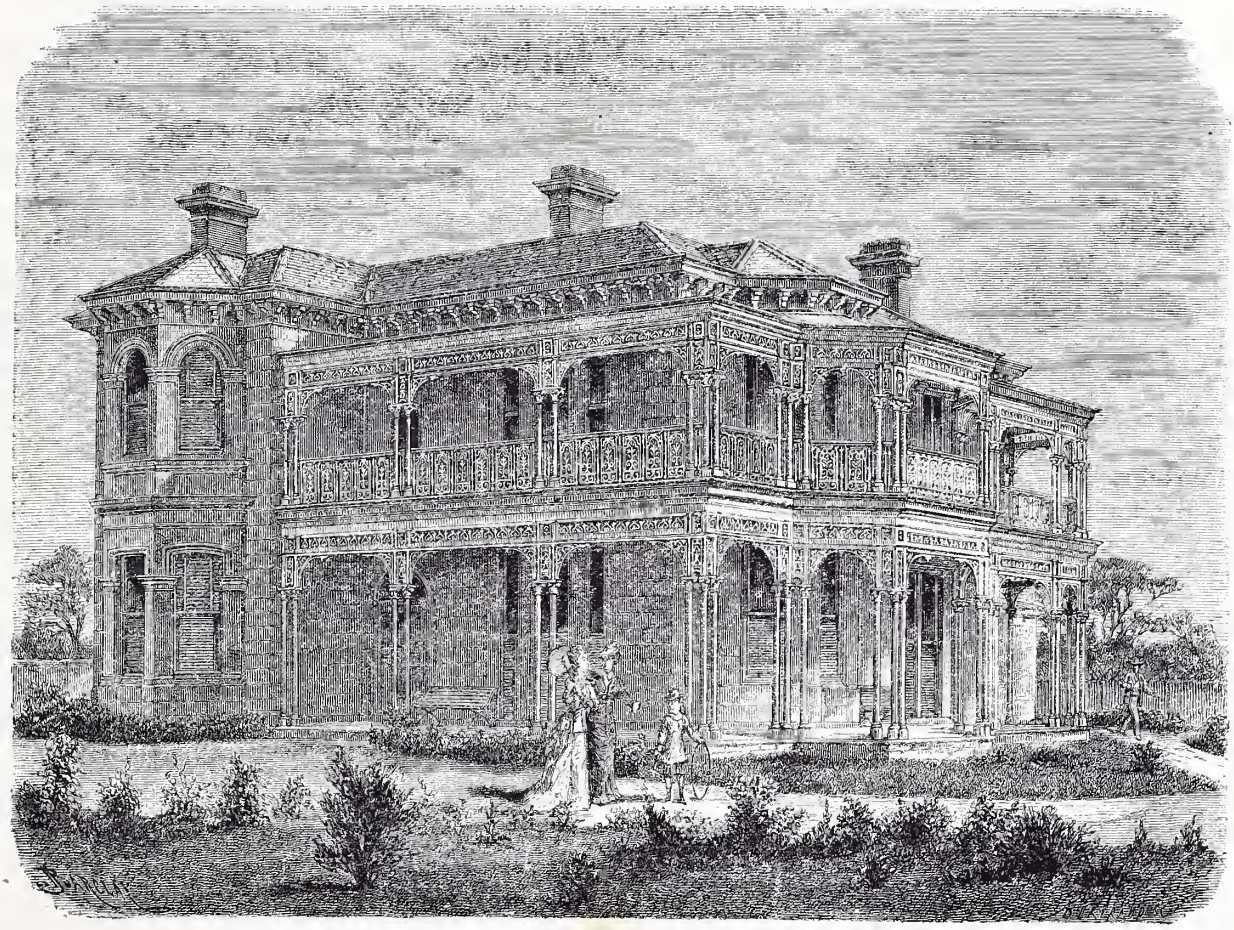
puede habitar en los arrabales un pequeño *cottage* ó casa de un piso, que le cuesta de 600 á 800 francos por año. En un país en que la carne de vaca está á 25 y 30 céntimos la libra y la de carnero á 20, le es fácil alimentar muy bien á su familia.

El obrero soltero tiene el restaurant, y entre ellos los hay en que la comida no cuesta sinó 60 céntimos.

En Australia, la raza no está hecha; la poblacion no se ha sucedido ni trasformado aún; no se advierte en ella todavía la influencia de los cruzamientos, no es en fin una raza, sinó una aglomeracion de individuos. Excepcion hecha de unas cuantas cabezas inglesas lindísimas, ¡qué tipos más deplorables los de la multitud que llena las calles!

Hablo de la clase baja, porque en todas partes las gentes bien educadas son casi las mismas; á falta de belleza, tienen distincion, y la raza inglesa posee ambas cosas.

Los habitantes tienen por regla general el sem-



Casa de los alrededores de Melbourne.

blante color de ladrillo, ojos pequeños, enormes mandíbulas y boca mal sana. Los hombres aparecen mejor que las mujeres, pues la barba que todos dejan crecer encubre las imperfecciones del rostro. ¿Esta inferioridad del tipo obedece al sistema de inmigracion gratuita que hace su reclutamiento entre séres sanos, pero debilitados por la miseria, cuya librea lleva aún la primera generacion?

La Australia está tan léjos, que á pesar de las doradas promesas de los anuncios, el inmigrante que posee algunos recursos duda ante el sacrificio que le impone un viaje tan largo.

Existen recursos para las familias pobres, y es entre esta clase de gente donde el gobierno de cada colonia recluta sus inmigrantes. Se les escoge sanos de cuerpo y de la mayor moralidad posible; esto explica la superioridad relativa del inmigrante australiano sobre el americano.

No se encuentran, en efecto, en Melbourne esos séres con aire grosero, mirada impudente y arrogante familiaridad que se ven en muchas ciuda-

des de la América del Norte. El irlandes recien llegado á Melbourne no es un *rough* como su hermano de New-York; no es como el primero, inmoral y pendenciero; puede beber y embriagarse, pero áun en este mismo exceso conserva la decencia. El irlandes de New-York es un revoltoso que huye de su país; el irlandes de Australia un hombre sumiso acostumbrado á la obediencia.

Por lo demas, el tipo se modificará bien pronto como consecuencia del bienestar; la trasformacion que se opera es ya visible en los niños nacidos en aquel país: son ya más ágiles, de formas más elegantes y más precoces que los niños europeos.

La inmigracion pagada es, para la Australia, la mejor especulacion. Cada colonia ha consignado en su presupuesto una suma considerable: dos millones quinientos mil francos para favorecer la inmigracion. Una ley determina el empleo de esta suma y las condiciones que han de reunir los inmigrantes que de ella se han de aprovechar.

Esta ley es casi igual en todas las colonias; la de la Australia del Sur es la más liberal en sus aplicaciones.

En virtud de esta ley, la colonia concede pasaje gratuito de Lóndres ó de Plymouth á Adelaida, á todos los obreros agricultores, mecánicos, solteros ó casados, sin más que tres hijos; los mismos privilegios acuerda á las mujeres dedicadas al servicio doméstico.

Todas las personas de las profesiones citadas que hagan su pasaje, reciben en cambio un bono de terrenos de un valor de 500 francos por cada adulto de más de 12 años de edad y de un valor de 250 francos por cada niño de 1 á 12 años. El inmigrante una vez llegado á la colonia no debe nada al gobierno por el pasaje; es libre para escoger el trabajo que más le agrade; sólo se obliga á permanecer dos años en la colonia.

Las ventajas ántes mencionadas no son aplicables á los que hayan vivido en Inglaterra á cargo de la parroquia ó sea á los pobres de solemnidad, á las mujeres sin sus maridos, á éstos sin aquéllas, á las que tienen hijos ilegítimos y á las personas concursadas ó llenas de deudas.

Los inmigrantes deben proveerse de certificados de buena conducta firmados por los patrones ó amos á cuyas órdenes han servido. Tambien quedan sometidos á un reconocimiento facultativo para ver si están libres de enfermedades del corazon ó del pecho, si ha sido vacunado ó pasado la viruela, y que son en una palabra aptos para ganar el sustento en el oficio á que se dediquen.

Una vez probado esto, la colonia los trasporta y los cuida hasta el desembarco. Toma á su cargo ademas á las mujeres que llegan solas hasta que encuentran ocupacion ú oficio. Con esta base de poblacion se formará seguramente una hermosa y honrada raza para el porvenir.

Una sola colonia ha renunciado desde hace muchos años á esta ley tan práctica; es la Victoria, la cual con sus 859.000 habitantes se encuentra al parecer bastante rica en hombres para un territorio que podría alimentar diez veces más. Es una aberracion inexplicable.

El cálculo en esta materia es bien sencillo: cada hombre útil, con las condiciones de los que allí van, representa un capital de 20.000 francos; supongamos la mitad, 10.000. Si una colonia, mediante 2.500.000 francos, puede trasportar cinco mil hombres por año, cambia sencillamente el anticipo efectuado de cinco por un reembolso de 100 ó de 50 que percibe bajo diversas formas, contribuciones, derechos de aduanas, trabajo, productos, etc., etc.; el temor de ver que los salarios disminuyen con la inmigracion ha cegado al obrero de Victoria.

En Melbourne, en lo relativo á extranjeros, los que ménos se ven son franceses; en cambio hay muchos judíos, especialmente alemanes. La Australia es para los israelitas una nueva Tierra de Canaan. El dinero es en Melbourne una mercadería como otra cualquiera, y no estando limitada la tasa del interes, éste llega á misteriosas alturas conocidas sólo por el prestamista de pequeñas sumas y los que operan sobre garantía. Es necesario, pues, defender el bolsillo de éstos como se defiende de los *larrikins*.

¿Quién es el larrikin? Es un producto colonial. Ya se ha dado este nombre á una asociacion de jóvenes malhechores, reclutada entre los desheredados y los vagos; entre aquellos que el progreso en su rápida marcha, ha dejado atras rezagados; entre los incapaces y los débiles; entre las familias por cuyas venas corre la sangre del crímen, y á quienes los hereditarios instintos impulsan á la lucha y la revuelta.

El larrikin es el primo hermano del *voigon* de París, del *rowdy* de New-York, y hermano del *hoodhun* de San Francisco. En las dos ciudades del Pacífico, igual causa ha producido idénticos efectos. Las dos tienen casi la misma edad; Melbourne y San Francisco han sido á su vez y en la misma época el punto de reunion de todos los aventureros y desheredados del globo, en cada una de estas dos ciudades una ley demasiado benévola aplicada con indulgencia, no hubiera detenido las tendencias á que fatalmente ceden las

naturalezas predestinadas al crímen; era necesario una ley dura aplicada con gran severidad.

El larrikin se distingue de sus congéneres por su imperturbable tranquilidad: léjos de huir como los otros malhechores de las miradas de la policía, las busca; sus actos son para él faltas leves, pues como tal son castigados. Los encontraréis en las calles más frecuentadas, interceptando el paso y haciendo de las suyas; el larrikin hembra, muchacha de 12 á 15 años, les sirve de cebo para atraer la víctima.

Bien alimentado, bien vestido, seguro de sí mismo, sostenido por sus colegas, en buenas relaciones con la policía, en cuyo obsequio se digna alguna vez humanizarse, encuentra siempre en caso de accidente un abogado que le defienda, testigos que declaren en su abono, y juez lo bastante amable para absolverlo. Más tarde, y sin abandonar su noble oficio, se convierte en agente, en industrial, en político; la fortuna le aguarda; muchos entre ellos han llegado á la riqueza y al poderío.

XII

Orgullo colonial.—La palabra *blowing*.—El juego.—El trabajo.

No existe un pueblo, cualquiera que sea su rango en el mundo, que no se crea el primero de los pueblos.

Este orgullo, justificado ó no, es una de las grandes fuerzas constitutivas de las nacionalidades, es para ellas una cuestion casi vital; la pérdida de esta confianza sería acaso principal causa de su decadencia. Los pueblos jóvenes son como los individuos de corta edad; á poco que la fortuna los sonría, llevan su confianza hasta llegar á ser fatuos.

La Australia, que á los ojos de los extranjeros parece el continente más pobre, seco y monótono del mundo, es á los del australiano una tierra de privilegio. Es el país del sol, el país de las flores, el de las hadas; y si no ha encontrado aún adjetivo para su gloriosa capital, es acaso porque no existe uno bastante significativo. Llamará Brighton á una playa cenagosa y desierta, y Sorrento á un banco de arena, donde el desgraciado viajero, engañado por el título dado al sitio, corre el peligro de quemarse con los rayos de un sol abrasador.

No es difícil que el australiano convierta un día en verjeles esas tierras hoy estériles; el clima es bueno, y con cultivo y agua, si se encuentra, esos terrenos hoy calcinados y esos arenales pueden llegar á ser fértiles. Pero en su afan de crear, el australiano ve una creacion completa cuando está aún en el estado de embrion.

Ese prurito de admirar lo propio, áun las cosas más vulgares; esa sed de alabanza, esa necesidad de elogio se expresa en aquel país con la palabra *blowing*. El australiano se hace lenguas de sus rebaños, sus caballos, sus fuegos, sus monumentos, sus casas, su campo, sus bosques y sus instituciones. Comparará el Murray ó el Murrumbidgee, pobres ríos cenagosos, navegables tan sólo cuando llueve, con el Mississipí ó el Missouri; os dirá «¡qué vegetacion!» enfrente de un árbol de algunos metros, y «¡qué vino!» al presentaros una bebida deplorable.

El australiano no es ingles; la gloria de este nombre no le satisface: es australiano. Ha creado un mundo y adora su creacion, como la madre adora al hijo enfermizo que ha hecho hombre merced á sus cuidados. Es más que adoracion, es ceguedad. No se puede, pues, dejar de admirar ese amor excesivo, ese vigor de creencias, esa fe inquebrantable en su fuerza y en su porvenir; ese es el orígen de las grandes cosas. Sólo olvida el australiano con demasiada frecuencia, que en esa creacion hubo un abuelo, un padrino bienhechor que donó al hijo muchos millones el día del bautismo, y que es el oro de Inglaterra el que corre por las venas del nieto.

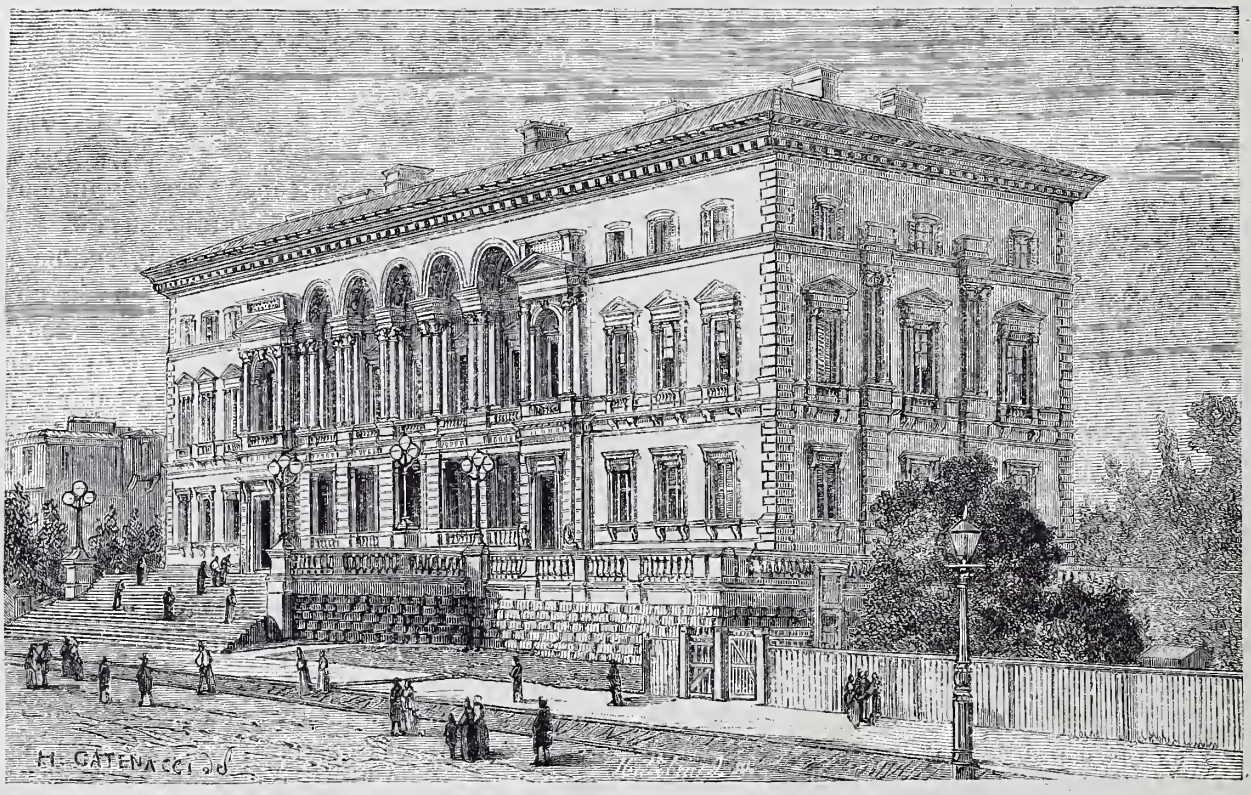
Todo contribuye á que el australiano abrigue estas dulces ilusiones: la prensa periódica le adula, las demas publicaciones le hablan de las bellezas de la patria, el bienestar en que vive, comparado con la miseria de los que llegan. Dejémosle en su orgullo, que él justificará.

El australiano es ademas, entre todos los pueblos, el más sediento de placeres. Teatros, bailes, partidas de campo, carreras de caballos, regatas y cricket, juegos de bolos, de barras, etc., apuestas entre las diversas asociaciones de colonia á colonia, de éstas con la metrópoli, es una suce-

sion nunca interrumpida de desafíos, rivalidades y combates. Se dirá que estos juegos existen en todas partes; es verdad, pero no son tan frecuentes ni con tan exageradas condiciones como en la Australia, sobre todo en lo referente al cricket.

¡Ah, el cricket! es el juego nacional. La prensa da diariamente cuenta hasta de los gastos de los jugadores; no habla tan sólo de lo que sucede en tal ó cual colonia, sinó de cuanto se hace de notable en este género en la Gran Bretaña y en el resto del mundo. Recorred los periódicos, contad el número de columnas consagradas á las reseñas cuotidianas del cricket, á relatar las victorias y derrotas de cada partida, leed los artículos de fondo donde se exalta el mérito, la destreza y el genio de los vencedores. Estos artículos son tan largos, tan frecuentes y tan llenos siempre de elogios que irritan como la tocata de un organillo incesantemente repetida.

¿Es comprensible una aficion que obliga á una docena de jóvenes á hacer un viaje de diez mil leguas para responder á un cartel de desafío de sus rivales de Inglaterra y demostrar ante el mundo que ellos saben mejor que nadie lanzar una pelota y derribar ó defender un cricket? Pues eso ha sucedido con los *Australian eleven*, ó sean



El tesoro de Melbourne.

los once australianos, pues once son con efecto los individuos que de cada parte son necesarios para jugar una partida de cricket.

Salieron de su país en 1878, é invirtieron cerca de un año en recorrer la Inglaterra y los Estados-Unidos, luchando todos los días con sus adversarios en este juego nacional. Cada día llegaba por el cable trasatlántico un telegrama dando detalles del juego, de los puntos ganados y perdidos y de tódas las peripecias de la lucha. Pueden juzgarse los gastos ocasionados por tal correspondencia.

Los australianos quedaron vencedores; imposible es describir la recepcion que en su país tuvieron. Se anunció la llegada con anticipacion: el gobernador, el alcalde, las autoridades, la poblacion en masa salió á recibirlos. Hubo discursos, banderas, arcos de triunfo, banquetes de etiqueta, parecía un pueblo loco festejando á sus libertadores. ¡Qué juventud! He asistido en Sidney á la revancha de los ingleses; los australianos hicieron locuras, hubo tumulto y hasta batalla. Tras estas rivalidades patrióticas se ocultaba una especulacion, pues se pagaban muy caros los asientos para ver con comodidad la lucha, y el negocio fué excelente. Los australianos, imi-

tando á los yankees, son muy aficionados á lo que estos últimos llaman «diversiones que pagan».

La organizacion del trabajo en Australia fomenta esta pasion proporcionando tiempo para satisfacerla. Los bancos se cierran á las cuatro de la tarde; lo mismo acontece con los establecimientos públicos; hé aquí ya un cuarto de día libre.

El sábado todos los comercios, fábricas, etc., se cierran al medio día. ¿Pero no trabajan los australianos? Así debía creerse si el viajero no tuviera ante sus ojos el conjunto de trabajos ejecutados, aquellos edificios, aquellos bancos monumentales, aquellas ciudades nacidas ayer, y la rápida trasformacion operada en el suelo. Probable es que ocupen su tiempo mejor que nosotros; en todo caso se advierte entre ellos una actividad tranquila que nada tiene de comun con la turbulencia americana, aunque es tan eficaz.

Este es un fenómeno inexplicable, cuya solucion he buscado en vano.

XIII

Camino de Beechworth.—La campiña.—Reparticion agraria.—El *squatter*.—Beechworth.—El bandolerismo en Australia.

Mi primera excursion desde Melbourne fué dirigida hacia el Noroeste; deseaba visitar á Beechworth, una linda villa, segun me decían. Para llegar á ella tenía que atravesar de Norte á Sur toda la colonia.

Es en camino de hierro en lo que hacemos la travesía, y los caminos de hierro se hallan aquí admirablemente organizados y servidos: nada de esos movimientos bruscos y disparatados, nada de esas trepidaciones y de esos sobresaltos tan frecuentes en nuestras antiguas líneas. Los wagones son confortables, pero desgraciadamente están cerrados con llave.

El encanto no es muy grande que digamos: esqueletos de árboles muertos, restos de los primeros movimientos convulsivos de esta tierra tan jóven, se ven aún por todas partes y entristecen el paisaje. No es que sea ávido ni que aparezca todo lo que la vista alcanza como sumido en los brazos de la desolacion y de la muerte. Pero despues de haber recorrido los alrededores de Melbourne, donde las hojas de los árboles se estrechan pintorescamente, despues de haber caminado bajo el arco de sus bóvedas sombrías, el ánimo se contrista pesarosamente en la soledad de este camino por donde ahora atravesamos.

A medida que más se avanza, va trocándose más salvaje el aspecto de la campiña. A las casas elegantes de piedra suceden las modestas casas de madera; á las de madera, las de troncos de árbol, y á éstas por último las simples chozas de los pobres labradores.

Estas cabañas, que á la primera vista parecen apénas suficientes para un hombre sólo, abrigan algunas veces una familia numerosa. Sus techos levantados, sus grietas enormes á que la hiedra se estrecha como compadeciéndose de quien la habita, sus disformes chimeneas, todo esto agitado por el viento, parece contar no sé qué lamentables historias que suenan vagamente al oído. Pensando uno sobre tal pobreza, viene á la memoria como consuelo de ella, la consideracion de que el habitante de esta choza no ha salido ciertamente de un palacio, y que su casa de Irlanda no sería muy superior á la que hoy habita y estaría endurecida por dos males, de que aquí se ve libre por completo: el frío del invierno y el hambre desoladora de todas las estaciones.

Aquí los niños, desnudos es verdad, comen y se agrupan al rededor de la choza; pero sus rostros sanos, sus risas descompasadas y alegres, apartan del ánimo del viajero toda idea de luto y de miseria.

Es la primera parte de la vida del labrador en las soledades del campo. Esta pobre cabaña es la crisálida de la casita que la reemplazará más tarde, como estos pobres terrones y estos escasos arbolillos y aquellas cortadas flores que la adornan son los antecesores de aquel parterre elegante y perfumado que la rodeará más tarde si el trabajo quiere bordar como corona de triunfo tales encantos. Cuanto más avanzamos, más la cultura se aparta y más escasean los caseríos. La floresta, siempre la misma, es triste, y pocos pájaros la animan. Alguno que otro pasa rápidamente por los campos como temeroso de detenerse en lugar poco á propósito para coquetear con sus trinos. Piérdese ligero en el horizonte y bate sus alas

con ansia mortal de correr á otros lugares donde la vida de la Naturaleza sea digno marco para encerrar los primores delicados de su pluma.

Por todos lados, el hacha del cortador ha cercenado los árboles: método más expeditivo que el de abatirlos. Así se secan más presto y mueren dejando algo aprovechable para las construcciones y el comercio.

Es preciso, indispensable de todo punto, dejar espacio en estas vastísimas praderas para la vida de la vegetacion europea. En algunos sitios, áun cuando muy escasos, el pino, la encina, el olmo y el plátano, extienden sus hojas tiernas en medio del apretado follaje de los eucalyptus: humildes y jóvenes representantes de otro mundo más aleccionado por la experiencia, la tierna vegetacion australiana desaparecerá ante ellos como desaparecen ante el plantador blanco las razas fatalmente condenadas de los pobres negros.

¿Y quién ha de sentír la muerte de esta vegetacion australiana? Recorreréis dos leguas, diez leguas, cien leguas y siempre la hallaréis lo mismo. Nudoso, enfermizo, devorado por los insectos, el eucalyptus con sus hojas caídas, flotantes, falto de gracia, de encanto y de grandeza, será lo único que se ofrezca á la vista, falto el terreno de una sombra en que guaceros de las inclemencias del tiempo.

Estamos en la primavera, en Octubre; la hierba está alta, la tierra verde, y donde los hay, los bosques se muestran en todo el esplendor de su atractiva belleza. ¿De dónde vienen á mí estas impresiones de tristeza, esta melancolía que no puedo sacudir de mi ánimo, y qué sería de él cuando los árboles se despojaran de sus hojas y del encanto de sus flores y el suelo encendido secara la esmeralda de la verdura?

¡Extraña region que parece ignorar la influencia de las estaciones! Vegetacion monótona, donde de la primavera al invierno, la vista quiere seguir en vano la gracia encantadora de los colores! No se experimentan esas dulces sorpresas del arbusto que crece lentamente, que esparce sus débiles hojas por entre las cuales corre vigorosa, como la sangre por las venas, la savia de su vida. La poesía de la primavera con sus accidentes nuevos y variados, falta á esta tierra juvenil de eterna hoja. Nada del estío con sus tintas sombrías; nada del otoño con sus extraños cambiantes que pasan del amarillo claro al rojo de la sangre y al verde pálido, mezclándose en contrastes y combinaciones deliciosas. La nieve del invierno no viste de blanco las ramas desnudas de los grandes árboles, ni deja un copo en cada nudo del tronco, ni el hielo decora jamas los campos con sus brillantes cristalizaciones. No silba el viento en la espesura con el ruído metálico y pavoroso de las hojas secas, ni hay aquí más que una languidez sin ejemplo ni comparacion alguna.

Sí, este país es lánguido y no será bello sinó modificado por la mano del hombre. El aire es sano, la temperatura moderada, el clima maravilloso y favorable para todas las producciones de la tierra, y cuando los pinos y los olivos y los viñedos se extiendan por las llanuras y los valles y las vertientes de las montañas, reemplazando estas florestas tristes, ¡oh! ciertamente que entónces éste será uno de los más bellos países del mundo.

¿Pero qué digo? Héme aquí por el contagio del ejemplo discurriendo como pudiera hacerlo un australiano. ¡Pero es tan lejana esta brillante perspectiva con la tendencia de los habitantes que proscriben la inmigracion! ¡Proscribir la inmigracion en un país generalmente desierto! Jamas idea tan loca pudo germinar en un pueblo sano, jóven, vivaz y extendido por espacios tan dilatados.

Lo poco que yo he visto me hace suponer que la idea viene de más alto, y que el *squatter* la produce. Pero precisamente atravesamos un *run* en estos momentos.

¿Qué es un *squatter* y qué es un *run*? Mi compañero de viaje va á decírnoslo, en tanto que continuamos nuestro camino.

El gobierno dispone de estos terrenos de dos maneras: los alquila ó los vende. La ley que rige en esta materia, es sobre poco más ó ménos la que rige en todas las colonias. No difiere en otra cosa que en el precio fijado para ambas negociaciones. La de alquiler difiere notablemente; la de venta no tanto en unas como en otras regiones, las buenas tierras no son cedidas á un precio más bajo de veinticinco francos por acre.

Los bienes de la corona, así llamados porque pertenecen exclusivamente á las colonias que disponen de ellos á su antojo, se dividen en tierras de pasto y tierras de cultivo. Las tierras catastradas, propias para el cultivo, son ofrecidas, segun acabamos de decir, al precio de veinticinco francos el acre, ó sesenta y dos francos cincuenta céntimos la hectárea.

Cedidas por supuesto, á partir de tal precio, al que más ofrezca por ellas en subasta.

Los lotes son de cuarenta á ciento veinte acres, sin que se pase de este límite. La ley, por este medio, quiere impedir la reunion de vastas propiedades en manos de un solo individuo ó de una

clase de individuos. Quiere el aislamiento de las tierras y su distribucion equitativa, entre una multitud de pequeños labradores. Camina á la creacion de una clase numerosa de propietarios, estimando que las colonias australianas deben ser creadas y crecidas en provecho exclusivo de los proletarios ingleses; y por mejor llegar á su objeto, deja al acreedor la facultad voluntaria de pagar la tierra adquirida en dos plazos, cada uno de los cuales no vence sinó pasado un año de explotacion. Ha querido sobre todo, y bien claro se ve esto, prevenir la formacion de una aristocracia territorial: veremos más adelante hasta qué punto ha podido conseguir su objeto.

Los terrenos de pasto son alquilados por catorce años á los ganaderos de bueyes ó carneros á razon de tanto la hectárea, segun las colonias; al precio de ochenta céntimos por cabeza de ganado en la colonia de Victoria, donde el terreno está más caro que en las colonias vecinas. Hasta 1847 no costaba más que sesenta y dos francos cincuenta céntimos.

El comprador de un lote de tierra es un *free selecter*, un labrador; el ganadero, alquilador de un terreno, un *squatter*; se llama *run* al vasto espacio que tiene arrendado, y *station* al conjunto de edificios necesarios para el desarrollo de su explotacion.

Una *estacion* se compone de una casa habitable, cabaña ó palacio, segun que el *squatter* ha adquirido parte ó la totalidad de su *run*, ó vive solo ó acompañado de familia; de un almacen de mercancías diversas, provisiones, objetos para el vestido, limpieza y comida de los hombres; de una cocina; de cabañas para los empleados y trabajadores más ó ménos numerosas y mejor ó peor dispuestas segun la importancia de la explotacion; de estanques para lavar el ganado lanar ántes del esquileo; de depósitos para la lana; de inmensos corrales para el almacenaje y embalaje de éstas; de establos para los bueyes y los caballos de servicio y de diez á doce empleados diversos, sin contar las cuadrillas de esquiladores ambulantes que pasan de una estacion á otra, solicitando trabajo en la época del esquileo (1). Es una grande organizacion, que exige cuidados permanentes, una vigilancia de todos los instantes y un capital considerable.

Pero ni la ley que prohibe al arrendatario la posesion absoluta de un *run* durante el tiempo del arriendo, ni el precedente que limita á trescientos veinte acres el lote de un solo propietario, pueden detener á los *squatters*. Darán siempre vueltas y más vueltas al rededor de la ley, la violarán por medio de fideicomisos, de ventas y compras ficticias, de donaciones supuestas, de suerte que gran número de antiguos labradores enriquecidos y de especuladores felices, poseen la más grande parte de las buenas tierras de Victoria. Esta aristocracia así fundada, se encuentra enfrente de dos sociedades rivales de intereses absolutamente contrarios y de dos partidos irreconciliables por siempre. Hay propietarios de cincuenta á cien mil hectáreas y *runs* de quinientas mil hectáreas y más. Recuerdo con efecto, y lo hago notar para apoyo de cuanto digo, que en la estadística de Victoria figura una familia Miller que posee en *runs* un millon mil diez ocho acres de tierra, y un señor Willoby poseedor de cerca de dos millones de acres.

El gobierno tiene siempre el derecho, una vez terminado el arriendo, de no renovarlo. Pero en las tierras mejor situadas de la colonia,—éstas son las más próximas á las costas,—hemos visto anulada la medida, porque el *squatter* ha comprado sus tierras mismas. De ellas no puede en manera alguna desposeérsele, á ménos de circunstancias excepcionales, tales como la expropiacion por causa de utilidad pública, cosa á la verdad muy fácil de suceder en el porvenir.

En cuanto á los *runs* situados en distritos apartados y en espacios propios solamente para criar el ganado, el *squatter* no teme tanto la llegada del *free selecter*, y por mejor prevenir intrusiones en su dominio, compra sin embargo las tierras cercanas, propias para cultivo, y todas aquellas por donde pasa una corriente de agua, dejando así al labrador imposibilitado de vivir en tal terreno.

Puede ser que un hombre amigo de la soledad ó animado con la esperanza de hacer fortuna en el desierto, llegue á aquel sitio para plantar en él

(1) El ganado no está dispuesto para esta operacion sinó despues del lavado. Cumplido este requisito, el esquileo se verifica en un ancho patio y bajo la vigilancia de un empleado. Cada jornalero guarda en redil aparte las piezas que despojó de la lana, para saber despues cuánto ha sido su trabajo. Esto tiene sus inconvenientes, porque para caminar más de prisa, hacen con sus vivos movimientos al ganado profundas heridas. Cuando esto sucede, se escucha el grito de: *¡tar tar!* y unos muchachos se precipitan sobre el animal, pasando por la herida un pincel mojado con un líquido que la cicatriza. Un esquilador, segun su habilidad, puede esquilar de sesenta á ciento veinte carneros por dia; y como se le pagan cuatro francos por cada veinte, puedo deducir de su trabajo una ganancia diaria de quince á veinticinco francos.—N. del A.

su cabaña, sin cuidarse para nada de la distancia que le separa de los grandes centros. Sea aventurero, sea labrador de buena fe, sea amigo de la soledad, el *squatter* teme su vecindad y trata de sacudirla. Sucede que un día tal mínima parte de su *run* ha sido comprada; despues, un hombre aparece, levanta su tienda y empieza por construir un jardin. Pues este hombre, siendo, que tal cosa no importa, el más pacífico y honrado del mundo, viene á ser el mortal enemigo del *squatter*: no porque la tierra que ocupe disminuya para nada la importancia de su *run*, es un grano de arena en el mar. Pero desde el día de su llegada, está el *squatter* fuera de sí; no es dueño absoluto del espacio; su orgullo está herido, su tranquilidad perdida.

Este recien venido es un insecto pegado á su piel, un mosquito que silba constantemente á su oído. Este incómodo vecino aporta consigo provisiones de ron y de whisky; puede corromper á sus empleados, despojar sus almacenes, talar sus campos, robar su ganado y desbalijar su repleta despensa.

La tierra es mala, seca y estéril; la recoleccion de este hombre será nula, y ¿cómo vivir entónces? Este pensamiento se fija en la mente del *squatter*, y dándole vueltas y más vueltas termina al cabo asegurándose de que el recien venido

Cabaña de un labrador pobre.

robará sus carneros y sus cabezas de ganado. En un rebaño de miles de animales, imposible notar la falta. Primero será un carnero, luégo dos, despues tres los que desaparezcan; más tarde un buey, cuyo cuero tendrán la precaucion de enterrar para no denunciarse. ¿Y cómo hacer constar el robo? ¿A quién quejarse de tamaños crímenes y de tales injurias? Y caso de descubrirse y adquirir la evidencia de ellos, ¿dónde se encuentran las pruebas? Una condena, por otra parte, no haría sinó agravar la situacion y atraer al ánimo del castigado la idea de la venganza: nuevos robos, incendio del vallado y los edificios que constituyen más principalmente el valor y la seguridad del *run*.

Es preciso, pues, de todo punto, aceptar la proposicion que hace el recien llegado. «Comprad mi tierra y me marcho», dice. Y el *squatter* compra, pero paga bien caro lo que de otra manera no hubiera pagado á ningun precio, por ínfimo que fuera.

Cuando es propietario, caso ménos frecuente, los mismos temores se producen. Hay gente desalmada por todas partes, y sus caballos y sus bueyes están completamente á merced de los ladrones.

Por esta causa, el *squatter* se esforzará siempre en detener la inmigracion, temiendo que las oleadas de una poblacion numerosa invada sus tierras y destroce sus ganados. Siendo propietario y dueño por consiguiente de la tierra que pisa, entónces temerá que la inmigracion conduzca á su lado vecinos peligrosos, y ya sabemos

que para su criterio peligrosos lo son todos.

Directamente, no tiene en la colonia otro interes fijo que el de dominarla, y para nada se le importa su prosperidad; él vende sus cueros y sus lanas á Inglaterra, y sabe que por malo que sea el estado de las cosas, venderá siempre con provecho, como venderá para la colonia ó para fuera de la colonia sus conservas alimenticias.

El *squatter* con sus empleados y sus rediles, con sus tundadores de paso ó á puesto fijo, con su organizacion perfeccionada, en una palabra, puede vivir solo, sin cuidado alguno por tercera persona. Es un pequeño estado dentro del Estado, y para nada quiere ni le conviene la inmigracion.

El labrador, en cambio, es forzosamente partidario de ella, porque la inmigracion dobla el valor de sus tierras y facilita la colocacion de sus productos.

La ley que se ocupa de la distribucion y de la venta de los terrenos, es por completo inútil para proteger la colonia contra las impiedades de los *squatters*; inútil para proteger los intereses del pequeño labrador; inútil para defender á su vez al *squatter* de las asechanzas del *free selecter*; inútil para prevenir la formacion de una aristocracia, que hoy ya está constituida; inútil, sí, completamente inútil, porque quiere y ha querido hasta ahora conciliar cosas inconciliables.

Habrá eternamente choques entre estas dos sociedades, á ménos que no se atribuya al *squatter* una zona especial de la cual no pueda desposeérsele y se le retire al fondo de los desiertos, tierra ádentro, reservando al pequeño cultivo toda la zona de las costas.

Serían entónces dos sociedades perfectamente independientes con leyes é intereses diversos; dos sociedades que no teniendo ningun punto de contacto ni rozamientos irritantes, vivirían en paz, todo lo que los hombres pueden vivir en paz unos con otros.

Por otra parte, un tal proyecto no podría tener ejecucion sinó cuando las cinco colonias abandonaran su rivalidad incomprensible y se constituyeran en república federativa, medida á la cual, arrastradas por la corriente de las cosas y las necesidades cada vez más apremiantes, llegarán forzosamente un día.

Entre tanto, nos hallamos enfrente de una sociedad nacida de ayer, teniendo ya causas de desorganizacion muy aparentes, de las cuales ó por causa de las cuales es evidente que nacerá algun día una organizacion completamente nueva, de la cual no tenemos aún idea ninguna.

Pero prosigamos nuestro camino. Los pueblos, pequeños centros de poblacion dispersados en la campiña, se parecen todos: un hotel, una iglesia, una escuela y algunos almacenes. Me hacen notar que datan de la fundacion de la colonia y que el descubrimiento de las minas los ha conducido á tal estado de atraso.

En realidad, esto obedece á que el cultivo de la tierra, por más que sea la más sana y la más segura de las ocupaciones, no proporciona en Australia grandes rendimientos; es que las minas de oro, bien que despojadas de su antigua fama y nombradía, atraen todavía sin embargo á los turbulentos y á los aventureros; es que una ocupacion tranquila y sedentaria no se acomoda fácilmente á la inquieta actividad del australiano; es que, finalmente, Melbourne absorbe los inmigrantes todos con detrimento de la campiña.

Por ejemplo, el conjunto de las cuatro principales ciudades de Victoria, Ballarat, Sandshurts, Geeloug y Melbourne, supone bastante más de la mitad de poblacion de toda la colonia. Tal cosa es para un Estado condicion anormal, y Melbourne con sus trescientos mil habitantes ó más se presenta á mis ojos como la enorme cabeza de un hidrocéfalo unida á un cuerpo raquítico y débil.

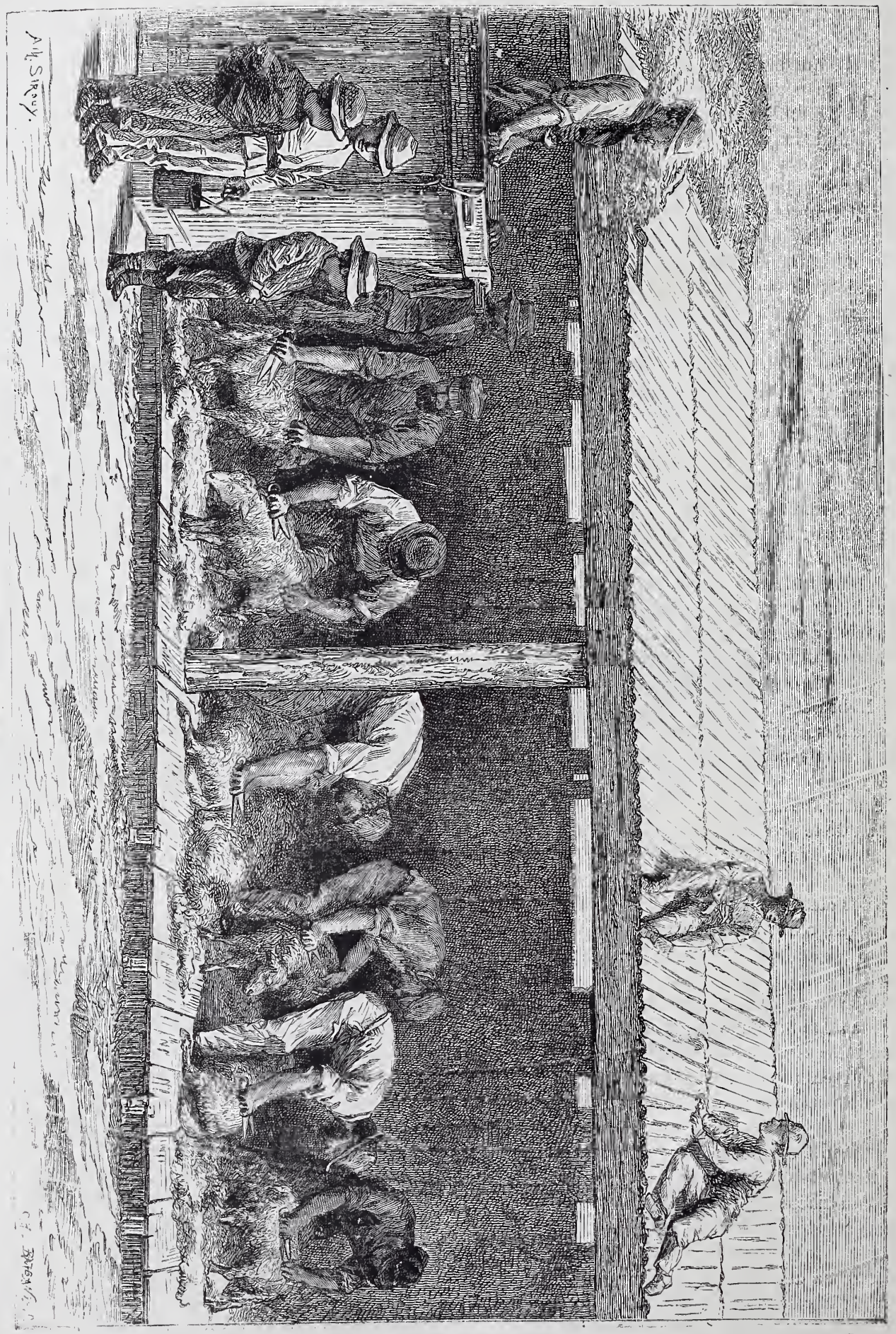
Atravesamos el *dividing rauge*, montañas cuyos picos culminantes no se elevan más allá de tres mil piés. La vertiente del Pacífico es muy estrecha y la cadena que la separa de Murray muy cercana de la mar. Despues de haberla franqueado, se extienden á nuestra vista grandes extensiones de terreno que serán un día bellas praderas y magníficos campos de cultivo.

Por el momento y salvos raros intervalos, la floresta extiende su velo sombrío más allá del dominio de la vista.

Ninguna corriente de agua; apénas cruzan el terreno algunos arroyuelos pedregosos; torrentes llenos en la época de las lluvias, pero secos á lo ménos nueve meses en el año. Esto no sucedía precisamente á la sazon de nuestro viaje, porque cuando llegamos á Beechworth, que sería á cosa de las cinco, caía una lluvia fuerte y continuada.

Felizmente el tiempo cambió durante la noche, y á la mañana siguiente dispusimos de un tiempo magnífico para nuestras excursiones.

Beechworth es un pueblecillo de tres mil almas, lindamente situado sobre colinas pintorescas de los Alpes australianos. Una vegetacion poderosa lo borda por una parte, y su horizonte lejano de picos, rocas y montañas, hacen de él un lugar verdaderamente encantador, que recuerda los pueblos situados en los Alpes europeos.



El esquileo en una estacion.

Hay muchos jardines, muchas flores, mucha fruta y muchas plantaciones nuevas. Se respira un aire puro y fresco, porque el pueblo está situado á 1.800 piés sobre el nivel del mar, lo cual hace de él una de las más agradables residencias de verano.

El terreno es granítico, propio para las plantaciones de vid; pero tiene el inconveniente de producir caldos demasiado alcohólicos.

Beechworth debe su vida, como Ballarat, Sandshurst y Castlémaine, á los terrenos auríferos que lo rodean. Los bajos fondos de su pequeña ribera han dado uno de los más ricos filones á los mineros que lo explotan. Pero de diez mil *diggers* que trabajaron otro tiempo en sus *placers*, apénas quedan doscientos que exploten todavía los terrenos agotados.

Hoy es una ciudad tranquila, olvidada casi y retirada, que prosigue su lenta carrera de ciudad de provincia; una modesta poblacion, dotada de un hospital, cuyo presupuesto se eleva á 100.000 francos, de una casa de locos, de un asilo para los ancianos y abandonados, de una biblioteca pública y de un museo.

El distrito de Murray, de que Beechworth es cabeza, está formado por una serie no interrumpida de montañas, en el Este sobre todo, y es acaso la parte más accidentada de la colonia. Su poblacion, bastante escasa, como ya creo haber dicho, es de otra parte una de las ménos puras de la colonia de Victoria. Bien por los lugares salvajes en que habita, bien por su alejamiento de los centros, bien por la insuficiencia de las cosechas ó por la escasa moralidad natural de las gentes.

El robo de caballos y cabezas de ganado entra por mucho en los medios de vivir, y la poblacion se ve á menudo obligada á intervenir para la proteccion de los bienes y la represion de los delitos. Pero la extension de la provincia y la naturaleza de sus lugares hacen difícil ó inútil su accion, y cuatro galopines de diez y seis á veintidos años, refugiados en los bosques, hacen revivir, en las narices y á las barbas de los agentes encargados del órden público, la bella época de los *Bushrangers*, nombre dado á los bandidos de los primeros tiempos de la colonia.

Los dos hermanos Kelly son los jefes de esta linda asociacion. Perseguidos por robo de caballos y otros pecadillos, se refugiaron en la montaña, tendieron una emboscada á los *policemen* encargados de detenerlos, y mataron cuatro como por vía de ensayo. La colonia lanzó un grito de horror; la policía toda se puso sobre la pista, y se fijó precio elevado á la cabeza de los jóvenes bandidos; se esperaba todos los días su captura.

Pero bien armados, admirablemente montados, conociendo las montañas en sus menores rincones, ayudados por la gente del distrito, con amigos, cómplices ó asociados, que oportunamente les pasaban avisos y víveres, escaparon durante seis meses á tanta persecucion.

Su audacia, su temeridad, les hizo ser admirados por todos los *larrikins* de la Australia, y la increible inepcia de la policía les dió las simpatías de la poblacion.

Pero no se contentaron con el golpe terrible que habían dado; era preciso mantener viva la leyenda de sus altas hazañas.

Llegaron una vez, en pleno día, á Euroa, gran pueblo, estacion de camino de hierro y telegráfica; cortaron los alambres eléctricos, ataron al agente, y dirigiéndose derechamente al banco, intimaron al director, poniéndole una pistola al pecho, la entrega del contenido de la caja. Empaquetaron tranquilamente el dinero, á los ojos de una poblacion que dos de los bandidos contenían sin trabajo, ofrecieron á sus víctimas un vaso de *gin* en el hotel cercano, y despues montando á caballo ganaron la montaña. Llevaban consigo 50.000 francos.

Nuevos gritos de estupor; la prensa pide una represion estrechísima y la adopcion de medidas excepcionales. El precio puesto á sus cabezas es doblado: 50.000 francos para quien, muertos ó vivos, los ponga en mano de las autoridades.

Se hacen venir de Queensland negros encargados de seguirles la pista. Pero como la vez pasada, tampoco ésta fueron encontrados y seis semanas más tarde comenzaban sus fechorías.

Con la misma fortúna y la misma audacia que en Euroa, repitieron su hazaña en una ciudad de la Nueva-Galles del Sur.

Esta vez se llevaron del banco más de 60.000 francos.

Hé ahí brevemente expuesto el estado de Australia cuando yo la abandoné, y es más que probable, casi seguro, que estos bandidos prosigan aún sus audaces hazañas.

XIV

El *Cupday* en Melbourne.—Sandshurst.—Minas de oro.—Un minero feliz.—Su palacio.—Su infatuacion.—¡Imposible!

De regreso á Melbourne, encuentro la ciudad alegre, animada y brillante. ¡Qué expresion de placer, qué contento respiran todas estas figuras de hombres que desembocan á millares de las estaciones del camino de hierro para consagrarse cada uno á sus trabajos respectivos!

Bien puestos y orgullosos, el ojal de la levita engalanado con una flor, se lanzan á los quehaceres con igual entusiasmo que podrían lanzarse á una partida de placer.

Si en este momento no reconozco á Melbourne y encuentro la ciudad cambiada por completo, es porque cada cosa es relativa; el tiempo es hermoso, las calles no están cegadas por el polvo, y en una palabra, yo salgo de los bosques donde la veleta de las impresiones cambia de posicion á cada paso.

La sonrisa de una mujer basta para embellecer un desierto, un rayo de sol para dorar una llanura, un rayo de alegría para trasformar una ciudad, y yo llego precisamente en un día de fiesta: es hoy el *Cupday*, la gran carrera del año en Melbourne, nuestro *grand prix* de París.

Las calles están inundadas de gente, los paseos de carruajes, y en todas partes se ven destacar esbeltas figuras de mujeres preciosas, el pecho y la cabeza cubiertos de flores. A duras penas encuentro un coche, y sigo á la multitud.

No quiero hablaros de las carreras; tan inútiles me parecen y tanto me desagradan en Melbourne como en París. Me contento con admirar esta reunion brillante, donde más de cincuenta mil personas reunidas dan la más alta idea de la riqueza y la actividad de una gran poblacion.

Durante las primeras horas siguientes á mi llegada, habíame parecido Melbourne prosaico y vulgar en alto grado. No lo había recorrido lo bastante para conocerlo á fondo y encontrarlo bello: lo que sucede siempre con todas las cosas. Pero á medida que pasa el tiempo lo veo mejor, estimo sus méritos, me convierto en ciudadano y despues de haber ejercido el duro cargo de crítico, me consagro forzosamente á la fácil tarea de admirarlo todo.

Despues de haber visitado á Ballarat con sus minas de aluviones auríferos estancados á diversas profundidades del suelo por causa de revoluciones desconocidas y sucesivas, he querido ver las minas de Sandshurst, su rival.

Ambas ciudades, nacidas de igual fecha, son hijas gemelas del soberano más poderoso de la tierra, majestad tan universalmente respetada, que las puertas de la democracia no prevalecerán jamas contra ella.

Los *placers* de Ballarat han sido más ricos que los de Sandshurst; pero en los alrededores de este último punto, en los condados de Gladstone y de Talbot, en Moliagul y en Berlin, es donde se encontraron las pepitas más enormes (*nuggets*).

Las tres más bellas pesan de mil doscientas á dos mil ciento ochenta onzas, ó sea un valor de ciento veinte mil á doscientos veinticinco mil francos. Se les dieron los nombres de el *Welcome stranger*, es decir, el Bienvenido, el Precioso y el Vizconde de Canterbury.

El Bienvenido, de dos mil doscientas ochenta onzas, fué encontrado por un minero tres días despues de su llegada al *placer* á una pulgada de profundidad bajo el suelo.

Recordaremos de paso para dar al lector una ligera idea de la riqueza aurífera de Victoria, que las minas de la colonia han dado, desde el descubrimiento del oro en 1851 hasta 1876, es decir, en el espacio de veinticinco años, la linda suma de cuatro mil millones de francos.

Hoy, los antiguos *placers* están agotados y la produccion no pasa de cincuenta á sesenta millones por año: pero se espera siempre el descubrimiento de nuevos filones.

Nada diré de mi travesía á traves de la campiña hasta Sandshurst. Porque la vegetacion es tan parecida, tan idénticos los edificios, tan semejantes los pueblos y los caseríos, que tanto da para las impresiones de la vista viajar por aquí como viajar por las líneas de Ballarat ó de Beechworth.

La proximidad de Sandshurst, como la de todo centro minero, se anuncia por excavaciones, desigualdades del terreno y amontonamientos de *detritus*. Diríase que una fuerza desconocida y mons-

Vista general de Sandhurst.

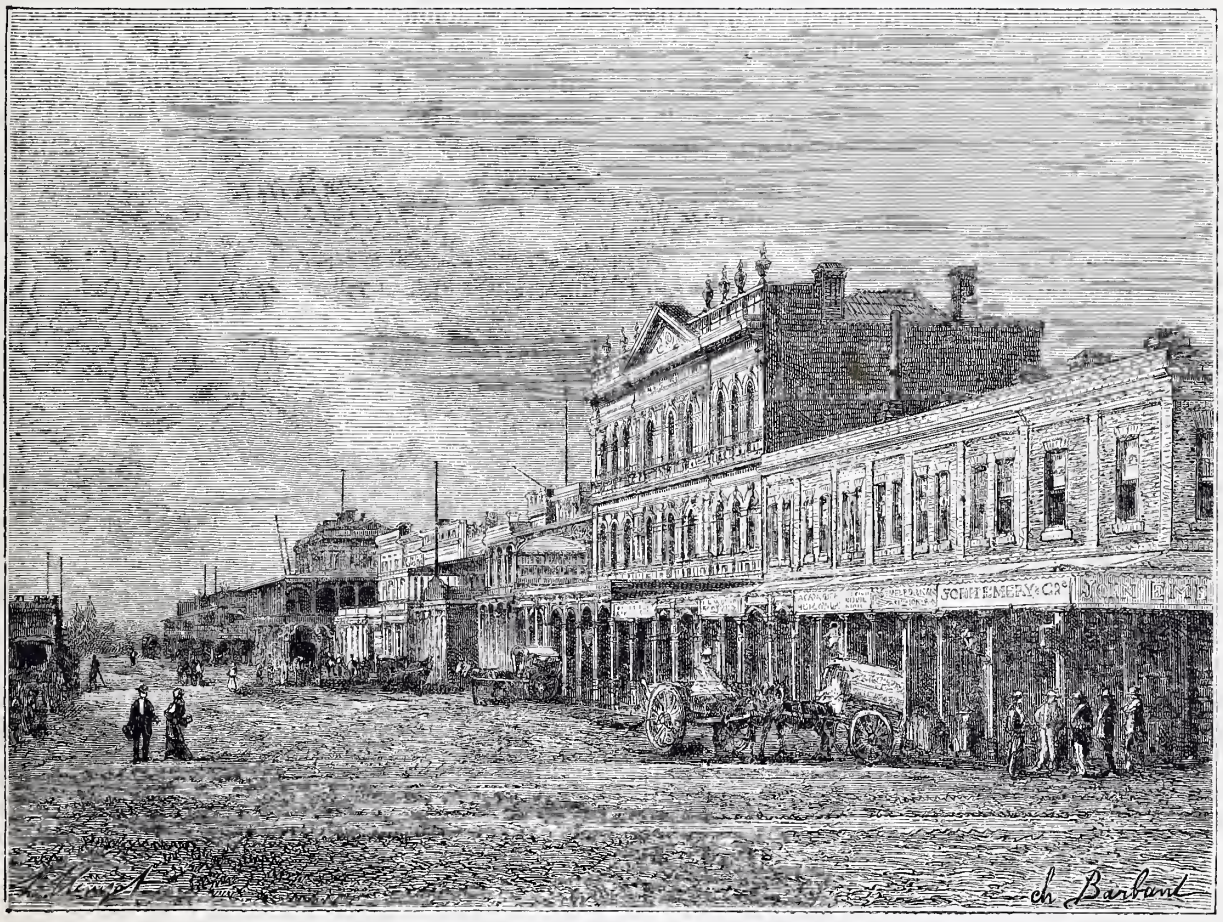
truosa, ha destrozado y abierto la tierra en todos sentidos.

Los árboles han desaparecido. ¿Qué son los productos permanentes, pero relativamente insignificantes de la agricultura y el laboreo de las tierras, al lado de esta perspectiva embriagadora de una fortuna adquirida en momentos y á poco esfuerzo?

De todas partes se presentan á la vista extensiones abandonadas, ruedas de máquinas monstruosas, instrumentos de minería, pozos profundos y excavaciones caprichosas.

Llegamos á Sandhurst; la ciudad es bella, áun cuando ménos monumental que Ballarat. Está llena de movimiento, y Pall Mall, la calle principal, puede compararse por su circulacion y su vida á las calles de Melbourne.

Aquí, como en todas las demas partes, se encuentra entre las gentes una cordialidad, una franqueza y una obediencia infatigables.



La calle Pall Mall en Sandhurst.

Yo tenía por guía á un propietario de minas, que vino á buscarme en su carruaje para visitar la Biblioteca, el Hotel de Ville, las escuelas, la logia masónica y el teatro.

Las calles son largas y espaciosas, y la mayor parte están plantadas de árboles europeos que crecen admirablemente. Y á no ser por los molinos y las fábricas, que llegan hasta el Jardin público, situado en el centro de la ciudad, Sandhurst presentaría á los ojos del viajero el más encantador aspecto.

Empezamos la visita de las minas, que en un radio de muchas leguas rodean la poblacion. Y aquí pude seguir la marcha de la industria aurífera, desde el simple lavado del polvo hasta la fábrica donde se mueven y agitan acompasadamente las máquinas más complicadas.

Emprendemos curiosamente la exploracion de la mina de oro, descendiendo en uno de los toneles que sirven para subir el mineral á la boca de la mina. Este descenso de cerca de 400 metros, no tiene, á la verdad, nada de atractivo, y durante el camino reflexiona uno, á pesar suyo, en la triste figura que haría el viajero en el fondo

de los pozos, si por acaso la cadena se rompiese.

La cadena cesa de desarrollarse entre dos paredes estrechas, y penetramos en una vasta caverna. A la vista de estos muros de color gris, brillantes de humedad, de estos negros atacando furiosamente la piedra á golpes de pico, se experimenta una sensacion extraña, y más le parece al visitante hallarse en una carbonería que en una mina de oro.

Los cantos de los trabajadores ocupados en otras galerías, parecen salir de las entrañas mismas de la tierra.

Como á la simple mirada no puede distinguirse el mineral aurífero del que no lo es, nos contentamos con creer bajo su palabra á nuestro guía, que nos hace atravesar galerías y rampas, advirtiéndonos á cada paso que no tropecemos con las paredes húmedas, para dejar paso á los wagones cargados de mineral que se dirigen hacia el orificio de salida.

Expresé mi deseo de abandonar estas profundidades, cuya visita no ofrece sinó un mediano interes, y nos dirigimos á otros pozos, donde cuatro bombas poderosas funcionan sin interrupcion, ya para dotar de agua á la nueva mina, bien para limpiar las antiguas galerías inundadas.

La roca de la cual se extrae el oro se compone de cuarzo mezclado en una fuerte proporcion de carbonato de cal impregnado de hierro, arsénico y piritas de cobre.

Los trozos arrancados de la veta son conducidos á la superficie, donde un sin número de obreros los parten, reduciéndolos á pedazos de un mismo volúmen.

Reducidos estos trozos á polvo extremadamente fino, la materia pulverizada cae sobre un tamiz de hilos de cobre, por donde atraviesa una corriente de agua que la pasea repetidas veces por esta tela metálica. La corriente, de fuerza calculada, arrastra el cuarzo pulverizado y el cobre, en tanto que el oro, todavía mezclado con arena y arsénico, va cayendo en depósitos preparados al efecto.

Despues de hecha esta primera operacion, puede extraerse ya el precioso metal; pero este trabajo exige en la práctica bastante más tiempo. En tanto, para darnos una idea de él, nuestro conductor da órden para que se haga el experimento ante nosotros. Una esclava negra recoge el contenido de dos ó tres depósitos, lo vacía en un gran plato de madera donde echa un poco de agua, y sacudiéndolo suavemente, deja escapar poco á poco la arena en que el oro va mezclado. Las materias extrañas desaparecen lentamente, y en el fondo del depósito aparece una tinta amarillenta más y más pronunciada, hasta que el oro, completamente libre, permanece como más pesado en el fondo. Es el método mismo que emplean los chinos en California y el que generalmente utiliza todo minero que en busca del oro examina cualquier mineral en que sospecha su presencia.

La mezcla de agua y de materias minerales restantes, de las cuales se ha extraído el oro, es tres veces recogida y tres veces sometida á los mismos procedimientos, para aprovechar hasta el último límite el oro que contenga. Despues de estas operaciones, la arena se aparta y se conserva: en el caso de que un nuevo accidente destruyera la mina, los trabajadores podrían ser útilmente empleados en retirar la cantidad de oro relativamente mínima que estos despojos tienen aún.

La fuerza motriz de todas las máquinas es el agua, y como no anda muy abundante, hábiles ingenieros la han conducido y encauzado sabiamente para deducir de ella el mayor fruto posible. Así, en el primer momento y por cualquier lado que se dirija la vista, no se ve otra cosa que un conjunto incomprensible de palancas, de poleas y de ruedas gigantescas en continuo y atronador movimiento.

Bien pronto se conoce que el genio del hombre está allí dirigiendo aquella aparente confusion, y se admira una vez más á la ciencia que ha encontrado el oro donde es invisible y ha sabido separarlo de las materias entre las cuales lo oculta la Naturaleza.

En una de las galerías me bajo para examinar algunos pedazos de cuarzo donde brillan varias piritas, y pido permiso para llevarme alguna como recuerdo de mi visita; me responden que los reglamentos se oponen á ello. Ofrezco pagar, pero rehusan de igual manera, y con gran sentimiento de mi parte véome obligado á abandonar la mina sin llevar conmigo la más mínima señal de oro.

Se ha podido ver por la enorme cifra apuntada anteriormente, que los rendimientos de las minas de Australia han sido durante algun tiempo prodigiosos; pero la explotacion de los *placers* entra por gran parte en estas súbitas riquezas.

Hoy que los *placers* están agotados, la industria del oro entra por completo en una fase nueva. No hay más que grandes y potentes compañías que puedan ocuparse con provecho de las minas.

Y el triunfo es tan raro, que tal trabajo no supondrá jamas, ni al presente supone, una ocupa-

cion sana y regular, sinó una verdadera lotería que desgraciadamente ha absorbido y absorbe todos los días lo más puro de las economías que hicieron á fuerza de sudores el comerciante y el obrero.

¡Qué de ruínas por el acaso de algunas riquezas súbitas! ¡Cuántas compañías obligadas á detener sus trabajos despues de haber construído pozos de seis á ochocientos piés de profundidad y abierto vanamente innumerables kilómetros de galerías subterráneas!

En Méjico, donde las minas son, como se sabe, extremadamente ricas, esta industria está considerada ni más ni ménos que como un juego donde existen las pérdidas y la embriaguez consiguientes. Y tan íntima y corriente es la creencia, que en todo acto de sociedad comercial se prohibe expresamente á cada uno de los asociados interesarse en minas de oro ó plata, bajo pena de ruptura con la asociacion.

Yo no sé si esta práctica convencional existe aún en las costumbres de los mejicanos; pero yo invito á las colonias de Australia á aplicarla como sana, moral y conservadora de sus intereses.

Porque en definitiva, y á pesar de la enorme masa de oro extraída hasta el día, se calcula que las minas no han dado más que un término medio de beneficio de seis por ciento sobre el capital absorbido por la explotacion. Véase por esto si se trata ó no se trata de un juego, y juego peligroso.

Se conocen las ganancias obtenidas en esta lotería; ¿pero quién podrá jamas ajustar el número de las pérdidas?

Sandhurst cuenta en el número de sus mineros afortunados el más afortunado que lo haya sido jamas. De sus mismos labios escuché su historia.

Era comerciante, y se hallaba en condiciones de fortuna bastante modestas. No tenía sinó un capital de veinte mil francos y sus productos comerciales de escaso valor. En tales circunstancias, una de las mil compañías empeñadas en las minas, habiendo agotado su capital de un millon doscientos cincuenta mil francos en abrir pozos y galerías y descubrir venas de cuarzo donde el oro jamas acababa por aparecer, viendo á sus accionistas desesperanzados y rebeldes á toda nueva emision de dinero, resolvió poner á la venta la propiedad de la mina, concesion y trabajos ejecutados por la suma de veinticinco mil francos, ó sean cincuenta céntimos por accion de cincuenta francos.

Qué pasó por el ánimo del comerciante no se sabe; pero es el caso que cometió la *locura*,—así la consideraron todos,—de comprar todas las acciones, quedando sólo con unos cuantos miles de reales que sirvieron para proseguir los trabajos.

Ocho días despues el oro apareció en las venas de cuarzo; pero en tal abundancia, que el modesto comerciante había percibido á los seis meses un beneficio líquido de tres millones. La fortuna siguió empujándole; adquirió despues otras minas, que se cuentan entre las mejores, y hé aquí á nuestro hombre convertido, de la noche á la mañana, en uno de los más fuertes capitalistas de la colonia.

Es jóven, soltero y se da, segun sus gustos, todo cuanto la vida puede ofrecer de más placer.

«La fortuna, dice, ha sido buena para mí, y quiero de esta manera demostrarle mi reconocimiento».

Me enseña, no sin cierta sombra de orgullo, orgullo natural de capitalista improvisado, la hermosa casa, de un gusto un poco dudoso, que se ha hecho construir cerca de la bienhadada mina, enfrente de las baterías, cuyo ruído ensordecedor de martillos, horripilante para un extraño, no es sinó música deliciosa, concierto divino para sus oídos.

¿Qué bayadera, en sus vueltas embriagadoras, podrá ser á sus ojos más elegante y más graciosa que estas largas barras de hierro en su danza monótona? Es para ti y por ti, le dice cada una de ellas, por lo que noche y día yo me levanto, me suspendo y caigo en uniforme cadencia; es por ti, le grita con su voz formidable cada martillo de acero, por lo que yo destrozo, pulverizo y devoro el cuarzo de que ha de extraerse el oro; caigo y caigo siempre sin agotarlo jamas; el cuarzo es bueno, mis dientes son duros y el reposo me es desconocido.

¡Feliz hombre! Me hace visitarlo todo, y tengo que admirar las máquinas, las baterías, los pozos y pesar la masa de oro extraída durante la semana.

Despues vienen las caballerizas, donde ha reunido los trenes más soberbios y costosos; despues la casa.

Nos detenemos primeramente en el comedor, donde anticipadamente ha dispuesto un *lunch* de campaña, donde no falta el *champagne*.

«Yo me proveo de lo verdadero, de lo mejor y de lo más caro», me dice el nuevo millonario haciéndome notar su Rœderer de legítima etiqueta.

Pero el *lunch* fué corto; tanta era la impacien-

cia de mi anfitrion por enseñarme el resto de la casa.

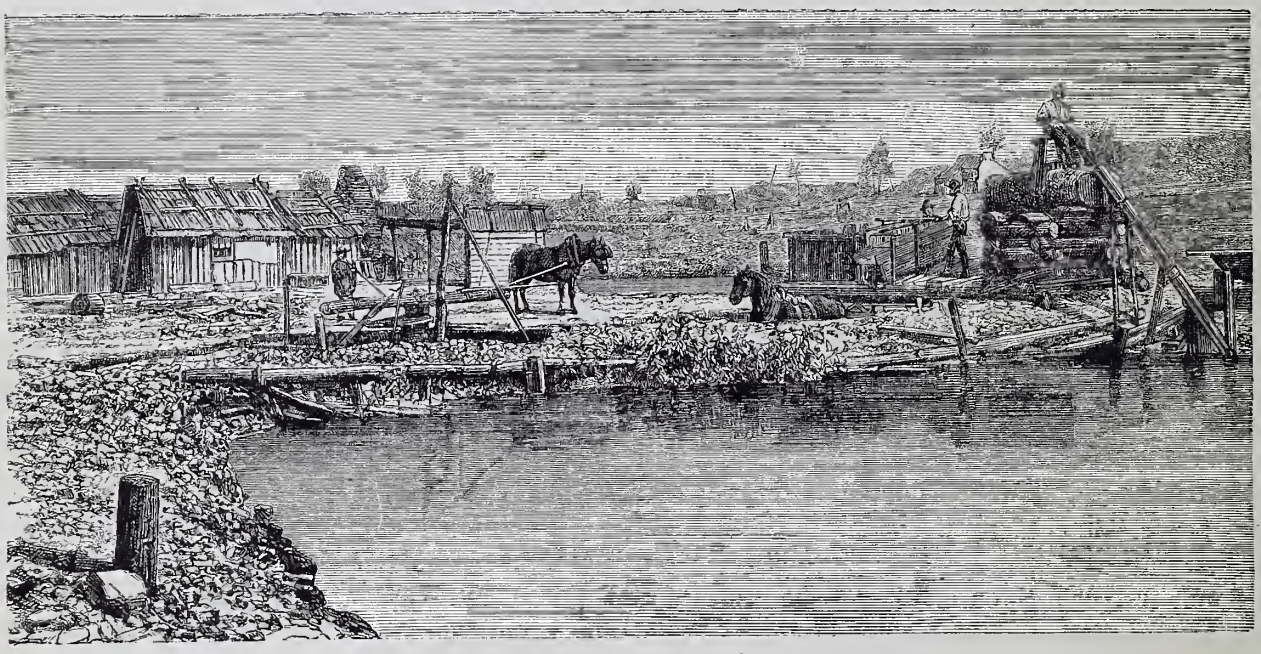
Es preciso ver y ver siempre, porque en su último viaje á Europa ha traído infinidad de cosas, ¡y qué cosas! Hé aquí la bodega con sus aparadores de hierro atestados de botellas de todas formas, de cervezas inglesas de todas las marcas y de vinos de todas las cosechas, y hé aquí las cocinas con sus hornillos de nuevo modelo.

Debo asimismo admirar su cuarto de dormir, su cama de acero dorado y sus cuadros íntimos; su gabinete de *toilette* y sus mil adornos. ¿Pero aún hay más? Sí; mi hombre me conduce más léjos; ¿dónde? Yo me resisto; pero aún me empuja y me lleva, me lleva siempre en pos de sí. ¡Ah satisfaccion de ti mismo, hasta dónde irás á parar?

Creo inútil la resistencia y me abandono al cabo. Es preciso pasar al salon, donde millares de juguetes, del más vulgar al más costoso, se elevan sobre la chimenea, las consolas y los veladores. Fotografías de mal gusto, esculturas de ningun mérito, cuadros de maestros, mármoles ridículos, todo se codea sin conocerse. Añadid dos pianos, uno de ellos mecánico, y tres guitarras, y formaréis una ligera idea de este pandemonium.

Continuamos atravesando habitaciones: el cuarto de fumar, el *boudoir*, el salon de billar. Es preciso tambien subir á la azotea y despues descender al jardin; al fin respiro.

Es bello realmente este jardin, todo lleno de



Pequeñas explotaciones mineras.

árboles, de arroyuelos, de pajareras, de estanques y estufas, como el salon lo está de cosas heterogéneas y disparatadas. Y áun se me aparece más bello de lo que es en realidad, porque lo encuentro de repente en medio de los áridos terrenos ocupados por la explotacion minera, y me hace el efecto de un oasis en medio del desierto.

Nuestro hombre ha gastado una enormidad de dinero en profusion y amontonamiento grotesco de estanques, kioskos, estatuas, columnas y juegos de agua.

Aquí, una fuentecilla italiana del género de la de Médicis, se eleva con su cascada ante un estanque en miniatura, lleno de peces rojos y cubierto por una flota de cisnes de blanca vestidura. Allá es una columna de género desconocido y caprichoso, coronada por un globo giratorio; más léjos otra columna se levanta, sosteniendo, á una altura de más de 30 piés, un *aquarium*, al cual se llega con auxilio de una escalerilla.

Despues vienen los kioskos y los juegos de agua, diseminados estos últimos al azar en las avenidas, sobre las terrazas y hasta en los árboles; de manera que con un resorte puede inundarse de repente al paseante sorprendido.

Cuando al fin hubimos terminado, no esta visita, sinó esta inspeccion, creí que habríamos de volver á comenzarla de nuevo: tal era el deseo del buen hombre en retenerme á su lado.

«Quedáos aquí; deteneos siquiera ocho días en mi casa», me decía insistentemente. Y como hiciera el ofrecimiento tan repetidas veces, creí

hacer una cosa muy de su agrado no aceptando la amable invitacion, sinó trocándola por un favor que yo tenía por insignificante y sencillísimo.

—Tenéis—le dije—admirando un grupo de pedazos de cuarzo,—hermosos ejemplares de este mineral. Pues bien; yo soy coleccionador de objetos de Historia natural, y hé aquí un mineral que me sería precioso y que yo encontraría difícilmente, y que vos podéis proporcionaros cuando bien os acomode. ¿Queréis dármelo como recuerdo de vuestra galante hospitalidad?

—¡Oh!—dijo, separándose de repente como asombrado de tal proposicion;—eso sí que es verdaderamente imposible.

Excusé pedirle explicaciones de la imposibilidad, me encogí de hombros, le estreché cordialmente la mano y abandoné por fin la rica casa, donde tan á las claras se veía la mano de un hombre enriquecido por el azar.

XV

Los conejos en Australia.—Un nuevo heróstrato.—Expedicion á Coranderrk.—Viñedos de Saint-Hubert.

No léjos de Sandshurt y Ballarat, en diversos condados al Sur de Loddon, tiene lugar un hecho de los más curiosos que registran los anales de la colonia.

Se trata de conejos; y el buen hombre que para el futuro solaz de los cazadores soltó por vez primera una ó dos parejas de estos roedores en el suelo de la Australia, no se dió seguramente cuenta de que llevaba á su país los gérmenes de una plaga que podría rivalizar un día con las plagas de Egipto.

Veinte años hace apénas que llegaron estos animalejos al Sur de la colonia, y durante este tiempo se han propagado de una manera tan prodigiosa, que infestan hoy distritos enteros, devoran la hierba de los pastos, destrozan los campos, desentierran las simientes, hacen huir ante ellos los rebaños más numerosos y amenazan á la colonia con la perspectiva de una ruína total.

El gobierno de Victoria acaba de poner precio á sus cabezas, pero sin resultado hasta el presente.

El año último, un solo propietario, un rico *squatter*, gastó cuarenta mil libras, más de un millon, para destruir los que infestaban su *run*. Juzgad por esto del propietario, de la propiedad y de la intensidad de la plaga.

Este mismo año se empleó para destruirlos la estricnina, y murió tal número de ellos, que la multitud de cadáveres abandonados á la putrefaccion, originó una peste que hizo sucumbir á la mitad de la colonia y emigrar á la restante.

Hé aquí á los conejos pasados al estado de calamidad pública, y si no se encuentra medio de exterminarlos radicalmente, convertidos en absolutos dueños invasores de la colonia.

Creemos haberlo dicho ántes de ahora: la Naturaleza en Australia no tiene nada de atractivo, mal que pese á las descripciones fantásticas que hicieron multitud de viajeros y gentes prevenidas de antemano para encontrarlo todo fácil, bello y sonriente.

No es esto decir tampoco que el país en general esté desprovisto de belleza. Sería cosa verdaderamente extraña que en una tan vasta extension de terreno no pudieran encontrarse algunas regiones privilegiadas. Yo por mí sé decir que las he encontrado, y cuando esto ha sucedido he dado rienda suelta á mis pensamientos y he admirado las bellezas del terreno.

Pero lo concreto no es lo absoluto, y una porcion de tierra no es el continente australiano, en el cual, fuerza es confesarlo, la mano del hombre no ha sembrado los tesoros de hermosura con que bajo este sol esplendente puede crecer, y crecerá á no dudarlo, cuando se hayan pasado algunos años, la naturaleza de los continentes antiguos.

Hasta tanto que esto se consiga, Australia será pobre, árida y fea, y lo único que más principalmente podrá admirarse aquí, es el trabajo del hombre, es la actividad de la raza anglo-sajona y su inteligencia para hacer valer todas las facultades de esta tierra ingrata (1).

(1) No hace todavía tres años que Mr. Charnay recogía estas impresiones en el suelo mismo de Australia y á la vista de sus capitales defectos que, como serio é imparcial viajero, denuncia al lector. Pero de entónces acá, y en tan corto espacio de tiempo, la decoracion ha sufrido un cambio completo, y se han cumplido parte de las profecías que Mr. Charnay deja escapar en alguno de sus párrafos.

Hoy Australia se presenta á los ojos del viajero con el

Regresamos á Melbourne para dirigirnos á Coranderrk.

La cuestion de los negros en Australia era la que más me importaba y la que yo con más empeño é interes quería estudiar. Era, en una palabra, la parte y el objeto más serio de mi expedicion.

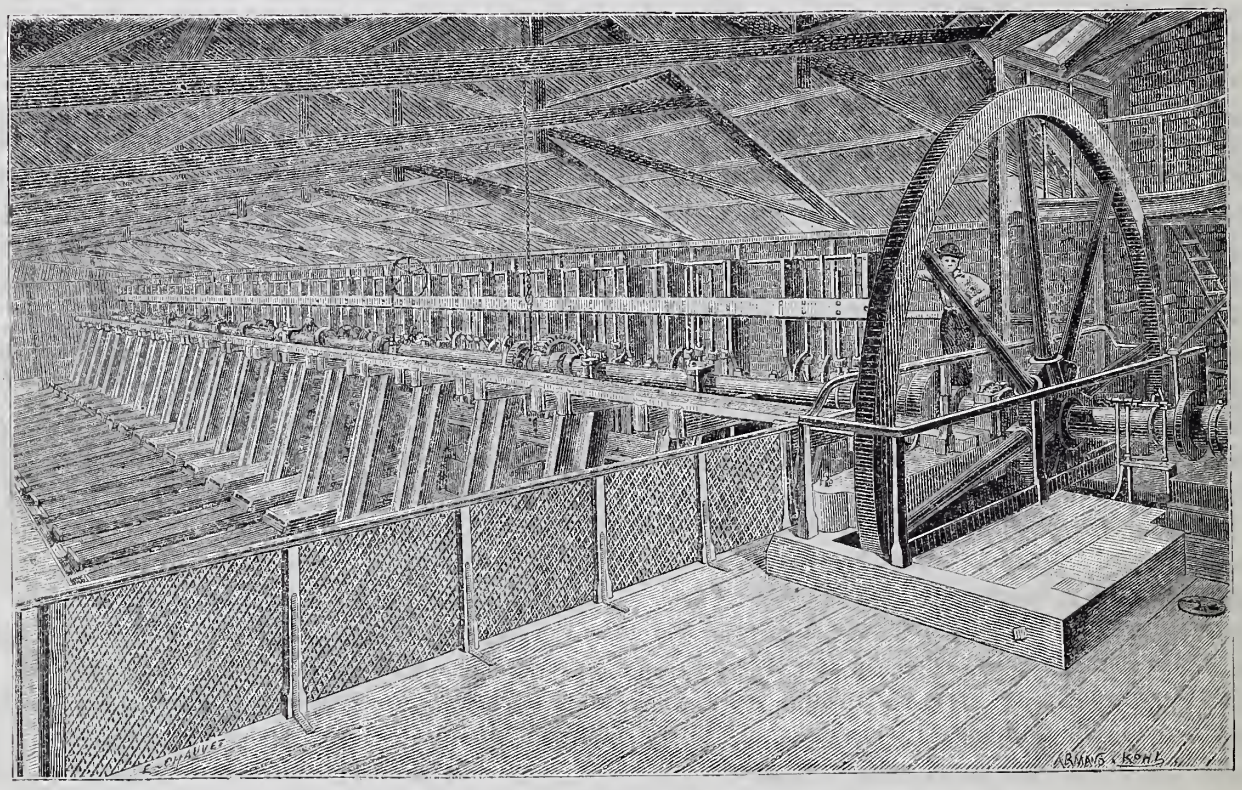
Costumbres, tipos, cráneos, medidas, fotografías, yo debería reunir todo cuanto guardara relacion con la raza indígena.

Pero los negros en la colonia de Victoria son sumamente raros; no existen sinó por excepcion en estado de naturaleza salvaje, y para salvar los restos de las tribus existentes, el Estado los ha reunido en comunidades llamadas *estaciones*, situadas en diversas partes de la colonia.

Estas estaciones son en número de seis: Ramayuck, Lake Tyers, Framlinghan, Lake Condah, Lake Hindmarsh y Coranderrk, que contienen entre todas poco más de quinientos individuos.

Yo había recibido cartas de recomendacion para el director de la estacion de Coranderrk, estacion la más cercana á Melbourne y alejada de esta ciudad á lo sumo como cosa de cincuenta kilómetros.

Igualmente había recibido invitacion de un



Una batería de mazos.

plantador que deseaba mostrarme sus viñedos de Saint-Hubert, situados sobre el camino mismo de Coranderrk y distantes sólo de este punto dos ó tres leguas.

Con este doble atractivo, emprendí el camino.

Estamos á 15 de Noviembre, época la más favorable para las excursiones, por ser la de primavera en los antípodas. Hicimos el viaje en una de esas diligencias americanas de grandioso aspecto y suspendidas por medio de inmensas correas, cuya formidable construccion permite al vehículo recorrer sin contratiempo los más accidentados caminos.

Partimos de *Bourke Street*, situado al centro de la villa; atravesamos el magnífico barrio de *Fitz Roy*, y descendimos al Yarra-Yarra, á cuyos

aspecto más próspero que haya revestido colonia alguna, y asegura el porvenir de Inglaterra en los mares que azotan sus costas. A medida que la industria y el comercio se extienden, van apagándose los ardores que la fiebre del oro produjo, y el trabajo se normaliza y se reconocen sus ventajas positivas.

Apunto esta ligera observacion para dar anticipada cuenta á mis lectores de las variaciones que, como todo pueblo jóven, Australia sufre en cortísimos espacios de tiempo, y más que todo porque no se asombre de la diferencia que existe entre las apreciaciones emitidas por Mr. Charnay y las que aparezcan en el apéndice de la obra.—N. del T.

bordes se levantan magníficas casas de campo y hermosas quintas con sus balcones cubiertos de flores y enredaderas. Atravesamos el Yarra por un elegante puente, y subiendo una rápida pendiente, llegamos al pueblo de Kew, situado en una altura desde la cual la mirada descubre la villa de Melbourne, la bahía de Sandrige, sus buques y el panorama todo de las cercanías. A nuestra izquierda dejamos el Manicomio, magnífico edificio construído en medio de un inmenso parque, y en seguida pasamos por delante un grupo de casas de campo, elegantísimas algunas de ellas, con sus doradas verjas de hierro, sus coquetas calles de árboles, y sus parterres cubiertos de flores.

Más léjos el camino está rodeado de accidentados terrenos, de verjeles en los que todos los árboles de Europa muestran sus nacientes frutos. Descúbrense algunas porciones de viña y terrenos de huerta; luégo, pobres praderas cuya escasa hierba pacen flacos rebaños, y á toda esta diversidad de paisaje sigue la floresta triste: el desierto.

A nuestra izquierda dejamos una mina de antimonio y nos acercamos á las montañas donde la campiña pierde su salvaje aspecto. Atravesamos, siempre subiendo, una serie de mamelones cubiertos de rebaños, y llegamos al hermoso pueblo llamado Lylydale, rodeado de colinas, con sus vertientes cubiertas de viña, las más importantes que he visto en Australia.

Los agricultores son suízos establecidos desde mucho tiempo en la comarca; la viña está muy bien cuidada, pero el vino es acre, ácido y de sabor terruño muy subido, parecido al peor cosechado en el Maconnais. En Lylydale cambiamos de coche; á la pesada diligencia sucede un ligero cochecito que nos lleva camino de Coranderrk. La floresta es ya más rica en vegetacion, hermosos árboles y crecida hierba alegran el paisaje, y descúbrense algunos helechos; de cuando en cuando una casita, un verjel, una escuela rodeada de tiernos niños, son las notas alegres de este empolvado camino. Un gran rótulo que descubro á la izquierda, me anuncia que he llegado á *Saint Hubert.*

El dueño de la casa me esperaba para acompañarme á la habitacion. Atravesamos mil paddocks (campos cerrados donde se ceban los animales), y llegamos á la entrada de un magnífico jardin, en medio del cual levántase erguida la hermosa casa de M. de Castellá.

Estamos en uno de los puntos más rientes de la Australia. Es un mamelon situado no léjos del Grand Dividing Range, cadena que separa la vertiente del Murray de la del Océano. Extiéndese la vista por los tres lados sobre un cuadro cuyo marco forman las montañas, tan distantes por el lado Norte que llevan el horizonte á 80 kilómetros. El bello sol australiano derrama sobre ella sus tintes varios y colores caprichosos, y admirar podemos el verde de las próximas colinas junto al tierno rosal de los montes intermedios para llegar al azul pálido de las últimas líneas que se pierden en un cielo sin nubes. A cada instante los colores cambian para debilitarse ó acentuarse, y parécenos que mil paisajes diferentes se suceden ante nuestra vista que extasiada los contempla.

Al pié del mamelon, el Yarra-Yarra describe caprichosas curvas en un llano cubierto de ganados; á la izquierda se halla la vivienda de Yerring, con sus viñas y una larga y hermosa avenida de olmos y álamos; á la derecha, sobre un montecito, la casa de otro plantador, M. de Pury, y el todo rodeado por los viñedos de Saint-Hubert.

Siempre por el dueño acompañados, visitamos su magnífica propiedad. Es la época de la inflorescencia; cien hectáreas de viña exponen sus verdes y apretadas hojas, embalsamando el aire con el perfume reseda de la viña en flor.

Dudo pueda encontrarse en Francia un cultivo tan esmerado; ni una hierbecita en el campo, cada cepa con su rodrigon, y las ramas levantadas y entrelazadas, dejan ver magníficos é innumerables racimos. Si el tiempo es favorable y el granizo respeta la cosecha, la vendimia será extraordinaria; basta decir que conté sesenta y dos uvas en una sola cepa.

Cosa rara; en esta misma viña se cultivan gran variedad de planteles y todos se presentan inmejorables. La diversidad de cepas es grande, encontrándose en las diferentes bandas que constituyen la viña, la cepa de Burdeos, la de Fontainebleau, que da un vino blanco delicioso, el ermitaje, el riesling, cuyo cepaje procede del Rhin.

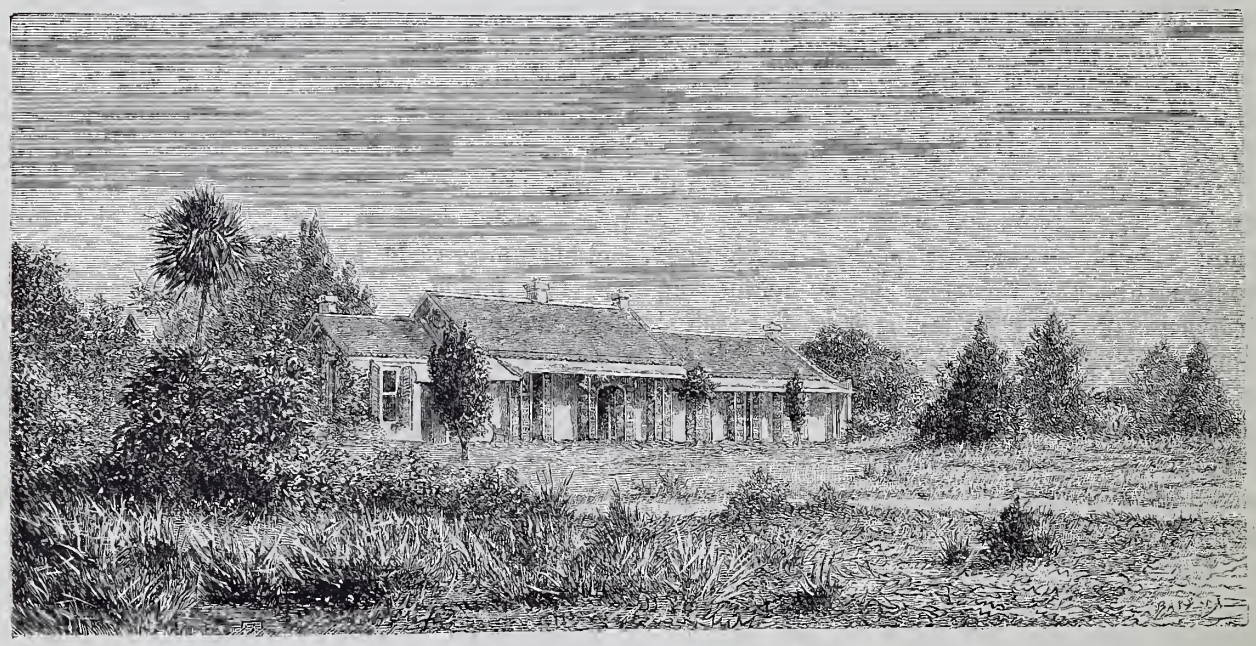
Yo creí que la plantacion de tan diversas especies no era más que un ensayo para juzgar cuales convendrían más al clima y suelo de Saint-Hubert; pero nada de esto; el propietario me aseguró que su intencion era fabricar vinos de Burdeos, de la Borgoña, del ermitaje y del Rhin; lo que más sorprenderá á nuestros cosecheros es que cada uno de estos vinos ha conservado el gusto y sello de su orígen. En la bodega pude catarlos y convencerme de que eran Burdeos, Borgoña y Rhin lo que gustaba.

Mi sorpresa fué y es grande, pues descubro un hecho contrario á la ley de los medios y que imposible es se perpetúe. Toda vegetacion lo mismo

que las razas, se modifica segun las influencias que sufre: suelo, clima, costumbres y alimentacion; siendo la trasformacion tanto más rápida, cuanto ménos perfecta es la organizacion del individuo y pertenece á un órden inferior. Producirse estas diversas especies de vino en un mismo lugar, podría hacernos creer que la influencia del suelo y del clima son indiferentes ó nulos. Mas, no es así, esto es contrario á las leyes conocidas, y es evidente que en tiempo no lejano, estas viñas por tan diversas especies formadas, se reducirán á dos tipos únicos de productos constantes, y que, rojos ó blancos, serán no vinos de Europa, sinó de Saint Hubert de Australia.

Como quiera que sea, estos vinos son deliciosos, mas no se vaya á creer que sin trabajo ha tocado el agricultor tales resultados. En un principio, el suelo vírgen, atestado de eucalyptus y frío como toda tierra largo tiempo cubierta de bosques, un cultivo imperfecto, la falta de conocimiento del terreno, todo contribuyó á la produccion de vinos ásperos, espesos y de gusto terroso. Hoy, la experiencia de diez años, un suelo más abonado y una asiduidad sin igual en la fabricacion, dan estos productos, y competirán con los mejores de Europa el día que aparezcan en los mercados.

En las Exposiciones de Viena y París han obtenido medallas de plata. Sólo falta que los australianos den el ejemplo consumiendo sus vinos; es



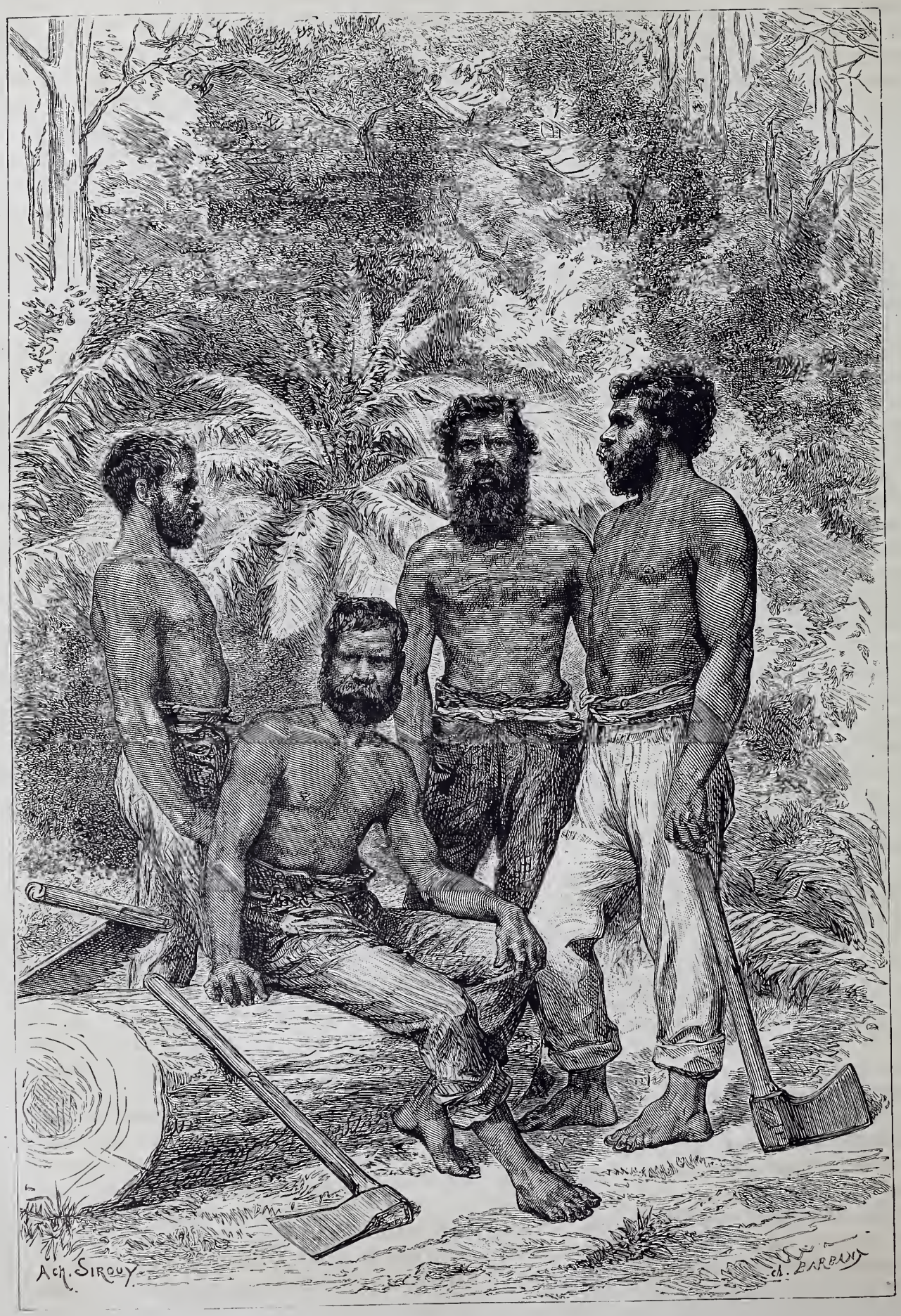
Casa-vivienda de Saint Hubert.

preciso que renuncien al te, del cual abusan, así como de los alcohólicos, que les pervierten el gusto, dando valor á sus excelentes vinos. Porque el australiano está orgulloso de este nuevo producto de su suelo, lo elogia, lo ensalza, pero no lo consume; apoyándose mi aserto en que el propietario de Saint-Hubert, con una produccion de 4.000 hectólitros, puede á duras penas vender la mitad; vese obligado á quemar el resto y reducirlo á alcohol.

Los ricos, por ostentacion más que por gusto, relegan al olvido el vino de Australia; tendrían á mengua beber el que tan barato cuesta y es el verdadero Burdeos, Borgoña ó Champagne el que á sus invitados sirven.

En Saint-Hubert no solamente se goza de un paisaje encantador; la hospitalidad más franca, en una hermosa casa recibida, y la algazara de cinco encantadores niños, alegres y bullicosos, aumentan el atractivo. Entre la caza y la pesca podéis elegir. El Yarra está lleno de anguilas y peces de luciente escama y excelente gusto; los juguetones patos lo surcan durante el día; loros y periquitos pueblan sus árboles, y los *natives companions*, especie de grullas, al pié de los mismos se agitan. Pasé horas enteras con la caña en una mano y el fusil en la otra, retirando ya un pescado ya un pato. Los bosques abundan en liebres imprudentes, cuya lenta huída no permite se excuse el cazador ménos certero.

Los canguros son más raros, pues se alejan de los centros, y en nuestras salidas á caballo sólo



Indígenas de Corauderrk.

encontramos un *walaby*, canguro pequeño de tamaño mitad del ordinario, y que corría cual si fuese un gamo. Daba saltos de diez piés, quedando derecho sobre sus patas traseras, mecíase luégo enroscando su cola, y saltaba barrancos y barreras que, con aprehension por mi parte, pasábamos despues. Muy pronto se cansó y vimos era una hembra: la pobre para aligerarse soltó un pequeñuelo que escondido en su bolsa traía, y que fué recogido por uno de nosotros. El sacrificio fué inútil para la desgraciada madre, que bien pronto debía perecer. Tratamos de criar ó cuidar al pequeño walaby; pero en balde, era tan tierno que murió á los pocos días.

XVI

Coranderrk.—La colonia de indígenas.—El director y su familia.—Instintos de los negros.—La escuela y la iglesia.

Coranderrk dista once ó doce kilómetros de Saint-Hubert y el camino es muy accidentado. *Gum tree* sobre *Gum tree* es siempre el eucalyptus, pero más bello y vigoroso. Los verjeles parecen parques ingleses, bordean el camino arbustos de flores; todo respira primavera, el paisaje es bello.

Atravesamos el Yarra por un magnífico puente, y siguiendo á la derecha, á traves de un bosque, llegamos á un pueblecillo de triste aspecto, compuesto de treinta cabañas y un almacen de cebada de elevado techo: lo es Coranderrk.

La habitacion del director, el reverendo Padre Strickland, está situada al extremo del pueblo y al borde de un torrente; me recibe con los brazos abiertos, siendo estos verdaderos brazos, pues es un hombre de seis piés y de benigno aspecto. Presentóme á su esposa, casi tan alta como él, y á sus hijas que no lo eran ménos, una de las cuales es sin duda la mujer más hermosa que en mi vida he visto. Son una verdadera familia de gigantes.

La casa del director es de pobre aspecto y mala construccion; situada en un punto húmedo en verano y frío en invierno, es malsana; grande abnegacion se necesita para habitarla y aislarse del mundo, para trabajar en la regeneracion de una raza ingrata que jamas apreciará tantos desvelos.

Mi llegada debió ponerles á todos en movimiento por la escasez de habitaciones; así es que sonriendo vi se daban prisa para arreglar y cederme el cuarto de las dos hijas, que por mi causa se veían obligadas á dormir en la misma cama.

Coranderrk es la más importante de las colonias mencionadas: la componen ciento treinta y cuatro individuos, hombres, mujeres y niños. No hay más que un viejo, cosa rara en esta raza que se va; mueren jóvenes y muy pronto no dejarán más vestigio que el del cruzamiento.

De estos ciento treinta y cuatro individuos, treinta apénas son de pura raza, y dentro de poco los mestizos serán sus únicos descendientes.

Aquí, lo mismo que en las otras colonias, el negro está sometido á la ley que se aplica en todos los reinos, y contra la cual, en las condiciones presentes, jamas prevalecerá la filantropía. Desconoce esta ley las circunstancias atenuantes, y desde el momento que viven en la vecindad del blanco, libres en el bosque ó agrupados en pueblo bajo su proteccion, la muerte bajo todas sus formas, lenta ó rápida por la borrachera, la tísis, ó la corrupcion, se ceba en esos desgraciados salvajes.

En el estado libre, la vida les es imposible cuando los verjeles no les brindan abundante caza; su único sosten es la caridad del labrador que á su paso encuentran, siendo probable estén destinados á desaparecer, á pesar de la proteccion que se les dispensa.

Sin utilidad práctica, sin porvenir, los albergues y auxilios que se les prestan son una especie de reparacion tardía dada á los naturales, cuyos ascendientes fueron despojados por la nueva raza.

El australiano encuentra en estas estaciones lo necesario á la vida: casa, vestidos, mantas, raciones compuestas de arroz, harinas, te, azúcar, miel y tabaco. Todo se le da, ménos la carne, que es el precio del trabajo; de otro modo sería imposible obligarle á él. ¿Y qué trabajo se le exige? Seis horas cuando más por día, empleadas al cultivo del lúpulo y á la guarda de animales, trabajo á menudo interrumpido por largos descansos y conversaciones interminables. Este trabajo, cuando á él quiere sujetarse, se lo pagan á un franco veinticinco céntimos por día. No costándole la carne más de veinte céntimos la libra, puede juzgarse cuán fácil le sería proporcionarla á su fami-

lia. Mas él no acepta; prefiere pescar ú holgazanear en los bosques con su fusil á la bandolera.

Jamas se sujetará á un trabajo regular, un yugo, por ligero que sea, se le hace insoportable, y los instintos que hoy tratan de adormecer se desplegarán siempre por desgracia.

Ademas del campo de lúpulo, donde se adiestra el negro al trabajo, el pueblo de Coranderrk posee una escuela y una iglesia para instruirlo y moralizarlo. El maestro de escuela me asegura que, dados los antecedentes de la raza, se tocan resultados muy notables. Los niños escriben, calculan, cantan y lo hacen todo con facilidad. Visité la escuela y pude ver páginas muy bien escritas; les pusieron algunas adiciones y multiplicaciones que resolvieron no sin trabajo.

Pero pregunto á un alumno cuál es su edad, y no sabe responderme. A una jovencita de figura inteligente, que sabe leer, escribir y contar, le enseño mi reloj para que me diga qué hora es, y no me lo puede decir. Aún más: interrogo á un moceton, antiguo pensionista de la colonia y dedicado hace ya mucho tiempo al cultivo del lúpulo:

—Tomy, ¿en qué época es la cosecha?

—La planta apénas ha salido de la tierra, debe estar lejana todavía.

Reflexiona, se rasca la cabeza...

—¡Oh!—dice,—faltan muchas días.

Vacila todavía y responde:

—Dentro de muchos días, de aquí á un mes.

Y la cosecha se hacía á los cuatro meses.

Hé aquí un hombre al que es imposible inculcarle la nocion del tiempo.

La religion ejerce todavía ménos influencia que la escuela. Frecuentan la iglesia con regularidad; pero, fuera del canto acompañado del órgano, que les entusiasma, el sermon del Pastor les deja más que fríos y les apercibo durante esta parte del oficio riendo, durmiendo ó haciendo verdaderos visajes de mono.

Ahora bien, ¿cuál es el fin de esta educacion caprichosa? Imposible ha sido despertarles el amor al trabajo, que todos los salvajes detestan; tan sólo el hambre les hace tomar el azadon ó empuñar el hacha.

La moral es para ellos una palabra vacía de sentido; todos están casados legítimamente; pero desconocen los deberes y obligaciones de este contrato, y el director me muestra familias de seis niños, hijos de otros tantos padres; verdad es que tales cosas podemos encontrarlas en otras partes.

En cuanto á ciertas conveniencias sociales que quiere inculcarles, no tiene de ellas el negro la más ligera idea; lo mismo que de la diferencia de clases ó del valor relativo de los individuos. La idea de igualdad es fija en él, casi absoluta, y tal vez no está distante de considerarnos, á nosotros los blancos, como sus inferiores.

El Yarra Yarra en Saint-Hubert.

Uno de ellos, al cual M. Strickland reprochaba la pereza y le suplicaba fuera al campo á cultivar el lúpulo, le respondió:

—¿Y tú, por qué no trabajas?

—Yo trabajo,—le decía el director;—¿no ves que asiduamente me ocupo de vosotros durante el día, que vigilo á que nada os falte, que velo á la educacion y desarrollo de vuestras facultades intelectuales?

—¡Magnífico trabajo!—respondió el negro;—te

aseguro que yo hiciera otro tanto; dame tu puesto y toma el mío.

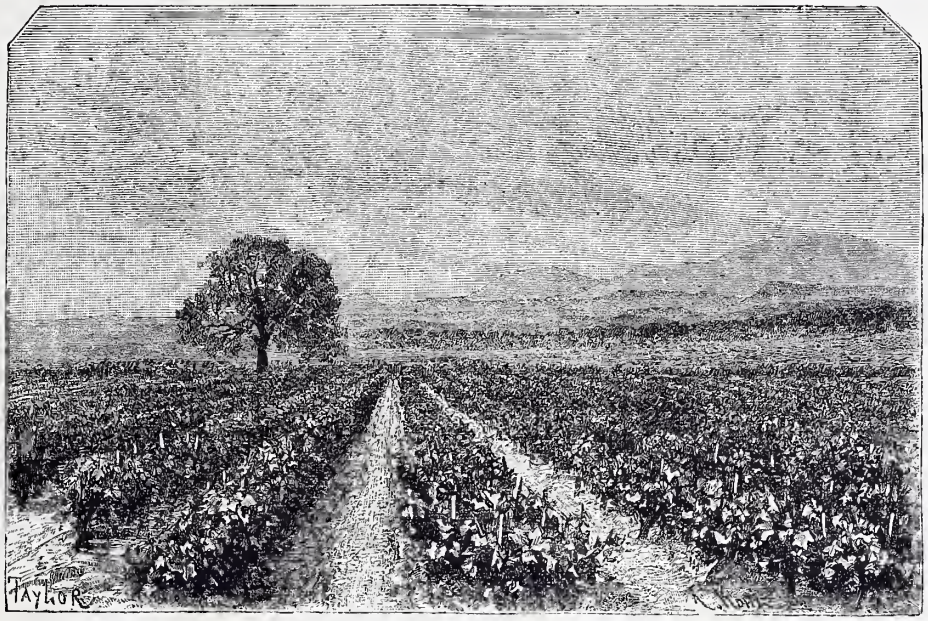
Otro respondió lo mismo ó poco ménos al subintendente que recorría el pueblo.

—Tu quieres que yo trabaje,—le decía;—pero tú eres alto y gordo, te pagan bien y nada haces; yo no trabajaré. Voy á cazar. Y se fué.

Los australianos cuando niños son ángeles, y, como el tierno gorila domesticado, los instintos salvajes no se manifiestan hasta llegar á la pubertad; el niño se trasforma en diablo, miente, roba, comete toda especie de maldades sin tener conciencia de ello.

El negro australiano acepta gustoso la ley del Estado y las ceremonias de la Iglesia, á condicion de que esta sumision le valga algo. Los australianos del Oeste, dirigidos por un Obispo español, todos los meses traían sus hijos á bautizar; pero era debido á que en recompensa se les daba una racion de arroz. ¡Juzgad de su fe! Pero ¿qué hay en todo esto de extraño? ¡Salen apénas del bosque, que sin leyes ni trabas de ninguna clase ayer recorrían todavía; qué de groseras supersticiones, qué de tradiciones del matrimonio referentes á las tribus directoras de su estado social; y cómo imponerles un yugo que, á pesar los miles de años que cuenta de existencia, encontramos nosotros muy pesado!

¡Qué cambio lleváis á estas cabezas! ¡Qué desórden á su organizacion! ¡Qué trastorno á sus



Los viñedos de Saint-Hubert.

costumbres, que muestran el sello de los instintos hereditarios! ¡Qué contraste! ¡Querer reformar cerebros vacíos, séres incoherentes é incompletos!

La directora me enseña una carta escrita por una jovencita *highly educated*, un prodigio, una de las mejores alumnas. Escribe á una amiga refiriéndose á la Natividad, y la carta, bien escrita, respira sentimiento y poesía. Habla del dulce Jesús, y sin transicion ninguna habla de la gata y sus pequeñitos. De nuevo habla de Cristo, para luégo decir que papá fué al Norte á esquilar corderos, que su ausencia será de dos meses y mamá se ha casado de nuevo.

Bien se ve que en esta cabeza no hay enlace, que todo se mezcla: la escuela, la iglesia y el bosque.

Ademas de las raciones, la colonia da á los negros ropas para vestirse. Las mujeres las cosen ó pagan las hechuras. Hélos, pues, vestidos á la europea; usan medias y camisas, pero no las cambian hasta que se caen á pedazos.

Estos desgraciados infestan; algo de ello pude percibir cuando de la cabeza á los piés tuve de manipularlos para medirles.

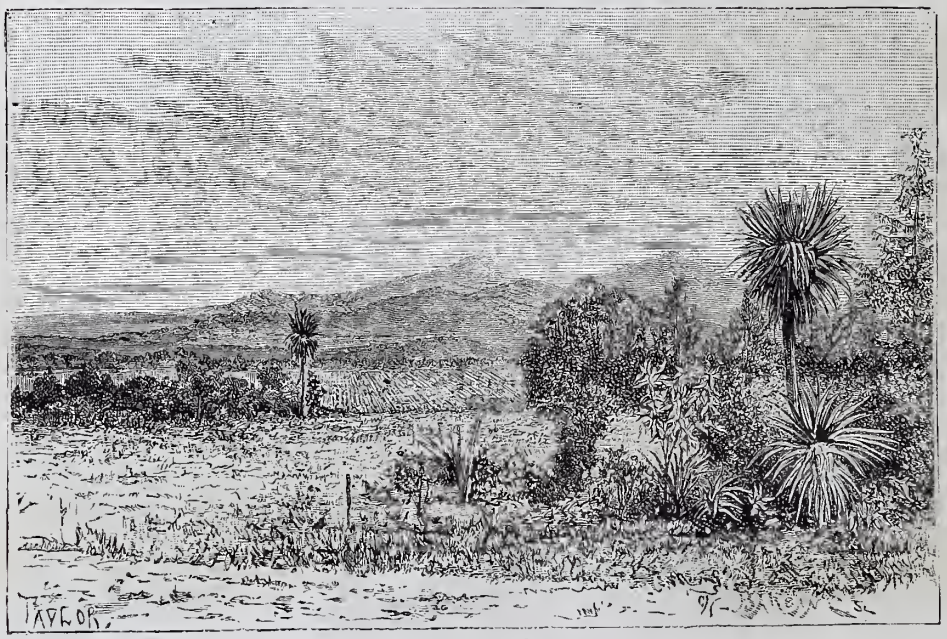
Ciertas prendas de vestir les son poco ménos que inútiles: los zapatos y las medias por ejemplo. Para los hombres sería más sano andar descalzos; hasta la camisa y el paletó les son perjudiciales, pues acordándose de que ántes desa-

fiaban sin vestido la lluvia que su piel siempre grasienta rechazaba, quieren hoy hacer otro tanto y filtrándose el agua á traves de los vestidos permanecen empapados durante el día, dando esto lugar á que los reumatismos y bronquítis sean frecuentes degenerando éstas en tísis. Yo no oía más que toser en Coranderrk, y la tísis es la enfermedad que mayor número de víctimas causa.

Ademas viven sucios, lo cual es deplorable; toda nocion de higiene les es desconocida; se lavan poco, sus cabañas son asquerosas, dejan baldío el jardin que se les da y en él depositan sin órden las basuras de toda clase que han infestado su habitacion.

En cuanto á las mujeres, simples hembras todavía (Gins ó Lubras, es su nombre australiano), ¡qué transformacion! Ayer corrían desnudas, hoy quieren sombreros con plumas, usan trenzas postizas, trajes de cola, y me han dicho que algunas tienen cuenta que saldar con la modista de la casa Worth del vecino verjel. Todo esto, ¿no es triste y divertido á la vez?

Los aborígenes cuyos tipos describimos son salvajes, pero salvajes que ensayan de trasformar. Los sanos son altos y gordos, se dan vida de fraile, muchos de ellos son ventrudos, y es notable la diferencia entre éstos y los naturales que veremos en el Norte viviendo todavía en el bosque.



La campiña de Saint-Hubert.

XVII

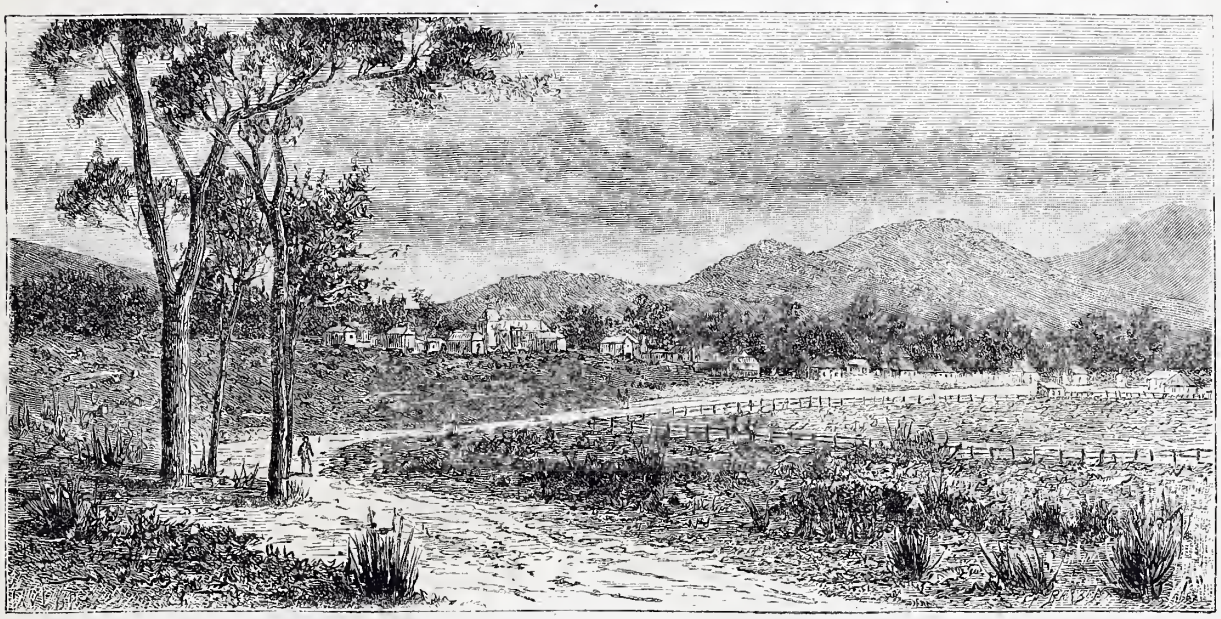
Los negros de Coranderrk —Tipos.—Las armas australianas.—El *boumerang*.

Hay un hecho notable á señalar á los especialistas, hecho absolutamente nuevo, referente á los negros de Australia. Estos negros de color chocolate oscuro, aparecen blancos en la fotografía. Y tanto es así, que por el cuerpo, si no se supiera lo que son, se les tomaría al mirar las pruebas por blancos, ó cuando más por mulatos claros. Es un fenómeno digno de estudio. Es evidente que el azul debe entrar en la coloracion de su piel para impresionar así la placa fotográfica, lo cual haría de ellos una raza aparte, como se ha supuesto. Igualmente debe notarse que el fenómeno es más sensible en los naturales del Sud, que en los del Norte, donde las mezclas con otras razas habrán sido, puede ser, más frecuentes.

Por el tipo, tienen los cabellos largos y rizados,

signo evidente de la mezcla de razas; la frente estrecha, baja y hundida; la bóveda craneana muy espesa y la cresta superciliar formidable, muy parecida á la cresta huesosa del gorila. Tienen los ojos hundidos en la órbita, la esclerótica rojiza, la nariz achatada, la boca anchísima, los dientes fuertes y sanos. Generalmente les faltan dos en la parte anterior del arco dentario, que siguiendo una antigua tradicion cuyo orígen no pueden explicar, les arrancan de los quince á los diez y ocho años. Son prognatas, y su ángulo facial (craniómetro Harmand) varía de 71° á 75°; en la mayor parte las piernas y los brazos son flacos; éstos sin biceps, las piernas sin gemelos. Se encuentran algunos que están bien desarrollados, y en nuestros grabados presentamos uno que es de tipo hercúleo; tiene cerca de seis piés y sus proporciones son admirables; pero tales sujetos escasean. En la Australia existen ademas infinidad de razas de las que hablaremos á propósito de la colonia de Queensland.

Los antiguos habitantes de Victoria eran la tribu que más variedad y riqueza de armas poseía. Porras ó mazos de todas formas y dimensiones, espades de madera con las que á sus mujeres castigaban, palos cuya punta endurecían, para buscar raíces, lanzas de punta lisa ó escotada de un lado; instrumentos para la pesca; una palanca destinada á lanzar la pica con fuerza, broqueles, luégo las diferentes especies de *boumerang*:



La villa de Coranderrk.

el *boumerang* de guerra, que una vez disparado no retrocede (barngeet), y el *boumerang* de caza ó diversion, que retrocede.

La mayor parte de estas armas están agrupadas en uno de nuestros grabados.

Hoy es muy raro encontrarlas; no obstante, los negros de Coranderrk las fabrican y venden á los aficionados á coleccionarlas. Nada diré de la diversidad de armas cuya figura descubre su uso, pero sí me ocuparé del *boumerang*.

El *boumerang* se parece á la hoja del eucalyptus, cuya forma tiene, y pueden seguirse sus modificaciones, desde la más plana, que más á la hoja se parece, hasta la más encurvada.

¿Hay alguna relacion entre los dos objetos? ¿El viento llevando la hoja y dándole una impulsion de vaiven no ha inducido al salvaje á construir un instrumento que reprodujera el mismo efecto? Podemos presumirlo y el movimiento giratorio de la hoja me ha sugerido esta idea.

El hombre, por lo general, no inventa: imita, copia ó modifica. Puede asegurarse que los habitantes de la Nueva Caledonia imitan á las hormigas en la construccion de sus viviendas, y que los árabes han tomado en la sandía abierta el modelo de sus bóvedas salientes.

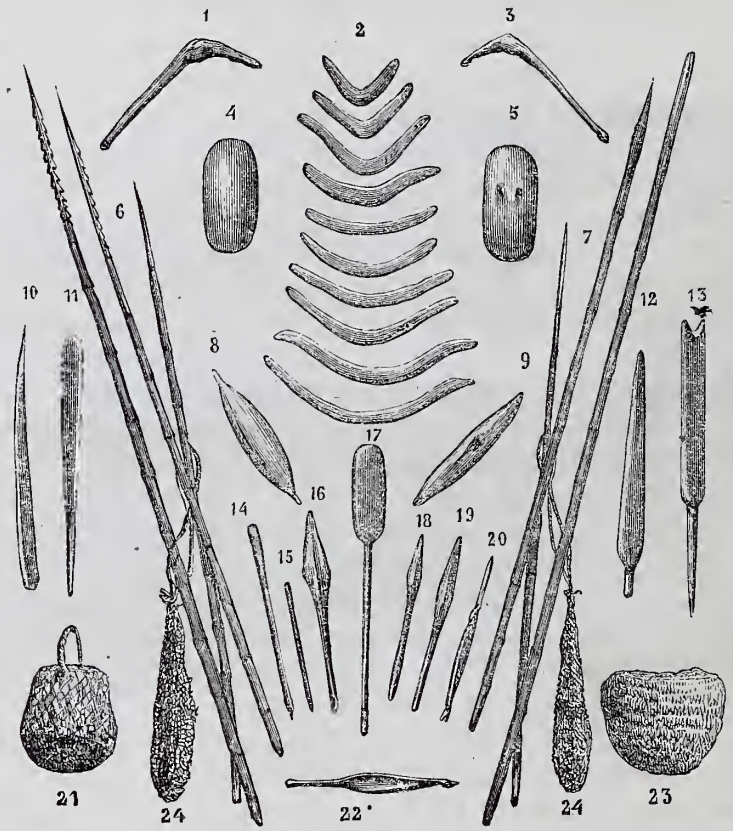
El *boumerang* es un instrumento de los más curiosos, pero nada tiene de extraordinario; examinándolo atentamente, parece muy sencillo.

Es un hélice á dos ramas; las extremidades no se encuentran en el mismo plano, y se comprende en seguida que este hélice de madera muy li-

gera, puede sostenerse en el aire si se le imprime un violento movimiento de rotacion. Lo demostró el juguete que tan en boga estuvo hace algunos años, cuando se trataba de la direccion de los globos y de lo «más pesado que el aire». Era un pequeño tronco de madera, provisto de dos ó tres hojitas de carton dispuestas en forma de ramas de hélice, y se le imprimía por medio de un cordon un movimiento de rotacion como si fuera un trompo ó peon; el hélice giraba en el aire y subía con rapidez. Ahora bien, es absolutamente lo mismo bajo otra forma mucho más práctica. La mano del salvaje reemplaza á la cuerda para dar el movimiento.

El *boumerang* reune los dos movimientos de proyeccion y de rotacion. Bien lanzado, va muy léjos del individuo que lo disparó, retrocede girando á su al rededor y casi siempre cae á sus piés.

Los negros de Coranderrk, eran muy diestros en tirar su arma, apuntaban y acertaban un objeto determinado, colocado delante, al lado ó detras del tirador. He visto á uno de ellos lanzar su *boumerang* á más de cien metros de distancia y



Armas y utensilios.

cuando el instrumento perdió la fuerza de proyeccion se levantó dando vueltas vertiginosas, tomó una posicion horizontal, retrocedió describiendo una elipse muy ensanchada, recorrió cincuenta metros en sentido opuesto, de nuevo retrocedió, siempre girando y con mucho ruído; describió círculos concéntricos al rededor del que lo había lanzado y concluyó por caerle en la mano. El instrumento había recorrido más de trescientos metros para volver exactamente al punto de partida. ¿Esto no era maravilloso?

Pero lo sorprendente cesa cuando se conoce la razon de ser: es la historia de todos los fenómenos que no han sido estudiados. Aquí es cuestion de destreza.

Por de pronto el *boumerang* no retrocede bien si no es con el viento, cuya direccion estudia el australiano; porque si no dispara su arma en pleno viento, ella no retrocederá y caerá á derecha ó á izquierda, segun que el *boumerang* tenga una ligera inflexion á derecha ó á izquierda. Si el viento es muy fuerte, el instrumento volará hasta muy atras del punto de partida para no volver; en fin, si no hay viento, el *boumerang*, una vez haya perdido su fuerza de impulsion, se elevará girando sobre sí mismo y describiendo círculos

casi concéntricos, descendiendo á medida que pierdala fuerza de rotacion.

Existen, pues, dos fuerzas: la de proyeccion y la de rotacion, que no se desarrolla hasta tanto que la primera está gastada.

Algunos han pretendido que sólo el australiano podía lanzar el *boumerang*; esto no es exacto, porque con un poco de ejercicio y un buen instrumento, todos podemos manejarlo y explicarnos la teoría y la práctica.

XVIII

El australiano antiguo.—Falta de instintos artísticos del australiano.—Consideraciones generales.—Su lengua.—Razones de su inferioridad.

El australiano, en sus armas, no ha demostrado poseer la menor nocion de arte; en sus instrumentos de piedra no ha pasado del primer período; hace una maza de una piedra redonda ó de un guijarro; si algunas de sus hachas están pulidas en su extremidad, es únicamente para hacerlas cortantes.

Tal vez ha conocido, como algunos suponen, la piedra pulimentada; pero es una tradicion perdida, de la que sólo conserva un débil recuerdo. Su lanza no es más que un pedazo de madera afilado, una simple rama sin trabajar, sin adorno de ninguna clase.

Si necesita una canoa, arranca la corteza de un árbol.

¡Qué distancia entre este desgraciado y los habitantes de las islas del Pacífico, que son artistas hasta en sus mínimos utensilios, que adornan de conchas y perlas sus canoas! ¡Y qué diferencia entre las escoriaciones con que desgarra su piel, y el *tatonage* ó manchas de los maoris, que rivalizar pueden con los dibujos del cachemir!

¿Pero cuál es el orígen del australiano? ¿A qué rama de la especie pertenece? ¿Habita desde los tiempos más remotos este continente, á cuyas revoluciones habrá asistido? ¿Lo invadió, ó á él le desterraron? ¿Quién podrá jamas decirlo?

La Naturaleza no da saltos; obra por movimientos insensibles, y no crea sinó es por los infinitamente pequeños. Los levantamientos volcánicos no son más que accidentes en su existencia.

¡Cuántas veces los continentes han sufrido la inmersion! Las diferentes capas de la tierra nos lo dicen sin cesar. Hablar de la creacion de la especie humana en un punto determinado, es hacer remontar la aparicion del hombre á una época muy reciente.

El hombre de tal ó cual país ha debido venir de otro, y la extincion de una raza casi siempre ha sido la consecuencia de su contacto con una raza superior.

La residencia de las razas es natural que ha variado con las revoluciones del globo, y como esas revoluciones abarcan un espacio inmenso de tiempo; como se necesitaban millones de años para la inmersion de un continente, durante los cuales otro nacía, el hombre se veía en la precision de seguir los movimientos de la tierra que habitaba, y dejar el suelo que á sus piés se hundía, para refugiarse en la tierra que más léjos se formaba. De aquí las invasiones, guerras, conquistas, mezclas y desapariciones.

¿Se ha dado el caso de existir una raza completamente aislada? Podríamos sospecharlo de los australianos, y esto por espacio de tiempo limitado, pues el continente hundido durante siglos, de pronto se levanta, y la raza que lo habita de nuevo se encuentra en contacto con las vecinas.

La Adlántida, al desaparecer, debió dar habitantes á la Europa, y el vasto continente que llenaba el Océano Pacífico y del cual no vemos más que las elevadas crestas en las numerosas islas que le siembran, debió dar habitantes á las dos Américas.

¿Qué diremos del continente que llenar debió un día el Océano Indico, continente por algunos llamado Lemuria y del cual apercibimos los picos en el archipiélago Chagos?

Hé aquí el por qué encontramos puntos de semejanza entre razas que creemos extrañas. Las costumbres, las tradiciones, los instintos, se trasmiten durante períodos inconmensurables. La verdadera historia del hombre está en el fondo de los mares.

Por los fenómenos que presenciamos, ¿no podemos deducir los de las más remotas épocas?

Tambien es preciso observar, que en las invasiones y conquistas, si no existe entre los dos pueblos más que una ligera diferencia de raza, estos dos pueblos se funden. Si el conquistador es un grado más elevado que el conquistado, se funden tambien y dan lugar á una raza mestiza; pero si

hay entre ellos una diferencia de muchos grados en la escala social; si el invasor es un pueblo tipo de civilizacion y el invadido un pueblo bárbaro, no hay mezcla posible: el conquistador no desciende hasta el conquistado, y éste no confía de un salto igualar á su amo. Existirán, pues, raros mestizos, no una raza, y la extincion de la inferior será la consecuencia natural; ejemplo de ello, los pieles rojas y los australianos.

La Naturaleza es una sola, y esta ley es aplicable lo mismo al reino vegetal que al animal; es más radical en el primero, pero vegetales y animales obedecen á esta ley como á las demas.

Toda raza ha sido superior en relacion á otra raza. ¿El australiano no habrá sucedido á una raza que él exterminó, la trasmaniana, por ejemplo, de la cual todavía se encuentran restos en el interior del continente? Por diversos motivos se ha considerado al australiano como raza fósil (modo extraño de clasificar).

Los lingüistas pretenden que el leguaje de los australianos, hoy día reducido á un limitado número de expresiones, tres mil quinientas cuando más, es tan sólo el producto degenerado de una de las más ricas lenguas; varía en inflexiones, de rara precision, y que ciertamente no está en el período de desarrollo.

Esta lengua tiene dos números; seis casos en la declinacion de sus nombres y pronombres, y dos clases de pronombres personales para ayudar á la enfonía y á la expresion.

Los verbos son perfectos y los nombres de relacion más numerosos que en ingles y que en otros idiomas.

En muchos casos se encuentra una elegancia y delicadeza de expresion, que no se encuentran en ninguna otra lengua.

Como los naturales parecen incapaces de haber creado este lenguaje, tenemos el derecho de creer que de un estado relativamente muy civilizado han pasado al de barbarie que sorprende al observador.

Algunas de sus costumbres parecen hijas de la más adelantada civilizacion; ellos las observan con el más profundo respeto, pero sin comprenderlas ni poder determinar el orígen.

Lo mismo sucede con ciertas tradiciones que han conservado, sin poder explicar de dónde proceden; con ciertas canciones que repiten, como lo haría un loro, sin saber lo que decir quieren, ignorando hasta el significado de las palabras. En el estado actual podemos admitir que la casualidad les dió el *boumerang*, pero el *wdomerah*, que es una palanca para tirar la lanza, un verdadero instrumento científico, ¿de dónde lo recibieron?

Los australianos tambien tenían una especie de escritura figurada; al efecto se servían de reglas de madera y por medio de rayas, sobre las mismas trazadas, dirigidas ó entrecruzadas de tal ó cual manera, podían trasmitir un mensaje ó conservar la memoria de ciertos hechos. Algunas de estas reglas-mensajes existen en Melbourne.

¿Pero cómo ha sido posible, que una raza civilizada ántes, haya pasado al estado de barbarie actual? Ha sido preciso que el australiano haya sido arrojado de otro país, y que, en su huida, haya caido en un medio que le ha hecho perder las facultades adquiridas, impidiéndole el cultivo y desarrollo de las mismas.

El australiano no tiene casa, ni áun la simple tienda; su habitacion es un abrigo abierto de un lado y que gira para oponerlo á la lluvia y al viento. No cultiva la tierra, ignora el uso del barro para vajillas; en cambio lo encontramos aplicado en los pueblos más salvajes. Sus canoas son una simple corteza; sus armas son las más groseras que existen; sus hachas de piedra apénas trabajadas, no han conocido el arco ni la flecha, y sus lanzas á menudo no son más que una rama de punta dura. No obstante, se sirve con destreza suma de lo poco que posee; es atento, aprende idiomas con facilidad, escribe, cuenta, lee, y en las escuelas sus hijos rivalizan en ciertos casos con los blancos.

¿Nos será permitido, despues de lo expuesto, suponer que esta inferioridad relativa del australiano, es la consecuencia del medio en que ha vivido? Arrojado, por circunstancias que no conocemos y que él mismo ignora, del país que habitaba, aislado y encerrado despues en una tierra ingrata que le obligó á emplear todas sus fuerzas y facultades para procurarse el alimento, habrá descendido sin duda á un grado bien inferior al que ántes poseyó. ¿Quién puede asegurar que la más favorecida de las razas, sujeta á las mismas causas, no sufriría la misma degeneracion?

Veamos si es posible explicar tal decadencia.

El australiano no construye casas; pero ¿qué haría de ellas? El es nómada, más que nómada: es errante, y esto es debido á la escasez de proporcionarse la caza para su alimentacion. Se encuentra casi siempre sin hogar, y no poseyendo animales de carga, no podría trasportar una tienda, ocupadas como están las mujeres en cuidar de sus hijos, de su moviliario, de las armas de sus maridos, y en buscar bajo tierra las raíces que les proporcionan el alimento.

La vegetacion australiana.

El clima es dulce y algunos minutos son suficientes para la construccion de un abrigo cuyos materiales se hallan constantemente á mano. Una choza cubre las necesidades del momento, los árboles la prestan el contingente de sus ramas, y hé aquí por qué la casa no tiene, no puede tener razon de existencia.

Tampoco se cultiva la tierra. ¿Para qué? Es seca, estéril, é incapaz de producir algo conveniente para la nutricion.

Los alrededores de Coranderrk.

Todo es ligero, insustancial, construído provisionalmente. Cuando es necesario atravesar un río, se hace rápidamente una barca, y la barca queda abandonada cuando ha prestado su servicio.

Pueblo egoista en estas condiciones, despojado del cariño hacia el hogar, y por consecuencia de la religion de la familia, sin otras leyes que las leyes naturales y sin otros recursos que los recursos de la casualidad, sólo así se comprende, si es que alguna vez pueden comprenderse estas cosas, la muerte de los hijos ejecutada violentamente para evitarse el cuidado de mantenerlos.

Es preciso, primeramente, impedir el crecimiento de poblacion y mantener éste á un nivel constante, para que la existencia de la tríbu sea ase-

gurada sin que se multipliquen los esfuerzos; despues, la mujer australiana, con los infinitos quehaceres que la abruman,—llevar su primer hijo y alimentarlo, manejar las armas, construir la tienda y buscar alimentos,—puede apénas atender al cuidado de un segundo hijo y le es absolutamente imposible consagrarse al tercero. Se les mata entónces. Estos desgraciados sucumben á una ley fatal. Ciertas tríbus recurren á medios de otra índole para limitar la poblacion.

En suma, se ve que todo esto se encadena y que, obedeciendo á leyes físicas muchas de estas originalidades de carácter, cualquier raza colocada en idénticas condiciones, llegaría á producir iguales resultados.

William Buckley pasó treinta años entre los australianos sin provocar un solo progreso en la tribu que lo había acogido: léjos de esto, olvidóse de su lengua é hízose al cabo tan salvaje como ellos.

XIX

Partida de Coranderrk.—Healesville.—Fernshaw.—El Blackspur.—El Big-Ben.

Dejemos á los aborígenes para volver á encontrarlos más tarde hacia el Norte, con otros hábitos y otras costumbres, con todo el cortejo inseparable de sus fábulas y sus leyendas singulares.

Había pasado en Coranderrk cuatro días de una existencia tan tranquila y retirada que casi podría llamarse doméstica. Esta bella y numerosa familia, cada uno de cuyos miembros prodigaba su entusiasmo y sus cuidados á séres ingratos, me recordaba una comunidad religiosa y envidiaba la suerte de mis huéspedes. Pero las últimas horas trajeron las últimas confidencias. Y aprendí con ellas, que no era todo color de rosa en el papel de conductor de los pueblos, y que allí donde ménos parecía que pudiera suceder, las revueltas armadas solicitando más altas remuneraciones, las trabas suscitadas por la administracion y hasta las envidias y ambiciones del maestro de escuela, deseoso de suplantar á su superior, venían á resonar y á latir bajo aquel aspecto sencillo de pueblo primitivo, salvaje si se quiere, pero apartado por esta misma consideracion á los ojos de cualquiera, de tales vicios y tal degeneracion de costumbres. Ví la discordia agitar su cabellera de serpiente, la guerra intestina reinar sobre este teatro de *marionettes* como sobre la grande escena del Universo, y comprendí entónces cuán difícil es, mejor dicho, cuán imposible hallar la felicidad en este mundo.

Los alrededores de Coranderrk, algunas leguas á la redonda, son encantadores: no son otra cosa que montañas como las que los ingleses llaman *gullies*, pequeños vallados muy estrechos, valles profundos tapizados de verdura y que son una de las más raras bellezas de la jóven Australia.

Desde Melbourne se hace peregrinacion para visitar estos sitios; la musa colonial los canta y son célebres en toda la colonia de Victoria.

Aquí se halla el lindo pueblo de Healesville, despues Fernshaw y el Blackspur, los cuales he decidido visitar.

El paseo vale bien la pena de ser llevado á cabo. Pasado Healesville, donde un fondista de los más amables me ofrece un vaso de excelente *riesling*, la floresta se trueca en soberbia. Los árboles nudosos se levantan y lanzan atrevidamente en los aires, miéntras que al rededor de ellos se extiende un espeso tapiz de verdura.

El camino, bastante bien cuidado por cierto, se desarrolla en curvas caprichosas en medio de paisajes los más variados: gargantas profundas que frecuenta el pájaro-lira y que atraviesa como una flecha el pájaro-cantor; alturas abruptas donde resuenan los gritos estridentes de los pájaros, el rumor de las cascadas y el murmullo de las aguas; hé aquí una verdadera naturaleza que no habíamos podido sospechar contemplando el escueto aspecto de Melbourne y recorriendo los desiertos fatigosos y monótonos del interior.

Se extienden aquí á lo léjos, bosques deliciosos cuyos árboles entrelazados, dan al conjunto de sus copas aspecto de grupo artístico formado por esmeraldas gigantescas.

Admirando estos diversos puntos de vista, siempre de sorpresa en sorpresa, llegamos á Fernshaw.

Lo primero que salta á la vista es un hotel con

El Berger.

su *bar*. ¿Dónde no habrá *bars* en Australia? Se les encuentra hasta en lo más profundo del desierto, donde se trasforman en *assommoirs* de la más baja esfera, destilando los licores más venenosos. En éste de que hablo, todo va bien y el viejo escoces que nos sirve parece tener en algo la reputacion de su casa.

Él mismo nos hace tomar un caballo de refresco para subir el Blackspur y visitar la region de los grandes árboles.

Inútil parece decir, que estos grandes árboles son eucaliptus ó gomeros blancos. A partir de Fernshaw, y penetrando en la montaña, salta á la vista otra trasformacion: los árboles altos, delgados y lisos forman bosques de ramas apretadas por entre las cuales lucha el sol en atravesar, y en aquel conjunto de brazos blancos no parece sinó que se representa un pueblo solicitando las bondades del cielo, segun que todos los troncos crecen derechos en demanda de la luz. Hay algunos de dos piés de diámetro que alcanzan doscientos de altura.

Donde quiera que encuentro un bello punto de vista coloco mi aparato fotográfico. Y júzguese de las muchas bellezas que me saldrían al paso cuando diga que al regresar á Fernshaw, llevaba mi caja completamente llena de *clichés*.

Pero me había faltado precaucion, y como se dice vulgarmente, había gastado mi pólvora en salvas. Más tarde, y cuando creía haber visto todo lo notable, mi guía me conduce á otra parte de la montaña donde me encuentro con las manos vacías en frente de verdaderos gigantes que me recuerdan los grandes árboles de California.

Son éstos más atrevidos, más elegantes y con un follaje ménos espeso. Los he visto de doce piés de diámetro que alcanzaban más de trescientos de altura y el más grande de todos, el Big-Ben, tenía cincuenta y seis piés de circunferencia por cuatrocientos de elevacion. En este caso, es ciertamente el más grande árbol conocido. Representamos el tronco en una de nuestras láminas, porque sería imposible reproducir el árbol por entero. Se calcula su edad por su crecimiento, que es de un sexto de pulgada, ó sea, poco más de dos milímetros por año, lo que da á este gigante una existencia de dos mil quinientos años.

Los australianos están naturalmente orgullosos de este maravilloso producto de su reino vegetal, y bien pueden estarlo, porque el Big-Ben es en realidad un bellísimo árbol; pero hay otros en el Universo que pueden disputarle la palma en grueso y en altura, y pues que Dios me ha concedido ocasion de verlos, recordaré sus proporciones.

En California los hay de treinta piés de diámetro y trescientos cincuenta de altura; el ahuahuete de Santa María del Tule (especie de ciprés) en la provincia de Oajaca en Méjico, tiene cuarenta piés de diámetro y ciento veinte de altura solamente. Y yo he encontrado y fotografiado en Mohely, en las islas Comores, un baobab que tenía veintiocho piés de diámetro y cincuenta piés sobre el nivel del suelo.

El crecimiento extraordinario de estos árboles viene de su especie más que de las condiciones del suelo en que se desarrolla; no prueba nada la magnitud en beneficio de la feracidad y la fecundidad de la tierra. Plantadlos en otra cualquier parte bajo las mismas latitudes, y alcanzarán con el tiempo iguales dimensiones.

Nosotros tenemos en el Mediodía de Francia eucaliptus de veinte años que tienen más de dos piés de diámetro y sesenta piés de altura, y *sequoías* de veinticinco años, que tienen más de cien piés de altura.

El Big-Beu.

SEGUNDA PARTE

I

De Melbourne á Sydney.—Woodonga.—El Mivoray.—Albury.—La plaga de moscas.

Regresé encantado de aquella expedicion que dejo narrada en páginas anteriores, y haciendo escala en San Huberto, donde debía estrechar la mano de M. Castella, volví á Melbourne y dirigime á Sydney desde este punto.

De Melbourne á Woodonga sobre el Murray, línea fronteriza entre la colonia de Victoria y la Nueva Galles del Sud, la vía férrea es precisamente la que habíamos seguido para llegar á Beechworth y bien saben mis lectores cuán poco hay que señalar de notable por este camino.

Woodonga, último pueblo de Victoria, está colocado sobre la ribera izquierda del Murray, y Albury, sobre la ribera derecha, es la poblacion primera de la Nueva Galles.

De ambas partes hay aduanas establecidas, es decir, trabas para el comercio y enojos para el viajero. ¡Aduanas entre dos colonias hermanas! Es realmente la cosa más extraña que puede imaginarse.

Añadiremos que Victoria es proteccionista, y librecambista la Nueva Galles. . . . . .

. . . . . .

Atravesamos el Murray, el gran río, la gran arteria de Australia, sobre un puente de madera.

Por esta parte el río corre por un lecho sucio y fangoso. Su aspecto no tiene nada del majestuoso deslizarse de un gran río; arrolla sus aguas de color oscuro entre multitud de obstáculos y se pierde en pasadizos estrechos que hacen la navegacion difícil, lenta y costosa. Muchas compañías de trasportes se han fundado en Adelaida; pero todas han hecho malísimo negocio. Son precisos vapores débiles, de quilla aplastada, de poco porte, y áun así no pueden navegar cómodamente sinó en la época de las lluvias.

Con su curso de dos mil kilómetros, el Murray no tendrá sinó seiscientos ú ochocientos en línea recta; una ribera pobre, una especie de largo estanque casi inútil á la navegacion como á la irrigacion por causa de debil pendiente y de su escaso volúmen de aguas. Su verdadero destino es el de servir de abrevadero á los animales de las numerosas estaciones que bordan su curso.

En todo caso, su afluente de derecho, el Darling, de un curso tan largo como el suyo y que riega en el Norte llanuras inmensas y fértiles, podría disputarle el nombre de río, á ménos que el Murrumbidgee, otro afluente sobre la misma ribera, no reclamara para sí toda la importancia que le concede de hecho una carrera de dos mil doscientos kilómetros ántes de arrojarse en el Murray, que en definitiva viene á ser un Mississipí de la clase de pordioseros.

Albury es una pequeña y próspera ciudad de lindas casas con pretensiones monumentales, bellos almacenes y numerosos hoteles. Es aquí donde por vez primera encuentro ante mis ojos uno de estos pesados convoyes tirados por seis bueyes cada uno y que vienen del interior. Es preciso ver con qué habilidad sus conductores les llevan, y con qué formidables chasquidos de látigo hacen retemblar las calles á su entrada en Albury.

Albury es célebre por sus vinos, que son para mi gusto los más detestables del mundo. Vinos alcohólicos y alcoholizados; vinos soportables para los paladares de hierro de los australianos, pero de los cuales deben guardarse los extranjeros como de la peste.

Estos desgraciados cosecheros, con su gusto depravado por los alcoholes, no hacen jamas vinos de mesa, y terminan en impenitencia final.

«No bebáis, no bebáis, me dice el vinatero que me conduce por una bodega, porque mañana tendríais la cabeza pesada como un plomo.»

Le escucho y hago bien, áun cuando no llevo á cabo un sacrificio, porque en realidad no puede darse bebida más abominable.

Cuando estábamos en Victoria, hemos hablado de la plaga de los conejos. En Albury nos hallamos en frente de otra plaga de distinto género, pero de seguro más directamente molesta.

No ataca más que á los individuos, pero os aseguro que de terrible manera. Se trata de una mosca: he dicho de una mosca, pero es de millares y millares de moscas de lo que quiero hablaros.

Y bien hubiéramos si fuera la mosca ordinaria á la cual se asemeja y de la cual no puede distinguirse á simple vista; pero no, la manera con que os ataca y la sensacion de malestar intenso que se experimenta en la piel al contacto de sus patas, la hacen formar especie aparte.

De otro modo, la rabia con que os atacan, la furia que desplegan invadiendo los ojos, la nariz y la boca de sus víctimas, hacen de dicho animal, no ya un objeto de pasajero malestar como el ocasionado por la mosca ordinaria, sinó una horrible y extremada plaga.

Ponen en devoraros tal encarnizamiento, que, indiferentes á la vida, se dejan matar ántes que soltar su presa y se suceden en tal número, que es absolutamente imposible desembarazarse de ellas.

Por mi parte, puedo decir que encerré mi fisonomía en un grueso pañuelo, convencido de que entretenerse en matarlas era tarea imposible.

Tampoco los naturales del país no salen á la calle sinó provistos de un ligero velillo de seda que les rodea la cabeza, especie de pequeño mosquitero sin el cual la vida se haría absolutamente insoportable.

La feroz condicion de este animalito es de tal naturaleza, que se han visto tribus indígenas completamente destrozadas por el abominable insecto.

En el momento en que yo llegaba á Albury, se reanudaban los trabajos de la vía férrea de Sydney, que no tardará en estar enteramente abierta al servicio público. Por el pronto, una cómoda diligencia trasporta los viajeros á Wagga-Wagga.

II

La diligencia.—El bush.—Pueblos y hoteles.—Swagmen.—Escenas de embriaguez.—Les folies bergers.—Wagga-Wagga.

Emprendimos nuestra caminata á cosa de media noche. Al amanecer atravesamos, molestados por verdaderas olas de polvo, las florestas vírgenes de la Nueva Galles del Sur.

Cuando digo floresta vírgen, advierto que uso un término convencional, porque la floresta australiana no se asemeja poco ni mucho á lo que entendemos nosotros por floresta. Algun que otro bosque y algun que otro árbol, de tal suerte dispersos por el camino que el carruaje puede caminar sin peligro á galope tendido por cualquier direccion.

La tierra es seca, despojada absolutamente de toda sombra de verdura y los caballos levantan al andar nubes espesas de polvo sofocante. Todo el espacio parece, sin embargo, ocupado: á la floresta, abierta en aquellos rasos puntos donde aparece, se mezclan largas empalizadas, dentro de las cuales se hallan depósitos de hierba para las bestias de los *runs*, en caso de hambre.

Raros pueblos se ven escalonados á lo largo del camino. ¡Pero qué pueblos! Una posada con su correspondiente cantina de bebidas, una escuela y algunas cabañas de miserable apariencia: esto es todo. Pero este aspecto es en realidad engañoso, y bajo él se oculta mucho de felicidad verdadera. Si se penetra en estas modestas casas, se encuentra uno sorprendido á la vista de tapices, muebles, cortinajes blancos, libros... y moscas. ¡Ah, las moscas sobre todo!

Por lo demas, hay aquí lindas señoritas elegantemente vestidas con sus trajes de día de fiesta, sus rostros risueños y sus vestidos cortos.

La comida del meson no es opípara que digamos, pero es suficiente: carne y patatas en abundancia, huevos, pan y té. Si queréis vino ó cerveza, id á la cantina. Pero vale más que no vayáis. Voces brutales y avinagradas, acentos roncos se escapan de aquel lugar, punto de reunion de los tundidores de lana, de los jornaleros de los *runs* ó *bergers*, de los *swagmen* (1), de todos aquellos,

(1) Se llama *Swagmen*, el jornalero que viaja de un punto á otro con un paquete (*Swag*) sobre la espalda.

en una palabra, que vienen á disipar en la cantina del desierto el fruto de muchos meses y algunas veces de un año de trabajo.

La vida de estos hombres es por demas extraña: se asemeja un tanto á la de los marinos, que largo tiempo privados de toda expansion, una vez en tierra se consagran á todos los excesos. Estos han estado áun más separados de los hombres que el marinero, aislados en la inmensidad y privados, gracias á los reglamentos severos de las *estaciones*, de toda bebida fermentada, y cuenta que la bebida fermentada es su pasion más delirante.

Su vida se desliza en calma pacífica, pero de una monotonía desesperante, y la especie de monomanía que les arrastra á la embriaguez, alcanza al cabo un límite intolerable. Durante esta especie de destierro, su jornal se aumenta y su sed de gustar más tarde el fruto de tanto desvelo, se hace más intensa de día en día, hasta el momento en que, sacudiendo el yugo, caen sobre estos placeres tan largo tiempo deseados.

Se reunen entónces y viajan en compañía, los bolsillos llenos, encontrando un paraíso en cada lugar donde se detienen. Aperciben la humilde cantina del pueblo, y deciden hacer una corta parada. ¿Han de contentarse con descansar únicamente? Es todavía un problema: las piezas de oro que suenan en sus bolsillos, deben brillar sobre un teatro más grande.

Pero entre tanto, es bueno reposar un instante, y nuestros hombres, agrupados bajo un árbol, á la puerta de la cantina, gozan con las delicias de este primer descanso tan ardientemente deseado.

Pero hablar sin beber y permanecer mano sobre mano á la puerta de la taberna, es casi una injuria. Las gargantas se secan, hace calor; ¿qué partido tomar? ¿Se pide té? ¡Ah! té maldito, detestable bebida con la cual durante tantos meses llenaron sus estómagos. ¡Té! No, amigos míos, pidamos á este buen hombre una botella de cognac.

¡Una botella de cognac y son ocho! Eso vale tanto como arrojar á la mar un grano de arena.

El tabernero trae la botella sonriendo: conoce á estos hombres, sus débiles resoluciones y sus indomables apetitos.

Ofrece un vaso á uno: «A vuestra salud», dice. Y lo bebe; pero como el tabernero ha tenido buen cuidado de escoger su licor más exquisito, el bebedor lo encuentra bueno.

Las lenguas chocan, los ojos se alumbran: positivamente es bueno.

—¡Pardiez! Este cognac es bueno. ¿Qué piensas tú, Jack? ¿Y tú, Dick? ¿Y tú, Mike?

—Es bueno, muy bueno.

—¿Cuánto vale tu cognac, amigo?

—Mi cognac no se vende, lo ofrezco,—responde el tabernero.

—¡Al diablo tu generosidad, tu cognac y tu ridícula persona! ¿Nos tomas por miserables que no tengamos un céntimo? Sabe para tu gobierno, buen hombre, que haremos retemblar las calles de Albury con el choque de nuestros vasos.

—Sea, hijos mios, sea. Pero ántes de separarnos, gustar un aguardiente más dulce que la miel y más fino que una lámina de acero.

—Basta de historias,—replica uno de ellos;—una política arrastra otra; trae tu botella y juzgaremos.

Y la botella es traida, saboreada, bebida, encontrada perfecta.

—Basta,—dice Jack,—el líquido es bueno; pero es preciso algo más sólido. Tomaremos una friolera y partiremos en seguida.

—¿Qué cosa puedes ofrecernos de comer?

—Un hermoso barril de anchoas, fresco, llegado de ayer.

—¡Vaya por el barril de anchoas!

Se abandona el árbol por el interior de la casa y allí toman asiento al rededor de la mesa.

Pero el barril de anchoas está salado; el tabernero lo sabe bien y no se le oculta cuánto vino ha de pedir la sal. Su objeto se logra y la partida queda aplazada para el siguiente día.

Despues viene la comida y con la comida nuevas é indispensables libaciones. Las cartas se mezclan al vino y ya se hace completa la orgía.

La mañana y el día siguientes, nuevos dispendios; derroches inútiles, mescolanzas sin nombre.

Estos desgraciados pasan del cognac al Burdeos, del ron al champagne. Recurren siempre al licor más fuerte. Porque sus paladares abrasados como están y ávidos de emociones, necesitan un reactivo poderoso que siquiera momentáneamente les devuelva un resto de placer.

Reducidos bien pronto al estado de brutos, la faz inyectada, los ojos vacilantes, caen al suelo en vergonzosa confusion. Masa de vicio de donde se escapan exclamaciones roncas y blasfemias sin nombre.

. . . . . .

Entre los tipos curiosos que Australia presenta, hay uno que en realidad merece párrafo aparte: me refiero al *berger*.

Este paquete se compone de una manta donde van envueltos diversos objetos menudos, y un par de botas de repuesto.—N. del A.

Su género de vida en el desierto, el aislamiento, la soledad, le disponen á los ataques de la locura bajo distintas formas. Los casos son raros en los condados ya poblados de la colonia de Victoria, pero muy frecuentes en los *runs* alejados de la Nueva Galles del Sur.

Allí, encontráis á menudo hombres ya viejos, de cabeza calva ó cabellos blancos como la espuma, con perfil de carnero, porque al cabo terminan por asemejarse al rebaño que guardan. Llevan por toda vestidura algunos despojos de traje tirados sobre la espalda, y con un baston en la mano, errantes los ojos y agachada la cabeza, así caminan murmurando por lo bajo palabras incomprensibles.

Si queréis hablarles, se detienen, fijan en vosotros sus grandes ojos espantados y huyen hasta penetrar en el bosque sin que podáis arrancarles una sola palabra.

Estos hombres evitan generalmente la sociedad de sus semejantes, y eso que algunas veces aparecen en los lugares concurridos.

A menudo desaparecen sin que se pueda seguir las trazas de su camino, y sólo despues de largo tiempo, se les halla en algun lugar oculto, algunas veces agonizantes, sin auxilio de nadie, la mayoría de ellos convertidos en esqueleto.

¡Qué vida en efecto la del *Berger*! El pobre miserable nace condenado á vivir solo, siempre solo. Una vez encerrado su rebaño, no tiene mujer que le guarde al amor del hogar y endulce sus fatigas y sueñe con él para el porvenir; ni hay niño que le espere con los brazos abiertos á la puerta de la cabaña; ni rubias cabecitas que le den la bienvenida..... ¡Qué triste es todo esto! El desdichado no parte con nadie su cabaña solitaria, ni tiene oreja amiga á quien contar sus penas, ni nadie á quien confiar sus sueños, sus visiones extrañas, especie de espejo moral evocado por el desierto.

¡Qué existencia! Si abandona su soledad, un más grande peligro le espera, porque su carrera terminará más presto ó más tarde en la taberna, donde el tabernero pervertirá cuanto le reste de razon por las abominables bebidas con que sabrá embriagarlo.

Despues, una vez su razon perdida, su bolsa vacía, no tendrá otro recurso que regresar á sus bosques y morir allí olvidado de todos, despreciado del mundo, sin dejar una afeccion, sin ocasionar una lágrima.

. . . . . .

Proseguimos nuestro camino, felices por lo que á mí toca, de haber escapado á las revueltas escenas de que acabábamos de ser testigos.

La floresta sucede á la floresta sin accidente de ninguna especie; nuevos bosques, nuevas cantinas, nuevos pueblos copia de los precedentes; campos de trigo, bestias pastando una hierba imposible de hallar; un hombre á caballo, el encuentro de una diligencia, á veces un inmenso rebaño agrupado á la sombra de un árbol, y esto es todo.

Llegamos por fin á Wagga-Wagga á las tres de la tarde, con tiempo bastante para lanzar una ojeada sobre una de las más lindas ciudades de la colonia y para examinar la corriente del Murrumbidgee, afluente tortuoso pero importante del Murray.

Entretenidos en estos quehaceres aguardamos hasta las cinco, hora en que se puso en marcha el tren, que al siguiente día, á buena hora y sin ningun contratiempo, nos depositaba en la estacion de Sydney.

III (1)

Mágica bahía.—Los misioneros franceses.—Encanto y distincion de la sociedad.—Botany-Bay y recuerdos de la Perouse.—Penados é inmigrantes.—Escuelas.—Las montañas azules.

Port-Jackson cuenta treinta y seis bahías abiertas en la bahía general y varias de ellas penetran hasta doce leguas tierra adentro; las costas son en extremo pintorescas, ora con buques, ora con rocas, mostrando alternativamente una naturaleza salvaje ó hermosos jardines con elegantes quintas y con infinidad de flores naturales que formando praderas se extienden hasta la misma

(1) Este capítulo, que no figura en la obra de M. Charnay, pertenece á los diarios de viaje del conde de Beauvoir. En algunos puntos he usado de la castiza traduccion que de la interesante obra de M. Beauvoir hizo poco ántes de su desdichada muerte mi infortunado amigo Javier Galvete.—N. del T.

espuma de las olas; en el fondo de este hermoso lago, en la ribera meridional está construída la ciudad de Sidney.

Su emplazamiento es una especie de península que pudiera compararse á una mano avanzando por medio de la bahía, pues en efecto, cinco grandes promontorios que tienen exactamente la forma de dedos algo separados, constituyen la parte principal de la ciudad, y por esto mismo es tan original; las calles que tienen la direccion de Este á Oeste, terminan por cada punta en un puerto; desde el sitio más elevado de una calle se ve un puerto al pié, y al otro lado nuevas casas, y por detras de esas casas los mástiles de buques anclados en un segundo puerto; es la situacion más bonita que pueda imaginarse. Cerca de nosotros, ¡qué quintas tan hermosas rodeadas de naranjos y avellanos en flor! Seguimos siempre la cresta de las montañas; esto nos aleja de los caminos y de los *cottages*; nuestra vista abarca más espacio y juzgamos muy bien el conjunto. ¡Qué agua tan azul, allá abajo, en el fondo! ¡Qué de sombríos desfiladeros y qué promontorios cubiertos de verdura! Aquí en lo alto, bajo un sol de primavera, las flores están abiertas y brillan con matutina frescura y asombrosa abundancia entre las altas hierbas á traves de las cuales corren los lagartos; hierbas y flores suben hasta el pecho de nuestros caballos y nada más encantador que ver galopar por este sitio á nuestras parejas de caballeros y amazonas; éstas visten trajes gris, perla ó celeste claro, con largos velos azules y blancos.

Despues de atravesar un espeso bosque de alcanforeros, bambúes y palmeras, llegamos á un peñon, debajo del cual se extiende un brazo de mar; bajamos por entre las rocas, y avanzando hasta una punta vemos á la derecha Port-Jackson y á la izquierda la entrada de otra bahía que parece tambien muy grande; es Middle-Harbour. El gobernador había enviado por delante dos chalupas y una balsa, y en tres viajes toda la cabalgata pasó á la otra orilla; dos horas despues llegamos á la playa del mar libre, en el sitio llamado Long-Reef, donde una fuerte racha Sudeste estrella las olas contra los arrecifes.

Entrada ya la noche, tomamos la vuelta de la ciudad; pero la noche es tan clara, las montañas cubiertas de flores exhalan un perfume tan delicioso, ábrense á traves de los árboles tan poéticas perspectivas sobre las aguas de la bahía, reflejan como un espejo las brillantes constelaciones del hemisferio austral, que cuando muy avanzada me apeé en Sidney creí estar soñando.

. . . . . .

Durante tres semanas de actividad devorante en una tierra donde todo nos era fácil, donde todo nos encantaba, hemos bendecido á cada hora la fortuna que nos trajo por aquí. Al día siguiente de nuestra cabalgata, nos embarcamos en un vaporcito para remontar el río Paramatta. Planteles de naranjos y magníficos sembrados entre escarpadas peñas y verdes bosques, alegran las pintorescas orillas y las límpidas aguas de su curso sinuoso. Solamente el sol, que sin duda es muy bueno para los naranjos, empieza á parecernos demasiado ardoroso; ¡pero da tanta vida al paisaje!

Muy luégo, en el punto donde el río se estrecha entre rocas, pasamos á un bote conducido por ocho jóvenes insulares de Samoa, de color amarillento, que reman vigorosamente, y nos desembarcan en el fondo de una bahía retirada, en la cual ondea el pabellon tricolor.

Allí se halla la *Montaña de los Cazadores*, morada de los misioneros Maristas, rincon frances donde se han agrupado algunos compatriotas nuestros.

Grande es la animacion y el cordial recibimiento que se nos hace. El obispo de las islas de los Navegadores, de paso en la mision, nos recibe con los brazos abiertos y nos proporciona un triste espectáculo.

Es la hora de la puesta del sol; en la alta explanada natural, desde donde la vista se extiende á un lado por la lejana bahía de formas caprichosas, y al otro sobre las purpúreas siluetas de las *Montañas azules*, se adelantan unos jóvenes oceánicos con los trajes de sus islas, tocado de plumas y cinturon á bandas de variados colores, ejecutan un lánguido baile de rara cadencia, y luégo se agrupan y ponen en cuclillas formando rueda al rededor de una gran vasija sostenida por un trípode de fantástico dibujo, y preparan el *kaava*, licor nacional.

El *kaava* es una raíz blanca, nudosa, de gusto fuerte y picante; la cortan en pedacitos, la mascan y la trituran, llenándose la boca hasta no poder más; diríase que tienen una naranja en cada carrillo; con toda formalidad siguen mascando hasta formar una bola bien compacta, que escupen *elegantemente* á la mano derecha, y en seguida la echan en la vasija que contiene un poco de agua. Hay entónces un momento de gran júbilo para los marmitones de Upolu y Tongatabu; baten rápidamente todas las bolitas en el agua como se baten los huevos en un plato, en pocos momentos el licor hace espuma y toma un lindo color dorado; terminada la confeccion, los indí-

genas nos presentan copas de coco labrado bien llenas de brebaje, y... ¡y lo bebemos! Yo creí que iba á tomar una medicina; pero me quedé admirado de encontrar un gusto picante y más bien agradable al primer trago; al segundo me causó un sacudimiento capaz de dejar nacer los cabellos á un calvo, y ¡ojalá que me aproveche!

Nos dicen que el *kaava* emborracha, y que ese brebaje trastorna todas las cabezas del Tongatabu.

Por mi parte aconsejaría al establecimiento que enseñe la cocina francesa á los jóvenes catecúmenos, exhortándolos á no emplear preferentemente la masticacion preliminar y la salsa salivosa.

He recogido una raíz de *kaava*, útil para una docena lo ménos de grogs.

Los misioneros nos dan pormenores asombrosos de su vida en estas islas salvajes, donde una hoja es traje completo, y un pez sirve de calendario. En efecto, el año no tiene para ellos más que seis meses, y el día en que empieza está marcado por la aparicion de un pececillo de forma extraordinaria que llaman *Palolo* y que ofrece la particularidad de presentarse solamente á intervalos regulares. Ese pez cronómetro me inspira cierta duda... pero me ha contado su historia el mismísimo monseñor Elloy, del archipiélago de la Sociedad.

Vivir en cabañas de hojas, alimentarse de cocos, maiz y gallinas chiquitas, evangelizar á los indígenas más bárbaros de tribus que andan en cueros, todo eso hacen los misioneros, cuyos continuos sustos nos refirió el padre Saage: cuando una tribu les cobra cariño corren peligro de ser devorados por la tribu vecina.

¡Pero qué almas tan deliciosamente cándidas las de esos insulares! Ejemplo la famosa historia ocurrida entre ellos, de un misionero que quería abolir la poligamia: al separse de un jefe hízole prometer que despediría á todas sus mujeres, exceptuando á una sola. Seis meses despues vuelve y encuentra al jefe solo con su mujer legítima: el misionero está contentísimo de haber logrado tal triunfo, y en su conversacion con el neófito pregunta incidentalmente qué se ha hecho de las otras mujeres... «¡Pues me las he comido!» contesta ingenuamente el jefe. ¡Triste fin de las tiernas esposas!

Pero la vida de Sydney nos recordó muy luégo la imágen de Europa, y á tantos miles de leguas de Paris, una recepcion tan elegante y espléndida como pudiera serlo en Francia, me maravilló en gran manera. Hermoso es el día de la semana que hay *corte* en *Government House* y en que toda la sociedad de Sydney acude en riquísimos trenes, carruajes de gran lujo, con lacayos de empolvada peluca á los jardines del palacio.

Ocupan esos jardines un lindo promontorio bañado por el mar, resplandeciente con las flores de los trópicos, que contrastan con algunos árboles de Europa. El palacio mismo, edificado á estilo gótico, domina la bahía como una ciudadela y sus salones de recepcion son dignos de un rey. Apénas llegados, habíamos ido á expresar nuestra gratitud y respeto á lady Young, que recibió tambien regiamente al infortunado príncipe de Condé y le asistió como una madre hasta su muerte.

Casi todos los días, por la mañana ó por la noche, hemos sido agasajados en ese palacio, cuya dueña cuidaba de reunir todo lo que podía interesar á los tres viajeros franceses. Encantadoras fueron, sobre todo, las grandes recepciones de día, que prolongó en honor del príncipe, aunque la *season* había terminado.

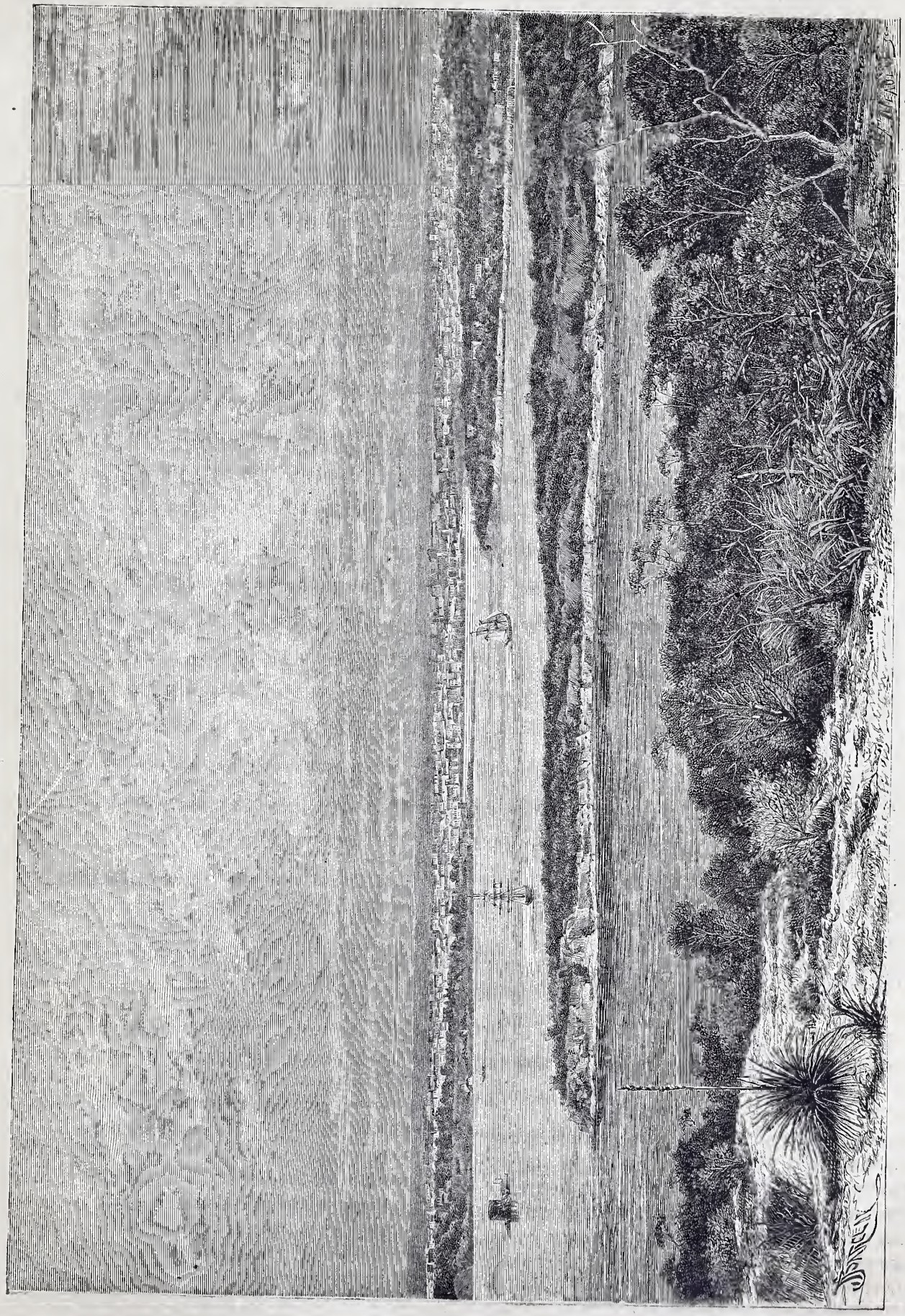
La música militar alegraba los jardines, donde se reunían doscientas ó trescientas personas.

Las jóvenes iban y venían de los salones á la *pelouse*, como en las *mañanas* de la *high life* de Lóndres, ostentando trajes procedentes de Mesdames Soinard y Barenne, de Paris (y áun creo haber oido pronunciar el nombre de Worth), y formando la unidad más amable, alegre y graciosa que se pueda imaginar.

Melbourne es la ciudad del oro, de los *clubs*, de la democracia y de los grandes negocios; Hobart, una hospitalaria *county-town*; Sydney, con todo el sello *gentleman* de Inglaterra, con la amable expansion criolla, con un cielo casi tropical y una vegetacion casi toda de flores, es la ciudad de la *high life*, de la sociedad aristocrática que goza sus riquezas y todos los encantos del mundo elegante.

¡Qué contraste entre esta ciudad de 100.000 habitantes, con teatros, bibliotecas, calles animadas y algunas de ellas como Pitt-street y George-street, llenas de tiendas de un extremo al otro, con multitud de ómnibus y coches elegantes; qué contraste entre todos los efectos de una civilizacion asombrosa y el salvaje aspecto de *Botany-Bay*, donde desembarcaron los fundadores de Sydney!

Hemos ido á ver esa célebre bahía. Hicimos el camino en dos horas á caballo: está separada de Port-Jackson por colinas de arena que parecen una lengüeta de desierto entre dos oasis de flores. Cuando el capitan Cook descubrió, en 1770, las



Vista general de Sydney.

costas orientales de Nueva-Holanda, hizo notar su asombro al contemplar una flora tan abundante, dando á la bahía el nombre de Botany.

En efecto, no podrá jamas imaginarse un parterre natural mejor esmaltado por los más delicados y vivos colores; y esto en el espacio de muchas leguas.

Nuestros caballos, al galopar, rompen ramas con penachos de escarlata; el perfume es tan fuerte que nos trastorna la cabeza y oprime las sienes; atravesamos un bosque magnífico, todo de flores. En un promontorio está erigido el monumento de La Perouse; una columna de 20 piés de alto sostiene una esfera de bronce, y tiene en el zócalo esta inscripcion:

ESTE LUGAR, VISITADO EN 1788 POR M. DE LA PEROUSE, ES EL POSTRERO DE DONDE ENVIÓ NOTICIAS SUYAS.

Y más abajo:

Monumento elevado en nombre de Francia por M.M. de Bongainville y Du Camper, capitanes de la fragata Tétis *y de la corbeta* Esperanza, *ancladas en Port-Jackson en* 1825.

A unos 200 metros en direccion á la playa, bajo hermosos árboles, hállase la tumba del padre Receveur, físico de la expedicion de La Perouse, muerto en la bahía durante la permanencia de los buques franceses; sobre su piedra tumular han grabado la inscripcion siguiente:

HIC JACET LE RECEVEUR. EX FF. MINORIBUS,
GALLAE SACERDOS.
PHISICUS IN CIRCUMNAVIGATIONE MUNDI,
DUCE DE LA PEROUSE, OBIIT DIE 17 FEB. 1788.

Parece que la primera tumba, construída por la tripulacion del *Astrolabio*, fué destruída por los indígenas; el gobernador Philipp hizo grabar sobre una plancha de bronce la inscripcion que acabo de reproducir, y la mandó clavar en un árbol vecino, de donde salió luégo para reconstruír el monumento.

Por una curiosa coincidencia, los dos buques de La Perouse entraban en la bahía precisamente cuando la division del gobernador Philipp salía de allí para pasar á establecerse en Port-Jackson.

Esa es la primera página de las colonias australianas.

En Mayo de 1787 partió de Inglaterra la escuadra de 11 buques que conducía á una tierra, cuyos contornos solamente habían sido descubiertos por los navegantes, á una tierra habitada todavía por antropófagos, el primer núcleo de civilizacion que tan brillantes frutos ha dado, y que debía formar un poderoso imperio.

De las 1.118 personas que caminaban bajo el mando del gobernador Philipp, 850 eran penados, á saber: 600 hombres y 250 mujeres; el resto se componía de los oficiales y soldados encargados de custodiar este paraje.

El 18 de Enero de 1788, al cabo de ocho meses, ancló la escuadra en Botany-Bay; siete días despues, habiendo descubierto el gobernador la magnífica bahía de Port-Jackson, trasladó á ella la naciente colonia.

En ménos de ochenta años, aquellas primeras cabañas han sido reemplazadas por una ciudad verdaderamente magnífica, y aquel sitio de deportacion se ha trasformado en una colonia de 411.000 habitantes, que ha sido la cuna de las colonias vecinas, sus satélites por largo tiempo. ¡Juntos todos forman hoy un total de 1.500.000 blancos, cuyo comercio se eleva á más de 150 millones de francos!

La miseria y la condicion impura de los primeros *pionniers* han desaparecido bajo la marca invasora de una emigracion pura, laboriosa y honrada, como lo es la inmigracion inglesa, que lleva consigo sus instituciones, religion, costumbres y toda la patria moral. Si vuelvo á Europa, pondré empeño en una cosa: contribuír á lavar á Nueva Gales del Sur de la mancha que á los ojos de Europa tiene por su orígen impuro, mancha debida á que la historia sólo ha narrado los años de la deportacion. Pero la ignorancia pública, engañada por tales recuerdos, nó ha levantado el antiguo velo del *convictism* que hoy le oculta una sociedad sana que vive de nuestra vida, y que tan luégo como se encontró fuerte, rechazó fuera de sus aguas á los buques de deportados, y conquistó el terreno para el triunfo de su comercio, para la seguridad de su vida privada, y para el fondo de honradez por el que se iguala á cualquier ciudad de Inglaterra, siendo tanto más celosa de guardar su honor, cuanto mayor es la inclinacion á dudar de él.

En las recepciones del palacio y de todas estas

casas elegantes, donde familias respetabilísimas y á menudo pertenecientes á la nobleza inglesa, nos, daban fiestas como no las he visto sinó en los renombrados *chateaux* de Inglaterra, amables personas, nacidas y educadas aquí, solían decirme en correcto frances: «Nuestros compatriotas de Europa nos creen alojados en cabañas y servidos por negros y penados; os suponen armados de revólvers, llenos de temor por vuestro dinero, y tan poco enterados están de lo que son nuestras ciudades que escriben á menudo en el sobre de una carta: *Tasmania in New-Zealand ó Melbourne in New-South-Wales*». Comprendo que todo eso los exaspere.

Mucho he corrido en tres semanas, procurando darme cuenta de todo y creyendo, á pesar de tantos encantos, que en la sucesion de espectáculos que presentan una ciudad activa y sus alrededores, en la lectura de los numerosos periódicos que aquí se publican, surgiría al cabo alguna reminiscencia de las deportaciones. Pues bien, siempre he hallado los caractéres distintivos de una socie-

Los gomeros de Blackpur.

dad que quiere á toda costa permanecer pura de toda mancha, y cuya enérgica marcha ha rechazado los penados á las islas vecinas y á los bosques del interior, donde viven ocultos y aislados, desmontando y cultivando tierras y enriqueciéndose.

Un solo recuerdo de los orígenes se me presentó. Me han referido que en uno de los pilares que sostienen el escenario del gran teatro de Victoria, estuvo hasta poco há grabado el prólogo de la primera comedia que se representó en Australia. Era en 1796, ocho años despues del desembarco: no había allí entónces más que los penados y la guarnicion. El gobernador permitió á los primeros que abriesen un teatro en recuerdo de la madre patria, y el 16 de Enero hubo un estreno en Sidney. Lo curioso del caso es que la entrada costaba un *shelling*, pagadero en metálico, *harina*, *carne* ó *vino*.

Esto sólo pintaría á la concurrencia, si el prólogo, compuesto por un improvisado poeta, antiguo *pickpocket* de Lóndres, no fuese ademas de

un carácter único en el mundo. «Sin mucho brillo ni redobles de tambores, franqueando los inmensos mares, llegamos de climas lejanos. Como verdaderos patriotas, entiéndase bien, por el bien de nuestra patria hemos abandonado su suelo... y nadie dudará que nuestra emigracion ha sido estimada como muy provechosa al pueblo ingles...»

Ese *memento* del año 1796, única huella encontrada en un sótano de un tiempo que pasó, huella tan contraria á todo el aspecto amable y puro de la sociedad actual de Sidney, me ha sorprendido como un contraste que ensancha el pensamiento: es una fiel reproduccion de la verdad.

Lo que queda de las deportaciones está en el sótano, en la oscuridad, oculto á las miradas de todos, en sitios adonde nadie va; no sólo está debajo del escenario, sinó que ademas ha caido el telon.

Pero ya vuelve á levantarse y todas las butacas, todos los palcos están ocupados, bajo la luz de una brillantísima araña, por esa sociedad inglesa, elegante, rica, instruída y dichosa. Oficiales, segundones de familias nobles, lores, magistrados, grandes propietarios que aman esta tierra, que han establecido en ella su *home* y hecho su significacion política, que prefieren su vida campestre y el espacio de sus vastas posesiones á la vida más estrecha de Inglaterra, pero que han venido todos aquí con un nombre tan puro como lo exige el honor británico: tal es la concurrencia, tal es la Sydney de hoy.

Pues bien, muchos espíritus de Europa, limitados por el velo de la ignorancia, sólo conocen los datos de la deportacion; yo mismo, ántes de mi viaje, sólo he oído hablar de la oscuridad del sótano.

Ahora he visto por mis propios ojos cómo ha desaparecido bajo tierra el corto número de la emigracion primitiva, cómo han bajado las heces al fondo del agua limpia, dejando plaza á 400.000 personas honradas que han traído aquí, con su honradez, su fortuna ó la energía suficiente para crearla; ¡de ahí el gran espectáculo que para nosotros se desarrolla en toda su belleza, en plena luz y en plena libertad! No estaré contento si no he cumplido mi deber, rindiendo homenaje á la sociedad de Sydney, que no es conocida, y para la cual somos involuntariamente injustos.

De los beneficios de ese órden moral brota naturalmente la prosperidad material de la colonia: en ella el movimiento es inmenso. Cada día entran y salen en la bahía ocho ó diez vapores: de media en media hora los *ferry-boats* de vapor cruzan las pequeñas ensenadas que separan la ciudad de los arrabales; los muelles están guarnecidos de una doble fila de buques, y muchos de 1.500 y 1.800 toneladas; los bancos, los hospitales, las escuelas, las iglesias (una de ellas catedral verdaderamente magnífica), se han multiplicado con esa prodigalidad de la raza sajona, que no retrocede ante ningun sacrificio.

Cuatro millones se reunieron, mitad por las *voluntary contributions* de la munificencia privada, y mitad por el Estado, para la construccion del colegio católico de San Juan, que es grandioso, y la de la Universidad anglicana, cuya Hall recuerda la de Westminster.

Más de 34.000 niños reciben en las escuelas primarias nacionales y en los establecimientos superiores de la colonia una instruccion que cuesta al Estado 1.600.000 francos anuales.

Esto no es más que un ejemplo: los principales personajes nos han hecho ver cada día, varios de esos establecimientos, y cuando salíamos entristecidos por la vista de algunas amputaciones en los hospitales, y entrábamos en algun colegio, cuyos gastados bancos y anfiteatros me recordaban mi vida pasada, los alegres *cheer* de setecientos alumnos, para los cuales obtenía nuestra visita un día de asueto, dábanme ganas de brincar con ellos...

Por un momento quisimos desempaquetar nuestras escopetas y hacer una nueva correría por el interior; pero como precisamente nos aconsejaban que recorriésemos el Sur hacia el Murray, donde ya habíamos estado, cuando atravesamos toda la colonia Victoria, y por consiguiente sólo hubiéramos visto los mismos carneros, las mismas estaciones y los mismos kanguróos, hemos renunciado sin pena á ese propósito, prefiriendo tomarnos una buena racion de vida civilizada.

Cierto día, despues de un baile soberbio en la ciudad, á las cuatro y media de la mañana, nos lleva el primer ministro M. Martin al *State wagon* de un tren especial en la línea que sube hasta las Montañas Azules. Durante la primera hora, los sembrados llenos se extienden hasta perderse de vista por el paisaje. «Se necesitarían dos veces más brazos para la agricultura, nos decía todo el mundo, pues en resumidas cuentas importamos cereales por valor de siete millones y medio de francos; la colonia produce 163 litros y medio de trigo por habitante, y el consumo es de 254 litros y medio». Pero como esta tierra alimenta rebaños de carneros, cuya sola lana exportada produce más de 28 millones de francos por año, todavía deben tenerse por muy felices.

Apénas nacidas las colonias de Australia, sólo sueñan en producir para exportar miles de millones, miéntras que nuestras colonias sólo deben producir lo bastante para sus propias necesidades.

Las locomotoras, recorriendo diversas líneas, no tardaron en expulsar á las tribus aborígenes, pero les quedaban como refugio las Montañas Azules; hétenos aquí delante de ellas y vamos á franquearlas.

Al pié de esta cordillera serpentea el Warragamba ó Nepean, profundo y ancho río. M. Martin había enviado anticipadamente un bote con seis hombres de la marina real; remontamos con rapidez el río. Primero pudimos creernos en el Escalda, por lo bajas que son las riberas y llano el país; luégo una gran plantacion de naranjos distrae la vista y nos recuerda á Italia; en seguida, sin transicion, pasamos de la llanura á una profunda garganta de 220 metros de ancho, en las primeras ramificaciones de las Montañas Azules; esto semeja un valle del Rhin, sitio sombrío y austero.

La montaña ha sido partida en dos pedazos por alguna revolucion subterránea; la cortadura tiene 500 piés de alto, y las inflexiones de la antigua cúspide se corresponden en las alturas que nos dominan á derecha é izquierda; hay rocas que parecen colgadas de un hilo y da miedo mirarlas.

Desprendimientos recientes han arrancado los árboles en ciertos sitios y sus troncos enlazados por plantas trepadoras, suspendidos por las raíces, cuelgan como racimos de las rocas, cuyos intersticios son verdaderos paraísos de orquídeas; nunca he visto tantas variedades de ellas, casándose unas con otras desde lo alto de la montaña hasta la superficie de esta agua azul, cubriendo las orillas como una colgadura natural de las lianas.

Este es un sitio raro, y tanto más sorprendente cuanto que el carácter general de Australia es la pradera llana y sin límites.

A eso de mediodía, despues de cuatro horas de navegacion pintoresca, en que algunas veces los troncos arrasados por la corriente venían á chocar con nuestro bote, aderezamos el almuerzo en una roca, y por fortuna teníamos algo más que comer que orquídeas; los marineros no encuentran dificultades en hacer de leñadores y cocineros; ¡por un poco nos hubieran prendido el bosque!

La corriente nos hizo volver muy deprisa á nuestro punto de partida, Penrith, que era hasta hoy el *terminus* del ferro-carril.

Allí un segundo tren especial llega con el gobernador y con unas cuantas señoras y señoritas de Sidney; vamos á inaugurar el puente de hierro (200 metros y tres pilares construídos sobre el río) y la línea que trepa por las Montañas Azules para unir á Bathurst con Sidney.

Trepar es la palabra, pues vemos una serie de viaductos en zig-zas hechos de sólida mampostería, y de terraplenes abiertos en la escarpadura y elevándose por grados hasta el punto culminante de la primera montaña que nos hace cara, es decir, hasta 3.775 piés por cima de nosotros.

La pendiente es de tres metros por 100 (1), y el término medio del coste 187.500 francos por kilómetro.

Nada más agradable que subir así hasta una cumbre en trayecto de 112 kilómetros, con muy alegre y elegante compañía en un principio y luégo de un modo muy extraño.

La línea férrea no puede rodear las peñas ni aprovechar los desfiladeros; ataca el flanco de la montaña por medio de terraplenes y curvas, aplicándose á él como una escala; subimos máquina avante por espacio de un kilómetro, nos detuvimos un minuto en una curva; gracias á un cambio de agujas, y llevando máquina atras subimos igual distancia en sentido inverso, y así sucesivamente.

Muy luégo vemos la serie de terraplenes superpuestos por los cuales hemos pasado y que se cortan todos oblicuamente en ángulo de cuarto.

Nos habíamos elevado por viaductos paralelos de dos en dos, estando el punto extremo del tercero, por ejemplo, 90 metros más alto que el nacimiento del primero. Estábamos en la cumbre dominando en una extension inmensa la llanura toda cultivada que se perdía en un lejano horizonte.

Dentro de algunos meses la línea estará concluída hasta Bathurst; ya el trabajo es más fácil.

¡Pero qué pueblo éste! A pesar de una cadena de montañas que presentan una abrupta pendiente de 3.775 piés de alto, quieren unir con Sydney una ciudad de 4.000 habitantes, y al punto hacen un ferro-carril, trabajos de arte, grandes gastos; ¡nunca vacilan! A tal precio, esa ciudad de 4.000 almas será dentro de diez años un centro de 20.000 habitantes, y toda una comarca nueva, improductiva hasta hoy, se abrirá para muchos miles de carneros. ¡Y, sin embargo, tienen que traer el hierro de Inglaterra!

Al caer la noche volvemos á Sydney, muy con-

(1) Y á veces de una trigésima parte.

tentos de haber visto tantas cosas en veinticuatro horas y habiendo recorrido unos 200 kilómetros y tomado parte en los *lunchs* y bailes inseparables de toda inauguracion inglesa.

El sábado y el domingo siguientes fuímos á Mauley y Watson's Bay: aquí tenemos el faro de la entrada de Port-Jackson, el mar libre ruge al pié de la negra roca en que se alza y desde la cumbre alcanza muy léjos la vista: tiene 350 piés de altura y forma una bóveda que nos impide ver su base y da vértigo. Un horroroso naufragio ocurrió há poco en ese sitio, el del *Dunbar*, que erró la entrada y partiéndose se fué á pique; 340 personas perecieron; dos de los oficiales que nos acompañaban habían sido testigos, por desgracia impotentes, del siniestro y habían visto á tantos infelices que acababan de hacer una navegacion de tres meses, ahogarse luchando con las olas que los estrellaban contra las rocas y los hundían en el abismo.

Mauley-Beach, por el contrario, es una bahía situada en la costa Norte de la entrada y separada del Océano por una angosta lengua de tierra. Nada más risueño que sus pintorescos bosques y sus jardines naturales de flores. Allá van todos los domingos diez ó doce vapores, cargados hasta no poder más, conduciendo á toda la poblacion de Sydney: entónces son los *pique, nique*, los juegos y bailes sobre la hierba. Ya véis que aquí saben sacudirse el rígido fastidio que en semejante día ordena la costumbre de Inglaterra; hora y media emplean los alegres domingueros en volver á la ciudad.

Un *brick-fielder*, huracan del Sudoeste, distrae nuestro regreso. Espesas nubes de arena amarilla oscurecen el cielo y caen sobre nosotros; tenemos una pulgada de polvo en la cubierta y más de un grano en los ojos. Luégo empieza el granizo y la brisa bate la superficie del agua de manera que se cubre con una sábana de blanca espuma ántes que hayan tenido tiempo de formarse las olas. Si no arriásemos á toda prisa, pronto caerían los palos.

Una vez, algunos jóvenes fletaron un *steamer* para mostrarnos todos los preciosos rincones de esta bahía, que no puede ser visitada toda en un año entero que se le consagre; saltamos al agua por cima de las bordas, echamos redes que primero salieron sin pesca alguna y luégo con 200 pescados de un golpe, y hubo risas y bromas en grande.

Otra vez un lindo *yacht*, en que íbamos 17 entre muchachas y muchachos, nos llevó con la brisa de la bahía de Woolloo-moolloo á uno de los más salvajes recodos del rio Parramatta. El bote remontó un canal cubierto de lianas; allí había una oscura gruta cuya entrada cierran unas cuantas tablas. Ante esa puerta primitiva, dos viejos irlandeses, un octogenario y su mujer, fumaban en pipa, rodeados de puercos. ¡Oh, Filemon, oh, Baucis! Cuarenta años hace que viven allí, ocultos como verdaderos salvajes, léjos de todo sendero, de toda habitacion. ¿Debíamos esperar tal espectáculo en el país de las minas de oro?

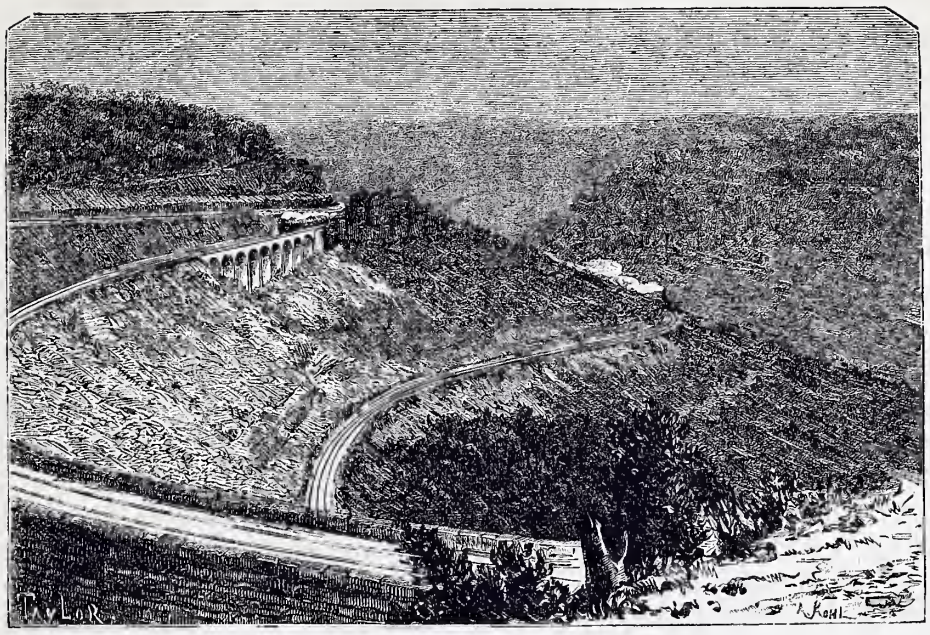
Iba con nosotros el buen Dalley, narrador por excelencia, dibujante y bromista del *Punch and Charivari* de Sydney. Porque tambien tiene Sydney su *Punch* tan ingenioso como el de Lóndres. La conversacion fué chispeante, á pesar de una ráfaga que inclinaba y balanceaba el *yacht* terriblemente, de lo cual no se espantaron las *misses*. Pero bailar en tierra las divertía más y así no se cansaban de festejarnos; pues lo que refiero no es sinó la vida de excursiones que nos arrancaba de vez en cuando á las delicias de la vida mundana de Sydney. Dábannos prisa á que volviésemos y no cesaban los agasajos. Cada noche baile, en que haliábamos la sociedad más brillante; hasta tuve el honor de dirigir un *cotillon*. ¡No todos los días tiene un parisiense ocasion de dirigir cotillones en los antípodas!

De día, muchas amables personas nos convidaban á los juegos campestres en los hermosos jardines que dominan la bahía y que son maravillosos. En la posesion de lady Manning una serie de terrados puestos por escalones, como las casas en el anfiteatro que forma Génova, daba vista desde lo alto sobre las risueñas bahías de Sydney-bove, Tarm-bove y Woolloo-moolloo. Las olas venían á morir en los parterres del jardin botánico, cuyas enramadas y deliciosos paseos no olvidará seguramente ninguno de nuestros oficiales de marina.

Más léjos, toda una encarnada, Slizabeth-Bay, forma casi un lago, y todas sus orillas son un solo jardin.

Allí se encuentra en una posicion única por su belleza la quinta de lady Susaunah Macleay; bambúes y palmeras mézclanse con los helechos arborescentes y con los bosques naturales de azucenas; es el más mágico jardin de la más encantadora y graciosa castellana!

Luégo había tambien un *cottage* frances donde trascurrían las horas muy dulces para nosotros hablando con personas de corazon y talento...



Camino de hierro á zig-zags en las Montañas Azules.

IV

Los hijos del ilustre Mac-Artuhr.—Relaciones con Nueva-Caledonia.—Instituciones y riquezas de Nueva Gales del Sur.

Pero ántes de abandonar la colonia empleamos un día en una excursion histórica y curiosa. Fuimos con el gobernador á 20 leguas de Sydney, á Canden, posesion de los señores Mac-Arthur.

El padre de éstos fué el primero en adivinar que Australia, léjos de limitarse á ser una penitenciaría para los escapados del patíbulo, debía convertirse en una sociedad inglesa y libre, llamada á representar gran papel en el equilibrio del mundo, por su riquezas naturales y por un comercio del que fué iniciador el mismo Mac-Arthur.

Las praderas de Camden están llenas de rebaños y sus colinas de viñedos que, entre paréntesis, producen el mejor vino de Borgoña australiano. Desde un punto de vista mostráronnos el valle donde fueron hallados, despues de cinco años, los primeros animales que la expedicion llevaba vivos. Unos 20 se escaparon, y hasta 1793 nadie volvió á verlos.

Mac-Arthur descubrió en este sitio al rebaño que había nacido de aquéllos, y que en estado salvaje recorría los prados y desafiaba las flechas de los indígenas, los cuales, habiendo comido muchas veces carne humana, querían comparar con ella las chuletas de carnero.

Estaba yo ávido por oir el relato de los hijos del que los australianos llaman *fundador de la prosperidad de Australia.*

A la edad de 20 años, el capitan Mac-Arthur formaba parte del cuerpo de oficiales encargados, en 1788, de mandar las tropas del *Penal settlement* de Botany-Bay

Desembarcado con los penados, testigo de todas las peripecias del primer establecimiento y de las primeras labores que han abierto estas lejanas playas á la civilizacion, pensó desde luégo en la cría de ganados y en la exportacion de lanas.

El pensamiento era atrevido, cuando veía á las tribus negras vivir del asesinato y el pillaje, y cuando no se contaba con más apoyo que el de criminales deportados, los cuales desembarcaban sin recursos.

La distancia que les separaba del país donde había que buscar los animales productores, la falta casi absoluta de comunicaciones para exportar

los productos anuales, parecían obstáculos invencibles. Pero desde 1797 pudo adquirir en el cabo de Buena Esperanza *cinco ovejas y tres carneros* de la raza de merinos; cruzólos con *diez ovejas* de Bengala que obtuvo al mismo tiempo, y resultó una raza cuyo vellon era abundante y que se avenía perfectamente al clima australiano.

Los rápidos progresos, la maravillosa prosperidad de tan modesto rebaño animaron á Mac-Arthur.

En 1803 fué á Inglaterra: su fin era convertir la *tierra del suicidio*, como llamaban entónces á Australia, en una colonia mercantil.

«Habláis de suministrar los medios para tener una miserable existencia de penados, decía á los lores del Consejo privado; creedme, yo os pondré en el mercado de Lóndres más lana de la necesaria para todo el consumo de Inglaterra».

Y como los lores le tratasen de utopista...

«Digo más, añadía, Australia, con su océano de praderas, os enviará más lanas que todos los rebaños de Europa y Asia».

Y para asegurar tan hermoso porvenir, sólo pedía al gobierno cuatro ó cinco buques enteramente cargados de ovejas. Pero como todos los grandes innovadores. fué recibido con sonrisas de desden. Sólo lord Camden le dió alguna esperanza, y obtuvo para él de Jorge III, como cortes regalo, *una* oveja y *nueve* carneros de su rebaño-modelo de Kew. Parece que á la sazon los soberanos tenían el gusto de las granjas modelos, y que, por otra parte, los consejeros privados no eran muy previsores. Rechazado por el gobierno, el jóven oficial fletó él solo un buque y llevó á Sydney, ademas del regalo de la munificencia regia, 400 ovejas sajonas de la más pura raza, compradas á sus expensas.

«En estos prados que nos rodean hasta perderse la vista, nos decían los señores Mac-Arthur, vió nuestro padre prosperar los rebaños que él solo había importado y en los que fundaba tan grandes esperanzas: si hubiera vivido hasta la edad de 97 años, hubiera visto el desarrollo, único en el mundo, de una riqueza, cuyos modestos cimientos fueron creacion suya; hubiese visto lo que véis, no sólo en nuestra colonia, sinó en todas las que han nacido de ella y le han pedido sucesivamente, como á una segunda madre patria, los primeros rebaños».

Lo que vemos, en efecto, son ocho millones de carneros en Nueva Gales del Sur, cerca de nueve millones en Victoria, millon y medio en Tasmania, seis millones en la Australia meridional y otros tantos en Tierra de la Reina.

Esto forma un total de *treinta millones y medio de carneros*, representando un valor de 457.500.000 francos y dando una exportacion anual de 152.500.000 libras de lana por valor de 290.000.000 dé francos.

¿No es asombroso recordar á presencia de esas cifras que en 1823 se vendieron en el mercado de Lóndres por 2.200 francos 12 balas de lana, como primera exportacion de Australia? ¡Hé ahí una obra inglesa, obra de muy pocos años, que dentro de diez se habrá duplicado! ¿Qué será dentro de un siglo, pues que los *squatters* sólo ocupan todavía el litoral de un continente casi tan grande como Europa?

El gobierno de la colonia se ha mostrado agradecido para con el hombre enérgico que tanto hizo por ella. Concediósele en propiedad un territorio en que bailaría de gusto todo un departamento franco.

El más jóven de sus hijos nos ha hecho recorrer la posesion: á un lado corrían y jugaban caballos y yeguas *pur sang*, á otro pacían bueyes por millares y carneros por decenas de millar. Pero en medio de esa verdadera exposicion de animales de raza europea, un ejemplar indígena hizo su aparicion entre la hierba. Era una horrorosa serpiente gris y marron de dos metros de largo; matámosla con entusiasmo y en seguida un negro la enroscó en su palo y la llevó en triunfo.

Segun parece, pertenecía á una de las especies más venenosas de estos parajes.

Hace un mes murió uno de los pastores de la *estacion* por la mordedura de una semejante.

Otro pastor acaba de ser mordido en la cintura; nuestro huésped lo ve y no vacila: con su cuchillo le abre en carne viva un hueco en que cabe el puño, en seguida le cauteriza con un hierro ardiendo, y aplica por fin un líquido hecho con hierbas del país.

Pienso que podía dar diez vueltas al mundo sin hallar persona que no tenga el horror innato á las serpientes.

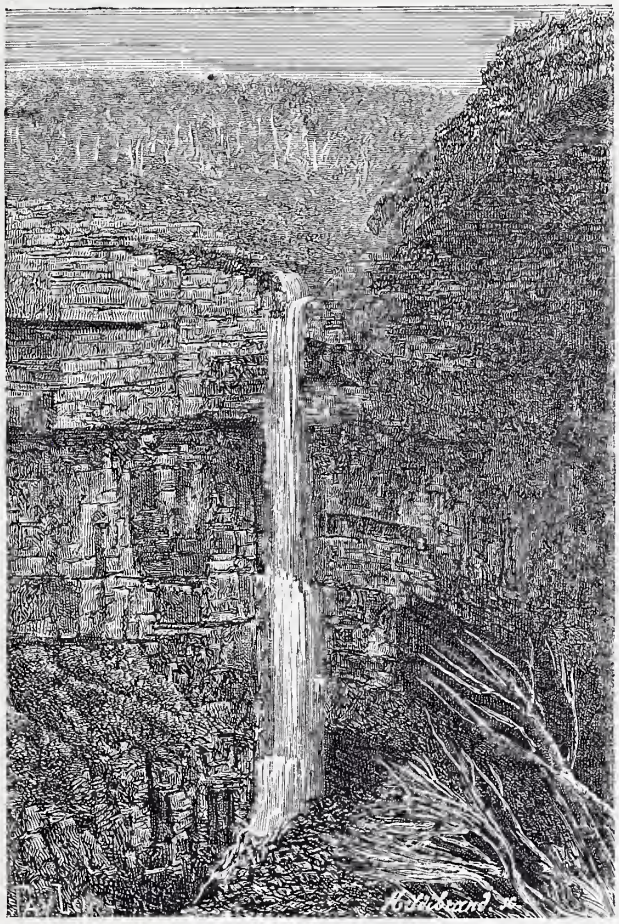
Es como el horror á los penados; todo el mundo lo tiene; los detestan. Y sin embargo, decíanos nuestro huésped, los hemos visto en el trabajo cuando no había en la colonia más hombres libres que los oficiales y soldados de la guarnicion. Nunca estaban cerradas nuestras puertas (es verdad que las cerraduras eran cosa desconocida) y nunca fuimos robados. Desmontar bosques, construir muelles y trazar caminos, tales eran sus trabajos. Cuando los inmigrantes libres llegaron en tropel, dímosles los penados como obreros y

servidores, y muchos por su buena conducta ganaron perdon y libertad.

El término medio de los crímenes aquí no ha igualado nunca al de Inglaterra. Tal ha sido la grande é incontestable ventaja de las deportaciones: los deportados fueron los trabajadores involuntarios cuyos primeros azadonazos abrieron una mina llena de tesoros.

Nunca se hubiera podido hallar un millar de hombres libres para desembarcar en los escollos de Botany-Bay; pero se encontraron 300.000 para desembarcar en los muelles de Sydney.

El elemento penal fué necesario en la fundacion, cuando el horror público á estos países igualaba á la pública ignorancia; pero pasado aquel tiempo, su perniciosa influencia sólo podía ser combatida por la trasformacion gradual de la forma de gobierno, á medida que la inmigracion libre trasformaba la condicion moral de los gobernados. Lo que ha hecho la admirable fortuna de Nueva-Gales del Sur es la dósis de libertad en la administracion de sus negocios, que aumentaba con la llegada de cada buque de inmigrantes, es el *self-governement*, la eleccion libre, la participacion de todos en la vida política. Si se hubiera mantenido para la colonia el sistema autoritario de la penitenciaría, no tendríamos en Australia el múltiple espectáculo de ciudades populosas, parlamentos elegidos por sufragio popular, fuerza libre, ferro-carriles, comercio importantísimo, y en una palabra, civilizacion europea y liberal. Hubiéramos encontrado en el suelo de Nueva Holanda cuarteles y prisiones, decretos indiscutibles de un gobernador omnipotente, silencio aprobador de un consejo pro-forma, expediciones heróicas sin resultado, monopolio en todo, reglamentos para todo y un gendarme para cada dos colonos.



El salto de Gowett.

Semejante espectáculo sería sobre poco más ó ménos nuestro sistema colonial como se empieza á practicar en Nueva Caledonia. Hubiera querido visitar este último país, pero durante mi estancia en Australia ningun buque partió para allá; pero hay una cosa de nuestra colonia de que puedo hablar de visu; es el cuadro de sus relaciones mercantiles con Sydney publicado en las estadísticas del Ministerio.

Las exportaciones de Sydney para Numea en 1865 fueron de 983.000 francos, miéntras que Numea sólo ha enviado á Sydney 49.000 francos de mercancías. La diferencia es de 934.000 francos á favor de Nueva Gales del Sur.

Y sin embargo, por sus inmensos recursos naturales, por su naturaleza tropical, por su posicion mercantil, pudiera esa hermosa isla convertirse en una magnífica colonia, nos dicen los que la han visitado.

Situada bajo la misma latitud que Borbon, dotada de un suelo prodigiosamente fértil, produce tambien, como Borbon, azúcar, café, especias; no necesita para hacer fortuna enviar sus productos por el Cabo de Hornos á Europa, distante 6.000 leguas; está á cuatro días de Sydney, á diez de Melbourne; goza la felicidad única para una colonia tropical de tener *su Europa* á la puerta y en ella encontrarían fácil salida todos sus productos.

La naturaleza, demasiado seca, del suelo australiano se niega al cultivo del azúcar y el café;

esta poblacion de millon y medio de blancos, establecida y opulenta, en vez de adquirir en Mauricio ó Java los productos tropicales que necesita, los obtendría de nuestra isla, admirablemente situada para la estrategia mercantil, dejándonos cada año muchos millones. Quisiera poder esperar tan próspero porvenir.

Mas por ahora parece que Nueva Caledonia es como un buque de tres puentes gobernado por el pito del contramaestre; los colonos son allí tratados como pasajeros que molestan la maniobra de los *obreros de la transportacion.*

Cuando ocurrió la desgracia de Borbon doce colonos de esta isla vinieron en diputacion á Nueva Caledonia buscando medios de establecerse en ella, pues les tentaba la riqueza del suelo. El despotismo militar, junto con una centralizacion de presidio, les hizo ver que estarían allí de más y se volvieron á su isla natal.

Oficialmente se ha preferido á todo la excelencia de la posicion para una penitenciaría. Si los deportados tratan de escaparse por mar, sus frágiles canoas se romperán contra los arrecifes de coral. Si por tierra logran forzar el cordon de tropas que los guarda, caen en manos de los canaques, que en seguida los asan y se los comen... Y luégo la ocasion magnífica para hacer tres ensayos sucesivos de falansterio, sorprendiendo al mundo con la práctica de esta original teoría. Por desgracia, despues de escenas altamente cómicas y aunque llegaban más numerosos de lo que era menester los cargamentos de *virtuosas huérfanas*, el famoso *falansterio* ha ido de mal en peor.

Lo más claro de las importaciones francesas es el ajenjo, y lo más saliente de las exportaciones es el papel timbrado de los informes judiciales y militares.

Pero si no tenemos más que mil setecientos hombres en una tierra donde los ingleses tendrían ya 17.000, y si la subvencion de 300.000 francos excede en dos terceras partes á los recursos naturales de la colonia, cuyo suelo es, sin embargo tan rico, si en vez de colonizar sólo sabemos ocupar, fortificar, acotar, reglamentar é inspeccionar, nos queda las gloria de las armas.

En Sydney se hacen grandes elogios de los 900 hombres de nuestra guarnicion caledoniana, y ese merecido elogio hace siempre palpitar nuestros corazones.

Nacidas en épocas diferentes, no bajo la misma estrella, sinó bajo la misma oscuridad, Nueva Gales del Sur y Nueva Caledonia parecen colocadas frente á frente para que resalte el estado de infancia en que se halla la una y el magnífico desarrollo que alcanza la otra.

El cuadro de 1865 es brillante para la colonia inglesa: 411.388 habitantes poseen 8.132.511 carneros, 1.961.905 cabezas de ganado vacuno y 282.587 caballos; los gastos del Estado se elevan á 43.912.275 francos, y los ingresos á 53.930.825 sirviendo el excedente para amortizar con rapidez la deuda, que es todavía de 143.725.000 francos, y 1.912 buques con capacidad de 635.888 toneladas entran en sus puertos; su comercio general es de 304.980.600 francos; la carne cuesta á 30 céntimos de franco la libra, y el precio medio de los salarios es 12 francos y 50 céntimos diarios.

La Constitucion de Nueva Gales del Sur no se parece á la de Victoria ni á la de Tasmania. La *Assembly*, compuesta de 70 individuos, es nombrada periódicamente por el *Residential suffrage*, es decir, por todos los ciudadanos inscritos como residentes: esa es la Cámara de los Diputados. La *Legislative* es nombrada vitaliciamente por el gobernador, en consejo de ministros responsables: es la Cámara de los Jueces. En ese gobierno constitucional la mano hábil y amada de sir Jhon Young ha sabido mantener tendida y sin romperse la cuerda entre el elemento conservador y el elemento liberal, vencidos ó triunfadores alternativamente en el juego de las instituciones parlamentarias. Los negocios están siempre en manos de hombres superiores, y cuando no es Mr. Martins, es Mr. Cowper quien dirige, siguiendo las corrientes de la opinion pública que juzga y del sufragio que sanciona.

Aunque la sociedad de Sydney, capital de una colonia principalmente pastoril, donde una aristocracia poderosa se mantiene fuera del comercio, sea una sociedad antigua en comparacion con la de Melbourne, nivelada por su nacimiento en la fiebre del oro y por el carácter eminentemente mercantil de sus moradores, la vida política es en aquélla no ménos activa y apasionada que en ésta.

Para todos los hombres que hemos visto, la patria está aquí, y de ella están enamorados como el escultor de la estatua que ejecuta, aquí está el palenque en que luchan por sus principios, se elevan por las elecciones y aumentan su prosperidad por sus propias manos. Más firme que Victoria, pero ménos liberal; más lenta, pero ménos febril; más semejante á Inglaterra miéntras que su vecina se acerca á los Estados-Unidos, la Nueva-Gales del Sur me ha parecido el floron mejor montado y más sólido en la brillante corona de

las colonias inglesas; en setenta y siete años ha mostrado lo que pueden, á pesar de los mayores obstáculos, la autonomía, la energía y el liberalismo.

V

Más de Sydney.—Primeros descubrimientos.—Ojeada sobre el origen de la colonia.—La bahía de Port-Jackson.—La ciudad.—Parques y jardines.—Juegos.

Nueva-Gales del Sur fué el nombre dado por el capitan Cook á la parte oriental de la Australia que exploró en 1770; desembarcó en Botany-Bay y tomó posesion del continente á nombre del rey de Inglaterra.

Pero el honor de este descubrimiento no le pertenecía por completo: multitud de navegantes habían ya reconocido el continente de Norte á Sur.

El primero de todos ellos, fué un portugues, Manuel Godenho, que abordó al Noroeste en 1601. Un holandes, J. W. Verschoor llegó poco despues, en 1806, á reconocer el cabo de York; más tarde, otro holandes, D. Hartog, exploró la costa y descubrió diversas islas de la tierra desconocida llamada *Terra Australis*. Prosiguen los holandeses en esta serie de triunfos y á dos de ellos, Peter Carpenter y Abel Jaussen Tasman debe respectivamente los descubrimientos del golfo de Carpentaria y de la Tasmania.

Llamada Van-Diemen, se confirma la grande isla de Tasmania con el nombre de su primer investigador. Un frances, M. de Saint-Alouran, echa el ancla en el cabo Leuwin, al Sudoeste en el año 1670; William Dampier aborda la costa occidental en 1668. Despues, y durante ochenta años, ingleses, franceses y holandeses, llegaron al continente australiano, giraron al rededor de él, estudiaron más ó ménos su configuracion é hicieron más ó ménos descubrimientos, pero sin tomar formalmente posesion de él. Fué en 1787, cuando sobre las noticias de Cook y bajo el ministerio de Pitt, el comodoro Phillipp estableció en Cotony-Bay los primeros cimientos de la colonia penitenciaria que andando los tiempos había de dar á Inglaterra el inmenso continente que hoy ocupa.

Los principios de la colonia fueron de los más modestos: setecientos cincuenta y siete forzados, entre los cuales había ciento noventa y dos mujeres y diez y ocho niños, guardados todos por un destacamento de doscientos soldados, fueron sus fundadores. Un toro, cuatro vacas y un becerro, algunos carneros, cabras y cerdos, formaban la reserva y el porvenir de los nuevos colonos.

Y, cosa maravillosa, hecho único en la historia de la colonizacion: en ménos de noventa años, este grupo de hombres se ha convertido en una nacion de dos millones setecientos mil habitantes, y algunas bestias arrojadas sobre esta tierra desierta en un millon de caballos, ocho millones de bueyes y sesenta millones de carneros.

¿Qué nacion no se sentiría orgullosa de semejante triunfo? Se comprende la fiera altivez de los australianos.

Parece en verdad que el instinto conduce á los ingleses por todos aquellos lugares donde su raza puede desarrollarse en la plenitud de sus facultades, como no sea acaso que condiciones especiales de organismo lo hagan capaz de prosperar en todos los climas. Sea ello lo que quiera, es el caso que á cualquier punto donde arriba encuentra puertos y recursos con los cuales fuera osadía contar de antemano.

¿Quién hubiera podido predecirles que en esta tierra desierta, tierra donde el natural moría de hambre, encontraría espacios inmensos apropiados á la produccion de la lana y de la carne? ¿Quién pudo decirles que en este continente de aspecto desolado, en estas llanuras interminables y en estos barrancos pelados encontraría los *placers* más ricos y las minas más inagotables? ¿Podrían suponer que esta tierra ingrata y estéril daría los trigos más estimados del universo y que el día que quisieran verían brotar á corto esfuerzo el viñedo y los olivos en las secas colinas?

Fenómeno digno de ser notado: hay pueblos, como ciertos individuos que van á la potencia, á la supremacía y á la fortuna sin saberlo, sin darse cuenta de ello, sin vacilar un sólo momento. El instinto les arrebata y el instinto les hace triunfar.

La Nueva Gales del Sur es la madre de las colonias australianas y Sydney su capital de hecho y de derecho. Ciudad hoy de más de doscientas mil almas, Sydney está, como dijimos, admirablemente situada á la parte Sur de la bahía de Port-Jackson. Es de todo punto imposible encontrar

una situacion más apropiada á las condiciones que há menester una ciudad naciente: puerto maravilloso al abrigo de los vientos y donde pueden mantenerse á flote las más grandes embarcaciones, colinas graciosas, puntos de vista encantadores; esta vasta bahía forma mil pequeños golfos en miniatura bordados de casas deliciosas y de jardines preciosos. A cada instante, la escena cambia, un nuevo punto de vista surge, las perspectivas se abren, se cierran ó se extienden á vuestros ojos sorprendidos: es un panorama de muchas leguas de los más diversos y siempre encantador.

Es lo lindo, en su más alta manifestacion se entiende, pero no lo sublime, digámoslo en honor de la verdad, porque se compararía vanamente la bahía de Sydney que encanta, á la bahía de Rio-Janeiro, cuya grandeza asusta.

La entrada de Port-Jakson es por todo extremo salvaje y contrasta con lo agradable y precioso del interior. Puede suponerse que esta bahía era un inmenso bajo llenado por la ribera Paramalta, y que la barrera de rocas que la aisla del mar, ha ido poco á poco cediendo á la accion cambiada de las olas y de la presion de las aguas.

Son precisas, creo haberlo dicho ántes de ahora, largas excursiones en vapor y en lancha para bien conocer Port-Jackson y apreciar sus bellezas. ¡Cuántas bahías es preciso recorrer desde la entrada hasta Sydney solamente!

Las rocas de Port-Jackson.

Dejamos á la izquierda Watssoni-Bay y Vaucluse-Bay; doblamos la punta de Requin, dejando á la derecha la isla del mismo nombre, y damos vuelta á Rose-Bay con sus bellas habitaciones. Apercibimos Elisabeth-Bay y Woolomsolso para llegar á Farme-Cove y Sidney-Cove; despues, costeando una gran península, veremos á Darling-Narbour.

Estas cuatro últimas bahías forman, en la ciudad misma, puertos donde los navíos atracan en el mismo muelle.

Pero no hemos citado más que las bahías de la ribera izquierda; la ribera derecha está cortada por multitud de pequeños golfos, y remontando áun hasta Paramatta, encuéntranse innumerables golfos y bahías, cuya nomenclatura sería larga y fastidiosa.

Yo admiro la bahía de Sydney de todos modos, y la aprecio en su más alto valor; pero no llegaré hasta el extremo tocado por muchos turistas exaltados, de considerarla como una de las siete maravillas del mundo. Tendré, puede ser, lacrimales ménos fáciles que cierto viajero ingles que, segun decía, le era imposible llegar á este lugar y abandonarlo, sin derramar un torrente de lágrimas.

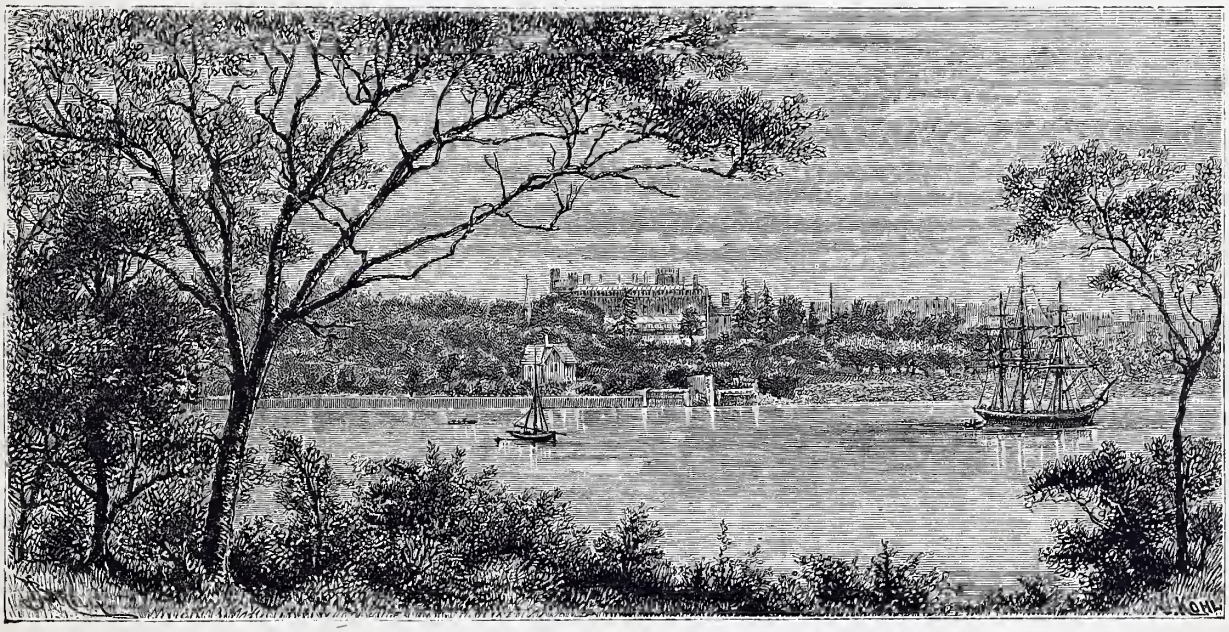
En cuanto á la ciudad en sí misma, Sydney tiene aspecto distinto de las demas ciudades de Australia. No es un tablero de ajedrez con cuadrados iguales, dibujado sobre una superficie

absolutamente plana, con almacenes poco más ó ménos semejantes y casas siempre las mismas.

La ciudad, largamente extendida sobre muchas colinas, tiene calles irregulares, ángulos agudos y líneas cortadas. Sus parques y sus jardines, léjos de extenderse á lo léjos y apartarse de la poblacion, se agrupan en el centro de ellas, la abrazan estrechamente, rodean sus casas y forman *squares* inmensos llenos casi siempre de paseantes y de niños.

Habíamos comparado á Melbourne con una ciudad yankee; Sydney tiene todo el aspecto de una ciudad puramente inglesa. Se advierte que ha sido fundada bajo la viva y dulce impresion de los recuerdos de la madre patria. El desterrado parece haberse querido proporcionar el dulce consuelo de colocar á los ojos siquiera el retrato de aquel pueblo que fué su cuna y á quien debió la vida.

Entre ambas ciudades, Melbourne y Sydney, es preciso observar diferencias notabilísimas. Sydney ha sido elaborada lentamente, en medio de dificultades y de luchas, bajo el imperio de ideas económicas, comerciales y políticas; ha reñido la batalla de los pueblos; se ha consolidado en el ejercicio de todas las prácticas, en el estudio y algunas veces en la derrota de los ideales. Jóven aún, ha podido ya deducir por azares de la suerte la experiencia y la seguridad que al cabo restan de las amarguras del desengaño.



El palacio del gobernador en Sydney.

Por esta causa, su jóven y ambiciosa rival, creada por así decirlo en un solo momento, tira el oro á manos llenas para sus monumentos y sus instituciones públicas, como para sus habitaciones privadas.

Los alrededores de Sydney, aunque llenos de lindas casas y de preciosos jardines, no pueden en manera alguna compararse con los de Melbourne, donde tantas soberbias moradas se alzan orgullosas.

Melbourne es un aventurero, un hijo de fortuna prodigando locamente sus riquezas; Sydney un primogénito prudente, celoso de su derecho de primogenitura y respetando las tradiciones de la familia.

Melbourne es una democracia lanzada á todo vapor en la vía de las reformas exageradas; Sydney una república conservadora; pero que ha osado, á pesar de todo, ser la primera en atacar la *Ley del domingo*, esta arca santa del protestantismo ingles, abriendo ese día el Museo y la Biblioteca para el más grande aprovechamiento de las clases pobres que no pueden visitar dichos edificios los días de entre semana.

Desde hace diez años, Melbourne parece haber picado la ambicion celosa de Sydney: naturalmente inclinada á la emulacion, ha despertado de su sueño casi secular para lanzarse á toda velocidad en la vía de los embellecimientos. Es más de extrañar que tan tarde se haya decidido á esto,

teniendo como tiene á mano los más bellos materiales de construccion. Vemos por esto, en las calles Pitt y York, monumentos que harían honor á la más bella de las capitales europeas.

El Hotel de Ville es de una lindísima construccion; el Correo un soberbio edificio, y el Tesoro, de estilo moderno, un monumento notable.

Entre los jardines públicos citaremos el Victoria-Park, en medio del cual se levanta la Universidad; el parque del príncipe Alberto, donde se construyó el edificio destinado á primera exposicion; el Hide-Park, donde se ha inaugurado no há mucho el monumento á Cook, el heroe y el dios de la poblacion australiana; el jardin donde la poblacion se consagra al juego del *cric-ket*, para ejercitar los músculos y desplegar su destreza; el palacio del gobernador y, en fin, sobre el borde mismo de la mar, el maravilloso Jardin Botánico, donde se mezclan y confunden las vegetaciones del mundo entero. Se encuentran aquí orquídeas, cactus y yucas; toda clase de arbustos y de palmeras; araucarias de Norfolk y bunyas de Queensland. Se encuentra la anona de Méjico, el mangustan de Singapur y el tanguin de Madagascar. Encuéntranse bosques completos de damaras de las islas del Pacífico, encinas del Norte, olivares de España y palmeras de Ceylan; apercibo árboles de la Judea con sus pétalos rosa, grupos de jazmines y de redodendrones, en una palabra, todos los árboles y todas las flores.

¡Cuántas horas encantadoras tengo pasadas en este bello parque, un libro en la mano, reposando al fresco bajo la sombra espesa de las araucarias, errando al azar por prados de musgo, blandos como un tapiz de Smirna, perdido en sueños deliciosos al borde de la bahía, contemplando cómo las olas venían á quebrar á mis piés todo su orgullo!

El domingo y los días de fiesta, el Jardin Botánico se ve literalmente invadido por la poblacion, y yo he asistido á verdaderas escenas dignas de la edad de Oro. Grandes grupos se forman bajo los árboles que todo el mundo tiene derecho á ocupar; los almuerzos son esparcidos sobre la verde hierba, acompañados de conciertos improvisados.

Luégo se organizan juegos en que todos toman parte más ó ménos activa, y más allá bailes improvisados en que todos parecen unidos por la simpatía más perfecta. Es un verdadero idilio: se danza, se mezclan, se abrazan; y lo que en todo se admira por más notable es que, en una tal locura, en un tal desórden, no se escucha una sola voz que desentone, ni ocurre una escena desagradable. Diríase que asiste uno á las expansiones de una inmensa familia.

VI

Estrecho de Bass.—Encuentro interesante en Launceston.—Hobart-Town.—Bailes en los antípodas.—Ruinas de tumbas francesas.—Piscicultura.—El árbol de Cook.—La despedida.—Huracan.—Recuerdos políticos.—Refugio en Eden.

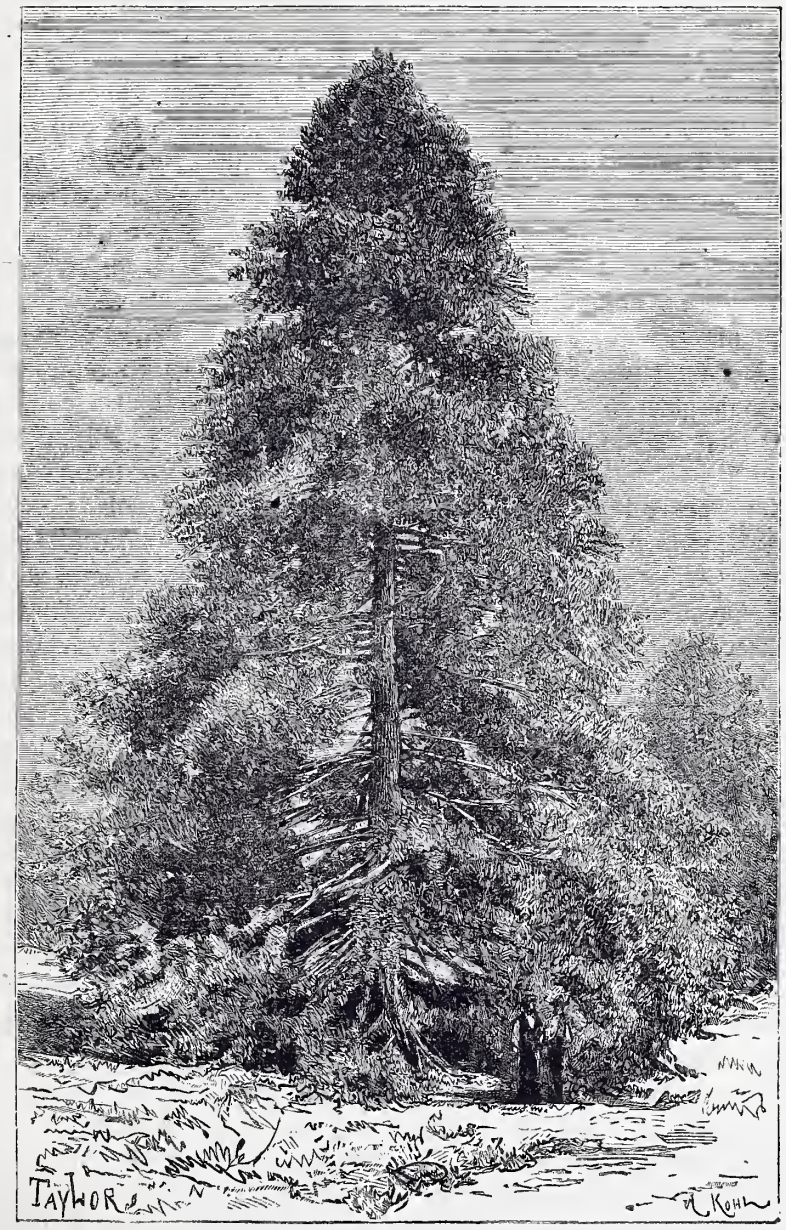
Nuevamente, sin obedecer á método, ni órden ni concierto, voy á interrumpir la descripcion de mis paseos á Sydney, para dar á mis lectores la de una excursion á la Tierra de Van-Diemen. Vamos acercándonos ya al final de nuestro viaje y los sucesos se amontonan; preciso anudar los cabos sueltos que quedaron, satisfacer antiguas deudas y volver la memoria atras para que no puedan considerarse como falta imperdonable en un viajero, lo que á lo sumo fué producido por una precipitacion natural de aventuras y sucesos.

Pero no tengan por esto cuidado alguno mis lectores, porque al fin de este capítulo otra vez tomaremos el camino de Sydney, y seguiremos por él sin tropiezo alguno, y ya deslizándonos como por un plano inclinado, hasta el momento supremo en que hubo que abandonar á la jóven Australia.

Partimos para la isla de *Van-Diemen*. Todo lo que sé de ella es que Van-Diemen no la descubrió, sinó *Tasman*, un jóven lleno de valor que suspiraba tiernamente por la señorita de Van-Diemen en 1642, y á quien se la negaba un padre harto cruel, reteniéndola cautiva en los esplendores de los palacios de Batavia. El jóven resolvió entónces encontrar tierras nuevas: la existencia de un gran continente en el Océano austral habia sido notada por Quirós y Towes en 1606, y confirmada dede 1618 á 1627 por los holandeses Hertoge, Zeachen, Lewin, Nintz y Witt. Unicamente

habían reconocido algunos puntos de la costa, apartados unos de otros por cientos de leguas, y de donde los salvajes los echaban.

Tasman, desde su primer viaje, dió la vuelta á ese continente sin verlo en realidad, mas volvió convencido de que la tierra á que había dado nombre, formaba parte de él. Pero tambien había dado á los islotes de los mares australianos los nombres y apellidos de su amada, y fué á llevar al célebre gobernador de Java el relato de sus descubrimientos, los mapas y las curiosidades de de todas las tierras donde había puesto el pabellon holandes, y sólo entónces obtuvo la mano de la señorita María por recompensa. ¿Sería indiscrecion preguntar si los padres de familia son tan recalcitrantes hoy... en Holanda?



El bunya-bunya.

A las tres y media levamos anclas; un vapor de hélice construído en Glascow, el *Derwent*, nos lleva en compañía de cincuenta pasajeros. Bajamos el Yarra-Yarra durante una hora; nos lanzamos rápidamente por la bahía de Port-Philipp, que por primera vez surcamos con tanta lentitud; los fuertes disparan cañonazos, y la brisa arrastra con nosotros casi á flor de agua sus nubes de

humo teñidas de púrpura por los últimos rayos del sol poniente.

Atravesamos el estrecho de Bass y á mediodía se nos aparecen las costas de la isla. Hasta ciento cincuenta años despues del descubrimiento de Tasman no se supo que Van-Diemen era una isla, y separada del continente por un profundo estrecho de 271 millas, lo cual se debió á dos jóvenes, Flinders y Bass, que siguieron de 1797 las costas desde Sydney en una barca de tres metros de longitud.

Al mediodía estamos en la embocadura del Tamar: es un río estrecho y pintoresco: primero, rocas basálticas cortadas á pico y montañas cuyas cimas están cubiertas de nieve lo estrechan en mil rodeos; de vez en cuando afluyentes y cascadas nos permiten hermosas vistas sobre los valles donde brillan los manzanos en flor, los pinos marinos y multitud de plantas que la primavera despierta; luégo á cada momento se cree uno en un lago cerrado por todas partes, y es en efecto más bien una serie de pequeños lagos que un río; se pregunta uno cómo podrá salir, y á lo mejor ve entre dos rocas una especie de garganta sombría, gira el buque y al punto aparece un nuevo lago á lo léjos.

Esto es correr de sorpresa en sorpresa.

Al caer la noche desembarcamos en la pequeña ciudad de Launceston, que tiene 10.000 habitantes, pero despues de la animacion un poco americana de Melbourne, esto nos parece frio y muerto, y luégo esta es la tierra clásica de los deportados de Inglaterra: no hace más de quince años que han cesado esos envíos: ya en los muelles nos ha parecido ver rostros sombríos y feroces marcados en la frente con el sello de su orígen demasiado ilustre. ¡Que no pudiéramos volver á Melbourne, pensábamos!

Pero de súbito se interrumpió el silencio de la noche, que no empezaba alegremente, porque nos encontrábamos tan solos y tan léjos en aquella tranquilidad. Entró un hombre de edad muy avanzada: desde luégo nos sorprendimos de su figura venerable, sus enérgicas facciones, sus largos cabellos blancos, y un no sé qué de grandeza y sencillez patriarcal. Apoyándose en un rústico baston y andando lentamente, nos habló en seguida de Francia, «por la cual palpitaba fuertemente su corazon», y luégo, señalando al Norte, nos preguntó si habíamos sido felices en nuestro largo viaje por Victoria.

—Es una maravilla, le dijimos, pensar que en tan pocos años...

—Sí, prosiguió, cuando se piensa que Batmen ha muerto y que yo con Batman fuí el primero que desembarcó en 1835 en Port-Philipp para fundar una colonia...

¡Era Sams!... ¡el único sobreviviente de aquellos hombres enérgicos!

Sentóse al amor del fuego, y viendo toda nuestra simpatía, toda nuestra emocion, cedió á nuestras instancias y nos refirió su historia.

Salió de Inglaterra en 1814, llevando consigo su pequeño patrimonio y esperando hacer fortuna, pero hizo principalmente la de los demas. Estableciose en Van-Diemen con sus rebaños: «Entónces, nos dijo, no se conocía nada de esas vastas tierras que hoy se llaman Victorias, sino las costas descubiertas por Bass.»

«Una sola vez quiso abordar un grupo de osados marinos, pero los indígenas los rechazaron en seguida, y hasta el 1.° de Enero de 1835, ningun blanco se atrevió á poner allí los piés. Entónces éramos varias familias de honrados labradores en lo alto de las colinas que actualmente dominan la ciudad, empleando á los *penados* en los trabajos diarios; todas esas familias no formaban más que una sola. Celebramos lo noche del primero del año de un modo singular: se encendió una gran fogata en la montaña que alumbraba nuestra bandera nacional, y reunidos todos al rededor, pensábamos en la patria ausente. Allí, delante de los nuestros, juramos Batman y yo, que en el año nuevo probaríamos algo extraordinario, y llevaríamos una parte de nuestros rebaños al otro lado del estrecho, aunque hubiéramos de abandonarlo en seguida, esperando, si prosperaba, poblar una parte del continente para nuestros nietos. Lo dicho fué hecho; en Junio desembarcamos á orilla del Yarra-Yarra; los indígenas, hostiles al principio, nos dispararon flechas y luégo huyeron. ¡Ya sabeis cómo han prosperado nuestros carneros! Despues de diez años mis hijos me reemplazaron en Victoria. El año pasado quise ver lo que se había hecho en esas costas tan desiertas y esas praderas inmensas: palacios, allí donde yo con mis manos construí una cabaña de cortezas de árbol; caminos de hierro, allí donde yo tracé un sendero; millones de carneros en aquella tierra que nosotros conquistamos y abrimos para nuestros semejantes, ¡todo eso encontré!»

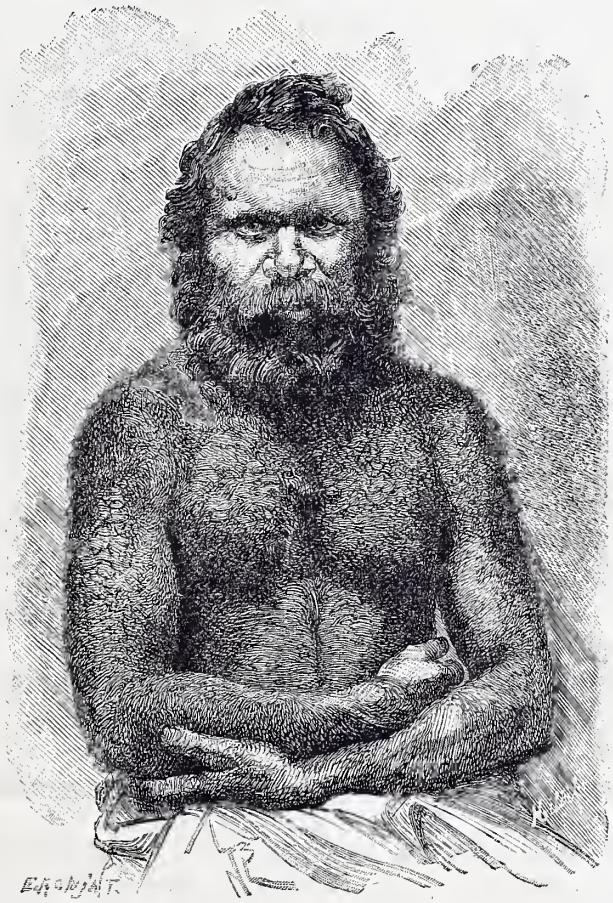
En seguida aquel buen anciano nos habló con lágrimas en los ojos del capitan Laplace, que en su viaje de descubrimientos á bordo de *La Favorita*, tocó en Van-Diemen y se llevó consigo uno de los hijos de Sams, para hacerle dar en Francia una buena educacion. Este recuerdo había ga-

nado el corazon del anciano para el nombre frances. Su hijo ha vuelto y ha seguido el ejemplo de sus hermanos. Cada uno está al frente de una *estacion* en las colonias australes, y todos hacen fortuna.

La isla está atravesada de parte á parte, de Norte á Sur, y en el espacio de 200 kilómetros por una carretera que los penados construyeron hace tiempo.

Seguímosla para ir á Hobart-Town, la capital, y ¿creeréis que en esta tierra, la más próxima al polo Sur, despues de Patagonia y Tawai-Punammur, hace el servicio diario de comunicaciones un clásico *mail-coach* ingles?

Partimos á las cinco de la mañana; desde el amanecer se dibujan á nuestra izquierda el Ben-Lomond y el Ben-Nevis (1); el paisaje es muy risueño; ora presenta campos cercados de setos, como en Inglaterra, ora bosques salvajes llenos



Un australiano del Sur.

de rebaños; la carretera, bien trazada á traves de las rocas y torrentes, es tan buena como puedan serlo las nuestras. En tres puntos tenemos soberbios panoramas que nos muestran la mayor parte de la isla.

En las tres gargantas que es preciso atravesar, y despues de quince horas de camino, despues de haber pasado en puentes de piedra el Jourdains y el Derwent, entramos en la silenciosa Hobart-Town.

Han pasado diez dias muy distintos de lo que podíamos imaginar. En esta ciudad, que á primera vista se nos pareció como la más triste y más puritana de las ciudades de Escocia, hemos sido agasajados á toda hora del modo más cordial y amable. El gobernador, coronel Gore Brocon, los ministros, todo un núcleo de poblacion instruída, feliz y alegre, nos ha recibido con perfecta amabilidad; era un insólito acontecimiento para la colonia nuestra llegada.

Van-Diemen, que sus habitantes, más justos

(1) Cinco mil piés de altura.

que los geógrafos, llaman Tasmania, es famosa por sus bellas *misses* y sus hermosas manzanas, las hijas de Eva y lo que nos ha hecho perder el Paraíso. Ambas cosas son muy de nuestro gusto en este oasis de los mares, risueño y fecundado por un clima delicioso, apacible y apartado de la fiebre de las especulaciones y de las minas, entregado á las costumbres de una gran familia y á una felicidad de campanario.

Hemos visto, pues, organizarse en seguida una serie de fiestas y todas las noches hemos bailado. Unas veces era en las grandes salas de armas y en las hermosas galerías llenas de flores del palacio del Gobierno, otras en los salones del Presidente de la Cámara alta y de los grandes propietarios del país que tienen en la ciudad una instalacion lujosa. Los banquetes de etiqueta de ochenta cubiertos, los conciertos, las funciones de teatro, las partidas de *crichet* y las carreras á caballo, siempre con las amables *misses*, nos han hecho olvidar cada día que estábamos en los antípodas.

Sólo nos dejaron libre todo el día del domingo, que se ocupó en un piadoso deber. Subimos con el obispo católico á una colina que domina á Hobart-Town; en la cumbre, en medio de los árboles y las rocas, buscamos los vestigios de las tumbas donde están enterrados, en número de unos cuarenta, los marinos muertos aquí durante la expedicion de Dumont-D'Urville, con las corbetas *El Astrolabio* y *La Zelea* en 1840.

Un pedazo de piedra se ha derrumbado; las cruces están derribadas por el suelo en completo desórden; las tablas que contenían inscripciones, se vuelven polvo carcomidas por el tiempo; sobre ellas se han levantado las espesas ramas de un bosque de geráneos que aquí brotan en estado salvaje. Escarbando el espeso musgo, reuniendo los pedazos esparcidos de esas modestas cruces, buscando los límites hechos de tierra de esas fosas, encontramos, no sin trabajo, casi todos los nombres de los que reposan en ellas, víctimas desgraciadas de la epidemia que reinaba á bordo desde los hielos del polo Sur, y que había ocasionado terribles estragos.

Estábamos muy conmovidos al ver así abandonadas, ocultas por una vegetacion creciente y casi perdidas, las últimas huellas de aquellos franceses muertos en lejana tierra. El príncipe ha querido que se tracen de nuevo los límites invadidos de esas tumbas, y aquella misma noche encargó una gran piedra fúnebre, donde se inscribirán todos los nombres que hemos logrado descubrir en medio de las ruinas.

He cogido algunas flores del bosque que les da sombra, esperando llevarlas como recuerdo á la familia de estos desgraciados.

¡Figuráos cómo conmueve la vista de esas tumbas á quien está tan léjos de todo lo que ama!

Hé aquí lo grabado en la lápida:

EXPEDICION AL REDEDOR DEL MUNDO

DE LAS CORBETAS

EL ASTROLABIO Y LA ZELEA

Á LA MEMORIA DE

.....

.....

.....

.....

Y DE LOS DEMAS MARINEROS FALLECIDOS

EN HOBART-TOWN

EN 1840

HOMENAJE DE UN PRINCIPE FRANCÉS, MARINO COMO ELLOS,

QUE HA QUERIDO SALVAR DEL OLVIDO LOS NOMBRES

DE SUS COMPATRIOTAS

MUERTOS EN EL CUMPLIMIENTO

DE UNA MISION GLORIOSA PARA FRANCIA

9 DE SETIEMBRE DE 1866.

Un día subimos al monte Nelson, desde donde la vista es soberbia: al Oeste la sucesion de los lagos formados por el Derwent, escalonados entre grupos de colinas cubiertas de árboles y de grandes rocas de aspecto salvaje; en el fondo la bahía, la ciudad de Hobart con sus fortificaciones, su palacio del Gobierno, verdadero castillo gótico de decoracion de ópera, y el monte Wellington de 4.500 piés de alto, lleno de nieve. Victoria parece un inmenso césped ingles; Tasmania es una pequeña Suiza. Al Sur, en fin, un cinturon de penínsulas numerosas y escarpadas, de formas extravagantes, cierran la bahía como un gran lago, y contra ellas se rompen con furor las olas del Océano Austral. No léjos del monte Nelson hay una cañada, quizas única en el mundo, el *Fern Tree Valley*.

Corre allí un torrente bajo miles de helechos, árboles que se elevan en medio de las rocas como columnas, ó que, inclinando sus espesas ramas sobre el agua, pasan las cascadas como puentes. Esos helechos tienen más de 30 piés de altura, y desde lo alto se extienden formando bóvedas sus grandes penachos, graciosos y verdes.

Otro día, en compañía de amazonas, hemos visitado á cinco leguas de la ciudad en un sitio precioso, un asilo donde 600 huérfanos son educados á expensas del Estado; eso cuesta 300.000 francos anuales. Todos aquellos pequeñuelos, de caras coloradas y frescas, se pusieron los vestidos nuevos por honrarnos, y se comieron 600 pastelillos de un golpe y á la voz de mando.

Ménos alegre fué la visita que en seguida hicimos á los sombríos fuertes de las prisiones: el guardian nos hizo pasar por el fatal puente levadizo, y mostrándonos la negra trampa de la báscula que sirve para enviar á los sentenciados á un mundo evidentemente mejor, nos dijo con una flema británica: «Podríamos ahorcar aquí *confortablemente* á siete personas á la vez».

Recuperamos la alegría en un baile magnífico que duró hasta las cinco de la mañana en casa del Canciller de la Universidad, donde no faltaban caras bonitas ni lindos trajes. No hago como el *Examiner* y el *Mercury*, diarios que todas las mañanas dan cuenta circunstanciadísima de nuestras visitas oficiales y de todas las fiestas dadas al príncipe, y os perdono el relato de nuestra vida mundana.

Una cosa me ha sorprendido aquí vivamente y creo que es un raro ejemplo; no podéis figuraros la gran armonía, la verdadera fraternidad que reina entre los fieles y los sacerdotes de las dos religiones de Tasmania. Católicos y protestantes quieren olvidar lo que los divide para no ver más que los grandes intereses que los unen en una tierra cuyo orígen está manchado por los *penados*; pero donde una sociedad nueva y pura ha luchado, se forma y domina.

Por regla general, en los países donde hay dos religiones frente á frente, cada una se mantiene en la brecha, exagerando, por decirlo así, sus deberes y ahondando el foso que la separa de la otra; aquí esa oposicion, llevada al extremo (por lo cual les felicito), no es religiosa, sinó social: es la lucha entre los hombres libres y los penados, y tanto más se encierran aquellas en una casta honrada é intacta, cuanto más forman éstas una casta distinta é impura.

En esta sociedad sana de Hobart-Town tan orgullosa, tan ofendida de que en Europa la ignorancia pueda confundirla con los que la han construído sus puentes y ahondado su puerto, todos se quieren y no se lo ocultan.

¡Cuántas veces hemos visto en las recepciones del gobernador conversar largamente juntos los dos obispos, cogidos del brazo como antiguos amigos, y á los individuos de los dos cleros unirse y fundirse en una dulce intimidad.

Una vez hubo sesion musical en el palacio: ejecutóse con gran pompa por las beldades tasmanianas una misa de Mozart en no se qué bemol, con órgano y coros virginales de más de sesenta voces. Me desperté en el *Credo* y ví en el mismo canapé á los dos obispos sumidos en profundo sueño.

Felizmente, la música sagrada se convirtió despues del *Ite missa est*, en walses y cuadrillas; toda la turba de *pretty girls* se puso á valsar sin sermon, y tanto, que el día nos sorprendió cenando alegremente.

Para descansar, gran galopada pasando el día en New-Norfolk, en medio de las rocas más salvajes, viendo, ademas de la hermosa Naturaleza, un establecimiento de piscicultura. Los tasmanianos lo enseñan con orgullo: hay allí todo un personal de administracion, y las gravísimas cuestiones de la incubacion y la fecundacion tenían palpitantes á los señores directores. Seguimos un camino que no dejaba de ofrecer peligro para las amazonas: costea el borde de rocas cortadas á pico á la altura de más de 300 piés; en el fondo del precipicio un torrente ancho, rápido y espumoso salta en cascadas y con estrépito.

En fin, hétenos aquí en los arroyos del criadero y en el laboratorio donde segun los libros de los Sres. Coste y Milne Edwards, se fabrican los animalillos nadadores.

El Gobierno pone en esto todo su cuidado: hace un año trajo de Inglaterra cien mil huevos de salmon. Ha sido menester tenerlos en cajas rodeadas de hielo, durante toda la travesía, lo cual representa un gasto enorme; todo ha costado unos 150.000 francos. En cuanto á nosotros, despues de ese largo paseo y de muchas pesquisas, logramos ver *dos* pececillos del tamaño de sardinas, y aún no estoy seguro de que no fuese uno solo visto dos veces, pues tomamos el segundo cinco minutos despues de haber soltado el primero.

Era cosa muy interesante, y aquel producto de un huevo que había pasado el Ecuador y viajando seis mil leguas para venir, sin duda, á dejarse comer por los filocrócoros que estaban de acecho, me parecía semejante á esos efímeros que permanecen tres ó cuatro años en larva para nacer un

día á la puesta del sol y morir ántes que salga el sol siguiente, sin haber hecho ni una sola comida. Pero nos explicaron que de los 100.000 huevos habían nacido 14.000 salmones, y 6.000 habían terminado felizmente su primera educacion. Acababan de soltarlos y lanzarlos hacia el Océano, de donde se *espera* que volverán (1).

Dejando aparte las bromas, ese ensayo puede hacer la fortuna de Tasmania: es la única de las colonias australianas que tiene ríos favorables para los salmones; una vez poblados darán pescas que, vendidas en los mercados de ciudades ricas, como Melbourne, Adelaida y Sydney, producirán millones á la modesta isla de Van-Diemen.

El coronel Chesney y unos veinte jóvenes de la ciudad han fletado un bonito vapor para hacernos ver todas las pintorescas ensenadas de la gran bahía; el buque está empavesado con los colores de Francia y nos lleva á prisa por un dédalo de islas y canales formados por rocas. Hé aquí á nuestra derecha el canal de *Entrecasteaux* con sus profundas gargantas, á la izquierda el cabo de *Raoul*, con sus espumosos arrecifes cubiertos de una nube de pájaros. Luégo, mecidos por grandes olas del Sur, llegamos al cabo de la *Aventura*; echamos los botes al agua y desembarcamos: un árbol centenario muestra en su corteza letras marcadas con un cuchillo; tal es la inscripcion que puso el célebre capitan

COOK
22 ENERO
1777

cuando descubrió este promontorio y lo bautizó con el nombre de su buque.

Muy luégo nos ponemos todos á pescar al rededor de la isla de Franklin; tres tiburones y unos 50 pescados extraños, cubiertos algunos de puntas como las del erizo, fueron nuestra presa, con gran júbilo de un archidiácono á quien la corbata blanca y el chaleco de tela de silicio, no impedían darnos las bromas más alegres del mundo.

Ha sonado la hora de la partida; á pesar de una espantosa tempestad de equinoccio, cuyas ráfagas blanquean con una sábana de espuma toda la bahía, la *Tasmania*, pequeña cáscara de nuez de 250 toneladas, enciende sus fuegos para volvernos á Sydney. Por la mañana nos habíamos despedido de todo el mundo; una última hora, muy triste, en el palacio del Gobierno, nos permitió dar las gracias á tantos amables huéspedes por una estancia deliciosa.

Al llegar al muelle lo encontramos lleno de gente: toda la poblacion ha venido para decirnos adios. Una verdadera y gran multitud se ha reunido para darnos el más *tearty farewell* y pedirnos que nos acordemos y volvamos. Tambien están aquí nuestras amables parejas de baile, cerca del barco, con sus lindos trajes, como para causarnos mayor *pena*.

Ministros y *squatters*, obispos y amazonas, todos habían tenido esa delicada atencion que nos conmovió profundamente. Apénas estuvimos á bordo, los jóvenes tomaron por asalto la escala y hétenos entre tanta gente, que no nos podíamos mover en la cubierta. ¡Así, con todo ese pasaje, debía ponerse en marcha la *Tasmania!* Pero la tercera campana nos arranca á los *shake hand*s de tantas amables personas que durante quince días y hasta el último instante han agasajado cordialmente á los viajeros.

El *hélice* da sus primeras vueltas, y la *Tasmania*, tomando su aire, costea el muelle que las furiosas olas barren, y donde, sin embargo, permanece toda esa multitud cuyas casas no son conocidas. El grupo jóven invade corriendo el barco-ponton del extremo del muelle y nos saluda con tres *¡chers!* tres *¡vivas!* ruidosos que de seguro nos darán buena suerte.

En fin, agítanse al viento sombreros y pañuelos: durante largo tiempo los vemos moverse por cima de una multitud que poco á poco se vuelve confusa, y ya podéis imaginar si responderíamos. Luégo aquella orilla tan animada se convierte para nuestros ojos en un horizonte. Un ligero carruaje, siguiendo un promontorio que resguarda el puerto, aparece por última vez y desde allí nos dirige señales... ¿Podríamos pensar cuando llegamos una noche de improviso á esta tierra desconocida, que saldríamos de ella tan conmovidos y agradecidos? La *Tasmania* nos ha dado una hospitalidad como quizas no la tenga nunca viajero alguno: quisiéramos decirle, no *adios*, sinó *hasta la vuelta* desde el fondo del corazon, y si ha esperado no ser nunca olvidada, sus esperanzas se verán cumplidas.

Entre tanto la tempestad es cada vez más fuerte; solos en la cubierta nos aferramos con trabajo contra las ráfagas; la bahía tan tranquila y risueña ayer, está oscurecida por nubarrones negros que el viento empuja hacia las nevadas cimas, y bajo esos sombríos colores han tomado un aspecto

(1) Un diario y una carta de Australia me han noticiado, despues de mi regreso, que en efecto habían vuelto todos al aprisco, y que la colonia estaba poseída de júbilo.

fantástico las profundas gargantas que nos rodean. ¡Hobar-Town desaparece! Nosotros tambien vamos quizas á desaparecer en las olas enormes que el Sudoeste nos envía: la *Tasmania* lucha y vacila; todo cruje, todo se rompe á bordo: el choque de las olas contra las rocas, una resaca dura y espantosa nos hacen contar los minutos en este paso, donde todo el furor del Océano Austral y de las corrientes se estrellan contra un islote.

Esta noche el viento salta al Sur, y trayendo consigo la atmósfera glacial del Polo, disipa las nubes y deja á la luna llena iluminar el espectáculo en todo su esplendor.

El viento es de tempestad; las olas que se extienden barren la cubierta de un extremo á otro, y el poco trapo que llevamos para *apoyar* el buque no resiste. En esas condiciones, con un buque que tiene una inclinacion horrible y que á veces amenaza sumergirse, apretando la costa á pesar nuestro, llegamos á doblar el cabo Pillar, que es uno de los sitios más hermosos de Van-Diemen.

En la extremidad Sudeste de la isla una serie de altas agujas de rocas basálticas de 360 piés de altura se adelantan, como los pilares de una construccion druídica, más de una legua por dentro del mar. Empujados por las olas que van á estrellarse allí, pasamos á distancia de media milla del cabo: el efecto es extraordinario y da escalofrío.

Cuando la ola choca con esos grupos de columnas que vienen en disminucion hasta cerca de nosotros, salta la espuma á una altura inmensa, en seguida la ola se retira, y la luna, alternativamente eclipsada ó brillante, aparece entre los aéreos pilares, cuyos intervalos unas veces se muestran tapados por la espuma, otras calados al aire.

Pero el astro está todavía muy bajo en el horizonte, y como sale por el Oriente detras de los pilares, proyecta la sombra de éstos hasta nosotros, miéntras que sus siluetas, cortadas verticalmente, se dibujan con grandeza; el peligro da á ese conjunto un no sé qué más extraño é imponente. Bajo la impresion de esas rocas majestuosas y de los esfuerzos de nuestro frágil barco, pasamos la noche sobre cubierta. Pero una vez montado el cabo, la *Tasmania* se dejó llevar y corrió viento en popa: nosotros dejamos de hablar de las olas inmensas que posaban sobre cubierta y hablamos de los recuerdos de Hobart-Tow.

—Ha vuelto la calma; pero el balance lo ha roto todo y reunido en una misma ruína nuestros barómetros, nuestros termómetros y nuestras palanganas. De ese mismo desórden participan las impresiones que me ha inspirado Tasmania al tratar de reunirlas ahora. Todo lo que hemos visto en esa isla, las personas que nos han rodeado, las campiñas risueñas y los pacíficos pueblos que hemos recorrido, casi nos habrían hecho creer que un mundo separa á este país del Melbourne, lleno de fábricas, del Ballarat, lleno de oro—un mundo y un siglo podría decirse. En un día hemos pasado de la efervescencia de una ciudad avanzada del progreso á una *countgtowns* de hace cien años. Despues de seis semanas del espectáculo, de una vida caldeada á todo vapor, una estancia en Van-Diemen, refresca como un idilio y es un verdadero descanso. Pero uno no puede dormir allí siempre; salimos de ella como de un sueño, y recordamos todos las fases porque ha pasado.

Ante todo hay un sentimiento que nos apena; al seguir de cerca esta hermosa costa hemos notado sucesivamente los cabos Raoul, Surville, Péron, Mauronard, Bougainville, Taillefer, Tourville, Lodi y del Naturaliste; las bahías de Dolomieu, Fleurien, Monge y del Géographe. Cada punto de estas tierras, como asimismo del continente australiano, ha sido afamado por nuestros marinos; ¿por qué el pabellon de Francia que estuvo en los *trabajos*, no está en los *honores* y sólo brilló en la época peligrosa de los descubrimientos, para dejar en seguida el campo libre á otros, y no ganamos ninguna posesion? De Marion en el *Castries*, que fué el primero despues de Tasman y vió correr sangre francesa, de d'Entrecasteau en *La Recherche* y *La Espérance*, de Bandirs y Hamelin en *El Géographe* y *El Naturaliste* sólo quedan *grandes nombres*, miéntras que en Inglaterra tiene una *gran colonia*.

Pero ántes de ser la Colonia de Tasmania fué el *establecimiento penitenciario de Van-Diemen*. Esa es una lúgubre historia.

Hasta 1803 sólo se conocían las inhospitalarias costas, defendidas por tribus numerosas y feroces. El gobernador de Sydney envió á ellas á los más turbulentos de sus penados; esta isla pasaba á ser el Botany-Bay de Botany-Bay para los que la primera ciudad, fundada por los penados, expulsaba de su seno. Luégo la misma metrópoli lanzó á ella directamente buques cargados de presos; los primeros que partieron lloraban, como si se les diesen, no la libertad, sinó la muerte; pensaban que no llegarían nunca á tan lejano país; y en efecto hubo más de un naufragio.

Un individuo del Gobierno, el Dr. Officer, hombre muy interesante, me daba detalles conmove-

dores de esos viajes. *El Amphitrite* se fué á pique apénas salió, y 103 mujeres con sus hijos perecieron ahogadas en las bodegas, donde el capitan las había encadenado; *El Jorge III* y *El Neva* se partieron casi en el puerto; *El Gouverneur-Philipp* naufragó lentamente en el canal de Entrecasteaux, donde estábamos el otro día; pero allí hubo un bello rasgo: el capitan Griffith, durante el salvamento, dió su palabra en honor de los penados, que no podían caber en los botes, de no abandonar el buque hasta que los mismos volviesen; pero ántes que volvieran se ahogó con ellos. Luégo, cuando se supo en los calabozos de Lóndres lo fértiles que eran las tierras australes, todos, á porfía, deseaban partir para dar *buena caza á los kanguros*.

El primer período fué el de la fundacion y los crímenes. Cuando estuvieron abiertos los caminos, construídos los puentes, importados los rebaños, y puestos en huída los aborígenes, la prosperidad de los establecimientos penitenciarios atrajo inmigrantes libres á Tasmania y los hombres de Estado de Inglaterra que enviaron penados á un país sano y fértil, habían pensado justamente que en una colonia naciente sus trabajos serían más provechosos que nocivos sus vicios.

Parece que al principio, admirados de no tener ricos á quien robar y débiles á quien pegar, sor-

Un pueblo en la llanura.

prendidos de encontrarse todos iguales y responsables en una sociedad compuesta de ellos solos, aquellos criminales adquirieron alguna energía para el bien en estas tierras apartadas del teatro de sus primeros delitos y pusieron empeño en hacer prosperar un país donde tenían que crearlo todo, y que defender sus vidas, y donde la riqueza sólo dependía del trabajo, se sintieron hombres; muy luégo tuvieron familia y cultivaron el suelo é hicieron pastar los rebaños que los recompensaban sobradamente de sus fatigas.

Los inmigrantes empezaron á llegar hacia 1815 y afluyeron en proporcion de la riqueza de los pastos y de las cortas dimensiones de la isla. Pero no faltaron dificultades. Los naturales que habían sido dispersados por los penados volvieron á la carga en número de 7.000, y durante largos años los blancos lucharon con ellos por las armas: era una guerra espantosa.

Despues de mucha sangre vertida, terminó de un modo muy extraño.

Un tal John Robinson, de quien nos han hecho en Hobart-Town el más simpático retrato, se concilió en una vida nómada el cariño de los negros: siempre sin armas, pasando por medio de los mayores peligros de una tribu á otra, y haciéndose amigo de todos, aquel hombre de fuerte temple, filántropo y medio salvaje, tomó á pechos la pesada tarea de traer la raza negra á un acuerdo con los invasores. Otros ántes que él, con todas las fuerzas de la guarnicion y el concurso de todos los penados habían hecho un gran ojeo, una

inmensa batida desde el Norte de la isla para rechazar á los aborígenes hacia el Sur, al territorio bastante extenso de la península de Tasman, unido al núcleo de la isla por una lengua de tierra de una legua apénas de anchura.

La batida duró muchos meses: una línea de fogatas de noche y de soldados de día en la extension de unos 300 kilómetros, avanzó gradualmente hasta la extremidad Sur: no se vió ni un solo negro. Todos burlaron á los ojeadores, gracias á la oscuridad y á los barrancos. Habían salido victoriosos de la lucha y robaban y mataban á más y mejor. John Robinson obtuvo entónces la victoria por la dulzura: era el ídolo de los salvajes y los llevó consigo á la Península.

Enfrente de la injusticia que hay en venir con suprema jactancia á conquistar las tierras más fértiles contra una raza que las heredó de sus antepasados: ¡qué noble parece el carácter de un hombre que salva la vida á más de 6.000 indígenas!

Pero así como que los albatros necesitan un Océano austral, así tambien los aborígenes necesitan espacio. Éstos no han podido soportar largo tiempo la medianería con los nuevos ocupantes; habían escapado á la persecucion de los penados, quisieron escapar lo mismo á los beneficios y á la conmiseracion de una raza de colonos libres que trataba de evangelizarlos y vestirlos; prefirieron el destierro á una lucha imposible ó á una vida sin espacio. Unos murieron de enfermedad en proporcion espantosa, como peces de agua viva encerrados en agua estancada; los otros, poco á poco, sin guerra y sin ruído, se dispersaron de isla en isla por las tierras de Flinders, de Furneaux, y acabaron por llegar al continente australiano, en el interior del cual buscaron el desierto... y la libertad. Eran 7.000 en 1816, no hay más que... ¡cinco en toda la isla, tres hombres y dos mujeres! Hace cuatro días los hemos visto, los guardaban como reliquias y los fotografiaban...

Por consiguiente, de las tres sociedades que allí había, una fué aniquilada. Quedaban los inmigrantes y los penados. No he tenido ocasion de oir las quejas de estos; pero los primeros, aunque libres y señores, no han cesado desde el principio de maldecir al *Colonial Officies* que les enviaba la escoria de sus cárceles. Cada vez que un buque de presos anclaba delante de Hobart-Town firmábase una protesta por toda la poblacion sana de la isla, que quería, con razon, evitar su contacto inmoral y guardar para sí el desarrollo de sus pastos y de su agricultura, en vez de ver una parte fatalmente enagenada en provecho de los criminales implantados en el suelo y destinados á ganar su licenciamiento, ya por cumplir la condena, ya por buena conducta.

Pequeña cascada en el Blasckspuz.

Para que el nucleo de hombres libres se haya conservado puro, ¡cuántas luchas se han necesitado! El cuadro de la poblacion que he visto en el Ministerio de lo Interior, da las cifras que determinan cada elemento: 17.500 hombres de orígen libre y 7.000 penados, en 1825; 23.000 y 18.000, en 1835; 43.000 y 24.000, en 1847; tal era la composicion de los habitantes. En fin, en 1857, los hombres libres eran en número de 77.700 y los deportados en número de sólo 3.000. Era la segunda vez que una sociedad nociva desaparecía.

Aquel brusco y dichoso cambio en el equilibrio se debió primero á la cesacion de los *envíos* de la metrópoli, que data de 1850; pero sobre todo á la deportacion en segundo grado que hizo la misma colonia á la península de Tasman, donde ántes quiso internar á los salvajes y que no considera como territorio suyo.

Hay allí una administracion aparte en el suelo casi totalmente separado del de Tasmania, donde un sistema de coercion dulcificada, obrando sobre una masa homogénea, influye más por la esperanza que por el temor.

Esa enérgica medida que pinta de un rasgo el fondo honrado de Tasmania, fué adoptada cuando Victoria, inaugurando valientemente su independencia, dictó como una de sus primeras leyes la de prohibir absolutamente su territorio á los penados tránsfugos que los establecimientos penitenciarios le hubieran, sin duda, fatalmente enviado. Pero gracias á los desórdenes de los primeros años en la sociedad libre, nunca se han marcado más claramente las castas entre gobernantes y gobernados, y este es el secreto de las notables diferencias entre la vida política de Tasmania y la de Victoria.

Contraste tan curioso, que comparando esas dos poblaciones, parece imposible admitir que pertenecen á la misma sangre. Son, sin embargo, hombres de la misma raza anglo-sajona, emigrados de la misma Inglaterra, en relaciones constantes entre ellos y la misma metrópoli.

Esa diferencia en dos puntos tan cercanos, ¿no prueba las influencias radicales que pueden tener sobre las ideas y carácter de un pueblo las instituciones que lo rigen?

En Victoria, el sufragio universal en toda la línea, democracia avanzada, espíritu de iniciativa y de aventura, ideas de igualdad y progreso, animacion americana.—Al otro lado del estrecho, sufragio restringido á tal punto, que la mayor parte de la poblacion libre está excluida de toda participacion en los negocios públicos; una minoría elige la Cámara baja, y apénas la cuarta parte elige la Cámara alta: ideas estrechas en general, espíritu de casta llevado al extremo, negocios lentos y desgraciados, situacion positivamente atrasada.

Hé ahí las consecuencias del elemento *privado* predominante por mucho tiempo: los inmigrantes que no han sufrido la gran crísis de nivelacion social, causada en Victoria por el descubrimiento del oro, constituyen una aristocracia de la tierra y de la riqueza que relega en la industria á los descendientes de los primeros penados.

Cuando digo inmigrantes, no ha de entenderse esta palabra con la misma significacion que le damos en Francia, pues significa buen número de *gentlemen farmers* y de *cadets* de las principales familias inglesas. Casi todos los habitantes que vemos han nacido aquí, han recibido una buena educacion y há tiempo ocupan una posicion distinguida; no han venido formados hechos y derechos, y todos iguales, como los melbourneses que aparecieron en Victoria con una sola fecha de nacimiento civil; la del descubrimiento del oro en 1851. No hay, pues, que maravillarse de que exista aquí una verdadera sociedad con sus grados y sus instintos, que se da aires aristocráticos, tanto más cuanto más ínfimo es el orígen de la clase baja. Y como es natural, todo se enlaza: la vida social es imágen de la vida política.

Cuando las colonias fueron invitadas á formular ellas mismas los artículos de sus instituciones, Victoria, donde el sirviente había dejado á sus amos y *el clergyman* á sus feligreses para adquirir fortuna en las minas de oro, Victoria no tuvo dificultad en establecer lós derechos del hombre y la más pura y razonable democracia.

En Van-Diemen, donde el propietario de carneros y el labrador despreciaban al pobre inmigrante irlandes y al penado, marcado todavía en la frente con las letras ignominiosas de las *galeras de la reina*, la clase acomodada quiso elevarse sobre un pedestal inaccesible y defender por el sufragio restringido sobre el censo el gobierno de los ménos.

La pobreza excluía de todos los derechos políticos. Pero, ¿qué ha sucedido? Despues de haber obtenido enérgicamente la abolicion de las deportaciones, Tasmania no ha ejecutado con el mismo espíritu los sacrificios que le imponía su independencia.

Cierto día, con la suspension del envío de penados, cesó la subvencion de la metrópoli, que caía sobre la colonia cual lluvia de oro, á razon de 170.000 francos por semana. Con ellos tambien desapareció la guarnicion numerosa que los custodiaba y que gastaba sus sueldos en el país; pero se habían acostumbrado tan bien á ese maná que venía de fuera, y á la direccion de los gobernadores responsables solamente ante la metrópoli, que Tasmania ha estado mucho tiempo sin conocer la libertad y ha permanecido en ese estado de infamia, propio de los pueblos gobernados en demasía, donde el pueblo mira sin cesar al poder, para pedirle proteccion y ayuda.

Esa costumbre antigua ha contribuído no poco

á entumecer á la poblacion y privarla poco á poco de aquella energía viril que se templa en las dificultades y es tan necesaria al desarrollo de una colonia.

En manos poderosas y en un gran país, el despotismo puede dar por algun tiempo las exterioridades de la gloria y la preponderancia; pero siempre mata con la libertad el espíritu de iniciativa y la especulacion emprendedora.

Tal ha hecho aquí en el primer período de la colonia la administracion militar y penitenciaria; la industria no ha nacido; la suma de las importaciones excede en mucho á la de las exportaciones; la tierra que dió los primeros rebaños á Victoria se ve obligada á importar hoy de Melbourne, no sólo rebaños, sinó carnes muertas por más de 2.360.000 francos. El presupuesto de gastos de este año ha excedido en un millon al de ingresos, y sin embargo, á pesar de esos hechos, á pesar de no haber subvencion, se han seguido construyendo edificios públicos y un palacio del gobierno que cuesta 2.500.000 francos; cada ministro cobra 22.000 francos anuales y se mantiene una turba de empleados que cuesta cerca de 3 millones anuales.

El resultado es que un país de 95.000 habitantes, habiendo vendido más de 1.176.000 hectáreas de terreno, tiene una deuda de 13 millones de francos sin que haya ferro-carriles, ni fábricas á vapor, y sin otra esperanza que la venta de tierras á inmigrantes futuros que no parecen, ó bien, nos decían sonriendo, «algunas cosechas maravillosas de manzanas» (1).

Pero Tasmania ha empezado ahora su aprendizaje de libertad, me decía en la hora de la partida el coronel Gore Brown, de quien he recibido muchos informes, y que, bajo su título militar, es un gobernador civil que ayuda con todas sus fuerzas al movimiento liberal.

Una chispa ha producido el incendio; queriendo los ministros sacar los ingresos, no de las aduanas sinó de un impuesto sobre la propiedad, chocaron con la opinion pública muy exaltada: el país entero durante nuestra estancia se hallaba muy agitado; fué necesaria la disolucion de las Cámaras y verificóse por mensaje del gobernador en la mañana misma de nuestra partida.

Por ese sacudimiento general, por las nuevas elecciones, esperan los prudentes que triunfen la idea de economías radicales en los gastos, y ese partido, cuyos más celosos campeones hemos conocido, contando con el fácil juego de las instituciones políticas quiere hacer salir de la rutina á un país que seguramente merece la prosperidad.

El fondo es bueno: con recursos preciosos en maderas de todas clases, con el desarrollo de los pastos, que despues de todo, cuentan 1.752.000 carneros y 110.000 cabezas de ganado mayor, con riquísimas minas de hierro todavía no explotadas, y la certidumbre de filones de oro, ese oro que es la panacea universal de Australia, puesto que atrae siempre la inmigracion y desarrolla todos los recursos; con tierras para cereales harto más fértiles que las del vecino continente y que producen cosecha de 32.700.000 francos; en una palabra, con un conjunto de terrenos ocupados, rebaños innumerables, buques, bancos y productos exportados, cuyo valor total sube á 475 millones de francos, quieren, libre ya de los aborígenes y de los penados, abolir el sistema de reglamentacion y de trabas que los ha tenido tan bajos hasta hoy, y que contrario al gran principio liberal de las colonias vecinas maravillosamente prósperas, ha trasformado de un modo opuesto elementos de riqueza casi idénticos; uno es fuerza motriz, el otro lo es de inercia.

Hay ademas otro partido, el de las clases bajas. La palabra *anexion* ha llegado hasta los antípodas, y ellos quieren la anexion á Victoria. Los excelentes tasmanios lo harían de buena gana, pero los victorianos no quieren, pues juzgan á sus vecinos muy atrasados y los tratan de beocios.

Beocios serán si se quiere, pero esa buena gente posee una facultad que falta á sus satíricos vecinos, la modestia. Miéntras que en Melbourne nos decían, con razon sin duda, pero con demasiada frecuencia:

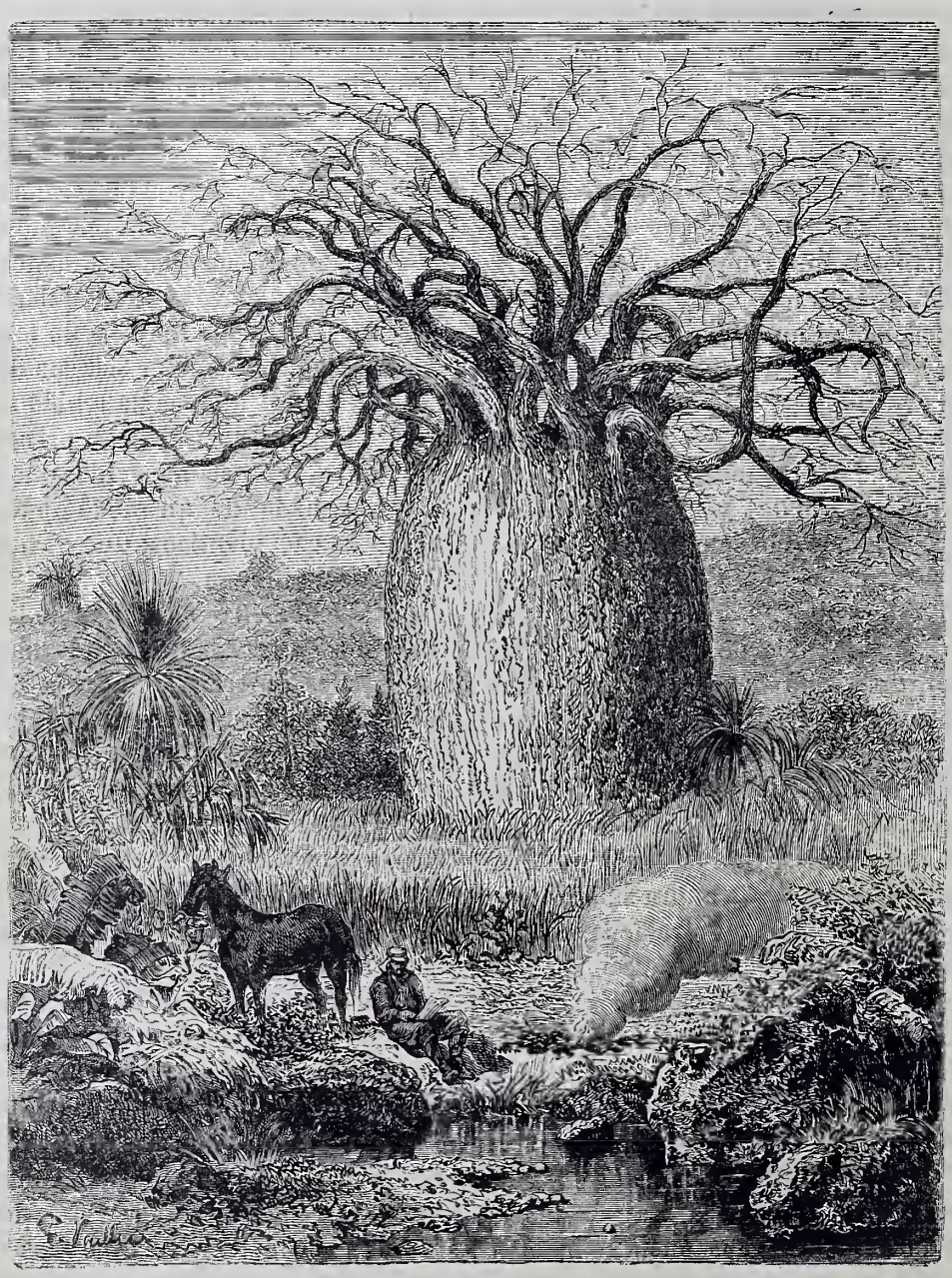
«Contemplad nuestra obra; hace catorce años no había aquí más que el desierto, ¿no hemos hecho una nueva Europa? Los tasmanios excusan la sencillez de su oasis, que enseñan humildemente; lisonjéales que vengan extranjeros de tan léjos á verlos; continúan pacíficamente su camino sin haber registrado una tierra donde hay oro, sin buscar con febriles esfuerzos otra felicidad que la de vivir en familia, suavemente y sin ruído, con un no sé qué patriarcal que se encuentra en esta isla tan prodigiosamente dotada por la Naturaleza.

Podríase, sin embargo, llevar vida aventurera en estos sitios. Un espíritu intrépido y ardiente, una excepcion á la quietud general, el coronel Chesney, consiguió fácilmente entusiasmarme por una tentativa de descubrimientos que va á emprender en la parte Noroeste de la isla. Un

(1) El año pasado exportó Tasmania manzanas por valor de 1.500.000 francos.

solo hombre, un pastor pudo penetrar en ella el año pasado y trajo varias muestras de oro sumamente ricas. Hay allí una serie de montañas situadas precisamente bajo el meridiano de Ballarat, y que no son otra cosa que la prolongacion de los mismos filones de oro.

Pero hay una barrera de torrentes, rocas escarpadas y despeñaderos rodeando el nuevo Eldorado. El coronel me ha enseñado sus preparativos, escalas de cuerda con garfios, canoas portátiles de cautchouc, etc., todo recien llegado de Lóndres. Marchará con dos amigos y un criado.



El árbol-botella.

—«Venid, pues, conmigo, me decía; os gustan las aventuras, y es cosa bella descubrir tierras. ¡Y luégo si encontramos oro volveremos millonarios, y entónces las lindas *misses* de Europa!...» Pero la expedicion no se pondría en marcha hasta el mes de Enero, y éranos imposible asistir á ella con gran pesar de mi parte.

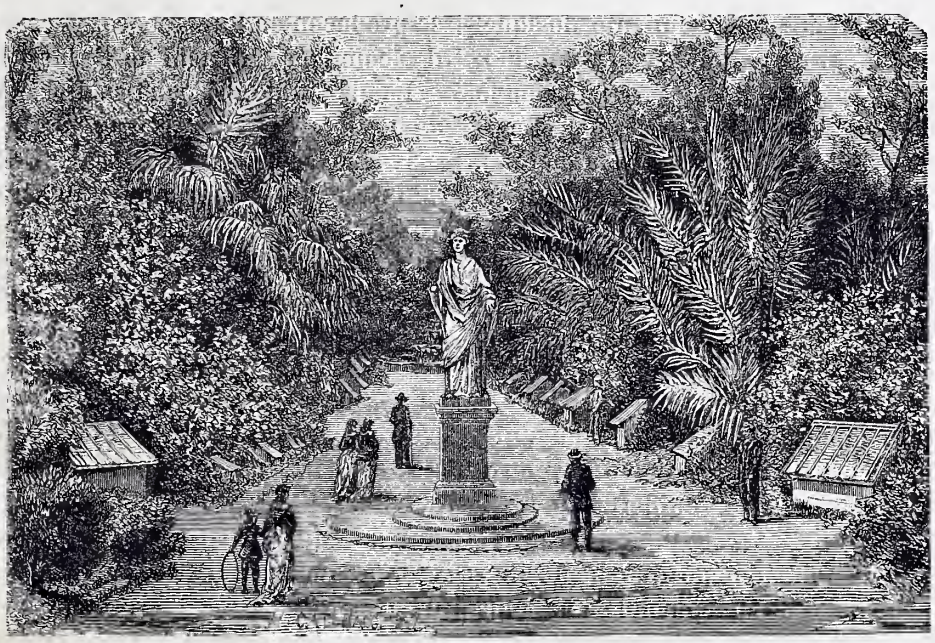
Empiezo por prometer mi rizosa peluca al dignatario de la facultad de París que encuentre el nombre de cabo de Umurumun entre sus conocimientos geográficos. Es una pequeña ensenada de la bahía de Twofold, perdida entre los promontorios de la costa oriental de Australia, y encajonada entre rocas de granito rojo y montañas

cubiertas de grandes bosques de pinos que bajan hasta la playa, sitio pintoresco y salvaje, pero á la hora presente entristecido y oscurecido por los negros nubarrones que las rachas traen de alta mar. Aquí nos ha arrojado un golpe de viento de equinoccio.

La *Tasmania* perdía el rumbo, á pesar de los esfuerzos convulsivos de una máquina impotente; las olas la empujaban á tierra balanceándola sin misericordia y amenazando partirla, y sin posibilidad de resistir.

Cuando nos asaltaba un temporal entre el Cabo de Buena Esperanza y Australia, mirábamos con sangre fría las olas inmensas de que éramos juguete; el espacio era nuestra salvacion. Pero esta vez nos hallamos cerca de la costa y la costa es el naufragio, si no se encuentra un refugio en la más próxima ensenada.

A las tres anclamos á cubierto del cabo juntamente con un tres palos tan desarbolado que da pena verlo. Es tan ronco el fragor de la tempestad en los bosques de pinos, se estrella el mar tan furiosamente contra el cabo y hacen los truenos tan terrible estrépito, que la redonda cara del capitan de nuestro barco no se ha recobrado todavía de su repentina palidez. Ese buen hombre redondo, como una bola, cuyo *sudoeste* (1) no consigue tapar su papada, estaba ayer carmesí y hoy está blanco como la nieve. Me divierte mucho gesticulando; pero conoce muy bien su oficio, y



Jardin botánico en Adelaida.

nos dice que ha hecho 248 viajes entre Hobart-Town y Sidney, y que este es *uno de los más peligrosos*, lo cual sin que nos lo dijera lo sabíamos.

Ahora que estamos seguros y que la *Tasmania*, aunque muy balanceada, duerme sobre sus tres anclas, pedimos un bote y cuatro hombres al capitan y desembarcamos los dos para ver á una tribu de indígenas cuyos fuegos se distinguen entre los pinos: son semejantes á los del Murray, tan inofensivos, tan negros, y á primera vista me parecieron más feos; pero olvidaba que eso era imposible.

Esta bahía es famosa para la pesca de la ballena; acá y acullá sobre la arena de la playa están arrojados los colosales esqueletos, y al aspecto lúgubre y sombrío de aquellos parajes se añade el del cementerio de los cetáceos oceánicos. Lo extraño es que en este lugar tan aislado del mundo hay, sin embargo, en una colina, siete cabañas de madera habitadas por algunos blancos. Por una dulce ironía han dado el bello nombre de Eden al conjunto de sus míseras chozas. Segun van las cosas en Australia, quizas dentro de quince años habrá en el mismo sitio un teatro de la Opera y un Parlamento.

Ahora me parece haber visto á Melbourne naciente. Un centenar de carneros medio perdidos,

(1) Especie de capucha impermeable que sólo se pone para el mal tiempo.

algunos agujeros en tierra, donde tres hombres buscan oro, y el bosque de pinos, vírgen todavía, componen el eden que hemos visto.

Esperamos confiados que el buen tiempo sacará á la *Tasmania* de aquí, donde seguramente no colocará su cargamento de manzanas.

VII (1)

Viaje á Queensland.—Brisbana.—El río.—El puerto.—La ciudad.—Cabmen.—El Club.—El explorador Gregory.—Noticias acerca de las zarzas negras.

Cuando el tiempo lo permitió y pudimos reparar un tanto las averías que el pasado temporal nos había causado, volvimos nuevamente á Sidney con objeto de continuar las parciales expediciones que nos habíamos propuesto realizar, á fin de llegar al más completo conocimiento de aquel país. Así, pues, luégo que hubimos descansado, nos dispusimos á partir para Brisbana, á cuyo punto puede irse por tierra, pasando por Moryborough y Rockampton; pero como la monotonía de aquellos paisajes no compensaría siquiera las molestias del viaje, todos se deciden á emprender el viaje por mar.

Unos pequeños vapores pueden trasportar á Brisbana en dos días, y como la travesía se hace costeando muy cerca de la orilla, sin gran dificultad pueden observarse las elevaciones de algunos bancos de arena, cubiertos de verdura hoy, que se extienden tras cortes y cortes, que parecen indicar que un día estuvieron cubiertas por las aguas.

Aquí se da el mismo fenómeno que hemos hecho notar al ocuparnos de Melbourne, en la bahía de Port-Philipp. Por lo demás, la extensa línea de lagos salados que se extienden de Sud á Norte, en el centro de la Australia, parecen demostrar que aquel continente en una época relativamente moderna, formaba dos grandes islas, que se han convertido hoy en una sola, por el contínuo levantamiento del suelo.

La bahía de Moreton, á la que se llega despues de dar un gran rodeo, os conduce al río de Brisbana, cuyos bordes planos sólo se elevan en los alrededores de la poblacion. En cada una de las orillas se extienden inmensas plantaciones de bananos, no obstante hallarnos solo sobre los 27°, es decir, bastante léjos del trópico, á pesar de lo cual los ananas y los bananos se crian aquí igualmente, cuando por sus condiciones especiales, ambas producciones, son propias de la zona tórrida.

Ambos frutos abundan tanto en Brisbana, que los ananas se venden cuando más á cinco francos el ciento, siendo mucho mejores que los que se producen en Singapoore, y casi tan perfumados como en Abacachi de Pernanbouc.

La ciudad de Brisbana se divisa bastante ántes de llegar á ella, y es la capital de Qeensland, la más extensa de las colonias australianas, despues de la Australia meridional, y la más moderna, pues no se separó de la Nueva Galles del Sur hasta Diciembre de 1859. Por esta razon, Queensland no tiene pasado en la historia, pertenece toda al porvenir, y este porvenir no deja de ser rico en promesas. Tiene como la Victoria, desde los primeros tiempos, minas de oro, de estaño, de hierro y de carbon; posee abundantes campos de trigo, de maíz, de azúcar y de algodon, y como aquellas extensas hermanas, posee grandes llanuras, muy aptas para la cria de bueyes y carneros, produciendo á la vez todos los frutos propios de los trópicos.

Ménos exclusiva que Victoria y más inteligente, ha comprendido desde luégo que una region que cuenta 200.000 habitantes diseminados en una extension de terreno cinco veces mayor que Francia, no puede prosperar sinó gracias á la inmigracion, por lo que ha dedicado 500.000 francos cada año para la conduccion gratis de viajeros pobres, y esto en las mismas condiciones que hemos expuesto al ocuparnos de Victoria. Gracias á esto, la poblacion acrece cada año con más de 5.000 inmigrantes, que acuden contribuyendo á la riqueza de la colonia con sus fuerzas y sus capitales.

Brisbana, la capital, es una pequeña ciudad que cuenta 5.000 almas: sus calles anchas y rectas, son aún bastante pedregosas, lo cual hace recordar los campamentos de los primeros días.

Puede decirse que es una capital con su máquina gubernamental perfectamente organizada,

(1) Por enfermedad del Sr. Suarez de Figueroa, y en obsequio á la Casa editorial, se ha encargado de la terminacion de este viaje el Sr. Fernandez Merino. (N. del E.)

teniendo edificios bastante notables para las dependencias públicas. En ella asistí con el más vivo interes á la apertura del parlamento por el gobernador sir Arturo Kenneedy, tiene sus sociedades científicas, un museo, un jardin botánico, un jardin de aclimatacion, un palacio de la industria, y pronto tendrá una escogida biblioteca.

La ciudad está admirablemente colocada sobre una altura que rodea el río, formando una península: su puerto es de bastante extension, y en las altas mareas pueden atracar á él hasta buques de alto bordo. En ninguna parte había yo visto un

Los fugitivos.

servicio de carruajes tan bien organizado como aquí; cierto que son muy raros, pero hace tanto calor (fines de Diciembre) y el dinero parece tener tan poco valor en las colonias, que para recorrer una distancia de cien pasos se toma un carruaje.

Los cocheros están aquí en la opulencia, si se juzga por uno de ellos, cuya mujer é hijos vestidos de seda y terciopelo, ocupaban el vehículo que me ofrecieron, luégo que llegaron á presumir que me era necesario. Mi cochero me hizo el honor de presentarme á su esposa, gruesa irlandesa, de rostro juvenil, que se manifestaba orgullosa de su aspecto floreciente y de su brillante to-

cado, sorprendente contraste con los andrajos y las piernas desnudas que se ven en su antiguo país.

Cada colonia parece gritar, venid á mí pobres desheredados, desgraciados, venid á mí, yo os ofrezco el trabajo, la rehabilitacion, la comodidad para vosotros y las riquezas para vuestros hijos. Aquí tendréis que pasar por días de prueba, pero cualquiera que sea la modestia de vuestros empleos, no sufriréis ninguna humillacion; vosotros seréis iguales á todos. Trabajad, sufrid un poco de tiempo, la recompensa está muy próxima, y desde luégo os podéis contar entre nuestros poderosos y nuestros millonarios que fueron ó pastores ó mozos, que ayer eran nuestros legisladores y hoy son nuestros gobernantes.

En el club de Queensland, donde fuí presentado y donde yo habitaba, fué donde conocí á uno de los hermanos Gregory, célebres exploradores australianos. M. Franck Gregory, senador, duerme hoy sobre sus laureles valientemente adquiridos, y le debo noticias preciosas acerca de las partes del continente que ha visitado y sobre las razas que las habitan.

En la costa Nordeste ha encontrado tribus que tienen gran semejanza con los árabes: son altos, bien formados, de color claro, los lábios delgados y los cabellos lacios. Seguramente son mestizos de árabes y podría creerse que esta mezcla ha elevado el nivel de la raza, pero no es así, pues M. Gregory ha podido observar que en este término medio hay más barbarie que en cualquiera de los extremos.

En el Oeste, toda la propiedad pertenece á un jefe. Sólo el hijo de la segunda mujer es el que hereda, pues no quieren que la propiedad se divida, temiendo que haya luchas intestinas. Los hijos de la primera mujer son sacrificados; á la edad de diez años los encierran, procuran que engorden y despues se los comen.

En el Norte ha encontrado algunas tribus que se sirven del arco y de las flechas, y cuyos indivíduos tienen el cabello largo y ensortijado, el color mucho más claro que los australianos del Mediodía, lo cual podría ser una mezcla entre australianos y Papous de la Nueva Guinea, hecho que resulta cierto, dadas las frecuentes relaciones establecidas desde remotos tiempos, entre los naturales del cabo de Yorck y los de Nueva Guinea.

En el centro ha encontrado algunas otras tribus, de cabeza calva, en la que se advierten sólo algunos mechones muy crespos, con labios gruesos y carnosos, y boca excesivamente grande, caractéres que les dan gran semejanza con algunos negros del interior de Africa.

En el mismo centro, pero inclinándose hacia los treinta y cinco grados, ha vivido entre indivíduos de cabellos crespos y más negros que lo son generalmente los australianos, y cuyo rostro deprimido recuerda el de los tesmanianos, y tal vez puedan ser de estos encerrados en medio de tribus australianas.

La raza australiana es, pues, un compuesto de diversas tribus, mezcla de numerosas poblaciones, de la que sería sumamente difícil poder determinar con exactitud el orígen. Por mi parte tenía grandes deseos de estudiar las tribus vecinas, para lo cual era necesario penetrar bastante en el interior, y con este fin organice una expedicion, no sin tener que vencer grandes dificultades. No obstante, gracias á la benevolencia y distincion con que siempre me trataron en la Australia, debí el ser puesto en relacion con M. Peatry, uno de los más antiguos habitantes de la colonia, que vivía á veinte millas de Brisbana, en la pequeña aldea de North-Pine. M. Peatry estudiaba desde hacía más de treinta años á todas las tribus de los contornos, hablaba su lengua, conocía sus costumbres y podía serme el hombre más útil del mundo en aquella ocasion. Si hubiera ido sólo me hubiera visto obligado á correr detras de las tribus aquellas, en tanto que M. Peatry las hacía venir á mi; yo no hubiera podido entenderme con los negros, y M. Peatry me serviría de intérprete, así pues, marché precipitadamente á reunirme con él.

Vista general de Brisbana.

VIII

De Brisbana á North-Pine.—Gomeros moteados (Spotted gum).—Llegada á la casa de M. Peatry.—Estudios australianos.—El bunya-bunya.—Instinto de los ganados en marcha.—Humpy-Bong.—Tiempo revuelto.—Mosquitos.—Una casa fatal.—Llegada de los negros.—Tribu de duelo —Un hermoso dia del año.

En los barrios ó en los alrededores de Brisbana, las casas se encuentran bastante distantes las unas de las otras. Una vez en las afueras de la poblacion, nadie sabría decir, excepcion hecha del calor, si se estaba en la Nueva Galles ó en Victoria, pues á la vista de uno que no sea muy experto en botánica, la vegetacion parece la misma.

Es evidente que los eucaliptus deben pertenecer á otras especies, y que los arbustos y las flores son diferentes; pero yo no hallo más que un árbol que me llame la atencion, por el extraño color de su corteza, y es éste el gomero moteado (que es sin disputa el árbol más raro que puede verse), pues su corteza lisa y suave tiene todos los colores: en un punto, es blanco como la nieve; más allá, color de rosa, un poco más, y llega al rojo;

La calle Glenell, en Adelaida.

en otros lados se le ve blanco con anchas fajas azules, salpicado de manchas amarillas, grises ó verdes. Cuando se ve un grupo de estos árboles, forman un caprichoso contraste con los oscuros colores de los demas que á su alrededor crecen, y podrían ser asunto para un bello cuadro de género. El carruaje en que vamos nos conduce por una senda bastante descuidada, atravesando una campiña que forma pequeñas ondulaciones, y en la que la tierra parece pobre, excepto en el fondo del valle, donde es negra y buena para el cultivo de la caña de azúcar y del maíz; pero donde el paisaje es verdaderamente hermoso es en los alrededores de North-Pine.

La casa de M. Peatry está admirablemente situada sobre un mamelon, convertido por completo en un magnífico jardin.

Despues de ser anunciado, entré, presenté mis cartas, y despues que las hubo leido, mi hombre se informó de los proyectos que allí me llevaban, calculó el tiempo que me era necesario, y tambien el que me podía conceder. Luégo, como era

cuestion de negocio, y aquél era un hombre práctico que sabía lo de *the times is money*, fué necesario tratar, y tratamos. Acepté sus condiciones un tanto draconianas, pero nunca sentí hacerlo; tantas fueron las buenas noticias que recogí en casa de mi futuro compañero. Sólo permanecí allí un día, pues al siguiente debíamos emprender nuestra marcha; pero en este tan limitado espacio de tiempo pude admirar un interior de casa de campo que entre nosotros hubiera sido demasiado lujo; aquellas gentes entienden mucho mejor que nuestros campesinos la organizacion de un *house* (morada). Tambien me fué bastante mi permanencia para convencerme de la facilidad con que los niños aprenden todas las cosas, y de su seguridad en discutirlas: aquellos jóvenes y aquellas niñas no tenían en modo alguno la timidez de los nuestros, y desde el primer momento hablaron conmigo con la misma confianza que si hubiera sido ya un antiguo amigo. Efectos tal vez de una educacion especial, fruto del desierto, ó resultado de la instintiva confianza del australiano, aquello llamó mi atencion, sin herirme en lo más mínimo; si yo tuviera niños, me consideraría feliz con advertir en ellos las mismas condiciones.

Entre tanto, M. Peatry había enviado unos avisos á dos tribus, que sabía estaban acampadas en las cercanías, á unas veinte leguas del lugar en que nos hallábamos, rogándoles se reunieran en un punto de la costa llamado Humpy-Bong, en el que había un pequeño pabellon, propiedad de un doctor de Brisbana, que lo había puesto á mi disposicion.

Como gran atractivo para los negros, tenía una paga de uno á veinticinco francos por día, una pasta de tabaco, distribucion general de *dampers*, que son unas galletas hechas con harina de trigo sin levadura, cocidas bajo las cenizas, que gustan mucho á los negros; y si aquellos señores y señoras se portaban bien, un vasito de whisky. Aquello era para los salvajes mucho mejor que una representacion á su beneficio, y no dejaron de acudir.

Toda la mañana fué empleada en ultimar los preparativos, en pasear por los jardines y por los bellos alrededores. En los parques había en gran abundancia bunya-bunya, que es la araucaria de Queensland, cuyos conos monstruosos pesan más de treinta libras, y que producen unas gruesas almendras como nueces, que en tiempo de la conquista eran uno de los principales alimentos de los naturales.

Estos árboles, de la familia de los pinos, llegan á tener muchas veces hasta doscientos cincuenta piés de altura, y ocupan en la montaña una region especial, á la que dan el nombre de Buya-Range, situada á 320 kilómetros de Brisbana. Sólo producen frutos cada dos años; pero lo hacen entónces con tal abundancia, que los propietarios, no pudiendo consumirlos todos, invitan gratuitamente á las tribus vecinas para que vengan á tomar parte en el festin. La más completa armonía reinaba entre anfitriones é invitados; pero sucedía con frecuencia que, saturados hasta más no poder de alimentos vegetales, experimentaban luégo una gran necesidad de alimentos animales. Ellos no podían en modo alguno arrojarse sobre las reses de sus amigos, porque las convenciones entre tribus son formales; la invitacion no había sido hecha más que para los frutos del bunya, y no para los animales, y ántes que violar esta ley, los desgraciados sacrificaban á uno de entre ellos, y se lo comian. Esto se llama allí delicadeza!

En nuestra excursion por los alrededores encontramos una piara de bueyes que se dirigía á Brisbana, y mi guía me refirió cosas sobre el instinto de estos animales en el desierto y en las marchas, que llamaron mucho mi atencion, pues estos instintos son de fecha reciente y se han desarrollado despues de la introduccion de estos animales en el continente australiano: despues se han hecho ya hereditarios.

Por ejemplo, cuando se hallan en un punto cualquiera de estacion y quieren beber, muchas veces les es necesario recorrer cinco ó seis leguas para ir á encontrar el agua, lo cual es una larga marcha. En este caso, las vacas dejan á sus hijuelos, pero los conducen á cualquier depresion del terreno donde los ocultan entre la hojarasca, confiándolos á la custodia de una vaca vieja, que en modo alguno permitirá que se desbanden. Al primer ruído que escucha esta vaca da la señal de alarma, y segun lo que sea, huye con su pequeño rebaño ó acomete á los intrusos.

Sucede frecuentemente que en las largas marchas hay necesidad de cruzar un sendero de los abiertos por los naturales, y entónces los que van delante, los bueyes conductores, braman, negándose á continuar. Habiendo sido atacados muchas veces por los negros, en tiempo de la colonizacion, estos animales los miran como sus enemigos, aunque hoy nada deban temer de ellos; pero á pesar de todo, cuesta tanto trabajo hacerlos cruzar un sendero de éstos, como hacerlos atravesar un río.

Los búfalos, que en Cochinchina y en Java son

tan familiares y dulces para sus conductores malayos ó chinos, son extremadamente peligrosos para los blancos, en los que adivinan enemigos ó tiranos para sus dueños. Es el mismo instinto, aunque desarrollado en sentido contrario.

De North-Pine á Humpy-Bong, es cuestion de 25 kilómetros lo que hay que andar: el día que emprendimos la marcha llovía á torrentes. Los árboles goteaban sin cesar, pues era un bosque lo que teníamos que cruzar, pero poco nos hubiera importado el agua sin la nube de mosquitos que sobre nosotros caía. Cuando llegamos á los bajos que están ántes de Humpy-Bong fué peor, y nuestra situacion se hizo intolerable; teníamos las manos completamente negras de refregarlas contra la cara. He viajado mucho, pero creo que nunca veré tantos. Hay que tener presente que aquel era el peor tiempo. Los animales, á que aquellos insectos no permiten reposo ninguno, enflaquecen en la estacion en que todos engordan, porque en la de las lluvias la hierba es abundante, pero los mosquitos no les permiten el placer de pastar, y hemos visto bueyes y caballos rodeados de aquellos chupadores de sangre que corrian como desesperados.

Llegamos por fin á Humpy-Bong, pequeña estacion que se compone de una cuadra con cocina y casitas bastante limpias, en las que todas las camas tenían sus mosquiteros. Inmediatamente nos trasladamos al campamento de los negros, donde nos esperaba una mala noticia: los hombres útiles han partido, no quedando en los *willum* (1) más que las mujeres, los niños y los viejos. Ellos no habían recibido el mensaje, pues estaban ya léjos por el camino de Marybourough, á donde sin duda iban á mendigar ó á embriagarse los días de fiesta. Efectivamente; estamos á 31 de Diciembre y mañana es día de Año Nuevo.

En cuanto á la otra tribu, no llegará hasta mañana, y Peatry les enviará un nuevo aviso para que apresuren su marcha cuanto puedan.

La lluvia ha calmado un tanto, y esto me permite examinar el campamento con alguna detencion: está compuesto de cinco malas chozas formadas con hojarasca y cortezas; delante de cada una de ellas hay una hoguera encendida, á la que los naturales llaman *dura*. Aquellas miserables cabañas, abiertas por uno de sus lados, apénas si tienen dos metros de diámetro: son unos inmundos lodazales, donde viven tres ó cuatro individuos: los más afortunados disponen de una piel, los demas tienen que contentarse con algunas hojas; montones de inmundicia, restos de pescado, conchas de ostras, huesos añejos á medio roer, están esparcidos por los alrededores, y todo en conjunto revela una miseria inexplicable. Añadid un considerable número de perros, ó mejor de esqueletos sarnosos, y tendréis una aproximada idea del campamento de aquellos salvajes.

La tribu que acampa en Humpy-Bong es una tribu de la costa, y aún viven como en otro tiempo vivían; pescan el *dugong*, el manatí, especie de vaca marina que el cogerla constituye para la tribu un día de fiesta: cazan tambien los kanguros y los *opossum*, que llegan á ser muy raros en los alrededores de los lugares en que ellos habitan. En casos de hambre, ó reciben raciones, ó piden al robo y á la mendicidad el suplemento de su pobre alimentacion.

Hace algun tiempo fabricaban unas inmensas redes, en las que cogian á los kanguros por manadas; pero ya han renunciado á ellas. La tribu que estudio en Humpy-Bong ha perdido á uno de sus jefes, viejo pescador, por quien están de duelo. Los hombres en tales casos no llevan nada que pueda hacerlo comprender; pero las mujeres tienen el cuerpo y la cara señalados con manchas y líneas blancas, pintura que obtienen con la cal ó con el yeso, y en la cabellera llevan entrelazadas viejas plumas de casoar, con lo que tienen el aspecto más repulsivo que puede imaginarse.

En cuanto á las ceremonias que se practican en esta parte de la costa á la muerte de los aborígenes, son bien singulares. Aquí, como en toda la Australia, los negros no pueden creer que la muerte sea un fenómeno natural: para ellos es siempre un hechizo, un sortilegio pronunciado por algun individuo de una tribu enemiga, y tarde ó temprano puede estarse seguro de que se vengarán del que sospechan. Estas, en otro tiempo, eran las causas frecuentes de guerras entre unas y otras tribus: el hechicero ó el fetiche era generalmente el que decidía, y los demas obedecían sus indicaciones; por fortuna las guerras aquellas eran muy poco sangrientas.

Entre los que nos ocupan, era tambien costumbre comerse al muerto, cosa que aún hacen en muchos casos: con el jefe por quien estaban de duelo se habían contentado con desollarlo: habían hecho secar su piel, á la que adherian las narices, las orejas y los cabellos, é igualmente habían conservado los muslos, las piernas, los brazos y el cráneo, no habiendo enterrado más que el tronco y las entrañas. Cuando ya están secos,

(1) Chozas en las que viven los australianos, y que tambien llaman *miam*.

las mujeres son las que llevan consigo estos restos; por la noche hacen con ellos su almohada para tener siempre presente el recuerdo del muerto, y todos los días lloran al difunto. Durante seis meses ó más conservan estos restos, al cabo de los cuales terminan por ocultarlos en el tronco de un árbol ó en alguna separada gruta.

A la llegada de la otra tribu, que encontré á la mañana siguiente levantando sus *duras* á 300 ó 400 metros de las cabañas de la primera, presencié una ceremonia de las más interesantes; pero tuve que contentarme con verla desde léjos, porque se me prohibió que me acercara, y hacerlo hubiera sido una profanacion; éstas son allí costumbres sagradas para los negros, y siempre respetadas por los blancos.

Los viejos y las mujeres de la tribu situada junto á Humpy-Bong habían llevado á la mitad del camino los huesos y la piel del difunto; despues las mujeres entonaron en su honor unos clamores discordantes. Luégo, uno por uno, todos los individuos de la tribu se dirigieron hacia el grupo que formaban las que podemos llamar cantoras, y apresurando el paso á medida que se acercaban más á las reliquias, se golpeaban la cabeza con el hacha en señal de dolor. Esto no era un vano simulacro, como pudiera creerse; aquellos infelices se abrian anchas y profundas heridas, de las que la sangre manaba en abundancia, y no dejaban de pegarse hasta que el encantador se echaba sobre ellos, los abrazaba y cubría con tierra sus heridas, despues de lo cual eran admitidos á contemplar los restos del finado.

Como quiera que el mal tiempo continuaba y no dejaba de llover, suspendí mis operaciones para continuarlas al día siguiente.

Estoy habitando una casa que parece tener desgracia: el guardia de ella me ha referido que la señora que la habitaba ha perdido en el mismo año dos hijos, con circunstancias bien fatales. El primero de estos jóvenes murió aplastado por un árbol que se desgajó muy cerca de la casa; el segundo en el bosque, á donde había ido á pasear á caballo en compañía de unos amigos, del fuerte golpe que recibió contra un eucaliptus. Como consecuencia de estas dos desgracias, la mujer del guardia se ha vuelto loca, y desde entónces la casa abandonada ha sido puesta en venta.

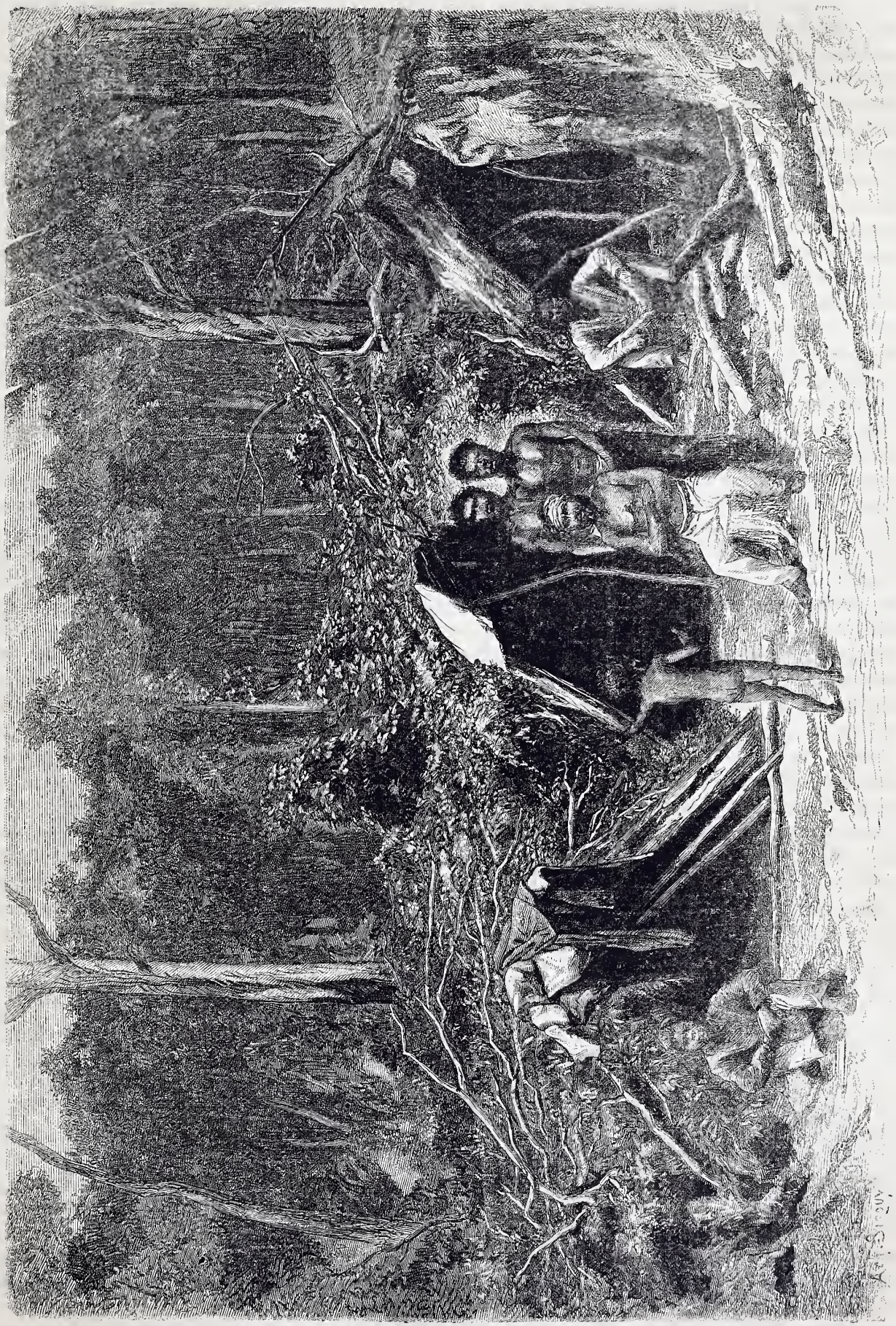
El día lo he pasado en preparar mis instrumentos, en construirme una cámara oscura, dar algunos paseos por la costa y visitar á mis negros vecinos. Por la noche, despues de los alaridos de costumbre en honor de su muerto querido, los he visto agrupados en sus cabañas, ante grandes hogueras, teniendo los perros alrededor. Segun me ha dicho M. Peatry, pasan una gran parte de la noche conversando ó refiriendo los grandes hechos de sus antepasados: ésta es su manera de escribir la historia y trasmitir sus leyendas á los niños, para que á su vez lo hagan á los sucesores. Tambien cantan los tiempos felices en que les pertenecieron los terrenos de caza que ya hoy no son suyos, triste consolacion del estado de miseria y de decadencia en que han caido. Este es el último canto del cisne... negro.

Con respecto á los muertos, entienden que reviven en el cuerpo de los blancos. Así, cada uno se hace un paraíso á su manera: hoy, encontrándose faltos de todo, viviendo en un estado de abyecta degradacion, viendo al blanco vivir en la abundancia, el fin dichoso de la vida para el negro es recomenzarla en las condiciones que la ambiciona, es decir, comer y beber mucho, supersticion que es muy moderna, datando sólo desde la llegada de los blancos, y que no podrá encontrarse en los aborígenes de Victoria que viven en las estaciones, que no sufren necesidades, y que se creen iguales, si no superiores á los blancos.

IX

Operaciones fotográficas.—Tipos, costumbres y trajes de los australianos en general.—Nacimiento de los hijos.—Infanticidios.—Jóvenes de ambos sexos.—Matrimonios.—Raptos.—Novelas del desierto.—La suegra.—La belleza.—Mision de la mujer.—Entierros.—Canibalismo.—Campamento.—Alimentacion.—Fábulas.—Leyendas.—La creacion.—La luna.—El sol.—Iniciaciones.

Como la lluvia continuara sin interrupcion, me fué necesario sacar fuerzas de flaqueza y ponerme á la obra, pues de otra manera mis negros me hubieran abandonado; porque hasta tal punto son nómades, que es imposible retenerlos más de ocho días en un mismo punto. Me encontraba en unas circunstancias bien detestables, pues no sabía cómo colocar mis modelos, porque toda la casa se bamboleaba con el viento. Erame necesario ponerlos bajo el tejadillo, apoyándolos en la chimenea de ladrillos, único sitio que no se conmovía: la luz, por otra parte, era tan escasa, que me precisaba tenerlos ante la cámara oscura más de un minuto, y tras la cabeza de cada uno de los indi-



Campamento y grupos de australianos.

viduos ponía una piedra plana, que sirviera de apoya-cabezas y les obligara á estarse quietos; cubría el instrumento con un paraguas, y de esta manera es como pude hacerme de cuarenta malos clichés, de hombres, mujeres y niños.

Para las mensuraciones tenía más facilidad en el interior de la casa, pero muchos de ellos no las dejaban hacer sin oponer grandes dificultades; suponían en estas operaciones algun maleficio diabólico, del que muy bien podían ser víctimas, y sobre este punto tuvo M. Peatry que darles categóricas explicaciones, que sólo les tranquilizaron á medias. Mucho más trabajo me costó aún obtener cabellos, y para vencer esta resistencia tuve que presentarles ántes el rom y el tabaco, pues para el australiano es cuestion de mucha importancia ceder parte de su cabellera; cree que todo hombre que posee un mechon de sus cabellos tiene poder para hacerlo morir, y me han referido muchos casos en los que la persona que se creía hechizada por este medio ha perseguido durante meses enteros á su encantador imaginario, hasta que lo ha cogido y le ha dado muerte.

Justo es que ahora demos un resúmen de las costumbres y trajes de los naturales de la Australia.

En Encounter-Bay, en la Australia del Sud (esta costumbre es casi general en toda la Australia, y ya hemos expuesto las causas), ninguna mujer cría más que dos hijos; á todos los demas se les da muerte; tambien sacrifican á todos los que no son legítimos, y sobre todo á los que creen que pueden provenir de blancos; pero como el recien nacido australiano viene al mundo casi blanco, es muy difícil distinguir al mestizo del que es de sangre pura, por lo que en este caso se atienen á la forma de la nariz, que es más ó ménos larga ó más ó ménos aplastada, segun el orígen del niño.

En el bajo Murray, segun P. Beveridge, no sólo matan á los niños, sinó que tambien se los comen. En el Norte cortan una falange del dedo á la madre por cada uno de los hijos que mueren de los que dejaron con vida; por lo que hay muchas de aquellas infelices que no tienen más que muñones.

Todo esto, segun dicen, no es en modo alguno una prueba de ferocidad; aquellas pobres gentes sufren el yugo de una necesidad fatal. La antropología no prueba nada que pueda referirse á dureza de costumbres: los mejicanos criaban á los hombres en jaulas, como nosotros á los pollos, para que al comerlos luégo estuvieran más tiernos y mejores. Los indios, ántes de la conquista de las Américas, eran antropófagos, y no obstante, el P. Las Casas habla siempre como de poblaciones las más dulces é inofensivas de la tierra.

Para terminar esta cuestion de canibalismo, diremos que era una costumbre casi general en la Australia, y que entre las tribus de los Deyeries era una práctica universal. No solamente se comían á los niños, á quienes sacrificaban al tiempo de nacer, sinó que se comían tambien á los muertos, con esta distincion: que la madre se comía al hijo, y el hijo á la madre, pero ni el padre ni el hijo podian comerse el uno al otro. Dando á luz las mujeres por término medio de seis á nueve hijos, puede juzgarse del fruto de esta detestable costumbre.

Extraño contraste, digno de ser señalado en honor de la especie; las mujeres crian á sus hijos con el cuidado y el celo de las más cariñosas madres, les rodean de toda clase de atenciones, les atienden con amor, y cuando tienen la desgracia de perderlos, manifiestan una desesperacion extrema.

La madre que ha perdido á su hijo no quiere en modo alguno separarse de aquellos queridos restos; los guarda consigo hasta que la podredumbre y el olor de las carnes corrompidas hacen imposible su trasporte. Entónces hace secar los huesos, los envuelve como preciosas reliquias, y cuando duerme pone bajo su cabeza el pequeño esqueleto, para tenerlo siempre cerca de sí, y que sus pensamientos y sus sueños estén llenos con los recuerdos de su hijo.

El papel que entre los australianos desempeña la mujer, lo mismo que entre los demas pueblos salvajes, es el de una bestia de carga; miéntras más mujeres tiene un hombre, es más rico, por que más servidores tiene. La mujer es la que lleva los niños, los utensilios necesarios para la vida, las armas de su señor y dueño. Si van en marcha, es deber de ellas buscar las raíces comestibles, sacar las lombrices de tierra, perseguir los lagartos y las serpientes de que la tribu se alimenta en épocas de hambre, que por desgracia son frecuentes. Ella es tambien la que debe construir la choza, encender el fuego y preparar los alimentos, razon por la cual no es extraño ver decrépitas y repugnantes á mujeres de veinticinco años, que á los doce no tenían nada de desagradables.

Una vez establecido el campamento y encendidas las hogueras, separan muy cuidadosamente á los jóvenes de distinto sexo, sin que en esta medida tenga parte alguna la moral; lo hacen sólo por cálculo: temen colocarlas más difícilmente en las

Mujeres australianas.

tribus vecinas, en cambio de las que puedan recibir, porque allí, como en todas partes, las precauciones son inútiles, y con frecuencia

Los cerrojos y los grillos...

En cuanto á las mujeres casadas, cada uno tiene cuidado de la suya ó las suyas, con un celo exagerado; pero á pesar de todo, las faltas son frecuentes, y entónces son castigadas á lanzadas.

Las intrigas ó relaciones clandestinas entre jóvenes de una misma tribu son muy raras, pues ademas de la vigilancia que se tiene, la ley les prohibe casarse entre ellos. Los matrimonios no se celebran más que entre indivíduos de una tribu y otra, por vía de cambio.

Una niña de doce años se da á un viejo, que en cambio entrega una de sus hijas, y un jóven en muchos casos no tiene más remedio que contraer matrimonio con una vieja, con una repudiada, cosa que no siempre deja de tener sus inconvenientes. En el desierto el corazon tiene tambien sus exigencias; el amor se mezcla en las cuestiones con frecuencia, y aquellos jóvenes sufren tanto como los nuestros cuando se les separa para siempre. Entónces hay disgustos, luchas, raptos, pero no queda ningun medio para poder escapar; los australianos tienen como nadie desarrollado el instinto para hallar á un hombre, y cuando los fugitivos son encontrados, él es confinado á su tribu y ella devuelta á su dueño. En caso de resistencia por parte de ella, la azotan; si reincide, le pegan en la cabeza con el *waddy* (maza), ó bien le hieren las piernas y los muslos con la lanza para que no pueda correr: hé aquí una aventura amorosa de funesto desenlace; y por otra parte ¡cuán corta debe ser una luna de miel en la Australia!

No obstante todo esto, el amor, como la fe, levanta y traslada las montañas, y algunas veces ha sucedido que ha podido vencer de todos los obstáculos; pero en este caso el héroe de la historia ha tenido que batirse una, dos y tres veces con individuos de la tribu de su amada y salir siempre vencedor en la lucha.

Con este sistema se da el caso de que muchos jóvenes no tienen mujeres jóvenes como ellos, y van á robarlas á una tribu vecina, con lo que se dan luchas y guerras interminables.

Las mujeres gruesas son las conquistas más rebuscadas. Cualquiera que sea la edad que tenga una mujer gruesa, es una maravilla que roban valiéndose de la astucia ó á mano armada. El marido de una mujer de esta clase, vive siempre sobre brasas, apenas si puede dormir más que con un ojo, y ni áun así puede estar seguro de hallarla cuando despierte.

La ley del salvaje australiano prohibe al yerno sostener relaciones con su suegra; cuando por casualidad un yerno se encuentra con su suegra, ambos deben bajar la vista y seguir uno por la derecha y otro por la izquierda. Verdad es que, perteneciendo á distintas tribus, se encuentran muy pocas veces; pero el hecho no deja de ser curioso, y el fundamento que debe tener es la idea de que toda hija le ha sido arrebatada á su madre por fuerza.

Réstame decir algunas palabras de los entierros, que no en todas partes se practican de la misma manera que en Humpy-Bong. En muchos lugares los naturales, como sucede en Madagascar, hacen secar el cuerpo de los difuntos sobre una plancha ó un fuego suave, ó rodeándolo de cenizas calientes; recogen el líquido que se escapa del cuerpo, é indiferentes al insoportable olor que exhala el cuerpo, se frotan con él religiosamente, gracias á lo que padecen no pocas enfermedades cutáneas.

Haremos mencion tambien de una costumbre bien notable: á imitacion de los indios del Perú, que mascan las hojas de Coca, los australianos chupan las del Pituri (Duboisia Upwoodü), planta que les produce cierta excitacion durante las marchas, y que les obliga á sostenerse en épocas de hambre.

Réstame hablar de las fábulas y leyendas de tan singular pueblo. En cuanto á fábulas ó cuentos, sólo he encontrado uno que merezca ser conocido, y del que hace mencion Meyer en su historia de las tribus del Sur; cuento que podria titularse el Kanguro y el Wombat, y que en lengua australiana es

Mirram y Warreem.

Mirram y Warreem eran en otro tiempo dos hombres que vivian en el mismo campamento; pero Warreem tenía una buena choza construida con cortezas, y Mirram no tenía abrigo ninguno; así es que estaba obligado á permanecer á la intemperie noche y dia.

Para Mirram estaba esto muy bien, en tanto hacía buen tiempo, y tambien para Warreem, que en este caso dormía con él al aire, siendo entónces los mejores amigos del mundo; pero llegada la estacion de las lluvias, Warreem se retiró á su tienda, encendió una buena hoguera, y se tendió comódamente al abrigo del agua y del aire.

Fué tanto lo que llovió, que la hoguera que Mirram habia encendido se apagó, y el pobre se mojó y sintió frio.

Permaneció largo tiempo sentado, calándole el agua hasta los huesos y esperando que Warreem le ofreciera entrar á su *willum*; pero éste nada hizo, por lo cual, no pudiendo soportar por más tiempo la humedad, se acercó á la choza y pidióle le dejase un pequeño hueco que dejaba desocupado, á lo cual contestó el propietario: «Este sitio me hace falta para colocar la cabeza.—Pues entónces, cédame el lugar que acabas de dejar;» y Warreem le contestó: «Me hace falta para extender los piés.» Mirram entónces le dijo: «Me contentaré sólo con el hueco que acabas de dejar;» á lo que tampoco accedió, diciendo que tenía necesidad de echarse allí.

Desesperado Mirram y no pudiendo sufrir por más tiempo aquel ignominioso trato, buscó una gran piedra, y con ella aplastó á Warreem la frente, diciéndole: «Desde ahora tu frente será siempre plana, y siempre habrás de habitar en los agujeros más oscuros.»

Desde entónces el pobre Warreem ha vivido en los agujeros más oscuros y su frente ha sido aplastada como la dejó Mirram con la piedra.

Pero Warreem se vengó á su vez.

Un dia cogió su lanza y tirándola á Mirram, le alcanzó el golpe, clavándosela en la parte interior de la columna vertebral.

«En adelante, le dijo Warreem, esa lanza permanecerá en ese sitio para siempre, se convertirá en vuestra cola, y tendréis necesidad de apoyaros en ella para andar, sin que jamás tengáis *willum* en que abrigaros.»

Hé aquí por qué Mirram tiene una gran cola, de la que está obligado á servirse para andar, y por qué siempre tiene que quedar á la intemperie.

. . . . . .

En cuanto á las leyendas de los naturales, son infantiles ó faltas de veracidad en absoluto, y con dificultad podría imaginarse algo más tonto, ni más necio, ni más inconveniente, por lo cual creo cumplir dando sólo una idea.

¿De dónde les vienen estas leyendas? ¿Hace muchos años que entre ellos corren estas leyendas, á las que dan tanta fe y tanto crédito como nosotros á las nuestras? Ninguno lo sabe.

Generalmente una leyenda es el hábito moral de una idea; aquí el hábito y la idea es de lo más pobre.

Con respecto á la creacion, los habitantes de Encounter-Bay, en la Australia del Sud, dicen que los hombres fueron creados de las deyecciones de una mujer, Niegarope. Ellos no se ocupan para nada del orígen del mundo, lo cual nada tiene de particular, Segun ellos, todos los animales fueron ántes hombres que habiendo llevado á cabo grandes prodigios, se convirtieron en bestias y en piedras; así es que las grandes rocas que se extienden en la orilla del mar, llevan nombres de hombres y mujeres cuyas historias pretenden conocer. Por lo demas, creen en los aparecidos, en los malos espíritus, en las influencias malignas, y son de noche tan tímidos y medrosos, que por nada se podrá conseguir separarlos de su campamento.

En otra tribu de los Deyeries la historia de la creacion es la siguiente:

En el principio, el Gran Espíritu creó un buen número de lagartos negros, á los que despues, satisfecho de su obra, les prometió que tendrían poder sobre todas las cosas. Dividió sus patas en falanges y dedos, y tocando luégo con su índice el centro del cuerpo, les formó la nariz y en seguida de la misma manera los ojos, la boca y las orejas. Entónces el Gran Espíritu puso á uno de aquellos lagartos de pié, y como observara que no podía tenerse, cortóle la cola y pudo marchar en aquella posicion, tras lo cual se cuidó de dividir á aquellos animales en machos y hembras.

Dicen ellos que el sol es una mujer: cuando se pone es que va á la morada de los muertos; cuando se levanta, los muertos forman en dos filas, abriendo camino para que él pase. Le invitan á que permanezca en su compañía, pero no puede concederles más que un momento, porque le es necesario estar dispuesto para al dia siguiente emprender su viaje. En cambio recibe por su condescencia una piel de kanguro roja, y por eso en las mañanas aparece vestido de este color.

La luna es tambien una mujer, pero de costumbres nada morales.

Nurumderri (el Gran Espíritu) dió órden para que la sujetaran. ¡Ella se oculta, desaparece y emplea todo su tiempo en buscar raíces que la hagan engordar, razon por qué, cuando vuelve á aparecer, está tan llena! ¡Bonita manera de explicar las fases de la luna!

Los Narinyerris en el Sud atribuyen el orígen del lenguaje á una vieja de muy mal carácter.

Dicen que en otro tiempo había una vieja llamada Wurruri, que por la noche se paseaba armada de un largo baston para apagar las hogueras alrededor de las que dormian las gentes.

Murió Wurruri y las gentes de la tribu, sumamente contentas, comunicaron á las demás la fausta noticia, y todas acudieron, no para manifestar su pena, sinó para expresar su alegría.

Los Ramingerars, que fueron los que primero llegaron, se pusieron á comer de sus carnes, é inmediatamente comenzaron á hablar; las demas tribus del Este comieron el contenido de los intestinos, y hablaron en un lenguaje de todo punto diferente. Las tribus del Norte llegaron las últimas, comieron lo que quedaba, que eran los intestinos, y hablaron tambien muy de distinta manera que los Ramingerars. Hé aquí una confusion de lenguas que no tiene ninguna relacion con la leyenda de la torre de Babel.

Los australianos tienen muchas clases de iniciaciones, segun las tribus; iniciaciones por las que pasan los jóvenes ántes de ocupar un lugar entre los hombres.

En el Noroeste, tienen la circuncision, que se practica en los jóvenes de diez y seis á diez y siete años.

En la provincia de Victoria tienen el tib-but: á la edad de catorce ó quince años rapan al jóven, le cubren la cabeza con una tierra arcillosa, y le embadurnan el cuerpo con cieno; le ponen en la mano una cesta llena de inmundicias, y de esta manera está obligado á vagar por el campo, y todos huyen de su presencia como de un apestado.

Otras veces lo tienen apartado en el bosque dos

La calle Hindley, en Adelaida.

ó tres dias; con un instrumento de madera le parten los dos incisivos de la mandíbula superior, y estos dientes los ha de entregar luégo á su madre.

En otras tribus las ceremonias de la iniciacion son más serias, y como para citarlas todas sería necesario un volúmen, me contentaré con hacer mencion de las que más usan las tribus del Norte y las del interior.

En éstas los jóvenes, ántes de ser considerados como hombres y gozar de los privilegios de tales, han de pasar por tres pruebas. La primera la sufren á los quince años para llevar el título de warrara, la segunda á los diez y siete para llegar á pardnapa, y la tercera á los diez y ocho para convertirse en wilyalkinyis.

En la primera de estas pruebas cubren al hombre con sangre humana y lo azotan con varas; despues se le advierte que con su madre no ha de tener más relaciones que con las demás mujeres y con los niños de su tribu; que no debe pegar á las mujeres ni comer lo que por la ley está prohibido. Despues de esto lo presentan á las mujeres de la tribu con su nuevo título, y en seguida el jóven warrara, por espacio de tres meses, debe tiznarse el rostro con carbon, hablar siempre en voz baja y evitar la presencia de las mujeres.

La segunda iniciacion comienza por una partida de caza, á la que el jóven asiste sin tomar parte. Al medio día, cuando la pieza hecha, ha sido devorada, cogen al neófito, le pegan y le circuncidan, le azotan por segunda vez y en seguida parten para otra cacería, al terminar la cual le obsequian con una cinta para la cabeza, hecha con pe-

los de un animal, la cual está obligado á llevar durante muchos meses.

La última ceremonia es la más penosa; dos hombres llamados indanyanas son escogidos como padrinos. Conducen al futuro iniciado al campo, le vendan los ojos y echándolo al suelo lo cubren con pieles; lo levantan y lo tienden de nuevo, en tanto que los hombres presentes comienzan á preparar unos cuchillitos de pedernal con los que van á picarle el cuerpo al wilyalkinyis, al que desde entónces darán otro nombre.

Otros hombres se abren las venas del brazo y colocan al neófito á cuatro piés, de modo que pueda caerle en la espalda la sangre que corre y con la que ha de quedar cubierto. Una vez manchada toda ella, cuando queda coagulada, el derviche de la tribu, ó cualquiera de los jefes, marca con su medida el lugar en que deben hacerse las incisiones; una en medio del cuello y dos colocadas paralelamente desde las espaldas hasta las caderas, á dos ó tres centímetros de distancia cada una. A estas incisiones llaman *mankas*, y es tal el respeto que las tienen, que sería una gran profanacion hacer la menor alusion delante de las mujeres. En muchas otras tribus estas incisiones se hacen sobre el pecho y el vientre del paciente.

Yo permanecí aún ocho dias entre aquellos negros, ocho dias de prueba, me atrevo á decirlo, á pesar de todo el interes que me demostraron, y me consideré feliz al volver á Brisbana, de donde había de salir para Toowomba, gracias á una galante invitacion que había recibido.

X

Expedicion á Toowomba.—Casa Gregory.—Encantadora hospitalidad.—Las ciudades del llano.—Los Darling Lowars.—El *bottle tree* ó árbol botella.—Una vieja francesa.—Rápido paso á Melbourne y Saint-Hubert.—Vendimias australianas.

La invitacion de que he hablado procedía de M. Gregory, que me rogaba fuera á pasar algunos días en su residencia de Toowomba, situada próximamente á unos 200 kilómetros de Brisbana. La vía férrea que hasta allí nos condujo se extiende más de 400 kilómetros en el interior, hasta Condamina, y se extenderá hasta Roma, ó sean 60 kilómetros más.

Toowomba es una gran aldea colocada en el extremo de las montañas sobre un valle. Estamos, segun creo, á 2.000 piés sobre el nivel del mar, á la entrada de las famosas llanuras de los Darling Downs, que se extienden por una insensible pendiente hasta el río Murray, en una extension de 300 leguas.

Tal vez Toowomba se ofenda de que yo la llame aldea, por lo cual llamémosla pequeña ciudad, con largas calles llenas de polvo durante la sequía, enlodazadas en tiempo de lluvia, provistas de algunas aceras de maderas, con casas bajas y vastos lugares desiertos que esperan la casa y el habitante. He recibido en ella la hospitalidad que da lugar á que sea la Australia una tierra bendecida para el extranjero, y en la vivienda en que fuí acogido, encontré un lujo del mejor gusto, una coquetería de instalacion que sorprendería á cualquiera: las palabras *desierto* y *civilizacion* se excluyen mútuamente en la comprension de los europeos, y es tan digno de admiracion el contraste! Pasad esta verja, atravesad el parque y os hallaréis ante una magnífica quinta, con su parterre lleno de flores y sus guirnaldas de plantas trepadoras festoneando una extensa galería: allí los niños juegan, una mujer encantadora aparece ante nosotros vestida á la última moda, y las notas melodiosas de un piano que se escuchan os revelan que existen allí jóvenes. Entráis, y todo es digno de llamar la atencion; todo es bello, limpio, brillante, los cuadros, los libros, las flores, flores por todas partes.

«La señora está servida:» es la voz de un criado que se aproxima ostentando su librea nueva y del mejor corte; ofrecéis el brazo y os llevan ante una mesa cargada de chispeantes botellas, adornada con flores. Las flores constituyen la coquetería de las australianas; con ellas llenan la mesa, y madre é hija las ostentan en el pecho y en la cabeza. No estáis en Lóndres, y podríais creerlo cuando al abandonar la mesa os encontráis un bonito carruaje de dos caballos que os espera, el lacayo á la portezuela, y en el pescante el cochero. Partís, é inmediatamente se halla el desierto, pues si no está en la misma puerta, está á dos ó tres leguas de allí.

Continuáis, y durante una hora seguís por la árida llanura siempre lo mismo, con sus pequeñas ondulaciones y sus aldeas formadas por cuatro ó cinco casas. Os creíais en Lóndres, y de vuestro sueño voláis á la realidad. Id más léjos aún, y halláis los *runas;* despues están las estaciones, distantes unas de otras 50 kilómetros; más allá, hombres; sobre las tierras desiertas,

bueyes de aspecto salvaje ó carneros de gran tamaño, y más léjos la curiosa vegetacion del desierto: el *grass tree*, el árbol yerba, con su tronco de palmera, su cabeza herbácea, y sus racimos de flores, parecidas á las del acanto; despues el *bottle tree*, el árbol botella, casi tan ancho como alto, con su raro ramaje, cuyos brotanes pequeños, anchos, tortuosos, se asemejan á tentáculos, y el todo parece una inmensa damajuana.

Este árbol botella pertenece á la vegetacion de la llanura, hacia los 19 grados, y desempeña en el desierto australiano el mismo papel que el ombou en las pampas de la América del Sud y el boabad en Africa. Es un árbol de madera tierna y esponjosa, de ninguna aplicacion y de la misma naturaleza que los dos ya citados anteriormente.

La excursion que hice en compañía de M. Gregory y su señora fué muy agradable bajo todos puntos de vista; al regresar fuímos á hacer una visita al gobernador, Sir Arturo Kennedy, que viene á pasar los meses de calor en el límite de la selva, en las alturas del Toowomba. Como me indicaran que había en la aldea una vieja francesa, madama Gregory y yo fuímos á sorprender en su casita á la que allí fuera en calidad de sirvienta. ¡Pobre anciana! Al apercibir á un frances, que en veinte años no había visto, los ojos se le llenaron de lágrimas, y me agradó extraordinariamente el placer que mi visita le causaba.

Pasé tres días más en Toowomba, desde donde volví á Brisbana, y despues á Melbourne, donde debía asistir á las vendimias de Saint-Hubert.

Estaban en plena recoleccion cuando llegué; muchas cubas, llenas ya, fermentaban, y las prensas trabajaban noche y día. Había una gran cantidad de uvas, y no obstante, calculando lo que podría obtenerse hallamos que á lo sumo serían de 32 á 40 hectólitros de vino por hectárea (y consideraban el año como extraordinario), en tanto que en Francia obtenemos 70 ú 80 hectólitros. El término medio en la Australia del Sud es mucho ménos de lo que dejamos dicho, pues apénas si llegan á 20 hectólitros. Esto debe consistir en que las cepas no están tan juntas como en nuestros viñedos, ó bien en que la tierra es ménos productiva que lo piensan los australianos, que es lo que me inclino á creer.

Una prueba más convincente hallamos con respecto al trigo; el término medio de la produccion no es más que de 16 á 20 hectólitros por hectárea, en tanto que en Inglaterra y en Francia varía de 45 á 70 hectólitros.

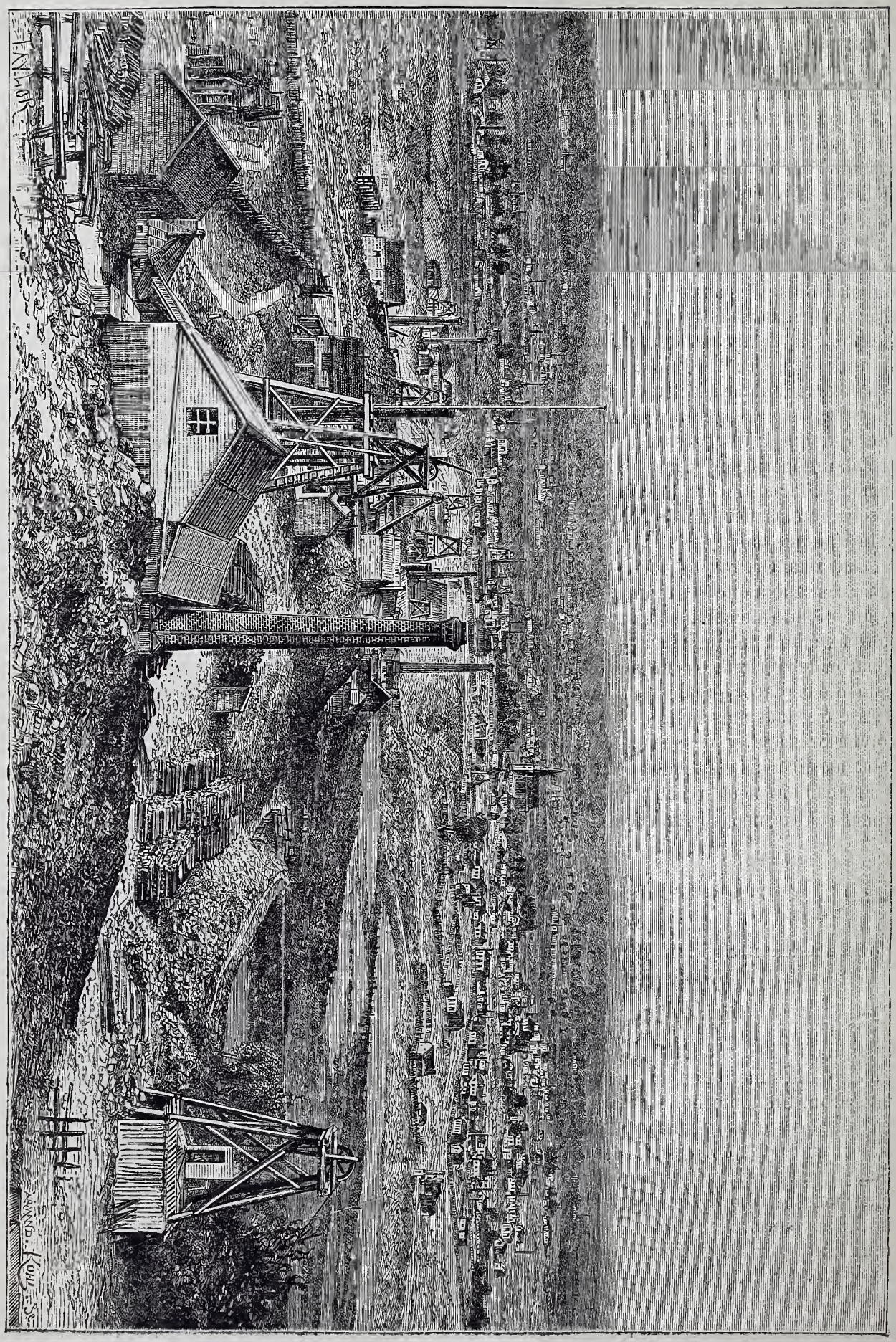
Pero vuelvo á mis vendimias: la palabra vendimia evoca siempre en Francia alegres recuerdos; bandas de hombres y mujeres, manifestando contento, canciones, bromas, gritos en las viñas, y por la noche bailes en las bodegas ó en los patios, en los que toman parte tambien los propietarios y las señoritas, y la música y las canciones y el dormir sobre la paja fresca, todo es alegre, lleno de encantos y animado. En Australia todo está reducido á una manufactura de vino; ni risas, ni cantos, ni bailes; los vendimiadores son allí una reunion de franceses, ingleses, suizos y chinos. Me figuro ver á Juan Chinam con su larga trenza haciendo la recoleccion del té, en compañía de su chinita, pero en la vendimia me parece una cosa extraordinaria.

XI

Colonia de la Australia del Sud.—Adelaida.—Aspecto general.—Producciones.—Breves palabras acerca de las estadísticas australianas.—Apreciacion final.

Los primeros intentos de colonizacion en la Australia del Sud datan del año 1837, y aquellos primeros años fueron en los que más dificultades se tocaron. Un gobierno local en total y continuo desacuerdo con sus gobernados, una inmigracion que por su corto número casi pasaba desapercibida, y la falta de capitales, impedían el desarrollo de la moderna colonia, que vegetaba sin cultura, sin calles y sin producciones. Por fin el cobre fué en un tanto para la Australia del Sud lo que el oro para Victoria, y el descubrimiento de las minas de Capunda en 1843, el de la mina de Burra-Burra, mucho más rica que la procedente, en 1845, y, en fin, las maravillosas minas de Wallaroo y Monta, enriqueciendo á la colonia, provocaron una inmigracion considerable, que no ha disminuído, y abrieron una era de prosperidad y bienestar que da lugar á que desde hace mucho tiempo sea la Australia del Sud una de las mejor equilibradas de las colonias australianas.

Declarada colonia independiente en 1856, ha tenido la gloria de emprender y llevar á feliz término la construccion de una línea telegráfica que, comenzando en Port-Adelaida, termina en Port-Darwin, despues de haber atravesado de Sud á Norte todo el continente, sin que quede por com-



Vista general de las minas de Sandhurst.

Vista de la calle del Rey-William en Adelaida.—(De una fotografía).

prender ni una sola comarca, por desierta y salvaje que sea. Aquel trabajo puede decirse que fué una lucha continua de más de dos años contra la naturaleza y los naturales, que sin cesar presentaban obstáculos é inconvenientes; fué necesario hacer que todo viniera de Europa: los postes de hierro, los alambres y los aisladores; pero lo que más dificultoso se hacía era la traslacion de estos mismos materiales á los lugares donde eran necesarios, así como tambien los víveres para los trabajadores en obra de tanta importancia ocupados. Puede calcularse muy bien lo que decimos teniendo presente que es una línea que tiene que recorrer 3.400 kilómetros de desierto, y que había que guardarla entónces tambien para que un día no apareciera destruído lo que el anterior se había hecho, pues en un principio los negros destrozaban los alambres y cortaban los postes para hacer hachas con el hierro de ellos; y aunque severamente castigados cuando podían ser cogidos, y mal librados en los encuentros que sostuvieran con los blancos, volvían siempre, y á tal punto llegaron, que muchos desconfiaban de ver terminada la línea, cuando tuvieron el feliz acuerdo de someter á los jefes á la accion de las pilas eléctricas. Los efectos fueron maravillosos, y quedaron tan espantados y su imaginacion tan herida, que *El diablo del hombre blanco* les inspiró tan considerable terror, que en lo sucesivo han atacado no pocas veces á los trabajadores, pero nunca han vuelto á intentar nada contra los aparatos é hilos telegráficos, por lo que al fin la línea comenzada en 1870 pudo ser abierta á la explotacion en 22 de Agosto de 1872.

Toda la gloria de tan gigantesca obra toca por entero á Mr. Todd, director de correos y telégrafos, que no sólo me hizo el honor de enseñarme una por una todas las secciones de su departamento, sinó que llevó su atencion hasta acompañarme en mi visita á todos los monumentos más notables que en Adelaida existen.

Adelaida es una poblacion bastante bella, y casi podía atreverme á decir que es la más bonita de cuantas existen en la Australia. Situada á 9 ó 10 kilómetros de la costa oriental del golfo de San Vicente, está unida á Port-Adelaida por un camino de hierro, encontrándose á igual distancia del mar y del Mount Lofty-Range, que, traducido literalmente, quiere decir «Cadena del Monte Soberbio». Cadena sumamente modesta á pesar de su pretencioso nombre, por cuanto, segun creo, apénas si se eleva á más de 1.500 piés; pero en modo alguno debemos olvidar que estamos en la Australia.

Ademas, puede afirmarse, sin temor de incurrir en una equivocacion, que Adelaida es la poblacion mejor construída de toda la Australia; basta comparar los grabados que de ella damos con los de Melbourne, y se encontrará desde luégo en sus monumentos más variedad, más arquitectura y más gusto en la ornamentacion.

Los edificios públicos no tienen siempre el aspecto que debieran tener, pues con facilidad podría creerse que el palacio de Justicia era un teatro y el palacio del gobierno una bella casa de campo; pero en cambio nos vemos obligados á confesar que los edificios en que están instaladas las oficinas de correos y el ayuntamiento son de mejor gusto y en modo alguno se hallan faltos de carácter. La calle llamada King-William es una calle en la que todos los edificios pueden llamarse monumentales, y los principales comercios y tiendas están situados en las calles de Hindley y Glenell. A cualquier hora se advierte gran movimiento en las calles y mucha concurrencia: un aire de comodidad, prosperidad y desahogo se refleja en los transeuntes de un modo tal, que se advierte á primera vista está uno en una poblacion donde las necesidades no apremian y donde la satisfaccion que en ella se experimenta no es difícil. Adelaida es una poblacion nueva, por cuanto no puede llamarse de otra manera á una ciudad que sólo cuenta veinticinco años; mas, á pesar de todo, los materiales de que está construída parece que han sido sacados ayer de la cantera ó de las fábricas.

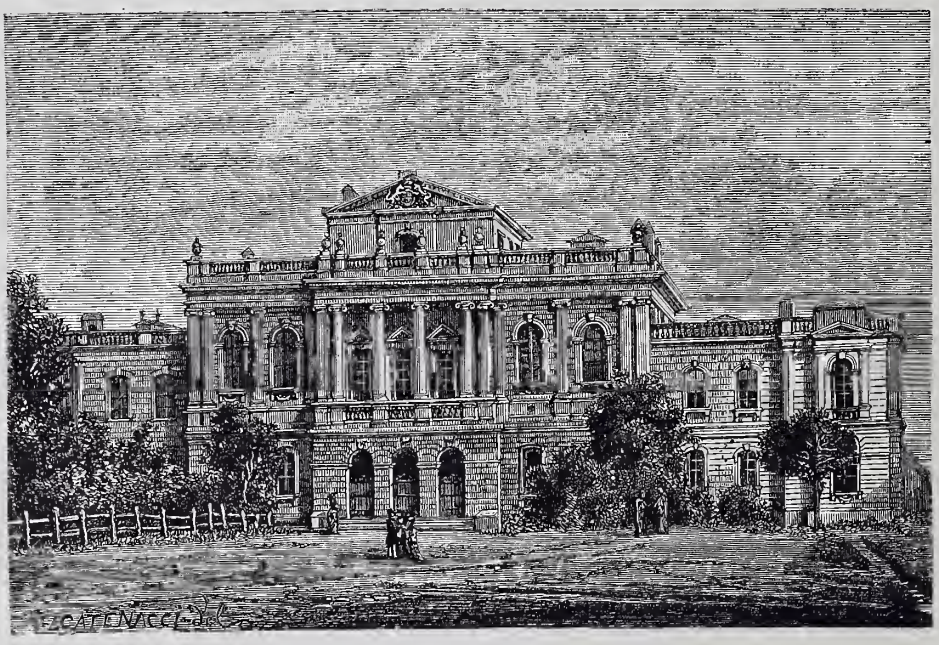
La Australia del Sud es la pátria de los grandes exploradores, entre los que merecen especial mencion Warburton, que en 1874, partiendo de Alice Spring, siguiendo la línea telegráfica hácia la mitad del continente, atravesó por completo la Australia á la altura de los 20° y llegó á Nichol-Bay, en la costa Nordeste; John Forrest, que hizo el camino en sentido contrario, y que desde Perth llegó á Port-Augusta, en el norte del golfo Spencer, en 1874; y Giles, que en 1876, saliendo tambien de Perth, atravesó el continente á la altura de los 25° para llegar al mismo punto que su predecesor.

La colonia posee, como Queensland, unas extensas llanuras, en las que la siembra del trigo ha adquirido unas proporciones considerables, siendo ella la que exporta más grandes cantidades y de las mejores condiciones, de lo que podemos dar una idea citando la quinta de Hill-Rive, que explota sesenta mil áreas de tierra, ó sean veinticinco mil hectáreas próximamente.

El clima de la Australia del Sud, segun dicen

los diarios y las publicaciones de Adelaida, es el más sano, el más dulce y el mejor de toda la Australia; pero cada colonia dice lo mismo, y se jactan de poseer iguales ventajas, en lo cual hay ciertamente un reclamo de la mejor naturaleza, por cuanto en modo alguno pueden ser dichas tales cosas para tranquilidad de los que allí viven, dado que esto lo han de ver y experimentar por sí mismos el bien ó el mal que de la permanencia allí resulte; segun entiendo, tal cosa debe ser dicha para desvanecer las preocupaciones que pueden existir y dar lugar á que las naturalezas debilitadas vayan á ellas. Allí no existe la tísis, pues siempre cede á la benéfica influencia del clima; allí no hay fiebres, ni epidemias, ni nada que pueda parecerlo; algunas veces se muere, pero hasta esto lo señalan como casos puramente excepcionales. A pesar de esto, puedo dar fé de que en el mismo barco que de nuevo me conducía á Europa venían como compañeros de viaje 10 ó 12 enfermos del pecho, procedentes, ya de Adelaida, ya de alguna colonia vecina, y de los que cuatro fueron arrojados al mar durante la travesía.

Las dos grandes producciones de la Australia



Palacio de justicia en Adelaida.

á las que debe su mayor y más considerable desarrollo, y que seguirán siendo la causa de su mayor desenvolvimiento, son la lana y el oro, á las que con el tiempo podrá añadirse el vino y el aceite, que si bien es cierto aportan hoy algunos elementos, no son de tanta consideracion como lo serán dentro de muy poco los que den los nuevos plantíos de olivos y vides. Por el momento, los dos primeros, que son los que se hallan en el período algido de su explotacion, constituyen la causa eficiente del mayor tráfico y movimiento de las colonias. Si se pasa á un detenido análisis de aquel movimiento, y aunque sea muy á la ligera, se recorren las estadísticas, se hallan cifras tan enormes y resultados tan extraordinarios, que sin que sea economista tengo la seguridad de que habrán de agradar á nuestros lectores, razon porqué trascribiremos algunos de los más importantes.

Para dar una idea de aquel activo movimiento comercial, del que los australianos se manifiestan orgullosos, con tan justo motivo, compararemos las sumas totales que arrojan las importaciones y las exportaciones de Australia, con las importaciones y exportaciones de Francia durante un año en los lugares que nos van á servir de términos de comparacion.

Tomando por base una poblacion de 2.500.000 habitantes para la Australia, y de 39.000.000 para la Francia, podremos ver que la Australia en 1877 había importado y exportado por una suma de dos billones trescientos cincuenta mil francos, y la Francia por una suma de siete billones quinientos millones solamente, lo cual estudiado y hecha la proporcion conveniente, da un resultado equivalente á la disminucion considerable en la que Francia había realizado un total de operaciones que, á pesar del excesivo número de habitantes, ve-

nían á ser siete veces menor que las de la Australia, y lo que es muy de tener presente, que para rivalizar con sus colonias debía haber conseguido la suma enorme de 35.000 millones; cálculos que no pudiendo ser negados por la gran evidencia que en presencia de los números se adquiere, destruyen todas las ideas económicas que caen por su base ante lo que nunca pudo expresarse teniéndolas presentes.

Si gran sorpresa puede causar lo que dejamos dicho, no es menor la que se experimenta al conocer á punto cierto lo que se refiere á la deuda de aquellas colonias. El término medio de la deuda asciende á 67.000.000 de libras inglesas, ó sean 1.675 millones de francos, lo que con relacion á Francia representaría una suma de más de veintiseis mil millones. Si se atiende al corto número de años que aquellos estados cuentan, y á los mil inconvenientes con que han tropezado en su constitucion, no podrá ménos de concederse que representan una verdadera excepcion en la historia, que han adelantado mucho en breve tiempo, y que en manera alguna podrán servir de términos de comparacion para cualquiera otra colonia que se establezca. La constancia y la industria han realizado prodigios allí donde quiera que se han desarrollado, y nunca pudo ser motivo bastante la série de obstáculos con que los colonizadores tropezaron para suponer que no podría conseguirse, en vista de ello, resultados ningunos; pero no es ménos cierto que si al economista más optimista se le hubiera adelantado lo que por conseguido se tiene, lo hubiera negado rotundamente, con razones á las que forzosamente se hubiera tenido que asentir, por ser las que la experiencia viene comprobando en todo tiempo. La Nueva Zelanda es más aún, y bajo este punto de vista se distingue de todas sus hermanas, pues personalmente, que podemos decir, debe 520 millones, ó sea, hecha la oportuna proporcion y contando el número de sus habitantes, que asciende á 408.000, á razon de 1.250 francos por cabeza, contando hombres, mujeres, niños y ancianos; lo que daría en Francia una equivalencia de más de 58.000 millones de deuda. Debemos tener presente que en esta estadística lo único que hay de serio es la cifra que representa la deuda, que es lo único que puede garantizarse como exacto. Debemos añadir que todas aquellas modernas colonias, semejantes á jóvenes Hércules, llevan tan pesada carga sin manifestar fatiga ninguna, y sin que en lo más mínimo se resientan sus operaciones por la carga que tal enormidad representa; no existen allí gravámenes de ningun género sobre la propiedad territorial que puedan cohibir el futuro desarrollo de las fincas; para atender al pago de los intereses de aquella deuda bastan los derechos de entrada que se recaudan en las aduanas, los impuestos de consumos y las ventas de tierras públicas.

Estas causas son, como fácilmente puede comprenderse, más que suficientes para que todas aquellas colonias manifiesten grandísimo interés porque vaya á ella el mayor número de extranjeros posible, y que por todos los medios que estan á su alcance, ya celebrando la bondad del clima, ya haciendo promesas sin cuento ó ensalzando la fertilidad del suelo, ó haciendo fastuosas enumeraciones de los muchos medios de enriquecerse que en ellas están al alcance de todos, fomenten cada día más la emigracion y coadyuven á que se haga con mayor facilidad, destruyendo cuantas causas puedan oponerse á ella, porque de este modo naturalmente las tierras incultas, los campos baldíos, tendrán que venderse más pronto, los rendimientos de las aduanas serán mayores, y la deuda tan considerable que ya alcanzan, repartida en mayor número de individuos, tocarán á ménos, facilitando más las condiciones del progreso material.

Por lo que toca á las cifras que acusan el movimiento comercial, si detenidamente se estudia, hemos de quedar convencidos, á costa de muy poco esfuerzo, que en esto como en el mayor número de las cosas que á los australianos se refieren, se alaban y se manifiestan satisfechos y contentos, sin que en realidad tengan verdaderos motivos para ello.

La enorme cifra de que hemos hecho mencion, y que ellos presentan como resultado de su comercio de exportacion é importacion, debemos entender que no es sólo del sostenido con los demas puntos del universo, sino que tambien se incluye en ella el resultado del que más colonias sostienen con otra. Cierto es que son libres é independientes, pero en suma no es más que una sola y misma nacion; y tan convencidas están de esto, que reunen hoy estadísticas particulares en una estadística general, lo cual, si bien se considera, no es más que una sutil maquinacion á que los lleva el cálculo y el estudio, un hábil juego de cubiletes cuyo fin principal es excitar la atencion del extranjero para que la codicia y el afan de riqueza los lleve á tan remotas playas; y asunto es éste que conviene poner en claro manifestando escueta y desnuda, despues de un maduro exámen, la verdad de los hechos, á fin de no hacerse cómplice del trabajo que con sus incesantes recla-

mos hacen, pues es lo mismo que si en Francia ó en cualquiera otra nacion de Europa contáramos todas las transacciones que se hacen entre departamentos ó provincias como resultados de operaciones del comercio exterior, con lo que de seguro llegarían á conseguirse cifras verdaderamente fabulosas.

Si nos fijamos, por ejemplo, en la colonia de la Nueva Galles del Sur, vemos que la suma total que arroja el capítulo de su cifra de importacion, es de 365 millones; pero si deducimos, como es justo hacerlo, la suma de 140 millones que en productos ha recibido de las otras colonias sus hermanas, disminuye en un 40 por 100 del total, no quedándole más que 215 millones. En lo que á la exportacion se refiere, la proporcion es áun mucho más considerable, pues sería necesario descontar un 44 por 100.

El mismo cálculo puede aplicarse á las demás colonias, y aún hay más: la colonia de Victoria recibe de la Nueva Galles del Sur una cantidad de lana que equivale á 56 millones del distrito de Riverina, teniendo interes que estos productos pasen por Melbourne, que está cerca, y no por Sidney, que está léjos. Cierto que la Nueva Galles exporta por esta vía 56 millones de lanas; pero la colonia Victoria debía considerarla como partida de tránsito y no de importacion, que es como hacen ascender su movimiento hasta el punto que hemos visto. No queremos hacer mencion de las lanas que este mismo estado recibe de otras colonias, y que ascenderían á 5.000.000, ni tampoco contar el valor que en ganados pasan por Victoria, procedentes de Nueva Galles y de la Australia del Sur, con lo que llegaríamos á una cifra bastante elevada.

A pesar de todo, restando de la estadística de Victoria todas las sumas de que acabamos de hacer mencion, quedará una cantidad exorbitante, de la que apenas podemos darnos cuenta, y que el australiano para explicarla pretende que consume y produce cuatro veces más que Eurora; pero ya hemos visto que los mejores plantíos de trigo producen una mitad ménos que los nuestros, y que sus más excelentes viñedos sólo dan una tercera parte en igual proporcion; lo que nos hace insistir en que las dos únicas fuentes de riqueza son el oro y las lanas. En cuanto al consumo, el obrero gana poco más ó ménos el doble que el de Europa; dando por supuesto que no economice nada, no puede consumir más que gana, y si se alimenta mejor, ó come más carne, es porque la paga cuatro veces más barata que en Inglaterra. Tal vez gaste más calzado ó más vestidos; pero si los paga más caro, no se explica tampoco por qué se supone tanta diferencia en el consumo.

Otro motivo de sorpresa para el extranjero es lo que á la prensa atañe, sin que queramos referirnos á su libertad, que es tanta como en cualquier país ingles, sinó á su desenvolvimiento. Sólo en Melbourne se publican 28 ó 30 periódicos, entre los que contamos los diarios, los semanales y los mensuales, periódicos políticos ó ilustrados, revistas literarias, científicas y religiosas: en Sidney se cuentan 33, y en cada capital de colonia existe un número proporcionado al de los habitantes.

Las publicaciones cotidianas más importantes son: *El Argus* en Melbourne y el *Morning Herald* en Sidney, cuya forma es igual á la del *Times* de Lóndres, y que en conjunto su redaccion puede ser comparada á la del mejor periódico del mundo: con toda seguridad puede decirse que son mejores que todos los nuestros, y por lo ménos son más universales.

Al propio tiempo en estas publicaciones se estimulan las aficiones literarias de los jóvenes por medio de premios concedidos á trabajos presentados en concurso. Hemos de conceder que los australianos tienen el sentimiento artístico más desarrollado que los americanos; en las ilustraciones de sus periódicos son más correctos, ménos triviales, más ingleses, cosa que perfectamente se comprende, atendiendo al poco tiempo que hace que se han separado de la madre patria. No queremos decir con esto que el australiano tenga ya un arte propio, pero lo tendrá bien pronto: los museos tienen discípulos asíduos, copistas aplicados, artistas que buscan su camino, que aún fluctúan entre los recuerdos y los instintos nuevos, entre los antiguos modelos y una naturaleza nueva que interpretar; y como esta naturaleza es más uniforme, ménos violenta en colores, llegarán en la expresion de sus impresiones á matices más delicados y á más refinados sentimientos.

La Australia tiene dos grandes defectos. Uno físico, la falta de río y de agua: otro político, la falta de union. El primero podrá ser remediado con la construccion de aljibes y pozos artesianos, y el segundo por medio de una federacion que siga á la proclamacion de su independencia.

MAPA
DEL
VIAJE Á LA AUSTRALIA
POR
Mr. DÉSIRÉ CHARNAY.

M. Vierge dib.o y grabó.

Lit.a de J. M. Mar

argquillo 6 Madrid.

INDICE

Páginas

JAVÁ

I. Singapoore.—Estrecho de Banka.—Batavia.—La ciudad antigua.—El hotel Dutsh-wife.—Las lagartijas.—Fisonomía de las calles.—Abluciones.—Las avenidas.—Palacios, jardines y *kalis* ó canales.—¡Es admirable!. 1

II. El museo.—Razas y tipos.—Malayos y javaneses.—Mercaderes ambulantes.—Venganzas.—El cuerpo de guardia.—Matrimonios mixtos.—Anécdotas.—Por temor á las consecuencias..... 5

III. Una tragedia en Batavia..... 11

IV. Buitenzorg.—El camino.—El canal.—Plantaciones de arroz.—Manera de efectuar la siembra y la recoleccion.—El clima.—El palacio del gobernador general.—La calle de árboles.—El jardin.—El lenguaje de las ramas.—La coleccion de palmeras.—La *Corypka elata*.—El museo Theisman.—El ciervo de Sumatra..... 13

V. De Batavia á Samarang y Soerakarta.—Samarang.—El hotel.—El camino de hierro.—La diligencia vieja.—Plantaciones.—El paisaje.—Soerakarta.—La presidencia.—Trajes.—Indiferencia.—Los chiquillos.—Cortejos oficiales.—La casa de los tigres.—Paseo fantástico..... 16

VI. El palacio de Mangen-nagóro.—Conveniencia.—El *Bridal-roon* javanes.—El peligro de un viaje.—El hijo del príncipe.—Los dientes de ébano.—Nada de harem.—Una expedicion convenida.—Las caballerizas —A traves del campo.—La recepcion.—La elaboracion del azúcar.—Regreso á la ciudad.—*A giorno*.—El *gamelan*.—Cacofonía sin ejemplo.—Funerales.—La danza de las lanzas.—La danza de los *kriss*.—La danza de las mujeres.—Filosofía del baile.—Los javaneses estudiados por su música y sus danzas —Noche completa. 22

VII. Ruinas.—Soehol.—Aventura arriesgada.—Fracaso.—Compensacion.—Oposiciones sobre la semejanza de ruínas.—La teoría de Fergusson.—Méjico y Java.—El poder de la religion.—El regreso.—El kraton.—El tío del emperador.—Aspecto del patio.—El gamelan del emperador.—El hijo del sultan.—Paseo del primer ministro.—El pabellon de la ceremonia.—Impertinencias del tío del emperador.—El *rampoc*.—Fiesta salvaje.—Títulos y honores..... 29

VIII. Djokarta.—El carruaje.—Los caballerizos.—El paisaje.—Los cultivos.—Los chiquillos.—Poseedores y poseídos: los que pegan y los pegados.—La ribera.—Trasbordos.—Marcha triunfal.—Así caminan los grandes.—El templo de Boeroe-Boedor.—Los bajo-relieves.—Los Budhas.—El regreso.—La noche.—Brabonam ó los Mil templos.—Ignorancia ó pereza javanesa.—Ganesa, dios de la Sabiduría.—Comparaciones entre los monumentos javaneses y los monumentos americanos.—Plan de relato..... 33

IX. Secretos del paisaje.—Naturaleza del terreno.—El Kadú.—*El clavo de Java*.—Mamelang.—Una broma del gobernador holandes..... 40

X. Triunfos de la ciencia.—Sacudimientos volcánicos.—La fortaleza de Ambarrawa.—Los cuarteles.—La vida del soldado.—Vuelta á Samarang —Convite de oficiales.—Relaciones dramáticas.—Mi habitacion.—Mis delicias.—Un libro del boulevard..... 41

XI. Los caminos de hierro en Java.—Dificultades de construccion.—Riqueza.—Beneficios del vapor.—Estadísticas de produccion.—Estadística fúnebre..... 43

XII. Otra vez en Batavia.—Preparativos de caza.—A traves del río.—Las serpientes.—El primer cocodrilo.—Saludo de *Champagne*.—Aparecer y ocultarse.—Venganza del monstruo —Una piragua en el aire.—Quince apariciones.—Puntería.—La buena ocasion.—Las doce del día.—En *Prau*.—Nuestros remolcadores.—El capitan de los chinos.—El almuerzo.—Los vinos de Europa.—Los refrescos.—«Ha muerto.»—Resurreccion.—Los carruajes.—Por el interior.—El Megamendong.—La provincia del Preanger.—La tormenta en la montaña —Tjiandjur.—Reverencias.—Curiosidad.—Un convoy.—La entrada en la ciudad.—Visita al gobernador.—Visita al príncipe indígena.—Su gran visir.—Las bayaderas..... 46

XIII. Bandong.—El palacio del Regente.—Su *kriss*.—Proyecto de caza.—La partida.—El campo de la lucha.—Los jefes de tribu.—¡Han visto á la fiera!—Valentía indígena.—La aristocracia javanesa.—«Desde lo alto de esos cocoteros, cuatrocientos cobardes nos contemplan.»—Tres monstruos.—El rino-*feroz*.—Turbacion.—El despertar.—Momento de ansiedad.—Hambre, calor y sed.—A ochenta metros de la fiera.—Los primeros disparos.—Heridas... de amor propio.—Con lo que me conformo.—Manera de matar fieras.—Orquesta nocturna... 49

XIV. El sistema colonial..... 53

Páginas

AUSTRALIA

PRIMERA PARTE

I. De Java á Australia.—Medios de comunicacion.—El *Normanby*.—Los montes volcánicos.—Grupos de islas.—Navegacion peligrosa.—La madreperla.—Jardine.—Los nidos de hormigas.—Cooktown.—La policía.—Los salvajes.—Persecucion sin tregua.—En la bahía de Port-Phillip..... 61

II. Exploraciones en las costas..... 64

III. Exploraciones por el interior..... 66

IV. La punta Nepean.—La ribera Yarra-Yarra.—Aspecto de la ciudad.—El suelo de Australia.—Melbourne.—Expediciones —Una negociacion feliz.—El escapado de Collins.—La fiebre del oro.—Reorganizacion..... 67

V. Melbourne comparado con San Francisco.—Hoteles.—La uniformidad de las calles.—Los nombres de las calles.—Aspecto general.—El verdadero Melbourne..... 70

VI. Adelantos.—Comodidades.—Sir Redmundo Barry.—El gabinete de Historia natural.—Los marsupiales.—La fauna.—El profesor Mac-Coy.—Sus teorías.—El *dinormis*.—El *deprotodan*.—Exceso de ciencia..... 71

VII. La Biblioteca pública —Otros monumentos.—La estatua de Burke..... 75

VIII. La expedicion de Burke..... 77

IX. Las cárceles.—Los delincuentes.—Justicia para los naturales y justicia para los extranjeros..... 85

X. Organizacion política de la colonia..... 87

XI. Melbourne.—La escuela.—Hoteles.—La vida barata.—Restaurants á 60 céntimos.—La raza.—Inmigracion... 92

XII. Orgullo colonial.—La palabra *blowing*.—El juego.—El trabajo..... 95

XIII. Camino de Beechworth.—La campiña.—Reparticion agraria.—El *squatter*.—Beechworth.—El bandolerismo en Australia..... 97

XIV. El *capday* en Melbourne.—Sandhurts.—Minas de oro.—Un minero feliz.—Su palacio.—Su infatuacion.—¡Imposible!..... 104

XV. Los conejos en Australia.—Un nuevo Erostrato.—Expedicion á Coranderrk.—Viñedos de Saint-Hubert..... 109

XVI. Coranderrk.—La colonia de indígenas —El director y su familia.—Instintos de los negros.—La escuela y la iglesia..... 113

XVII. Los negros de Coranderrk.—Tipos.—Las armas australianas.—El *boumerang*..... 116

XVIII. El australiano antiguo.—Falta de instintos artísticos del australiano.—Consideraciones generales.—Su lengua.—Razones de su inferioridad..... 119

XIX. Partida de Coranderrk.—Healesville.—Fernshaw.—El Backspur.—El Bigben..... 122

SEGUNDA PARTE

I. De Melbourne á Sidney.—Woodonga.—El Mivoray.—Albury.—La plaga de moscas..... 125

II. La diligencia.—El bush.—Pueblo y hoteles.—Swagmen.—Escenas de embriaguez.—*Les folies bergers*.—Wagga-Wagga..... 126

III. Mágica bahía.—Los misioneros franceses.—Encanto y distincion de la sociedad.—Botany-Bay y recuerdos de la Perouse.—Penados é inmigrantes.—Escuelas.—Las montañas azules..... 128

IV. Los hijos del ilustre Mac-Arthur.—Relaciones con Nueva-Caledonia.—Instituciones y riquezas de Nueva-Gales del Sur..... 137

V. Más de Sidney.—Primeros descubrimientos.—Ojeada sobre el orígen de la colonia.—La bahía de Port-Jackson.—La ciudad.—Parques y jardines.—Juegos..... 141

VI. Estrecho de Bass.—Encuentro interesante en Launceston.—Hobart-Town.—Bailes en los antípodas.—Ruínas de tumbas francesas.—Piscicultura.—El árbol de Cook.—La despedida.—Huracan.—Recuerdos políticos.—Refugio en Eden..... 144

VII. Viaje á Queendsland.—Brisbana.—El río.—El puerto.—La ciudad.—Cabmen.—El club.—El explorador Gregory.—Noticias acerca de las zarzas negras..... 158

VIII. De Brisbana á North-Pine.—Gomeros moteados (*Spottet gum*).—Llegada á la casa de Mr. Peatry.—Estudios australianos.—El bunya-bunya.—Instinto de los ganados en marcha.—Humpy-Bong.—Tiempo revuelto.—Mosquitos.—Una casa fatal.—Llegada de los negros.—Tribu de duelo.—Un hermoso día del año..... 161

IX. Operaciones fotográficas.—Tipos, costumbres y trajes de los australianos en general.—Nacimiento de los hijos.—Infanticidios.—Jóvenes de ambos sexos.—Matrimonios.—Raptos.—Novelas del desierto.—La suegra.—La belleza.—Mision de la mujer.—Entierros.—Canibalismo.—Campamento.—Alimentacion.—Fábulas.—Leyendas.—La creacion.—La luna.—El sol.—Iniciaciones..... 164

X. Expedicion á Toowomba.—Casa Gregory.—Encantadora hospitalidad.—Las ciudades del llano.—Los Darling Loward.—El *bottle-tree*, ó árbol botella.—Una vieja francesa.—Rápido paso á Melbourne y Saint-Hubert.—Vendimias australianas..... 170

XI. Colonia de la Australia del Sur.—Adelaida.—Aspecto general.—Producciones.—Breves palabras acerca de las estadísticas australianas.—Apreciacion final..... 171

PAUTA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS Y MAPAS

DEL

VIAJE A LA AUSTRALIA

Páginas.

Cuerpo de guardia..... 8
El parque del gobernador..... 14
Templo de Brambanan..... 36
La calle Swanston..... 70
Vista de Sandhurst..... 104
Indígenas de Coranderrk..... 113
Vegetacion australiana..... 120
El Binben..... 124
Vista general de Brisbana..... 161
Mujeres australianas..... 167
Vista de la calle Rey William..... 173

Paja, 23 - Tel. 228115 - Barcel

GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00135 7561